Ángel Oscuro

Ángel, Volume 2

NICK PACCINO

Published by NICK PACCINO, 2022.

This is a work of fiction. Similarities to real people, places, or events are entirely coincidental.
ÁNGEL OSCURO
First edition. March 23, 2022.

ISBN: 979-8201336806
Written by NICK PACCINO.
10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Also by NICK PACCINO

Ángel

Ángel Guardián

Ángel Oscuro

Tabla de Contenido



PARÍS, 3 DE OCTUBRE... Diez meses después del "accidente" de Pano

No podía apartar sus ojos de ella. Su piel oscura y aterciopelada, del color del bronce, brillaba como un rayo. Cada vez que él la miraba, se sobresaltaba y perturbaba por su exótica y misteriosa belleza. Su cuerpo se electrizaba cuando sus ojos se posaron en ella. Observaba su largo vestido negro azabache y su provocativa raja, que hacía asomar su pierna izquierda como una pequeña revelación de todos los secretos del universo y de todas las supercuerdas que el hombre aún no ha visto. Todas esas formas curvilíneas perfectas, que fascinan... Y que hacen que un hombre pierda el control.

Sus ojos seguían las líneas curvas de su ajustado vestido de seda. Habían partido de los lugares en los que estaba ausente, de los lugares en los que su espalda perfectamente formada, se revelaba violentamente, y habían bajado más y más, más y más. Se mantuvieron durante varios segundos sobre sus redondeadas y esculpidas nalgas. Luego volvieron a bajar, y más abajo, buscando el gran secreto que hacía que esas piernas desnudas parecieran la mayor obra de arte.

—Jurgen... Jurgen... ¿Está aquí? Le he hecho una pregunta, ¿por qué no me responde?

—Eh... Eh... Eh... siento haberme distraído. Ahh... Estaba pensando en el trabajo.

—Me pregunto qué hay en el bar que le hace mirar con tanta insistencia. ¿Quiere decírnoslo?

Aquella noche había bastante público en el salón de banquetes del famoso hotel *Four Seasons*. El *Berlin Navy Group* celebraba su ágape anual. Sus invitados eran siempre las personas más poderosas del planeta. Jefes de Estado, reyes, primeros ministros, importantes empresarios, deportistas de renombre y artistas. En general, la élite mundial.

Ella estaba de pie, sola en la barra, de espaldas a él. Jurgen no podía verla con claridad. Había demasiada gente interfiriendo entre ellos. Sólo treinta metros los separaban.

—Lo siento pero tengo que dejarlos solos por unos minutos. Discúlpeme mi querido rey. Y usted mi querida reina.

—Le perdonamos. Le dejamos libre por unos minutos. Pero... Volverá aquí. Nos encanta su compañía, querido Jurgen —le dijo la Reina de Tailandia, mirándole con mucha lujuria.

Pero Jurgen en ese momento no tenía ojos para otra mujer.

Por lo tanto, se dirigió rápidamente hacia el bar. La mujer de piel bronceada y bonitas curvas, obviamente se iba. La alcanzó y le agarró el brazo izquierdo por detrás con la mano derecha, con mucha suavidad para retenerla.

—No te vayas todavía, mi bella dama —le dijo.

—Lo siento, no hablo inglés —respondió ella mirándole muy severamente.

Jurgen no había podido ver su cara antes. Sólo había conseguido disfrutar de la vista de ella, de lado y por detrás. Estaba muy emocionado en este momento, por poder verla tan cerca. Sus ojos grandes y almendrados, esos ojos negros como el azabache, con esa mirada severa pero profunda, guardaban su alma. Ella parecía como una pantera negra. Su cabello negro y abundante, que le llegaba hasta la cintura, estaba peinado hacia atrás y parecía mojado.

Una criatura rara, pensó el alemán, *una mujer pantera, salvajemente exótica e irrepetible. No puedes irte, eres mía.*

—¿Francesa? —le preguntó en un francés fluido.

—Sí, francesa —le respondió ella con indiferencia.

—Mi alma te pertenece . Te he estado mirando toda la noche. ¿Cómo te llamas?

—Natalie. No podemos hablar aquí. ¿Tienes una habitación en el hotel? —le preguntó muy severa e imperativamente.

Él, se estaba volviendo loco. Nunca le habían hablado así. ¿Era su sirviente? ¿Cómo podía hablarle así? ¿Cómo? Pero le gustaba. Esta chica tenía algo de valor. *Todos me ruegan, estoy harto... Nunca me habían tratado así, tan inapropiadamente... Quiero a esa mujer... Qué impertinencia. La quiero...*

—Sígueme discretamente —dijo Jurgen.

Natalie caminaba detrás de él y observaba su altura. Medía alrededor de 1,90 metros. Su abundante pelo rubio le llegaba a los hombros. Debía de estar bastante en forma, ya que sus hombros se perfilaban contra la carísima chaqueta gris de terciopelo que llevaba.

Entró en el ascensor. Hizo un gesto discreto para que ella también subiera rápidamente. Había varias personas. Ella se metió en la parte trasera del ascensor mientras él se ponía delante de la puerta. Giró la cabeza y la miró, muy apasionadamente.

En el tercer piso, Jurgen salió del ascensor. Sujetó la puerta para que la misteriosa mujer que tanto le había afectado, pudiera salir.

El alemán abrió la puerta de su suite y colocó la tarjeta - llave en la ranura.

—Las damas primero —le dijo a la hermosa mujer, permitiéndole ser la primera en entrar en este encantador espacio.

—¿Te gusta? —le preguntó, refiriéndose a la suite.

—Me gusta —le contestó ella muy tajantemente y sin decir nada más. Su tono era muy serio.

El alemán había perdido la cabeza por un momento. Siempre tenía el control y manejaba a las mujeres a su antojo. Esta noche, sin embargo, esta criatura, la pantera negra hembra, lo había puesto a su merced.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó él, bastante aturdido.
Era su primera vez que no sabía cómo tratar a una mujer. Se estaba sintiendo muy avergonzado. Al principio no contestó, sólo se dirigió al bar de la suite y cogió dos vasos en alto.
—Siéntate y relájate en el sofá, esta noche te voy a tratar como nadie te ha tratado nunca. Creo que bebes ginebra, ¿no?
—Puedo beber cualquier cosa de tus manos, tiéntame —le respondió, ya sentado en el sofá de lujo de cuatro plazas de la suite. Se había quitado la chaqueta, dejando sólo la camisa blanca.
Natalie después de dos minutos le trajo su bebida, un gin - tonic. Se había servido un martini en su propia copa. Ella se puso de pie, por encima de él.
—Siéntate a mi lado —le pidió el alemán, intentando que su voz sonara profunda y sexual. Pero su ansiedad era evidente. Estaba presumiendo de la pantera negra.
—No, no me voy a sentar a tu lado. Me sentaré a tus pies —agregó con ternura—. Arráncame el vestido —le ordenó y le dio a él una suave bofetada en la mejilla izquierda.
El alemán intentó arrancarlo, pero no lo consiguió. La tela era demasiado resistente. La misteriosa mujer volvió a darle una fuerte bofetada en la mejilla izquierda. Él, no sabía qué decir. Iba a reclamarla, pero se arrepintió. Entreabrió la boca en señal de asombro y sorpresa, pero sin emitir ningún sonido. Cada vez que estaba a punto de decir algo, se arrepentía inmediatamente. Se había perdido por completo. La misteriosa mujer le dio una última bofetada, esta vez demasiado fuerte. El alemán se estremeció hasta la médula. Su labio superior sangraba. No pudo aguantar más y empezó a maldecir.
—¿Qué estás haciendo, perra?
Ella le hizo... —Shhh, arranca mi vestido, te lo ordeno. Si no lo haces, te abofetearé de nuevo.
Él, esta vez, utilizó toda su fuerza y consiguió romper su vestido de seda negra en dos grandes trozos de tela.
En ese momento, frente a él, estaba mirando la perfección. Sólo un escultor podría haber esculpido este cuerpo perfecto. Sus pechos eran pequeños, pero alegres y bastante firmes. Su cintura se abrió como una rosa, ocultando todos los secretos de la feminidad. Ahora, sólo llevaba bragas negras de encaje... Y nada más.
Se acercó aún más a él, pasando las piernas alrededor de su cintura. Se sentó bruscamente sobre él. Comenzó a lamer la sangre que corría por sus labios. El alemán temblaba con convulsiones. Lanzó pequeños gemidos de placer. Natalie colocó su mano dentro de su ropa interior y lo frotó vigorosamente. Jurgen no podía aguantar más, estaba a punto de eyacular. La detuvo bruscamente. No quería hacer el ridículo. ¿El hombre que se enorgullecía de su rendimiento sexual iba a correrse en unos segundos? No, eso no debería suceder.
Natalie sugirió que se tomaran un descanso bebiendo una copa y se relajaran un rato. Jurgen estuvo de acuerdo, no pudo evitarlo. Necesitaba ganar algo de tiempo para no sentirse avergonzado por una eyaculación temprana.



DOS HORAS DESPUÉS, ciudad de Créteil

Llamaba a la puerta con fuerza.

—Abre Antígona, abre... Abre rápido.

La esposa del Sr. Demóstenes, asustada, abrió la puerta.

—¿Qué pasa mi hija? ¿Qué pasa?

—Ah, me arde la piel... Duele mucho. Es un milagro que haya podido llegar hasta aquí. Duele.

—Quítate la ropa rápidamente y métete en la ducha, rápido. ¿Quién sabe cuán tóxica es esa pintura de bronce? Te lo dije, no compres esas cosas a los argelinos. En el mercado negro todo es tóxico, estos aerosoles son peligrosos. Vamos, entremos... Métete rápido en la ducha.

—Vale, vale... Oh, me duele la puta piel. Sujétame Antígona, sujétame, voy a caer.

—Te tengo chica, te tengo... Vamos, ven aquí, siéntate. Ponte en el suelo. Bien, eso es... Todo pasará en un momento. Estoy abriendo el agua ahora. Al principio será frío.

—Ooh... Estoy congelada... Ahhh... Del fuego al hielo.

—Antigona, ¿qué coño estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? —le estaba preguntando Eurídice con voz ahogada, mientras sollozaba.

Salía todo eso que había estado escondiendo dentro de ella, todo este tiempo, esa costra. Su gran pena por Pano. Y hoy lo que tuvo que hacer con Jurgen. Lo que había hecho para conseguir pistas que le mostraran quién había empujado a su amor por el precipicio, la pasada Nochebuena. Eurídice nunca creyó que la caída de Pano fuera un accidente.

La señora Antígona seguía acariciándole el pelo para calmarla, mientras el agua caliente caía ahora con fuerza sobre Eurídice. Era como si las compuertas del cielo se hubieran abierto y el agua limpiara su alma de los contaminantes. Como un castigo, como una iniciación y como una purificación. Pero... No como una redención... Todavía.

La pobre esposa de Demóstenes se había visto obligada a meterse también en la ducha para lavarse, calmarse y apoyar a Eurídice. Sólo que ella llevaba toda su ropa... Estaba vestida. ¿Qué otra mujer podría lavar a otra mujer desnuda, aparte de una Madre? Eso fue todo para Eurídice en ese momento... Una licitación de una Madre.

Al terminar la ducha, Eurídice le dijo:

—Oh, Antígona, eres como madre para mí, quiero que lo sepas. Te quiero mucho. Sé que no quieres que te llame señora Antígona y me has prohibido usar el plural, pero me permitirás que te llame mamá de vez en cuando. ¿Tenemos un trato?

La señora Antígona, después de cubrirla con una toalla blanca, le respondió:

—De acuerdo, hija mía, de acuerdo —mientras estaba mirando al suelo, pues no quería mostrar sus ojos llorosos a Eurídice.

Antígona, era una mujer muy delicada. Una señora menuda, con un pelo negro muy largo, siempre recogido en una larga trenza. La raya de su pelo era la misma durante 36 años. No había cambiado su posición, siempre estaba en el centro. Básicamente, todo en ella era delgado. Sus rasgos eran diminutos y desprendían una nobleza y una clase especiales. Su cabeza, sus ojos, su nariz, su boca... sus orejas. Su rasgo más distintivo era su cuello. El llamado cuello de cisne. Lo único basto en ella eran sus cejas. Tenía unas cejas muy particulares, arqueadas y pronunciadas. Antígona siempre comedida y seria, con una mirada perpetuamente interrogante y ligeramente inexpresiva. Se reía moderadamente, casi nunca lloraba, hablaba despacio y con firmeza.

Sin embargo, ahora quería llorar.

Así que dejó de lado sus delicados modales y abrazó a Eurídice con mucha ternura, rompiendo a llorar. Estaba llorando... Y lloraba... Y su voz emitía sonidos nunca antes escuchados. El llanto la ahogaba.

Después de varios minutos, por fin ambas se habían calmado. Eurídice estaba sentada en una vieja silla frente a un espejo, mientras Antígona estaba de pie detrás de ella. Se estaba peinando con un cepillo maltratado.

—Te quedan bien los ojos negros, hija.

—Oh, aún tengo puestos los lentes. No me di cuenta de que todavía los llevaba.

—Calla cariño, todo irá bien —agregó Antígona, intentando no dejarse llevar de nuevo por las sirenas de las lágrimas.

—Eres hermosa mi Eurídice, tienes una boca tan bien formada que uno se pregunta si es real o imaginaria.

Antígona había conseguido levantar un poco el ánimo de Eurídice. Una pequeña sonrisa se había aparecido en sus labios.

—No me extraña que Pano se haya enamorado de ti a primera vista.

Eurídice, al oír el nombre de Pano, sintió que un temblor recorría sus labios. Antígona se dio cuenta de que quería volver a llorar. La detuvo. Puso las palmas de las manos en la frente de Eurídice y le dijo:

—Oye... Sin llorar... Sin llorar, ¿qué acabamos de acordar, hija? —y comenzó a acariciar suavemente su cabeza.

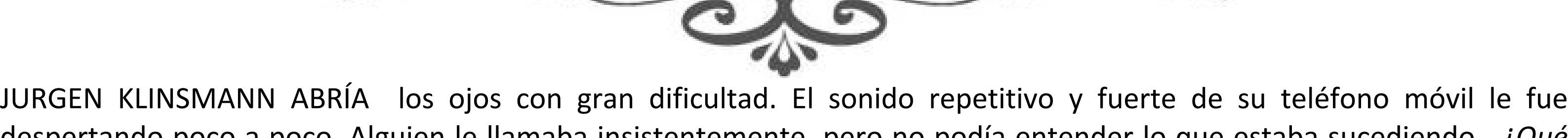
Finalmente logró controlarse, no lloró. Ahora miraba su reflejo en el espejo. Acababa de darse cuenta de lo mucho que se le había endurecido su cara. La dulzura que siempre la había caracterizado había desaparecido desde hacía unos meses.



Se estaba volviendo áspera lentamente y con dureza. No, eso no le gustaba. Necesitaba volver a encontrar su antiguo yo, su alma romántica.



¿Quién eres?



JURGEN KLINSMANN ABRÍA los ojos con gran dificultad. El sonido repetitivo y fuerte de su teléfono móvil le fue despertando poco a poco. Alguien le llamaba insistentemente, pero no podía entender lo que estaba sucediendo. *¿Qué es ese ruido? ¿Dónde estoy?*
Tardó dos segundos en darse cuenta de que no había oído el despertador y que probablemente se había perdido una cita muy importante. Así que dio un salto muy brusco y se levantó del sofá. Loui le había llamado ocho veces. El alemán estaba de capa caída. Maldijo de forma inusual. Llamó a sus hombres de seguridad personal desde su teléfono y empezó a gritar.
—¿Dónde estáis, perdedores? ¿Dónde estáis, idiotas? ¿Por qué me dejasteis dormir hasta el mediodía? ¿Perdedores? ¿Eh? Pedid disculpas ahora, idiotas.
El jefe de su equipo de seguridad, compuesto por cuatro hombres, intentaba explicarse.
—Sr. Jurgen, anoche nos dijo que no le molestáramos en absoluto. ¿No recuerda haber subido a la suite con esa morena quemada por el sol?
El alemán empezaba a recordar: *sí, sí, la mujer pantera. Sí, sí... Ella vino aquí conmigo, me besó tan apasionadamente. ¿Quién es esa criatura? ¿Dónde está ahora, se ha ido? ¿Qué pasó exactamente ayer...? Recuerdo que me besaba y me lamía los labios apasionadamente. ¿Pero qué pasó después? No puedo recordar... Pero ahora tengo que llamar a Loui por teléfono, lo tengo parado...*
—Loui, Loui, siento mucho haberte dejado plantado pero mi hijo se ha caído del caballo y se ha hecho daño y he tenido que contactar con su madre y con el hospital por lo que no he podido venir al restaurante.
Loui le preguntó visiblemente sorprendido:
—¿Su hijo y su ex mujer en Alemania no viven ambos?
—Sí, viven en Alemania, hace una hora que me comunico con ellos por videollamada, por eso no pude venir al restaurante. Lo siento mucho.
El empresario francés también se sentía culpable de haber llamado tantas veces al alemán, por teléfono, y de haberle molestado, y encima se disculpaba con él.
—No te disculpes Loui, no te disculpes, te llamaré esta tarde para quedar mañana y hablar de nuestros asuntos personales, amigo.
—Bien Jurgen, no te preocupes en absoluto. Lo único que importa es que tu pequeño esté bien. Espero que sea de hierro. Hablaremos más tarde, mi buen amigo.
El alemán colgó el teléfono y consiguió relajarse. Loui se lo había creído, afortunadamente. Puede que fueran amigos desde hace años, pero Jurgen nunca, jamás, se permitiría ser tan incoherente diciéndole la verdad. Es decir, que se había quedado dormido.
Ahora Jurgen estaba libre de obligaciones y tenía todo el tiempo que necesitaba para recuperarse de ese largo sueño.
Eran las 3 en punto. El director general de *Berlin Navy Group* estaba sentado en su despacho revisando su correo electrónico en la pantalla de su portátil. Ya había disfrutado de una deliciosa comida y de una ducha especialmente relajante. Ese molesto vértigo por fin había desaparecido para él también. ¿Qué había bebido ayer para que se mareara tanto desde que se despertó? Los nuevos correos electrónicos que había recibido eran docenas. De momento no tenía ganas de leerlos todos ni de responderlos. Iba a dedicar este fin de semana de tres días a sí mismo. A partir del lunes, cuando volviera a Berlín y a la sede de la empresa, comenzaría su rutina de negocios. Necesitaba relajarse un poco en estos días, antes de volver al trabajo.
El banquete de ayer había ido muy bien. Por supuesto, no pudo despedirse de sus invitados. Se había ido muy temprano... Por esa visión deslumbrante, esa “hembra salvaje”. *¿Qué coño pasó ayer? ¿Por qué no puedo recordar lo que pasó exactamente? Sólo recuerdo haberla besado. Después de eso, nada...*
Mientras su mente viajaba con estos pensamientos y su mano derecha jugaba con el “ratón” del ordenador, le llegó un correo electrónico de un remitente desconocido. De una tal Natalie. *Oh, ahora recuerdo... Natalie era su nombre. Esa es ella, estoy seguro. Oh, mi dulce visión, me encontraste, me encontraste.*
El mensaje no tenía texto. Natalie sólo le había enviado un vídeo de 14 segundos. Junger se estaba recuperando rápidamente. Sufría una tremenda agonía. Estaba preguntando qué contendría este vídeo. Lo abrió. Acercó la cabeza a la pantalla y puso los ojos en blanco. *Oh, Dios mío, no puedo creerlo... Sí, sí, sí, sí... Sí. Oh, gracias Dios... Oh, gracias.*
En esos 14 segundos Jurgen sintió una felicidad absoluta, un orgullo absoluto. Su ego se había reafirmado. Una vez más lo había conseguido. Viendo a Natalie balancearse violentamente sobre él, y oyéndola gemir tan fuerte y tan voluptuosamente, concluyó que anoche había triunfado. Habían tenido, como mostraba el vídeo, un sexo muy intenso y sensual entre los dos.



—¿LO ATRAPÓ DE INMEDIATO?
—No de inmediato. Después de siete u ocho minutos. Por suerte, no estuve obligada a seguir besando al asqueroso alemán. Temiendo una eyaculación precoz, nos tomamos un descanso y nos sentamos en el sofá para tomar nuestras copas. En pocos minutos empezó a marearse y a divagar. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba empezando a hacer efecto lo que me diste a poner en su bebida, la píldora. Así que empecé a preguntarle por todo. Aquí está la conversación, grabada con mi teléfono móvil. ¿Quieres oír lo que me dijo ese asqueroso?
—Sí, mi Eurídice, tengo mucha curiosidad por saber lo que sabe del "accidente" de Pano.
—Muy bien mi Antígona. Y yo también creo que no recuerdo mucho de lo que me dijo anoche. Estaba terriblemente confundido. Ahora voy a tratar de averiguar exactamente lo que me confesó. Bueno, voy a pulsar el play en el audio:
—¿Cómo te llamas?
—Jürgen Heinrich Klinsmann. He heredado el nombre de Heinrich de mi padre. Pero el nombre "Jürgen" es de mi abuelo. Mi glorioso abuelo, el hombre de acero, el famoso comandante de las SS. Mi padre siempre fue débil, mi abuelo intentó muchas veces hacer de él un hombre, pero no pudo. Mi padre probablemente no pertenecía a la tribu aria, por desgracia, no puedo explicarlo de otra manera. Esto es algo que me duele. Pero mi abuelo, ese maravilloso hombre. Sólo en las fotos si lo ves, lo entenderás. Esa cara con los labios fruncidos, los pómulos puntiagudos. Siempre irradiaba fuerza. De ahí saqué mi personalidad. Mi padre y yo no tenemos nada en común. Siempre inútil. Débil.
—¿Cuántos años tienes?
—49 años dorados.
—¿Cuántos hijos tienes?
—Dos.
Eurídice pulsó el botón de pausa de su teléfono móvil y se volvió hacia Antígona.
—Hice exactamente lo que me dijiste. Al principio le hice preguntas familiares para ver si el suero de la verdad empezaba a hacer efecto. Pero en cuanto le oí decir que tenía dos hijos, empecé a temer que la medicina, el suero, empezara a provocarle alucinaciones.
—No, mi Eurídice. No hay manera de que esta píldora cree ilusiones y distorsiones de la verdad. No hay percepción. Convierte al sujeto, o en este caso al objeto, en una máquina de confesar hechos reales. Confesó la verdad. Es que el público, nosotros... No sabíamos que tenía dos hijos. Creíamos que sólo tenía un hijo. Eso no importa... —le dijo Antígona, mientras estaba muy pensativa, concentrada y seria, agarrando su mandíbula con la mano izquierda.
—¿Dónde está tu segundo hijo?
—No lo sé, no lo sé. Hace unos 30 años violé a una chica. Era una compañera mía en la universidad. Era hermosa. Como tú, morena, hermosa. Nació en Alemania de padres turcos. Esa noche no pude resistirme. Había ido a su dormitorio para ayudarla con sus deberes de primer año. Teníamos una simpatía mutua. Fue en su habitación donde ocurrió todo. Ella no podía gritar... yo la hacía callar. Lloró y me empujó. Todavía me siento culpable. Mi raza no debería mezclarse con las más oscuras, pero siempre he tenido debilidad por las mujeres de pelo oscuro. Ese misterio que desprenden. Desde que era un niño, he crecido con gente de piel clara. Todas rubias con ojos azules-verdes. Para mí esta belleza morena fue una revelación. Algo exótico. Como tú. Magia.
—¿Qué pasó después de violarla?
—Salí de su habitación, mientras ella estaba tirada en el suelo y lloraba. Al día siguiente fui a disculparme con ella. Ni siquiera me miraba. Sus ojos estaban enfadados. No hablamos durante tres meses. Hasta que vino a mí y me pidió hablar. Acepté con mucho gusto. Entonces me reveló que estaba embarazada. No, eso habría sido un desastre para mí. Con sólo 19 años, ¿se convierte en padre? No, de ninguna manera. Le dije que abortara. Ella no quería. Me dijo que su religión lo prohibía. Entonces empecé a insultarla y a hablarle muy mal. Empezó a llorar y a decirme que sus padres la matarían si se enteraban de que estaba embarazada siendo soltera. Me pidió que me casara con ella para alejarse de sus padres. Me volví loco... "¿Qué estás diciendo?", le pregunté. "Soy un chico de 19 años, no quiero casarme, no quiero ser padre. Olvídalo, olvídalo". Le sugerí que le daría dinero para que dejara la universidad y se fuera de Alemania. Entiende, ella era de una familia pobre. Sólo fue aceptada en la universidad porque era una excelente estudiante con una beca. Normalmente no tenía lugar allí. En la universidad Bard todos éramos de familias ricas. Por eso te digo que el soborno era mi única esperanza. Finalmente lo aceptó. Le di 200.000 marcos. Para sacarla de Alemania y de mi vida. Se fue al día siguiente. No he vuelto a saber de ella. Sus padres la buscaron durante muchos años. Nunca la encontraron.
-¿Cómo puedes estar seguro de que dio a luz a tu hijo si nunca la volviste a ver?
-Estoy seguro. Es el tipo de mujer que nunca abortaría. Además, puedo sentirlo. Tengo un segundo hijo. La he estado buscando durante los últimos años. Pero es inútil. Es como si la tierra se abriera y se la tragara.

—Suficiente con esta historia. Quiero que me hables ahora de Pano Dale.
—¿Pano Dale? ¿Ese tipo griego? No quiero hablar de él. Me metió en problemas, el bastardo. En lugar de enviarme a los tribunales, prefirieron liberarme mediante el chantaje. Los secretos que les doy, ayudan a las empresas de armamento naval estadounidenses a ir un paso por delante del Berlin Navy Group. Han ganado miles de millones a mi costa. Pero, por otro lado, me siento afortunado de ser libre. Si quieren presentar un proceso criminal contra mí, tienen muchas pruebas que me incriminan. Y todo comenzó con este Pano Dale. Todavía no puedo entender cómo resolvió el caso. Una tarde, recibí un mensaje del "diablo" y me dijo que había un tal Pano Dale, un agente griego-americano de la CIA, que estaba al tanto de la conspiración que habíamos urdido sobre el naviero Doko. Me quedé impresionado. El diablo hasta ese momento me decía que todo iba perfectamente y de repente apareció este griego-americano.
—¿Quién es el diablo?
—Esa es la cuestión, ¿quién es el diablo? También hice que mi gente lo buscara, pero no pudieron encontrar nada. Los mensajes que me enviaba no dejaban rastro. Era imposible encontrarlo.
—No entiendo. Explícamelo con más detalle. ¿Quién es el diablo?
—Eso es lo que trato de explicarte. No sé quién es el diablo. ¿Qué es lo que no entiendes? Se acercó a mí, me envió mensajes. Organizó todo, los anarquistas en Grecia, el atentado contra Dokos... todo. Gran mente. Lo respeto. Pero no sé quién es, te digo. No lo sé. Ojalá lo supiera. No se ha puesto en contacto conmigo en varios meses.
—¿Diste la orden de matar a Dale?
—Sí, le ordené a Howard Bold que matara a Dale. Todos murieron en esa montaña en una tormenta de nieve. Junto con los mercenarios que Howard había contratado, Dale y sus amigos. Pero los malditos estadounidenses lo supieron todo. ¿Cómo demonios se han enterado de todo? Y ahora me tienen a mí. Ahora soy su esclavo. Howard me juró que nunca abrió la boca. Joder.
—Aquí empezó a sacudir la pierna y a decir palabras ininteligibles. Después de dos minutos se quedó dormido. Así que aproveché para subirme encima de él, justo cuando estaba en ropa interior, puse mi teléfono sobre la mesa y grabé unos segundos de vídeo que parecían que estábamos teniendo sexo. Se lo enviaré por correo electrónico en unas horas. No debería sospechar nada de lo de anoche. Después de eso tuve miedo de que se despertara, recogí mis cosas y me fui rápidamente.
—Uno no se despierta con esa píldora fácilmente. Fue el milagro del Mossad. Por supuesto, entiendo que no tengas experiencia en estas cosas... Es comprensible que te hayas asustado.
Eurídice levantó la vista y miró a Antígona con asombro y admiración.
—¿Quién eres tú Antígona para saber tanto?
—Cuando las cosas se calmen, lo contaremos todo, hija mía. Lo contaremos todo —agregó con ternura, y le acarició el pelo.



Camp nou

4 DE OCTUBRE, SÁBADO a mediodía

El campo temblaba debido a la intensidad de las ondas sonoras.

—Baaarcelona... Baaarcelona...

Los cánticos, y los aplausos habían inundado el Camp Nou, la casa del fútbol del Barcelona. Jorge Sanz estaba en la suite VIP. Estaba sentado en un cómodo sillón de cuero burdeos. Junto a él estaba el presidente de Barcelona y su esposa. También ellos se sumaron a la celebración de las consignas. Habían unido sus voces a las de los aficionados en las gradas.

Un pase inesperado del delantero del Barça y la pelota llegó al fondo de la red. El presidente del Barça se levantó de su asiento y corrió hacia Jorge. Lo estaba celebrando a lo grande. Gritaba: —Goo... goo... goo... goo... goo... goo... goo... goo... goo... goo... goo... goo...gooool.

Su equipo acababa de abrir el marcador, contra su rival más odiado, el Real Madrid. El presidente le había abrazado, situándose sobre él mientras Jorge seguía sentado. El presidente estaba saltando y gritando, celebrándolo. En ese momento no había entendido nada. Sólo estaba celebrando, como un niño pequeño.

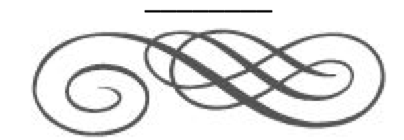
Pero... Sintió algo húmedo en sus manos. Por eso las llevó cerca a su cara con sorpresa, para mirarlos. Sus palmas estaban llenas de un líquido rojo. Su sorpresa fue inmensa, se quedó en shock por un momento. Tenía miedo de que fuera a pasarle algo malo a sí mismo. Miró mecánicamente a Jorge. Jorge se había caído hacia el lado del sillón.

—Jorge, Jorgeee... Jorgeeeee —le gritaba, pero Jorge no respondía.

Su cabeza estaba girada hacia un lado. Estaba completamente quieto. Se inclinó sobre él y le levantó la cabeza. Su boca, su mandíbula, su cuello, su pecho, estaban cubiertos de sangre.

La esposa del presidente de Barcelona empezaba a gritar. El vaso se le cayó de las manos y se rompió al golpearse contra el suelo de granito. Los hombres de seguridad de Jorge corrieron rápidamente a ver qué pasaba.

Jorge estaba muerto.

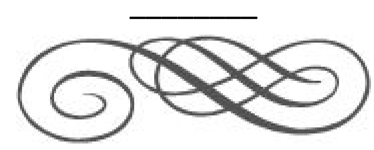


—LE DIGO INSPECTOR, que estaba vivo. Antes de toparme con él, también estaba gritando, celebrando el gol. Cuando estaba encima de él y lo celebraba, sentí que él también se movía. Él también lo estaba celebrando. No recuerdo todo con claridad, por supuesto, estaba “borracho” del gol. Era la última jugada, en unos segundos se acabaría el partido, por eso lo estaba celebrando tan desaforadamente. No podría haber sido herido por mí. No, no, no, eso no es posible. Estaba sentado en el brazo de la silla. Tenía mis brazos alrededor de su cabeza y estaba rebotando en el asiento. No podría haber sido herido por mí. Yo peso 62 kilos, él pesaba 110.

El inspector de homicidios, Pedro Martínez, tranquilizó al presidente del Barcelona, diciéndole que no se preocupara.

—Sr. Maldonado, esperaremos los resultados del examen forense de la causa de la muerte. Tal y como lo describe, es casi imposible que sea responsable de lo ocurrido. Después de todo, no hubo ningún traumatismo externo, ninguna laceración. La sangre de la boca sugiere una hemorragia interna. ¿Puedo tener las imágenes de las cámaras de su VIP suite?

—Sí, sí, por supuesto inspector. Coordinaré estos asuntos con el jefe de mi equipo de seguridad —le dijo con voz temblorosa el presidente, quien tenía mucho miedo de meterse en problemas por la muerte de Jorge Sanz.



UNAS HORAS MÁS TARDE, Comisaria Mossos d 'Esquadra

—Pedro, he visto muchas veces las grabaciones de las cámaras de la suite. No veo nada extraño. Todo es exactamente como el presidente te lo dijo. En el momento del gol, Sanz estaba gritando, todavía estaba vivo. Bueno, bueno, ven a ver, acércate a la pantalla —le dijo la prometedora inspectora Adriana Pérez con voz muy contundente—. ¿Ves aquí? Acercándose ahora a él y poniendo las manos sobre su cabeza, Sanz también movió las suyas. Espera a que lo veamos en cámara lenta y con el zoom. Sus manos se mueven durante diecisiete segundos. Después de la decimoséptima... Bueno... Oh, ahí, ¿ves? La botella que está sobre la mesa, se cae por las celebraciones... El presidente la derriba accidentalmente y se rompe... E inmediatamente después, las manos de Jorge empiezan a flaquear, como si perdieran su fuerza. ¿Dónde estamos? Veintidós segundos... Sus manos están completamente quietas y caídas. ¿Lo ves ahora, Pedro? Es como si tuviera convulsiones, tal vez sea por el salto del presidente en la silla, no estoy segura.

—Corre el vídeo Adriana —le pidió el inspector Pedro a la joven y bella detective.

Se puso por encima de ella, de pie, mientras ella estaba sentada. En su intento por ver mejor la imagen en la pantalla del ordenador de Adriana, se inclinó hacia la pantalla y colocó inconscientemente su mano izquierda, sobre su hombro derecho. Ella se sacudió bruscamente. Con la cara roja de vergüenza, Adriana siguió analizando el vídeo.

—Muy bien, déjame adelantarlo un poco. Nada. Veo sólo los saltos del presidente. Jorge, desde los veintidós segundos, supongo que probablemente haya empezado a salir sangre por la boca. El presidente termina los vítores en la marca de los cuatrocientos segundos, donde se da cuenta de lo que está pasando. Por desgracia, no hay cámaras en la parte delantera. Jorge estaba sentado justo detrás del cristal de la suite, para poder ver mejor el terreno de juego y el partido. Lo que estamos viendo es sólo una vista trasera. De hecho, la toma que te muestro es la mejor. No pude ver nada destacable en los otros.

—¿No hay cámaras frontales? ¿Por qué?

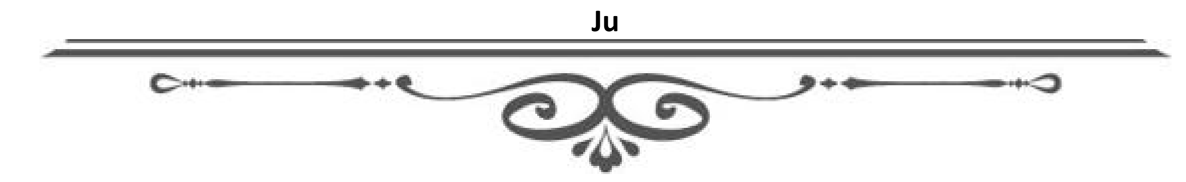
—Porque estaba sentado, como he dicho, casi pegado al vidrio, así que las cámaras frontales mostraban la parte superior de su cabeza.

—¿Crees que es posible que su muerte haya sido causada por el peso de Maldonado?

—Totalmente improbable. La mitad de su peso se apoya en el brazo de la silla. No está totalmente erguido... ¿Ves? ¿Es posible que por haber colocado los brazos y la parte superior del cuerpo, le haya causado ese tipo de daño? El informe forense lo dirá todo.

—Estoy de acuerdo.





4 DE OCTUBRE

Todo era hermoso. Opulencia, lujo, invitados de alto rango. Las lámparas de araña flotaban como nubes en el cielo y los diamantes que llevaban, brillaban como el sol. La sala estaba llena. Dos mil personas ya estaban sentadas en sus sillas.

Howard Bold, agarraba con ternura la mano de su compañera, la miraba, y sonreía amablemente. Se sentía afortunado por estar fuera de la cárcel, tras la revelación de su participación en el grupo criminal de Jurgen Klinsmann. Sabía tantos secretos, por supuesto, tanto del Presidente de los Estados Unidos como de muchos otros senadores, que era imposible que el "estado profundo estadounidense" lo metiera en la cárcel. Lo único que le pidieron fue que renunciara a su cargo de Consejero de Seguridad Nacional del país y que se alejara de Jurgen y de sus actividades ilegales.

Él había hecho felizmente ambas cosas. Hacía unos meses que no hablaba con Jurgen y había dejado el trabajo sucio. Para entonces, había creado su propia empresa de construcción. Hoy estaba en su inauguración.

En menos de un minuto iba a subir al podio. Apretó con fuerza la mano de su acompañante, una belleza asiática de dieciocho años que llevaba un vestido largo de seda color canario, se inclinó hacia su oído y le susurró: —Te quiero...

Al subir las escaleras para ir al podio, los invitados le aplaudieron muy fuerte. Elegantemente, vestido con un carísimo traje Gucci morado, se acercó por fin al micrófono y al estilo de una estrella de Hollywood, dio las gracias a todos.

—No saben lo feliz que estoy esta noche por tenerlos a todos aquí. Bueno...

Hizo una pausa, mientras se agarraba torpemente la frente y el pelo con la mano izquierda y miraba a Ju, resoplando. El silencio reinaba en la sala. Todos esperaban que continuara su discurso.

—¿Ustedes saben cómo se llama mi construcción? —les dijo Howard con fuerza.

—Sí... "Ju" —respondieron todos con una sola voz y particularmente felices. El ambiente de la inauguración se había vuelto muy interactivo. Una gran celebración animaba la sala.

—Pero lo que no saben es por qué llamé a la empresa, Ju.

—No lo sabemos — respondieron los invitados de abajo.

—La responsable es esta belleza, la mujer que me puso en el camino correcto—les dijo mientras señalaba a la belleza asiática con su mano izquierda. Tomó un sorbo de su champán y continuó.

—Es la primera vez que les presento oficialmente mi relación. Hasta ahora, durante un mes, ninguno de ustedes sabía nada de este asunto. He dado el nombre de esta hermosa criatura, Ju, a mi empresa. Y es que... Porque a mis 62 años, creo que estoy preparado para volver a casarme por cuarta vez.

La sala del banquete se llenó de gritos y alaridos. Todos se pusieron de pie, aplaudieron con fuerza y gritaron... —Bravo, bravo.

Ju también se había levantado, había puesto las palmas de las manos en sus mejillas. Se sintió momentáneamente confundida. Se había quedado con la boca abierta. No le gustaba para nada Howard, como hombre... Pero, le gustaba su dinero. A partir de ahora, ella tendría derechos sobre su propiedad. Eso era lo que la volvía feliz ahora. Por eso, y unos segundos después de la sorpresa y el susto iniciales, ahora empezaba a chillar... De alegría y emoción.

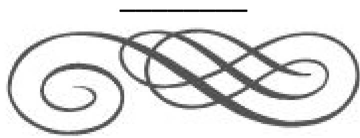
Howard Bold, al encontrarse en medio de toda la tormenta de vítores y aplausos, comenzó a alejarse del podio con la intención de bajar a su mesa y abrazar a Ju. Al bajar los pocos escalones, se tambaleó y se desplomó de bruces...

Se armó un revuelo en la sala de banquetes. La gente empezó a gritar y a correr hacia Howard Bold. Sus hombres de seguridad intentaban alejar a todos y mantenerlos a raya. Ju se había quedado atónita. Temía que le hubiera pasado algo grave a Howard. Eso significaría que no se casarían y ella perdería todos los derechos sobre sus bienes. Así que, corrió a ver qué pasaba, llena de ansiedad.

Los de seguridad la dejaron ir hacia él.

Le dio la vuelta sobre su espalda. Su boca, sus labios y su pecho... Así como el suelo, estaban cubiertos de sangre.

Howard Bold estaba muerto.



UNAS HORAS MÁS TARDE, Pentágono, Estados Unidos

—Mayor, ponga a Jack Cooney al teléfono rápidamente. Dígale que venga lo antes posible.

—Ahora mismo, General.

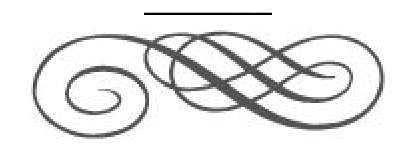
En cuanto el Mayor salió del despacho del General corriendo para cumplir la orden de su superior lo más rápidamente posible, el General, y más concretamente el Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, dirigió su mirada al Jefe de la Marina de Guerra de los Estados Unidos. Su mirada era sombría.

—¿Crees que el asesinato de Howard Bold está relacionado con el "caso Doko"?

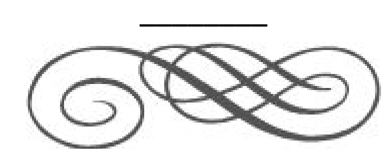
—Claro que sí. Ayer, un español perteneciente al "grupo Jurgen" murió de la misma manera. Él también tuvo algo que ver con el "caso Doko".
—Así que están limpiando todo el equipo. ¿Crees que los asesinos son nuestros? ¿La CIA, tal vez?
—No, no hay manera de que nuestra gente esté involucrada. He hablado con todos. No ha habido ninguna orden de ninguna agencia, oficial o no, para matar a Bold.
—¿Crees que el alemán es el responsable? ¿Klinsmann? ¿O son los mercenarios de la organización paramilitar, "Hellgate"? —le preguntó el General mientras estuvo apoyando sus codos en el escritorio.
—Lo descarto. Ya que las acciones del alemán han sido totalmente expuestas, ¿qué más podría revelar Bold sobre él? No tenía nada que temer para que quisiera matar a Bold. Después de todo, el acuerdo que tiene con nosotros lo cubre por completo. ¿Por qué entraría en un juego como este y destruiría todo? Es un escenario autodestructivo para él. En cuanto a los mercenarios de la Hellgate, lo descarto. Esa no es su firma. Solo matan con ametralladoras o explosivos.
—¿Los griegos? ¿Ese viejo espía, quizás? ¿Demos, Dimos? No recuerdo su maldito nombre.
—Demóstenes. Es él quien nos puso en contacto con Doko y nos ofreció el trato.
—Sí, él.
—Actualmente se encuentran en Noruega, en un pueblo aislado, todos ellos. Jack Cooney es responsable por ellos.
—¿No deberíamos haberlos eliminado? Saben demasiado.
— No pudimos. Eran parte del trato. Doko había puesto condiciones. Nos dijo que si alguna vez le ocurría algo a él o a su gente, se enviarían automáticamente cientos de correos electrónicos a los periódicos de todo el mundo, revelando detalles del acuerdo, y detalles sobre su superarma.
—Ahora que mencionas esta arma, ¿cómo van las pruebas?
—Está casi completo. Lo que queda son las pruebas en alta mar y en el océano. No hay ninguna potencia naval que pueda vencernos si las últimas pruebas resultan exitosas.
—Me alegro —agregó el General, evidentemente satisfecho, y se cruzó de brazos.
El comandante los interrumpió bruscamente y los informó de que Jack Cooney llegaría en 20 minutos.
—El General, muy pensativo, mirando al suelo, hizo una última pregunta al Jefe de la Marina de Guerra.
—¿Podría estar involucrado el fantasma al que se refería el alemán? ¿Ese "demonio" como lo llamó?
—General, nunca creí la historia del alemán. Alguien completamente desconocido, de la nada, estaba enviando mensajes al alemán, con cero rastros, revelando información clasificada, preparando una increíble conspiración. Mentira. Creo que el alemán estaba tratando de fabricar un chivo expiatorio para culparlo de todo, en caso de que el estado americano y el estado griego lo acusaran, para poder reducir la condena que se derivaría de ello.



EL VUELO NO FUE NADA bueno. Durante 12 horas se produjeron constantes turbulencias. Dino Melisas se ha desabrochado el cinturón de seguridad. Necesitaba urgentemente ir al baño.
En la puerta estaba el indicador rojo, que significaba que el baño estaba ocupado. Después de un rato, la persona que estaba dentro salió. Una mujer muy hermosa. Ni siquiera miró a Melisas, que estaba de pie junto a la puerta, y siguió su camino. Esa fue siempre su queja. No tuvo éxito con las mujeres. Toda su vida lo habían rechazado y no le habían prestado atención.
No es que hubiera nada malo en él. Tenía una cintura y una circunferencia especialmente grandes, era particularmente flácido y nada masculino. Había algo antisexual, algo que no atraía en absoluto al sexo femenino.
Pero él conocía el secreto que las haría caer a todas a sus pies. El gran dinero. Eso es todo lo que había estado haciendo desde el año pasado: cómo ganar mucho dinero.
Si no hubiera sido aquel puto, Pano Dale, ahora mismo Doko estaría muerto y Melisas habría recibido unas decenas de millones de euros, como recompensa de Jurgen Klinsmann.
Admiraba a Jurgen Klinsmann, quería ser como él. Un soltero solicitado, con éxito.
Se miró en el pequeño espejo justo cuando terminó de lavarse las manos. Se sintió satisfecho. Recordó el momento en que empujó a Pano por el acantilado. Comenzó a reírse sardónicamente. Estaba muy contento de haber vengado a Panos de esta manera. No tenía la menor idea de que Pano estaba vivo.
Arreglándose el pelo con las manos y haciendo varias poses frente al espejo, se dijo a sí mismo:
—Nadie se mete con Melisas. Debería haberlo sabido Sr. Dale. Mira dónde estás ahora, y mira dónde estoy yo. La venganza es muy dulce.
La voz del capitán llegó por los altavoces del avión. Vuelvan a sus asientos y abróchense los cinturones.
—En 40 minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Pekín.
Melisas, que no dejaba de mirarse en el espejo, empezó a reírse con suficiencia.
—Ahora comienza mi vida. Los chinos me adorarán por los secretos que les revelaré —se susurró a sí mismo en voz baja, se giró bruscamente y abrió la puerta del baño para salir a fuera.



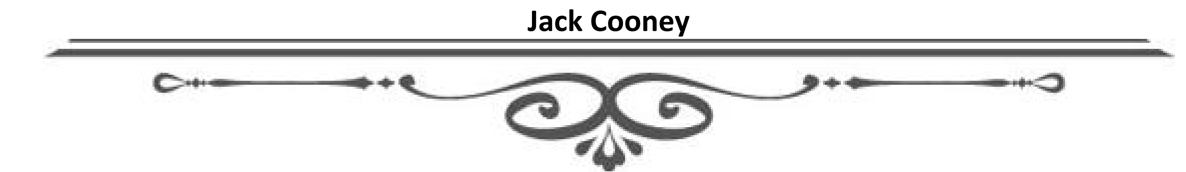
SEDE DEL SERVICIO SECRETO chino
—Liu Xiang, tienes que irte, en 35 minutos el griego aterriza.
—Soy consciente de ello, Comandante.
—¿Lo has estudiado?
—No tenía suficientes datos para completar su psicograma. Confía en mí comandante, que tendré su perfil psicológico terminado para esta noche.
—Está bien, entonces será mejor que empieces. Si lo que nos ha dicho es cierto, conoceremos los mayores secretos de nuestros adversarios. Los secretos de las fuerzas de la OTAN. Lo que sabe es muy valioso, si realmente es cierto.
—Creo que lo son. Después de todo, ya nos ha dado pruebas. ¿Recuerdas lo que pasó con el submarino británico al sur de la isla griega llamada Creta? Lo único que tendremos que vigilar será la integridad de su carácter. Un hombre que traiciona a sus compatriotas... No es un buen hombre... ¡Ni se puede confiar en él!
El comandante chino se quedó mirándole fijamente, como diciéndole... “Estoy de acuerdo”.



MELISAS SALIÓ POR LA puerta del aeropuerto, cargado con una enorme maleta, y decidió detenerse unos minutos para disfrutar de un cigarrillo. Sintiendo el frío, resopló. Los chinos le habían dicho que lo esperarían en la zona de aparcamiento de taxis. El taxi que lo esperaría, tendría un anuncio en su puerta con el famoso jugador de baloncesto estadounidense Jordan.
Tras dar la última calada, apagó el cigarrillo en el cenicero del cubo metálico y recogió su maleta. El vuelo lo había cansado. Y tenía hambre... Mucha hambre.
Se dirigió lentamente y giró a la derecha por el peso de la maleta hacia el aparcamiento. Empezó a buscar uno por uno los taxis para encontrar el anuncio distintivo en la puerta del pasajero. Avanzó en dirección contraria y paralela a ellos.
Lo encontró. No tuvo que molestarse en absoluto. Golpeó la ventanilla del pasajero. El conductor la bajó y le dijo que,

lamentablemente, el coche estaba estropeado y que tendría que buscar otro. Melisas le dijo en chino:
—Buen país.
El conductor, tras escuchar la frase clave, respondió: —China, mi amor.
Le abrió la puerta, salió y lo ayudó a colocar su enorme maleta en el maletero. El agente chino era peculiarmente educado y tenía tendencia a inclinar la cabeza ante Melisas repetidamente. Algo que le gustaba al ex agente griego. Le hizo sentirse superior.
Liu Xiang le hizo sentarse en los asientos traseros. Había un problema con el asiento del pasajero. Se disculpó humildemente por ello y se disculpó profusamente. Había varias revistas de moda en los asientos traseros.
Durante los primeros minutos del viaje, Liu Xiang, no habló en absoluto. Acababa de observar la kinesiología y los gustos de Melisas a través de su espejo. El griego había optado por hojear la revista que mostraba en su portada a una modelo rubia y delgada. Había dejado la revista que tenía modelos masculinos en la portada y la revista con las mujeres más gordas en el asiento. Ni siquiera los tocó. La primera pista ya estaba ahí: *"amante de las mujeres altas y delgadas de piel clara"*.
Su perfil psicológico se fue construyendo poco a poco.
Después de unos minutos de silencio, Liu Xiang comenzó a hablar. Mientras hablaba, estaba rascándose su pómulo derecho. Dos minutos antes, había observado a Melisas que estaba haciendo el mismo movimiento. Liu estaba copiándolo. Este técnico... El “espejo técnico” era muy utilizado por los agentes encubiertos chinos para ganarse la confianza de su sujeto. Se volvían idénticos, expresivamente y kinésicamente a su sujeto.
Durante el resto del viaje, el agente chino, hizo muchas preguntas a Melisas. Él respondió a todas.
Dos horas después
En dos minutos llegarían a su destino.
Liu Xiang ya había completado el perfil de Dino Melisas:
“personalidad narcisista con características de megalomanía y síndrome de Dios.”
El comandante no había elegido al azar a Liu Xiang para recoger a Dino Melisas. Liu era el mejor perfilador criminal disponible en los servicios secretos chinos. Era infalible.





5 DE OCTUBRE, DOMINGO

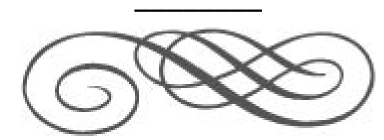
—Señor, señor, despierte —le decía la bella azafata de pelo dorado, dándole un suave empujón en el brazo—. Señor, nos estamos preparando para el aterrizaje, tiene que abrocharse el cinturón de seguridad.

El famoso Jack Cooney, el investigador de la policía militar estadounidense, estaba abriendo lentamente los ojos. Frente a él veía una aparición, una hermosa mujer de cabellos dorados que movía los labios. Todavía no podía entender lo que le decía ella. Estaba en un estado de semisueño. El sol que entraba por las ventanillas del avión hacía que el rostro de la mujer resplandeciera y brillara, como algo mágico y etéreo.

Pero un codazo brusco que le dio la simpática azafata, lo despertó definitivamente.

—Sí, sí, perdona... Me he quedado dormido. Enseguida estoy con usted, discúlpeme.

La azafata lamentó haberle despertado tan bruscamente y se disculpó, poniendo la expresión de un cachorro triste. Jack le dijo que estaba bien, le besó la mano como un caballero y se abrochó el cinturón mientras se ajustaba el cuello de su camisa azul oscuro.



POR LA MAÑANA SE DESPERTÓ bastante descansado. La azafata seguía a su lado, dormida, en la cama king size de su habitación de hotel "Grande". Ayer no había descuidado, al bajar del avión, darle su número de teléfono.

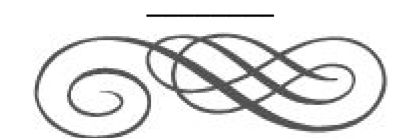
Jack era un gran mujeriego. A los 42 años aún no se había asentado. Para una mujer, era un poco difícil resistirse a él, por supuesto. Su espesa melena castaña, combinada con sus grandes ojos y sus carnosos labios, era una tentación para cualquier mujer.

Ahora, él estaba tratando de despertarla... Pero no podía recordar su nombre.

—Oye... Cariño, ¿puedes despertarte? Me dijiste que viajarías a Alemania al mediodía. No sea que pierdas tu vuelo y te despidan.

—La bella italiana, aún sin pintar, era una visión agradable. Se levantó haciendo unas expresiones de estar adormilada y muy dulces que volvieron a remover el mundo interior de Jack. Ella, alargando las manos y agarrando sus orejas, las atrajo hacia ella y le susurró en italiano: —Mi amor... Ahh.

Comenzaron a besarse apasionadamente y volvieron a hacer el amor, hasta las tres de la tarde.

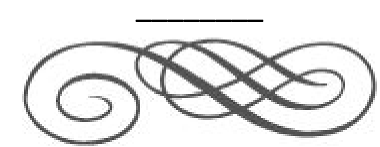


LA AZAFATA COMENZÓ a vestirse con movimientos muy rápidos. En unas horas viajaría de Barcelona a Berlín. Ya debería estar en el aeropuerto. Y acababa de ser contratada por America Air. No quería darles un motivo para despedirla. Se despidió de Jack con un beso caliente y salió rápidamente del hotel ya que el taxi la estaba esperando fuera.

Jack tenía ahora todo el tiempo del mundo para reflexionar consigo mismo y resumir el encargo que le había hecho ayer el Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos: los policías españoles que habían sido asignados al caso de Jorge Sanz, no deberían, de ninguna manera, encontrar ninguna prueba que indicase la implicación de Sanz con la organización criminal de Jurgen y el "caso Doko".

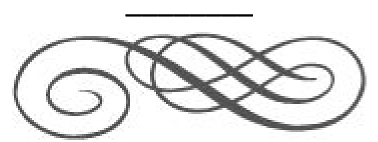
Para ello, Jack Cooney debería presentarse como un policía estadounidense que participará en la investigación del caso de asesinato de Jorje para encontrar pistas comunes que le ayudaran a resolver el asesinato de Howard Bold. Sólo de esa manera, tendría cerca a los detectives españoles y sólo entonces podría falsificar una pista o una prueba, si fuera necesario ocultar la conexión de Sanz con el caso secreto Doko.

No era que los americanos no se preocuparan por resolver el caso del asesinato de Bold. Por supuesto que sí. Pero su primera prioridad era que ninguna potencia extranjera y ningún estado extranjero encontraran pruebas que revelaran partes del "caso ultrasecreto Jurgen y Doko". Si los españoles indagaban en el caso del asesinato de Jorge Sanz, ¿quién sabe lo que encontrarían? Ni siquiera los estadounidenses conocían el alcance total del caso. El caso tendría que permanecer muy bien sellado.

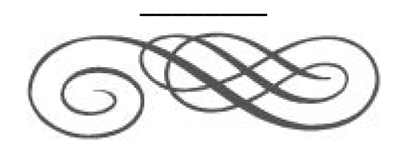


A LAS 20:30 DE ESTA noche, los tres estaban citados en Mossos d'Esquadra. Los dos inspectores españoles, Pedro y

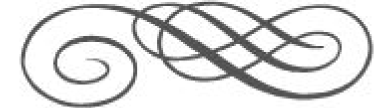
Adrianna, y el investigador de la policía militar estadounidense, Jack Cooney. Se les había presentado como un detective del departamento de California, por supuesto. Levantaría la sospecha si los inspectores supieran su identidad real. ¿Qué podría tener que ver el ejército con un homicidio? Por eso ya tenía preparada su nueva identidad... "Jack Malone, detective del departamento de policía de California".



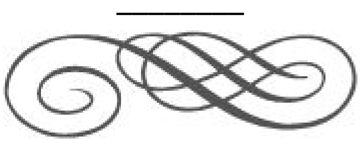
ADRIANA Y PEDRO LO esperaban de pie en la entrada de la comisaría de Barcelona. Sabían que los detectives americanos eran siempre puntuales en sus citas. Aunque Jack Cooney no era, por supuesto, un simple policía, sino un oficial militar, estaba a la altura de sus expectativas. Entró por la puerta de la estación a las 20:30 en punto. Al ver Pedro y Adriana que Jack estaba muy bien vestido, supieron que era él. Sólo un extraño se vestiría tan bien para ir a una comisaría.
Así que ambos se acercaron a él. Jack se presentó a ellos. Primero tomó la mano de Adrianna y la besó cortésmente, y luego dio inmediatamente un firme apretón de manos a Pedro Martínez. Adriana estaba impresionada por el aspecto de Jack. Alto, corpulento y con una cara elegante. Se preguntó si él era un detective o un modelo.
De muy buena gana sugirió que todos fueran a la oficina para poder hablar del caso en privado.
La inspectora lo miraba de pies a cabeza. Le impresionaron sus caros zapatos italianos de cuero negro, probablemente hechos a mano, y su reloj. Era un Pane Rai.
—Bien, colega, empecemos con las pruebas que has encontrado sobre el asesinato de tu compatriota, el ex consejero de Seguridad Nacional, Howard Bold —le dijo Pedro.
—Todavía no hay pruebas sólidas. Me pongo en contacto con mis colegas todos los días. También estamos esperando que el informe toxicológico y forense nos lleve a alguna parte. Al fin y al cabo, sólo ocurrió hace dos días. ¿Es posible encontrar pruebas en tan poco tiempo?
—Lo que dices es muy de aficionados y para nada profesional. Puedes encontrar muchas pruebas en pocos días... créeme —le dijo el español con ironía, mientras jugaba nerviosamente con sus monedas en la mano derecha. El ambiente era electrizante, Adriana lo había comprendido, así que intervino para calmar los ánimos.
—¿Crees que los asuntos de Jack están relacionados? —le preguntó al americano, muy amablemente.
—No lo creo, Adriana. Estos dos casos tienen características completamente diferentes. Howard Bold estaba enfermo de todos modos. No conozco los detalles, pero probablemente sufría de algo que se hará evidente después del examen forense. Creo que no fue asesinado, sino que murió por causas patológicas. Tal vez hubo una coincidencia diabólica en los síntomas. Estas cosas pasan. En cuanto a lo que dice la prensa, no son más que cuentos de hadas para niños pequeños. No hay tal cosa.
—¿Y por qué has venido aquí si no crees que lo han asesinado? —le interrumpió Pedro con brusquedad y grosería.
—No he dicho que esté absolutamente seguro, amigo mío —Jack lo dijo con la soltura y la seguridad que le caracterizaban—. He dicho... Creo. Es mi trabajo investigar hasta la última posibilidad. Por eso he venido aquí. Junto con la investigación en los Estados Unidos, para reunir pruebas aquí y que después del examen pericial forense pueda tener una guía y comparar los dos casos. Por el momento, creo que Howard Bold no fue asesinado, pero tengo el deber de investigar lo contrario.
—Sigo pensando que los dos asesinatos están conectados y que el caso está muy sucio —dijo Pedro con tensión en la voz.
Lo que Jack y sus superiores temían estaba empezando a suceder. El español empezaba a sospechar de todo y de todos. También era muy inteligente. Ya empezaba a ser peligroso para los intereses estadounidenses.



A MEDIANOCHE, JACK Cooney estaba en su habitación de hotel redactando el informe que iba a enviar electrónicamente al General.
"Mi General, en primer lugar permítame decirle que el informe forense relativo a Howard Bold deberá demostrar que Bold murió por causas naturales. Los policías españoles no deben relacionar en ningún caso la muerte de Jorge Sanz con la de Bold. Sé que no es fácil. Hasta un niño ve las similitudes. Por desgracia, no cubrimos la muerte de Bold a tiempo y se filtró a la prensa. ¿Cómo podríamos haberlo evitado? Muchos periodistas estuvieron en la inauguración de su empresa. La prensa ya ha relacionado los dos asesinatos. Pero ahora tenemos que convertir el asesinato en una muerte natural. Tienes los mecanismos que pueden hacer realidad lo que te pido. También debes pedir que se retiren todas las competencias a la policía local y se transfieran al departamento de investigación del ejército por razones de seguridad nacional."



CUANDO JACK TERMINÓ de redactar el informe, codificó el texto y lo envió a través de un canal encriptado utilizado por el ejército estadounidense y, en particular, por el Jefe de las Fuerzas Armadas. En su forma codificada, sólo había números, formas, caracteres especiales y una combinación de símbolos desconocidos.



AL MISMO TIEMPO, PEDRO hablaba por teléfono con Adriana.

—Este vaquero, se cree que es alguien superior a nosotros, probablemente. ¿No has visto su ostentosa facilidad? Ni siquiera es nuestro jefe. Voy a cortarle las alas, Adriana. Claro que sí.

Adriana no respondió. Lo único que quería era volver a ver al detective americano.



5 DE OCTUBRE

—Antígona... Mataron a Howard Bold de la misma manera. La noticia acaba de ser publicada en el periódico “Liberation”. Ayer por la tarde, mientras estaba en la inauguración de su nueva empresa. El artículo relaciona su muerte con la de Jorge Sanz. Hablan de trabajo encubierto y de tráfico de armas.

Antígona se levantó rápidamente de la cama. Acababa de ir a dormir la siesta de la tarde. Después de todo, estaba cerca de los 80 años. Era de extrañar, era increíble que hubiera soportado todas estas aventuras en los últimos meses. Si no fuese por apoyar a Eurídice...

—Ven, mi Eurídice. ¿Hablas en serio? Esto es increíble. Oh, vaya. Ahora estamos en problemas, estoy preocupada. Si están despejando este grupo, no tardarán en llegar a nosotros.

—Antígona, ¿qué está pasando? ¿No podemos calmarnos de una puta vez? —dijo Eurídice en voz alta y tiró su taza de café al suelo. Por suerte, no se rompió. La alfombra, sin embargo, estaba llena de café.

—Cálmate, niña —le decía—. Cálmate, niña.

Eurídice se levantó y fue a buscar la fregona. Al volver a la sala de estar, le dio mucha pena ver a Antígona, confusa.

—Espero que, pase lo que pase, estemos bien. ¿Verdad “mamá”? Siento mucho el arrebato. A partir de ahora, estaremos bien. Prométeło, ¿vale? Pase lo que pase... seremos fuertes, ¿vale, cariño? —le dijo y le dio un beso en la mejilla.

—Vale pequeña —le dijo Antígona, con los ojos en blanco y preocupados.

Eurídice no podía soportar seguir sentada en la casa. Amaba a la señora Antígona como a una madre, pero no podía soportar seguir viviendo con su "abuela", respecto a su edad. No era normal. Quería a su Pano, quería a su amor.

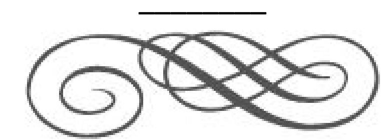
Así que decidió salir, dar un largo paseo. Conocía París de memoria. Después de todo, ella había estudiado allí. Pero hacía años que no probaba los placeres de la ciudad para ir a un buen restaurante, a un bonito café, a un bar, quizás.

Durante los últimos diez días, había estado encerrada en casa con Antígona. La única vez que había visto a algunas personas en los últimos días fue el viernes pasado, cuando la dejaron plantada en la recepción de Jurgen. Hoy no podía aguantar más, quería ver a la gente culta, ir a un buen café, sentirse humana... Una persona nueva.

—Antígona, ayúdame a teñirme de rubio. Voy a salir esta noche. Quiero alejarme por un tiempo. No puedo soportarlo más.

Antígona no podía discutir con ella. Lo sentía por Eurídice. Había pasado por demasiadas cosas últimamente.

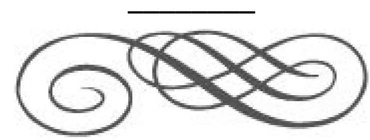
—Ven, alma mía, déjame ayudarte. Por supuesto que sí. Sal y diviértete. Sólo ten cuidado...



PARÍS DE NOCHE ERA magnífica. A Eurídice le vinieron recuerdos de cuando era estudiante. ¡Qué momentos de despreocupación! Por supuesto, su estilo era diferente entonces. Ahora, ella caminaba por las calles muy, muy chic. Como una dama de la alta sociedad. No se suponía que se pareciera en nada a la antigua Eurídice.

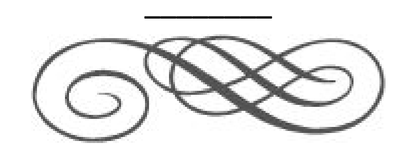
Esta noche llevaba un vestido de raso con volantes en la espalda. También estaba acostumbrada a caminar con sus tacones de doce pulgadas. Antígona le había hecho un peinado increíble... Le había recogido el pelo en un moño en la parte superior de la cabeza. Se veía muy elegante.

Esta chica súper alta se paseaba esta noche por el centro de París, atrayendo toda la atención masculina. Incluso de las damas. Hicieron sentir su presencia con exclamaciones. Los turistas italianos gritaban en su mayoría... *ma che bella, che bella donna*!!! Eurídice se sentía halagada. Por un momento se había olvidado de todo y de todos.



POR FIN, DESPUÉS DE una hora de paseo... En tacones... Pensó en sentarse en un restaurante, comer algo y disfrutar de su bebida.

El camarero le preguntó qué quería tomar. Ella le dijo con la facilidad que la caracterizaba que le gustaría tener un buffet rosa y para beber, un gin tonic. Mientras esperaba su pedido, Eurídice observaba el restaurante. Había quedado impresionada por el lujo...



YA ERA MEDIANOCHE. Media hora atrás, había vuelto a su casa en taxi. Justo ahora, estaba en su habitación, mirando el cielo nocturno a través de la ventana abierta. No había ni estrellas ni luna, y el viento azotaba su cara de marfil, mientras su mente seguía un camino lírico lleno de momentos con Panos: su encuentro bajo la lluvia... su primera cita... su primer beso... la primera vez que tocó la guitarra para ella alrededor del fuego junto al mar... la primera vez que hicieron el amor y la pasión desenfrenada que se había apoderado de ellos... la canción que le había dedicado en la tienda de Bobby. Momentos de felicidad, momentos de magia...





LOS PÁRPADOS ESTABAN pesados. Se sentía relajado. Su boca abierta, su respiración lenta. Su mirada fija y vacía, observando todas esas extrañas formas de colores curvos que danzaban en el cielo nocturno. Ya no sentía frío. Por el contrario, se sentía caliente.

El cigarrillo de hachís se acababa de terminar. Lo tiró a la nieve. Levantó la cabeza muy lentamente y volvió a mirar el cielo oscuro. Se sintió como si estuviera en el cine, frente a una pantalla enorme. Oscuridad por todas partes. Sólo estaban esas formas maravillosas, que llevaban todos esos colores increíbles sobre ellas, pintando su noche... Iluminando su oscuridad.

El arquero indio estaba apuntando a un dragón. El dragón volaba de un lado a otro. Sus maniobras eran como la danza de una bailarina. Hizo piruetas de vuelo. Era rojo en la cabeza y amarillo en el cuerpo. El arquero le apuntó con su arco azul-verde. La flecha se movía arriba y abajo, siguiendo las piruetas del dragón.

Pero, en un instante, el indio se arrepintió y tiró su arco. Dejaría vivir al dragón.

Una voz sonó desde el lejano horizonte.

—Pano, Pano, entra, hijo mío. Dos horas has estado fuera. Te vas a congelar.

Demóstenes gritaba a Panos que entrara en la casa. Estaba lo suficientemente lejos. Había venido aquí para disfrutar de la vista de la aurora boreal.

Su refugio estaba en el norte de Noruega, en una zona nevada y desierta. El hachís lo obtenía Antígona de un comerciante cada vez que visitaba Oslo, una vez a la semana, para poder obtener productos de primera necesidad. Se lo había recetado el médico responsable de Pano durante su estancia en el centro de rehabilitación de Gstaad. Tenía que consumir cannabis para aliviar el dolor de las piernas y la espalda.

Puso las manos en su silla de ruedas y comenzó a moverse hacia su vivienda de madera. Demóstenes lo esperaba en la puerta.

—Vamos muchacho, hace mucho frío afuera. Entra y caliéntate —dándole una palmadita en el pelo.

Pano no habló. Estaba bastante colocado. Sin embargo, necesitaba esto. El dolor desapareció por la noche.

Entró en el interior de la casa, haciendo girar las ruedas con las manos. Se dirigió a la cocina.

—¿Qué vamos a comer? — le preguntó a Demóstenes con brusquedad y enfado.

—Vamos chico, déjame hacerte un sándwich. Lo que quieras, te lo prepararé. Estos días que las mujeres no están, te hago lo que quieras. ¿Qué crees, que Antígona cocina mejor que yo? Jaja — le dijo alegremente, tratando de animarle.

—¿A dónde fueron?

—A Oslo, hijo. Necesitaban descansar unos días. Hombres con hombres y mujeres con mujeres. Además, mi Pano, no has tratado bien a Eurídice últimamente. No le prestas atención. Ni siquiera la saludaste ayer cuando se fue de aquí. No le preguntaste a dónde iba. ¿Por qué, hijo mío, esa indiferencia? Te quiere mucho. Tú eres su vida.

—Demóstenes, déjame solo. Estoy lo bastante drogado, no estoy de humor para escuchar tus tonterías. He perdido el apetito, voy a entrar.

—No puedo soportarte más. Siempre estás enfadado. En el centro de recuperación de Gstaad, cuando empezaste a recuperarte, estabas de buen humor. Desde que hemos llegado aquí, has estado al límite. Ten piedad de nosotros.

Pano miró al suelo en silencio, puso las manos en las ruedas y comenzó a dirigirse a su dormitorio.

Demóstenes se quedó solo, contemplando la aurora boreal desde la ventana... La Danza de los Espíritus.



5 DE OCTUBRE

Jurgen Klinsmann bajó de su lujosa limusina. El tiempo era lluvioso y nublado. Llevaba una gabardina azul oscura. Bajo el cobertizo del viejo almacén había un caballero con gabardina negra que le esperaba de pie. Estaba a 40 metros de él.

Cuando Jurgen se acercó a él, empezó a gritar, a desvariar y a agitar los brazos.

—¿Los mataréis todos? ¿Y tú? ¿Después de lo que hago por ti? El *Berlin Group* tiene 600 millones de euros de pérdidas por los secretos que te traiciono. Mi carrera está arruinada.

—¿Qué piensas, Jurgen? ¿Qué piensas? ¿Qué quieres decir? ¿Has perdido la cabeza? ¿Quiénes somos y a quiénes matamos?

—Te lo digo... me temo que sois vosotros los que estáis matando a todos. No finjas que no entiendes...

—No entiendo lo que dices, no lo entiendo. Tienes que calmarte, estás delirando ahora mismo.

Jurgen Klinsmann estaba hablando con su contacto, un espía estadounidense. Estaban en un almacén abandonado en las afueras de Berlín. La misión del espía estadounidense era el espionaje industrial de todo tipo. Encontraba información sobre el sector farmacéutico, el tecnológico, el armamentístico y otros. Este espía en particular no tenía ni idea de lo que el alemán estaba hablando. No tenía ni idea del caso Dokos. Lo único que había hecho en los últimos años era reclutar a peces gordos de las empresas alemanas para que le proporcionen informaciones que pudieran ayudar a las empresas estadounidenses a eliminar a la competencia y así poder ir un paso por delante. Los responsables no le habían informado del acuerdo entre el Estado americano y Jürgen. Su trabajo consistía únicamente en transmitir la información a través de canales seguros. No conocía los motivos de Jurgen, no sabía por qué estaba traicionando los secretos de su empresa. No era asunto suyo. Sólo era un contacto.

Pero el alemán estaba fuera de control en ese momento, asustado, temiendo por su vida. No sabía quién era, ni quién era él que estaba eliminando uno a uno a sus antiguos socios.

—Jurgen no sé de qué tienes miedo, pero ni siquiera me saludaste quando nos hemos encontrado y empezaste a decir cosas incomprensibles. Empecemos por el principio y vayamos paso a paso porque realmente no entiendo a qué te refieres y por qué tienes tanto miedo. ¿Quién está tratando de matarte? ¿Quién más fue asesinado? ¿Alguien te está amenazando?

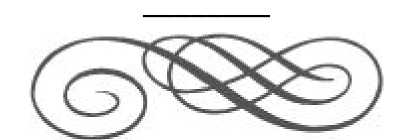
El alemán vio el asombro en los ojos de su interlocutor y se dio cuenta de que no sabía nada.

—Nada, nada, tienes razón. Es mi error. Me enviaron una carta amenazándome y me asusté. Olvídalo. Me disculpo.

—¿Tiene su arrebato algo que ver con las muertes de Jorge Sanz y Bold? De eso habla todo el mundo.

—No, no, no, no, no. ¿De dónde viene eso? Bueno, no he tenido ningún contacto con Jorge Sanz o con Bold en meses. Ni profesional ni amistoso. No seas tonto. No hay conexión.

El alemán se dio cuenta de la metida de pata que había cometido, que se había traicionado a sí mismo y trató de cambiar el tema de conversación.



INTENTABA DESPEJAR su mente y concentrarse. *¿Quién querría eliminar tanto a Jorge como a Howard? Sí, estaban implicados en muchos trabajos sucios, pero ¿resulta que ahora los dos han sido asesinados? ¿Unos meses después del caso Dokos? No puede ser una coincidencia. Me pregunto si es él quien me ha estado enviando mensajes. ¿El diablo? ¿Los americanos están callando a todos los que conocen? Pero por otro lado, los americanos me necesitan... sus empresas ganan miles de millones con la información que les doy. Y el diablo, ¿por qué mataría a Jorge y a Howard? Yo era el único con el que se comunicaba. Nunca tuvo una conversación con ellos. ¿Hay otra empresa detrás de los asesinatos que Jorge no favoreció? ¿Se han metido recientemente en algún negocio peligroso que desconozco y los han sacado de escena? Sí, es posible. Bien, probablemente sea eso. Así que no estoy en peligro. Desde que corté todo contacto con ellos en los últimos meses, ya no estoy involucrado en ningún negocio sucio. Sí, así será. Necesito calmarme.*

Después de calmarse y relajarse, se levantó del sofá y fue a su piscina. Allí se quitó toda la ropa, se duchó y se metió en el agua.

Antes, había ordenado a sus hombres de seguridad que lo dejaran en paz. Pero ahora, quería hacerles una pequeña novatada. Dijo la palabra “Imagine” en voz alta. Esa orden de voz en particular, activó la alarma silenciosa.

Treinta segundos después, el jefe de seguridad y los demás llegaron, jadeantes y asustados, a la zona de la piscina.

—Llegais tarde. ¿Y si alguien hubiera intentado matarme? Os he hecho una buena prueba, cabrones. Ahora, dejadme solo con Eric, el gerente... —tras guardar silencio durante unos segundos, continuó hablando— . Eric, como ahora estoy de buen humor, no tengo ganas de insultarte ni de gritarte. Necesito que hagas dos cosas:

Uno: A partir de mañana, duplicarás mi seguridad como medida de precaución.
Dos: ¿Recuerdas la morena con la que subí a la habitación cuando estuvimos en París el viernes pasado para la recepción anual?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Bien. Bien. Ahora, vas a hacer todo lo posible para averiguar quién es esa mujer. ¿De acuerdo?

—Bien, Sr. Klinsmann.

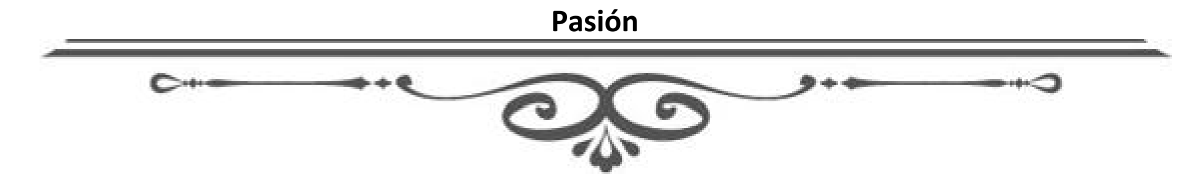
—“Muy bien, muy bien, señor Klinsmann”... ¿Qué es eso? Debes proyectar confianza y poder cuando hablas. Habla con fuerza y mírame a los ojos cuando lo digas. No te menosprecies que me dan ganas de despedirte.

—De acuerdo, señor —y lo miró a los ojos con enfado.

— Así es, sé fuerte en espíritu, como yo, y no sólo en cuerpo. Ahora vete.

—Sí señor —respondió aún más fuerte, como si estuviera en el ejército.





7 DE OCTUBRE

"¡Buenas noches Adriana!

Bueno, como es mi primera vez en Barcelona, esta noche quiero aprovechar para divertirme un poco. Si quieres enseñarme la ciudad, me harías muy feliz. Entiendo que está fuera de los protocolos de la profesión, pero necesito un descanso. Últimamente he tenido casos muy difíciles en Estados Unidos, y necesito divertirme, créeme. No tienes que mencionarle esto a Pedro... Queda entre nosotros. Desde el primer momento en que te vi, comprendí la bondad que llevas dentro... Además de tu fantástica belleza. ¡¡¡Tu bondad no te permitirá dejarme solo hoy!!! Ven, hazme el favor de acompañarme, de mostrarme los alrededores. Prometo que haré lo mismo por ti cuando vengas a California. ¿Es un trato? Hagamos por fin una pausa en los casos y pasemos un rato juntos. ¿Qué tal si...?"

Pedro pudo ver lo absorbida que estaba la policía española mientras leía el mensaje de texto en su teléfono móvil.

—¿Qué ha pasado? ¿Algo relacionado con el caso?

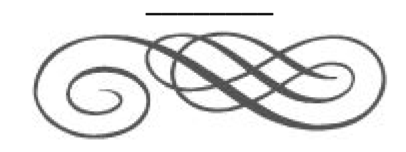
— Uh... No. Es algo personal.

Pedro estaba muy interesado en Adriana. Pero nunca había tenido el valor de hablar con ella.

—Tú pareces nerviosa. Dime qué te pasa.

—Pedro, creo que estás siendo demasiado entrometido, has cruzado la línea. No vas a interrogarme. La paciencia tiene sus límites —le gritó la dulce policía, cogió su bolso y salió de su despacho, dando un fuerte portazo al salir. Estaba enfadada y era evidente. Pedro Martínez se quedó atónito ante su reacción.

Las manecillas del reloj marcaban las 16:34.



23:07

—No esperaba que aceptaras reunirte conmigo hoy. Me haces muy feliz —dijo Jack Cooney a Adriana, a la vez levantaba su copa para hacer un brindis —. Por los nuevos conocidos que alegran y encantan nuestras vidas cuando todo parece oscuro.

La española estaba encantada, como si fuera una adolescente en su primera cita. Chocó su vaso con el de Jack, y le dijo muy alegremente:

—Por los nuevos y encantadores conocidos.

Ambos bebieron un pequeño sorbo del costoso vino tinto y luego se miraron a los ojos durante varios segundos sin hablar. Jack dominaba completamente el arte de la seducción. La había seducido como el viento seduce a los árboles.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Cómo decidiste enviarme ese mensaje? Hace falta valor y coraje, lo admito. Somos oficiales de policía...

Jack acercó su cabeza a la de ella, se inclinó ligeramente hacia un lado y dijo con voz sensual:—¿Funcionó?

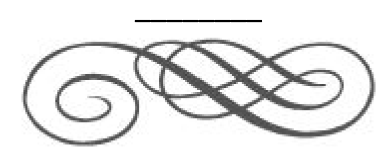
—Funcionó —le respondió también sensualmente Adriana y sonrió con picardía.

—Bueno, ¿nos vamos? Ya me enseñaste las calles de la ciudad por una hora... Cenamos en un restaurante muy agradable, nos tomamos el vino... Creo que no tenemos nada más que hacer.

Adriana no quería que la velada terminara tan pronto y parecía bastante indecisa. Jack lo entendió.

—La noche aún no ha terminado, Adriana. No quiero separarme de ti todavía. Sólo digo que... Volvamos a mi hotel... Y continuemos nuestra conversación.

—Uh... Vale, ¡vamos!

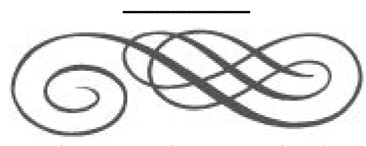


EN 18 MINUTOS YA ESTABAN en la recepción del hotel. Jack estaba esperando las llaves de la recepcionista, mientras Adriana estaba de pie tres pasos atrás, sosteniendo su bolso con ambas manos. Miró torpemente a derecha e izquierda mientras se mordía el labio. Empezaba a sentirse cohibida.

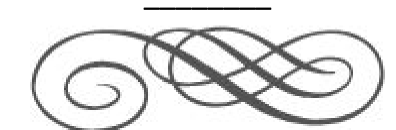
Después de todo, era una mujer con pocas relaciones en su vida. Era bastante conservadora y con poca experiencia sexual. Su apariencia anterior lo indicaba. Gafas graduadas, faldas por debajo de la rodilla, trajes conservadores que no dejaban ver ni un centímetro de sus pechos. Sólo en los últimos meses había tomado la decisión de cambiar su aspecto para verse más femenina. Y parecía que funcionaba.

—¿Vamos? —le preguntó Jack con voz suave, tomándola por la cintura.

Adriana que estaba perdida en sus pensamientos, se sorprendió y distraídamente le respondió: —Vamos.
Desde el momento en que entraron al ascensor, todas sus inhibiciones desaparecieron. Toda su vida era calculada, toda su vida había sido aburrida. ¿Qué había ganado? Nada. Su vida personal era inexistente desde hacía tiempo. Sólo trabajo, trabajo, trabajo. Era suficiente. Tenía que lanzarse en alguna parte. Además, Jack la atraía como un imán. No pudo resistirse a él. No quería perder la oportunidad de pasar una noche con él. En unos días volvería a Estados Unidos. Era un extraño. Nadie sabría nada. Simple y llanamente.



DESPUÉS DE DOS HORAS de sexo apasionado, ambos estaban tumbados en la cama. Ella tenía la cabeza apoyada en su tranquilizante pecho. Él había encendido un cigarrillo.
—Quiero preguntarte algo, cariño. ¿Tiene Pedro algo? Detecté mucha agresión hacia mí.
—No, no lo creo —le respondió Adriana, que ciertamente no quería decirle la verdad—. Pedro es así, un poco agrio. No te preocupes. Es muy capaz en su trabajo pero también muy desconfiado. Imagínate, tiene miedo de que vayan a cambiar los resultados del examen forense de Howard Bold. Oh, Dios.
La española se había relajado tanto... Se había divertido tanto... Que estaba dispuesta a contarle todo. Incluso sobre el momento en que había pillado a su madre con su amante, 15 años atrás. Sentía que podía confiar plenamente en él. ¿Creía que tal vez había encontrado a su futuro marido? ¿Quién lo diría?
Jack se quedó atónito. Menos mal que la española no vio el asombro y la ansiedad en sus ojos. Rápidamente se recuperó del shock y comenzó a fingir.
—Jajaja. Eso es indignante. ¿Por qué piensa cosas tan locas? ¿Está bien su mente?
—Eso es exactamente lo que le dije. No sé cómo lo dedujo... ¿Qué puedo decir? Empieza a dificultarme el trabajo —y le acarició el vientre con las yemas de los dedos y las uñas.
—Hazme un favor, cariño. No quiero encontrarme con Pedro. Me hace sentir incómodo. Cualquier cosa que necesite, la obtendré de ti. Sabes que volveré en unos días. Pero no perderemos el contacto. Te quiero en mi vida. ¿De acuerdo, mi hermosa? —y le dio un beso en los labios.
—Mmmmmm, sí. Todo lo que necesites de mí. Además, no hay mucho que buscar. Hemos descartado a la familia inmediata, hemos examinado a todos los testigos. Sus archivos digitales, los estamos pasando por el laboratorio y el forense sale pasado mañana.
—Vamos, cariño, dejemos la conversación sobre el caso... Es aburrida—le dijo y empezó a besar su cuello...



CUANDO LA ESPAÑOLA se quedó dormida, el americano aprovechó para enviar un mensaje en clave al general:
"Mi General, debe ignorar el mensaje anterior que le envié. No interfiera en el examen forense. Deje la situación como está. Me encargaré de todo yo mismo. Tengo un plan. No se preocupe por nada".



8 DE OCTUBRE, MIÉRCOLES

Los dos inspectores españoles estaban en su despacho. Hoy Pedro parecía callado, mientras que Adriana estaba hosca. Él Decidió abrir la conversación.

—Quiero preguntarte algo Adriana. Ese americano, Jack el vaquero, ¿adónde desapareció...? —le preguntó irónicamente.

—No tengo ni idea, ¿no te ha llamado? Se puso en contacto contigo antes de pisar Barcelona. Ha estado arreglando todo contigo.

—Exactamente. Nos habíamos comunicado antes —le dijo, recalcando las sílabas con mucha fuerza y énfasis—. Después de nuestro encuentro inicial, desapareció.

—Entonces, ¿por qué no llamas para preguntarle dónde está en vez de preguntarme a mí?

—Vale, vale, cálmate. Has estado muy susceptible estos últimos días.

—Me pregunto dónde quieres llegar, eso es todo.

Pedro empezó a enfadarse a su vez. La mirada se suavizó de repente, puso los ojos en blanco, la miró con rabia y le dijo

—Adriana, contrólate porque no nos vamos a llevar bien.

—No entiendo Pedro, ¿me estás amenazando? Además, ¿no entiendes que si hubieras sido un poco más amable con nuestro invitado, probablemente estaría con nosotros ahora mismo y no sentado en su hotel, sintiéndose como una basura después de tu comportamiento grosero?

—Ahhh, ¿es por eso que estás tan enojada estos días? Ahora lo entiendo, ya veo. Adriana, somos inspectores de homicidios. ¿Lo entiendes? Quienquiera que venga aquí con una actitud mandona y empiece a hacer suposiciones y a sacar conclusiones sin fundamento, entonces recibirá esa actitud de mi parte. ¿Entiendes? — y golpeó la mano sobre la mesa.

Adriana no habló, sólo se levantó, cogió su bolso y su chaqueta con movimientos bruscos y salió del despacho enfadada. Al salir, volvió a golpear la puerta muy fuerte.

En ese momento empezó a sonar el teléfono de la oficina. Era la llamada del forense. Pedro lo recogió, hablando con rudeza.

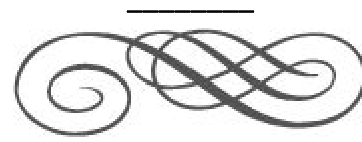
—¿Qué quieres?

—Pedro, deja todo y reúnete conmigo en quince minutos en la cafetería *La Luz*. Lleva a Adriana contigo.

Pedro dio un largo sorbo a su agua, se puso la chaqueta y salió muy apresuradamente de su despacho. Preguntó a su subordinado, muy severamente, si había visto por dónde había ido Adriana. Le contestó que ella había salido al balcón a fumar.

Pedro se dirigió al balcón con paso rápido. Abrió la puerta de aluminio con fuerza y brusquedad. Ella aspiró el humo del cigarrillo con intensidad. Parecía angustiada. La miró con pesar.

—Lo siento, Adriana. La culpa es mía. Hagamos una tregua, por favor. Tenemos un caso importante que resolver. Concentrémonos en nuestro trabajo. El forense me llamó y me dijo que me diera prisa y me reuniera con él afuera. Debe haber encontrado algo que no está registrado. Me sorprende que me haya citado en una cafetería. Me pregunto qué estará pasando.



TRECE MINUTOS DESPUÉS, los inspectores españoles ya estaban sentados en una mesa apartada del café llamado *La Luz.* El forense aún no había llegado.

En dos minutos apareció. Sólo llevaba una camisa blanca y un vaquero azul, aunque el tiempo era frío. En dos semanas se jubilaría. A pesar de su gran edad, su estilo era muy juvenil.

Pedro le hizo un gesto con la mano desde la distancia para que los viera. Ya se había fijado en ellos. Se acercaba a ellos con paso lento. Su mirada era preocupada.

Se sentó en la silla que estaba en el lado opuesto de la mesa de Pedro y Adrianna.

—¿Qué pasa, Andrés? —le preguntó Pedro con ansiedad.

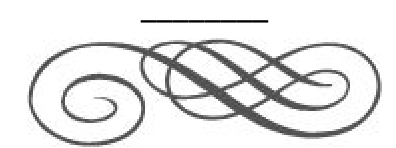
Andrés se levantó de un salto y empezó a hablar. —Mira, el caso se está complicando. Es la primera vez que hago esto y estoy operando fuera de los protocolos profesionales. Es que tengo plena confianza en vosotros. Hemos resuelto muchos casos juntos. Os considero a ambos competentes, pero sobre todo los considero éticos, y sé que lo que os diga, se quedará aquí.

—Por supuesto —le dijo Pedro.

A Adriana le sorprendió el prefacio del forense.

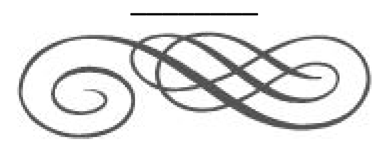
Andrés continuó.
—Bueno, Jorge Sanz fue envenenado. La sustancia con la que fue envenenado fue una creación de la KGB. Soy uno de los pocos que conocía esta terrible sustancia. No había visto en décadas lo que hace este veneno. ¿Recuerdas el día que te mostré el cuerpo después de la autopsia, en qué se había convertido su estómago? Esta sustancia sólo existía en el arsenal biológico de la antigua Unión Soviética. Hay muy poca gente que lo conozca.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó Pedro asombrado, mientras Adriana se había quedado sin palabras.
Antes de que Andrés empezara a hablar de nuevo, miró alrededor de la sala para ver si alguien los estaba escuchando. Después de eso, respondió a Pedro.
—Fui practicante en los años 80 en ciencias forenses. Los soviéticos habían asesinado así a uno de nuestros propios espías. En su momento se mantuvo en secreto para evitar un incidente diplomático. El jefe de los forenses, mi padre, y el entonces comandante de los servicios secretos, eran los únicos que sabían de estas cosas. Ambos han fallecido. No he vuelto a encontrar este veneno desde entonces. No he vuelto a verlo en toda mi carrera. Eso es, hasta hoy, cuando llegaron los resultados de toxicología. Una combinación de tetrodotoxina, batraciotoxina y alguna otra sustancia tóxica, completamente desconocida en la comunidad científica, de composición similar a la de los aceites para automóviles. Desgraciadamente, es una de las cosas más monstruosas que el hombre ha creado. En aquel momento, el jefe de servicios secretos nos había pedido que no publicáramos los resultados de las pruebas toxicológicas por el bien de la paz y la estabilidad del país. Se corría el riesgo de provocar un incidente diplomático extremo, y no sólo eso, sino incluso una guerra. Ahora, ¿cómo puedo descubrir esta historia secreta? Porque si revelo la conexión entre el veneno y el KGB, estaría profanando la memoria de mi padre y la memoria del entonces comandante de los servicios españoles. Además, yo mismo tendré problemas. Me acusarán de saberlo y no haber hablado. Me retiro en dos semanas. Estoy deseando llevar a mi mujer a una isla de Grecia para vivir nuestra vejez. No soporto las aventuras.
—¿Por qué te meterías en problemas por revelar que este veneno estaba en el arsenal de la KGB y los soviéticos? ¿Cuál es tu responsabilidad? Tengo otra pregunta. ¿Cómo sabía tu padre el origen de esa sustancia tóxica y que era una creación soviética?
—Esta sustancia no está en ninguna base de datos bibliográfica. Los científicos no la conocen, ni nadie la ha oído a lo largo de los años, era solo como un rumor. El científico que la creó era un compañero de estudios y de habitación de mi padre en la Universidad de Londres. Desde su época de estudiante, se dedicó a buscar sustancias tóxicas raras. Era su afición enfermiza. Estuvo experimentando desde entonces con una sustancia derivada de un raro insecto encontrado en el Amazonas. También le había revelado a mi padre que, tras sus estudios, trabajaría para el KGB. Sus padres rusos también eran del KGB. Así fue cómo mi padre entendió qué era la sustancia y de dónde venía... y de quién era la creación. Mi padre intentó ponerse en contacto con él, pero nunca pudo encontrarlo. Si revelo que esta sustancia fue creada por científicos soviéticos, entonces tendré que justificar este conocimiento. Es decir, cómo lo sé. Tendría que revelar esta historia secreta.
—Pero eso no es posible —le dijo Adriana, sonrojada—. Esto es muy, muy serio. ¿Así que los espías rusos están envenenando a un compatriota, y nosotros debemos mantenerlo en secreto?
—Adriana, no te estoy pidiendo que te quedes callada para siempre. Te pido un crédito de tiempo. Sólo quince días. Si revelo los resultados ahora, habrá un terremoto político. Excepto para mí, el país no puede soportar semejante golpe en medio de la crisis económica. Lo único que os pido es que investiguéis el asunto de manera informal durante quince días, para que pueda llegar al fondo de la cuestión, y luego encontraré la manera de revelar las pruebas, de manera incruenta. Después de haber resuelto el caso. Por ejemplo... ¿Y si los asesinos no son rusos? ¿Debemos crear condiciones de guerra sin ninguna razón? Sólo pido un crédito de tiempo, para que el país y yo no tengamos problemas. Si no creyera que sois lo mejor, no os pediría que hicierais esto. Pero creedme, hablo por experiencia. Si el Servicio Secreto o la Policía Nacional se involucran, no llegarán a nada. En 40 años de trabajo con la policía y las demás agencias, sois los investigadores más competentes que he visto. O lo resolvéis vosotros o no lo hará nadie. Por favor, si no encontráis algo en quince días, veré qué puedo hacer.
—Andrés tiene razón. Si se descubre la posible implicación de ex agentes soviéticos, a partir de esta noche seremos despojados de todos nuestros poderes. No podremos trabajar en el caso. Nos echarán los que empujan el papel en Inteligencia. Sólo nosotros podemos resolver el caso. Por el bien del país y por el bien de Andrés, al que tanto le debemos. Andrés, entiendo que vas a revelar la composición del veneno, pero no que es un arma biológica soviética.
—Exactamente Pedro. No puedo revelar lo que sabía, al menos por ahora. Por eso tengo tanta confianza en vosotros. Podría no haberos dicho nada. Pero la cuestión es detener al asesino o a los asesinos. Por eso he hablado con vosotros. Tenéis que detenerlo o detenerlos. Sería inmoral si no hablara contigo. Estaría en mi conciencia. Pero al menos con vosotros, no corro el riesgo de ir a la cárcel. Si los otros se involucran, todo es posible.
—Te olvidaste que mataron al ex asesor de seguridad nacional del presidente de los Estados Unidos. Mañana o pasado mañana, tendrán sus propios resultados toxicológicos. ¿Y si su forense conoce la conexión entre el veneno y el KGB?
—No lo he olvidado. Soy consciente de ello. Hay una posibilidad infinitesimal de que el forense americano conozca el origen del veneno. Pero aun así, diré que no sabía nada... Para proteger la memoria de mi padre y para protegerme de

una vergüenza interminable.



JUSTO AYER JACK COONEY había intervenido el teléfono de Adrianna mientras dormía. En ese momento, el investigador norteamericano de la policía militar de Estados Unidos estaba escuchando en directo la conversación entre los detectives españoles y el forense... Y se quedó con la boca abierta.

Todo estaba tomando un giro inesperado, lo que le vino muy bien a Jack Cooney. Su propósito al venir a Barcelona en primer lugar era desconectar de alguna manera los asesinatos de Bold y Sanz del caso Doko. Tal y como iban las cosas, con muy poca interferencia por su parte, pronto lo habría conseguido.



LA POLICÍA ESPAÑOLA acababa de salir del café. El forense se había quedado en la mesa.

—Adriana, tengo que llamar al americano y reunirme con él. Ahora, necesitamos tenerlo cerca, para ver qué pasa con el caso en Estados Unidos con Bold y el informe forense.

—Sí, será mejor que lo llames...

—Mientras caminaban, Pedro buscaba, con el pulgar en la pantalla táctil de su teléfono móvil, el número del estadounidense. En cuanto lo encontró, pulsó el botón de llamada. Jack no tardó en responder.

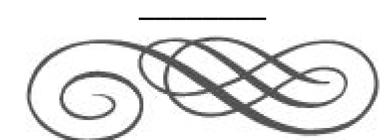
—Dígame.

—Sí, Jack, buenos días. Soy Pedro Martínez —le dijo con un acento roto en inglés.

—Sí, sí, Pedro, lo sé. Tengo tu número.

—¿Qué pasa, todo está bien? Suenas muy serio. ¿Ha pasado algo? ¿Quieres pasar por la oficina dentro de un rato? Vamos a resumir los hechos del caso. Deberías estar aquí. Lo necesitarás para tu investigación sobre Bold. Mira, quiero disculparme por lo del otro día. Tuve un asunto personal y no me sentía muy bien.

—No te preocupes, no lo presté atención. No pasa nada. Me pasaré sobre las 15:00.



ADRIANA MIRÓ A JACK Cooney mientras hablaba con Pedro. Hoy estaba muy guapo y fresco. Ansiaba encontrarse con él esta noche...

—Adriana, Adriana... Estoy hablando contigo, ¿a "dónde viajas"? —le preguntó Pedro.

—Lo siento, ¿qué me has preguntado? Estaba pensando en algo relacionado con el caso.

—¿Cómo va la investigación del disco duro de Jorge Sanz? te pregunté. ¿Hemos encontrado ya algo relevante?

—Hay cuatro o cinco emails que son agresivos y amenazan su vida. Los remitentes, por supuesto, son ciudadanos de un país extranjero y tendremos que iniciar los procedimientos para interrogarlos. Todos ellos están involucrados con empresas de fabricación de armas.

Jack tomó la palabra:

—¿Crees lo que dice la prensa y los periodistas?

—No es improbable —respondió Pedro. No lo creemos ni lo descartamos. Dejamos abiertas todas las posibilidades.

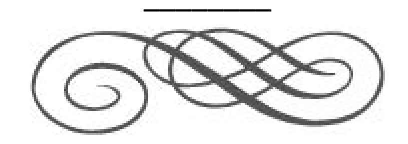
—Vale —agregó Jack—. ¿Y el informe forense? ¿No se suponía que iba a salir hoy?

Adriana se puso de pie y dijo:

—Hay un problema con los laboratorios. Hubo algunos daños y se va a retrasar el informe uno o dos días. Es más probable que el tuyo salga primero. ¿Tienes alguna idea sobre los resultados? ¿Te has puesto en contacto con el forense responsable en los Estados Unidos?

—Sí, lo he hecho. Se refiere a una sustancia tóxica desconocida. Bold fue asesinado después de todo. Tenías razón desde el principio y me equivoqué al referirme a las causas naturales de la muerte en mi estimación. Y creo que su asesinato está relacionado con el de Jorge Sanz. Mañana, por supuesto, tendremos los resultados oficiales en nuestras manos. Creo firmemente que una organización terrorista está detrás de esto.

Adriana miró a Pedro. Era muy peligroso lo que hicieron ambos. Estaban jugando con sus carreras y su reputación para encubrir al forense. Pero ya les había salvado la vida antes. Se lo debían.



EN LA TARDE

La policía española había disfrutado de un gran sexo con Jack. Ambos estaban en la cama juntos en brazos del otro.

Esta noche, ella no tenía ningún deseo de abrirse a él, como lo había hecho en su primera noche que pasaron juntos. Al contrario... ella intentaba sacarle informaciones de Jack.

Su perspicacia policial había vuelto.

—Dime, cariño... ¿Qué otras pistas tienen tus colegas sobre el asesinato de Howard Bold?

—Adriana, a estas horas, después de tanta tensión sexual, no quiero hablar del caso.

—Está bien —y se escondió en sus brazos.





9 DE OCTUBRE

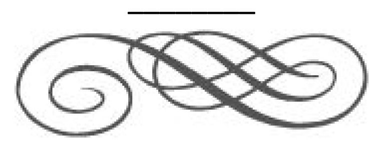
Pedro se tomó un café por segundo día consecutivo con el forense Andrés.

—El informe forense de Estados Unidos acaba de salir. Ahora el americano me acaba de enviar un mensaje. Una combinación de tetrodotoxina, batraciotoxina y alguna otra sustancia tóxica, completamente desconocida. Exactamente lo que nos dijiste ayer. No tienen idea de la conexión con la KGB. Bien, eso es bueno —le dijo Pedro.

Claramente aliviado, Andrés le cogió la mano.

—No me gusta lo que estoy haciendo, Pedro. No me gusta nada. Pero como te dije ayer, se va a complicar mucho si hablo. Bueno. Ya que los estados unidos anunciaron el hallazgo, entonces puedo anunciarlo esta noche al final del turno. Sólo voy a ocultar el hecho de que es una creación soviética... Y que de alguna manera lo sé. ¿Dónde está Adriana?

—Está en el laboratorio...



AL MISMO TIEMPO... Laboratorio de informática de Mossos d'Escuadra

Adriana se comunicaba en lenguaje de signos con Roberto. Roberto, de adolescente era un conocido hacker que solía arremeter contra los servicios de seguridad. Fue detenido cuando sólo tenía diecisiete años y para evitar la cárcel le ofrecieron trabajar para las autoridades.

Era sordo congénito y uno de los mejores chicos del departamento de policía. Lleno de humor siempre. Ayer cumplió sus 25 años.

Había avisado a Adriana para que se pasara por el laboratorio a primera hora de la mañana porque había encontrado un “cuaderno oculto” en el disco duro del portátil de Jorge Sanz. En lenguaje de signos, le dijo a Adriana que el cuaderno secreto de Horge, estaba encriptado. Roberto conocía los principios básicos de la codificación y lo había resuelto inmediatamente.

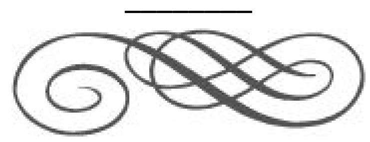
—¿Cuándo vas a descifrar el código para que podamos ver lo que dice? —le preguntó la dulce Adriana, gesticulando y haciendo señas con las manos.

—Dentro de dos días guapa. Hoy estás radiante... ¿Te lo pasaste bien anoche? — contestó, burlándose de ella.

—Vamos, hombre —respondió ella, que se reía con él—. Roberto, no digas nada a nadie, ¿vale? Sólo a mí. No puedo explicarte... Confía en mí.

—¿Cómo puedo decírselo a alguien? Como no hablo... Soy sordo, ¿recuerdas?—mientras se había caído de risa.

—Vamos, ya sabes lo que quiero decir, pequeño bromista —le dijo, y ella también se rió. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Qué alma tan hermosa tienes, dijo. Si la élite política que nos gobierna tuviera tu humanidad, el mundo sería una utopía.



JACK COONEY ESTABA en su habitación al mismo tiempo. Durante mucho tiempo sólo escuchó el silencio del teléfono móvil de la mujer española. Después de informar a Pedro de que pasaría por el laboratorio de informática. Normalmente debería estar allí a tal hora del día. ¿Dónde diablos estaba?

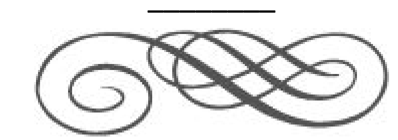
El estadounidense tuvo mala suerte. Roberto podía comunicarse en silencio...



9 DE OCTUBRE

Eurídice estaba en el pequeño apartamento que había alquilado con Antígona, en las afueras de París, en Créteil. El propósito de su viaje de diez días se había cumplido. Ella había extraído muchas verdades de Jurgen, gracias al suero de la verdad. Ahora, era el tiempo de volver a su Pano, y Antígona a su Demóstenes.

Habían alquilado este pequeño apartamento con dinero en efectivo. No habían utilizado una plataforma de alquiler online que requiriera algún tipo de pago con tarjeta de crédito o débito. Hace diez días habían llegado a Créteil con sólo una maleta en la mano. Habían caminado varias horas deambulando por las calles, preguntando a los transeúntes si sabían de alguna casa en alquiler. Por suerte, habían tropezado con el Sr. Ahmed. Tenía una pequeña casa y se la alquiló. Durante diez días recibiría una cantidad equivalente a la suma de 500 euros. No estuvo mal, teniendo en cuenta que todo sería negro. Sin contratos, sin nada.



EURÍDICE ACABABA DE volver del quiosco. Había comprado el periódico Liberation. No había nada en la portada que le interesara. Se trataba de un escándalo rosa que involucraba a un ministro francés. Estaba sentada en una maltrecha silla de madera. Comenzó a hojear el periódico. No había nada de interés en las primeras tres páginas.

Pero en la sexta y séptima, estaba el tema que la preocupaba directa e indirectamente. El artículo hacía referencia a los resultados de los informes forenses: ambas víctimas habían sido envenenadas con una sustancia tóxica desconocida. Una vez más, se refería a motivos que tenían que ver con un posible ajuste de cuentas relacionado con el negocio de las armas.

Tras leer detenidamente el artículo unos minutos, cerró el periódico y lo dejó sobre la mesa de madera. Su café francés se había acabado. Tuvo que volver a llenar su taza para coger fuerzas para el viaje de vuelta a casa.

A lo lejos se oían sirenas. A medida que pasaban los segundos, el sonido de las patrullas se hacía cada vez más fuerte. Eso significaba que los coches de la policía, se acercaban cada vez más de lo que era evidente, para ellos. Ya estaban en su zona, en su bloque.

Eurídice corrió a despertar a Antígona, que seguía dormida. Eran las 08:34 de la mañana. Cuando la despertó, los coches de policía habían llegado a la calle en la que se encontraba el edificio en el que estaba su apartamento. Eurídice y Antígona vivían en el cuarto piso.

Ahora ambas miraban la calle por la ventana del dormitorio. Fuera estaba nublado y llovía. El vidrio de la ventana estaba bastante turbio. Eurídice trató de limpiarlo con la mano. Antígona la detuvo.

—Es mejor que no se den cuenta de que alguien los está mirando a través del vidrio. Seamos discretas.

—¿Tiene esto algo que ver con nosotras?

—No lo creo. La mitad de los habitantes de esta zona se dedican al tráfico de drogas. Probablemente estén buscando algo así. Pero no necesitamos mostrar que tenemos miedo de algo, que los estamos observando.

—Sí, tienes razón.

En la amplia calle, había cuatro coches patrulla aparcados en ángulo recto. El viento aullaba, los árboles bailaban furiosamente. Antígona y Eurídice estaban observando discretamente lo que ocurría fuera, detrás de la ventana. Cuatro policías habían bajado de sus coches y se dirigían hacia ellos.

Se oían voces en la entrada del edificio. Eurídice se había dirigido a la puerta del apartamento, la había abierta un poco y trataba de entender lo que decían los agentes. Pero la distancia entre la planta baja y el cuarto piso era grande, por lo que no podía escuchar con claridad lo que decían.

Antígona se colocó detrás de Eurídice, la había agarrado del brazo por su miedo. No sabía francés, así que no podía entender lo que decían.

Se oían muchos pasos, pasos pesados. Las escaleras de madera crujían. Subían hacia arriba. Los pasos se detuvieron. Un policía en voz muy alta comenzó a interrogar a un residente del edificio con intensidad. Eurídice asomó la cabeza por la puerta y trató de escuchar más claramente lo que decía. Su respiración era rápida, sus piernas estaban abrumadas por una sensación de excitación eléctrica.

—Recoge tus cosas Antígona, ahora... Vamos... Nos vamos —le dijo Eurídice en voz baja y llena de ansiedad.

Antígona no lo pensó en absoluto. Cogió la maleta que habían preparado con antelación, ya que de todos modos se iban hoy de París, se puso los zapatos y la chaqueta. Eurídice se colocó su chaqueta rosa cortavientos sobre su blusa gris de vellón y al final se puso su gorra rosa de jockey sobre su pelo rubio. Cuando estaban a punto de marcharse, Eurídice echó un último vistazo al salón por si habían olvidado algo.

Había olvidado el peine sobre la mesa de madera. Se apresuró a recogerlo. Tenía un gran valor sentimental para ella. Con este peine, Antígona, la peinaba últimamente. Con este peine le quitaba toda la amargura y las penas, y la hacía sentir como una niña pequeña, cuidada por su madre, dándole una sensación de protección y seguridad. Algo que Eurídice nunca había sentido de su madre biológica.
—No hagas ruido, pisa suavemente los escalones.
—Mi Eurídice, las suelas de mis zapatos son de madera. Hago lo que puedo.
—Quítatelos, Antígona.
Ya habían subido dos tramos de escaleras. Los policías de abajo seguían preguntando a los residentes, si conocían a Natalie que vivía en este edificio. Sus voces se oían alto y claro.
—Mira el croquis —gritaban mientras estaban en el segundo piso e interrogaban con mucha saña a quien se les ponía por delante—. ¿La has visto? ¿En qué piso vive? Eurídice por un momento se había quedado quieta para escuchar sus palabras. Algún residente había saltado y dicho a la policía que la había visto hace unos días.
—Es ella. Pelo negro, ojos negros, piel bronceada... La misma nariz, la misma boca. Pero luego no la volví a ver. He visto a una pelirroja y a una rubia que parecían bajar las escaleras -decía alguien a los policías que intentaban ser cooperativos—. Creo que viven en el cuarto o quinto piso.
—Antígona, vamos a la azotea. Tenemos que subir dos pisos.
En ese mismo momento, una pareja con orígenes de Senegal abrió la puerta de su apartamento y, con un gesto de conspiración, invitó a Antígona y Eurídice a entrar y esconderlas. Así lo hicieron. Las metieron en el armario del dormitorio.
El edificio estaba tranquilo. Eurídice y Antígona, encerradas en el estrecho armario, trataban de averiguar qué estaba pasando. De repente, se oyeron golpes en la puerta. De nuevo... Golpes en la puerta, más fuertes esta vez. Antígona apretó la mano de Eurídice.
La puerta se rompió. La mujer senegalesa comenzó a gritar. Eurídice estaba en pánico, no podía entender lo que estaba pasando afuera. Se oían golpes y el hombre suplicaba a la policía que se detuvieran. Les decía que no había nadie más que ellos dos.
Eurídice no podía soportar los abusos que sufría la pareja senegalesa. Le dijo a Antígona:
—Voy a salir del armario, no tengo otra opción. Te mantendrás oculta. Sólo si eres libre podrás ayudarme y advertir a Demóstenes. Si te pillan a ti también, las cosas se pondrán mucho peor.
Su madre espiritual obedeció. No tenía otra opción. Con lágrimas calientes en los ojos, convirtió su corazón en piedra y permaneció en el armario mientras Eurídice salía.
—Soy yo, soy yo. Es a mí a quien buscan.
Los policías dejaron ir a la pareja y esposaron a Eurídice... Es decir, a la buscada Natalie.



9 DE OCTUBRE

Por segunda noche consecutiva, Adriana estaba con Jack Cooney en su habitación de hotel. La besaba en el cuello mientras ella le acariciaba el pelo. Jack estaba desabrochando uno de los botones de su camisa y ella, los de sus vaqueros. Le acababa de quitar la camiseta y le estaba acariciando los pechos con mucha delicadeza. Su toque era sensual y artístico. La española emitía pequeños gemidos de placer.

Algo comenzó a vibrar. Era el teléfono móvil de Jack. No podía dejar de comprobar quién le había mandado un mensaje. Tal era la naturaleza de su trabajo que siempre ocurría algo. Especialmente en tales días con el caso de Howard Bold y Jorge Sanz.

—Tengo que irme por dos o tres días, Adriana. Mi padre tiene un problema de salud muy grave. Desgraciadamente, tengo que volver a California, cariño. Oh, mierda.

Adriana, sonrojada e irritada, estaba completamente decepcionada. El mensaje había llegado en el momento más inoportuno, por desgracia.

—Vale Jack, la verdad me decepciona que te vayas tan repentinamente, pero tengo que aceptarlo. Sólo espero que todo se solucione con tu padre. Eso es lo único que importa en este momento. Espero que vuelvas en unos días. Te has convertido en mi dulce costumbre ahora...

10 de octubre, París, al amanecer, sede policial

—Despierta Natalie Mason. Te están esperando.

Euridice se había quedado dormida en la celda de la comisaría. Estaba con otras siete personas. Bastante cansada y hambrienta, abrió los ojos bruscamente al oír la voz ronca del policía.

Desbloqueó la puerta de la celda y la condujo fuera.

—¿A dónde vamos? —le preguntó asustada.

El policía no habló. La dejó en la entrada de la estación y le dijo que era libre de irse. Eurídice, insegura, con pasos vacilantes, salió lentamente. Todavía no había entendido lo que había pasado. Al principio la habían acusado de robar un reloj de diamantes muy caro, y ahora le decían que estaba libre. ¿Qué demonios estaba pasando?

Sin embargo, al salir a la acera de la comisaría, se dio cuenta rápidamente de lo que había ocurrido. Un coche muy caro la esperaba fuera. Una limusina negra. Un hombre alto la invitó a entrar. Eurídice entró muy vacilante.

—Me has decepcionado. Conocí a una mujer sofisticada y morena, y ahora veo a una mujer rubia que lleva esos tontos zapatos rosas, con esa tonta chaqueta rosa. Es como si estuviéramos en la escuela. No me gusta ese estilo adolescente que tienes ahora...

Eurídice le preguntó enfadada—. ¿Me has tendido una trampa?

—Sí, Natalie, lo preparé todo. Supe el tipo de mujer que eras desde el primer momento en que te vi. Una amante que siempre quiere tener el control. Eres el tipo de mujer a la que le gusta jugar duro. Eso es lo que te hice, jugué un juego cruel contigo. Sé que estás impresionada.

Eurídice no habló. Miró con rabia hacia adelante sin ni siquiera mirar. Él continuó explicando.

—Porque mis hombres de seguridad no pudieron encontrar ninguna pista sobre ti, así que fui a la policía. Si muevo mi dedo meñique, puedo hacerlos bailar a todos. Denuncié el robo de un reloj de diamantes valorado en 100.000 euros que tuvo lugar el pasado viernes, en el hotel. El jefe de la policía francesa es mi perro. Ayer por la mañana, en cuanto llegué a París, los mejores oficiales corrieron a ayudarme. No había imágenes de vídeo ni siquiera una foto tuya. Sólo estaba el vídeo que me habías enviado, en el que todavía no aparecía tu cara. Así que la única forma de encontrarte era hacer un esbozo de ti. Creo que han acertado en un 99%. Grandes dibujantes. Un informante que vio su boceto de los suburbios de París dio el chivatazo. Había dado a los policías las instrucciones correctas. Me imaginé que vivías en uno de esos suburbios. De ascendencia argelina, supongo. Al menos eso creía yo. Ahora que sé que eres de Canadá, me gustas aún más. Menos mal que pude retirar los cargos al amanecer, porque en unas horas iban a llevarte ante el fiscal francés. Gracias a Dios... Ahora podemos tener todo el tiempo que queramos. Vas a ser todo lo que quiero que seas hoy. Pelo negro, ojos negros, ropa negra. Te compraré lo que quieras. Hoy seré tu maestro. Te gusta eso, lo sé. Te gustan los juegos difíciles. Estás impresionada conmigo. Estoy seguro...

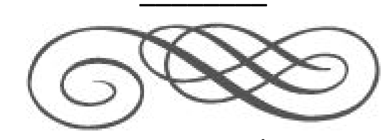
Eurídice guardó silencio. Tenía la mirada fija hacia delante. La limusina llegaría a su destino en un minuto. Intentó pensar en cómo iba a escapar de él. Hoy la confusión era diferente. El tenía el control absoluto. Eurídice estaba a su merced.

Dos horas más tarde, 8:04, París

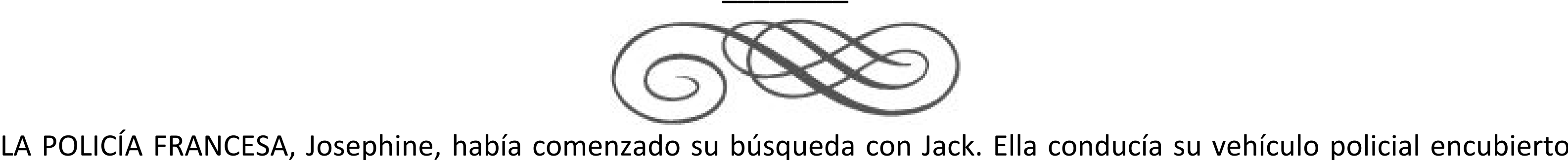
Jack Cooney estaba en el taxi. Acababa de aterrizar en el aeropuerto Charles de Gaulle. Su ansiedad era grande. Los últimos días habían sido muy difíciles debido al caso de envenenamiento de Bold y Sanz. Tuvo que improvisar constantemente y adaptarse a los diferentes hechos que surgían de la investigación del caso. Ya estaba bajo suficiente presión. Ahora había un problema adicional. Habían detenido a Eurídice Vasiou. A pesar de que le había hecho un nuevo

documento de identidad y pasaporte, el riesgo de descubrir su verdadera identidad era demasiado grande. Se habría un enorme escándalo si se descubría la verdad, exponiendo al estado estadounidense en todo el mundo.
Menos mal que Demóstenes me informó a tiempo para que me pusiera al día, pensaba Jack mientras salía del taxi, con una bolsa de mano en la mano izquierda. *Había sido detenida por los franceses en Créteil en las viviendas de los trabajadores, así que lógicamente la habrían llevado a la comisaría más cercana. Ahí es donde tendré que empezar mi investigación. Dejaré las cosas en el hotel... E iré directamente allí.*
Al mismo tiempo, Eurídice estaba en la suite del hotel *Four Seasons.* Tratando de ganar tiempo y también de ganarse el favor y la confianza de Jurgen, a quién le había dicho que quería descansar para estar fresca, hermosa y sexy al día siguiente. Él había aceptado a regañadientes.
Eurídice ya se había dado una ducha refrescante y había tomado un gran desayuno consistente en dos huevos benedictinos, fresas, tostadas, mermeladas, café y mucho zumo recién exprimido. De momento, estaba tumbada en el colchón sobredimensionado y envuelta en las sedosas y costosas sábanas. La sensación de tocarlas era indescriptible. Tan especial, que se había relajado por completo.
Era extraño, pero no sentía ningún miedo ni ansiedad. Se sentía especialmente tranquila. Había estado tan cansada todo este tiempo que no podía esforzarse más. Tenía un día por delante para descansar completamente, en una extravagante suite. Eso es lo que iba a hacer. Al menos por hoy, ya no se castigaría a sí misma. Viviría como una reina. A partir de mañana vería lo que haría. A partir de mañana podría preocuparse. Pero hoy, eso estaba prohibido. Hoy, no importaba lo que pasase... ella descansaría y dejaría todo de lado. Lo necesitaba desesperadamente.
Jack Cooney, o Jack Malone, según su pasaporte falso y su identificación policial falsa, entraba por la puerta de la comisaría de Créteil. *Qué hermoso edificio*, pensó, *toda su fachada es de cristal*. Al entrar, atrajo todas las miradas. Su aspecto era demasiado llamativo. El norteamericano se dirigió a la recepción y mostró su placa a un ágil agente de policía.
—Bonjour. Soy un colega, también soy oficial de policía. Vengo de Estados Unidos.
—El recepcionista, ocupado por el papeleo, no le prestó mucha atención: —¿Tiene cita con un detective? ¿Se trata de una cooperación internacional? No estaba informado. —Sí, sí, por favor, no recuerdo el nombre del detective con el que voy a trabajar. —Josephine, por supuesto. Nos queda uno. En la parte de atrás, segunda oficina a la derecha.
Jack aprovechó la oportunidad para acercarse al despacho de Josephine. Allí estaba la detective de color, preguntándole en francés si necesitaba algo.
—Bonjour, ¿habla usted inglés?
—Por supuesto, ¿es usted inglés, señor? ¿Un turista? ¿Quién le envió a mí?
—Sí, he venido como turista a París. Por desgracia, el trabajo siempre nos persigue y nunca nos permite relajarnos. Yo también soy policía —y le mostró su carné de identidad.
—Bienvenido colega a París —dijo la bella policía que se había sorprendido de su visita allí—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Te han robado? Últimamente ha habido un gran aumento de los robos, por desgracia.
—No, no —le preguntó y le tocó el hombro de forma amistosa—. ¿Podemos hablar unos minutos? ¿Tienes tiempo? ¿Podemos hablar extraoficialmente? Hay un problema personal...
—Cualquiera que sea el problema al que te enfrentes como turista, mis colegas pueden resolverlo siguiendo el procedimiento oficial.
—Por favor. Muestra un poco de solidaridad colegial. No lo conseguiremos si pasamos por los trámites de las solicitudes y demás. Ayúdame.
—Ooof... De todos modos, iba a tomar un descanso en dos minutos. Si quieres acompáñame a la cafetería de enfrente a tomar un café y nos sentamos, para que me cuentes lo que te pasa y cómo puedo ayudarte. Aunque no es costumbre... Te estoy haciendo un gran favor.
Josephine se levantó, cogió las llaves del coche y su bolso.
Jack, siendo el caballero que era, abrió la puerta de la entrada principal y dejó que la hermosa mujer policía saliera primero. Durante el corto trayecto, observó la postura de su cuerpo. Jack medía alrededor de 1,90 y sólo la confundió en media cabeza. Eso significaba que Josephine medía al menos 1,80 metros. Muy alta y ágil.
—Lo siento, pero tengo que decírtelo. Te pareces a Naomi Campbell.
—Gracias —le dijo ella, que no parecía impresionada por los cumplidos—. ¿Qué tipo de café vas a pedir?
—Un americano.
—Dos americanos, por favor.
Mientras esperaban a que llegara su pedido, la gacela de color le preguntó qué pasaba. Jack le explicó que lo mejor sería que se sentaran primero y luego él le explicaría todo. En minuto y medio los cafés estaban listos. La hermosa mujer policía se sentó primero, y luego Jack.
Le miró inquisitivamente y con desconfianza.
—Bueno, compañero, ¿qué pasa?
Jack se inclinó hacia adelante, queriendo mostrar su desesperación, y comenzó a hablar.

—Uh... Bueno, mira eso. Es una cuestión personal, como ya te dije. Desde hace un año tengo una relación con una chica de Canadá. Vivíamos juntos en California. Por desgracia, hace unos días tuvimos una gran pelea y me dijo que me dejaba y que se iba a vivir a Francia. Ayer activé una aplicación que muestra la ubicación de su móvil y me mostró que estaba en Créteil. Por eso he venido aquí. Estoy muy preocupado. No me ha devuelto las llamadas ni los mensajes que le he enviado. Por favor, ¿me ayudas?. No es necesario que nadie más se involucre. Por favor, no me avergüences. Si se enteran en mi departamento, me suspenderán. Te pido un poco de solidaridad colega —le dijo y tomó sus manos entre las suyas, con ternura, como si dijera... "por favor, ayúdame".
—Si te dijo que te iba a dejar, creo que debemos respetar sus deseos. ¿No es así? Lo siento, pero no te conozco. ¿Y si la maltratabas? ¿Y si está tratando de alejarse de ti? ¿Por qué debería confiar en ti?
—No es así. No se fue porque yo la maltratara o porque quisiera evitarme. Por el contrario, quería formar una familia conmigo... Me presionaba con ello. Le dije que aún no estaba preparado... Esa fue la razón por la que nos peleamos. Esa fue la razón por la que se fue. Estaba herida. Quería vengarse de mí... No sé. Soy el tonto que se ha dado cuenta de lo mucho que la quiero. Quiero encontrarla, proponerle matrimonio. Por favor, ayúdame. Quizá esté en peligro. Había un tipo europeo que no paraba de enviarle mensajes por internet. Ella nunca le contestó. Pero ahora me temo que ha venido a buscarlo para vengarse de mí. Me temo que podría estar involucrada en una red de tráfico. Créeme. Yo también soy detective. Sé de lo que hablo.
La francesa muy preocupada le dijo:
—Estoy en un gran dilema. Profesionalmente no debería creerte ni dejar que presentes oficialmente una denuncia de desaparición en la comisaría. Pero humanamente, siento que me estás diciendo la verdad y también me preocupa decirte la verdad sobre esta chica. Una mujer canadiense sola en Créteil es un problema muy serio. Podría estar en peligro. De todos modos, te ayudaré... No puedo dejarte así.



EURÍDICE, AL MISMO tiempo, no podía dormir. Aunque se sentía muy cansada, no podía dejarse en manos de Morfeo. Estaba pensando en Pano. Recordó la forma en que la despertaba cada vez. Le acariciaba las costillas con ternura, le besaba la nuca y le susurraba... "cariño, despierta".



LA POLICÍA FRANCESA, Josephine, había comenzado su búsqueda con Jack. Ella conducía su vehículo policial encubierto que parecía un coche común, y él estaba sentado en el asiento del copiloto.
—Sabes, tengo unos instintos increíbles. Desde el primer momento supe que algo así estaba detrás. Una historia de amor.
—Me impresionas —comentó Jack, impresionado por lo mal que estaban sus instintos.
—Bueno, colega, nos dirigimos a la vivienda de los trabajadores. Donde me dijiste que estaba emitiendo la señal de su teléfono móvil. Estaremos allí en tres minutos.
Los minutos se acabaron. Jack estaba solo en el coche de Josephine. Sacó un cigarrillo de su cajetilla y lo encendió con su Zippo. Bajó la ventanilla para dejar salir el humo. No le dio tiempo a terminar el cigarrillo y la francesa se acercó a él, la cual había visitado poco antes el infame barrio obrero para informarse.
—Bueno, me han dicho que ella ha sido arrestada hoy. Tengo un informante propio en el barrio. No sabemos nada en la comisaría local. No sé qué está pasando. Déjame llamar a un colega de la sede.
El americano parecía sorprendido y desconcertado.
—No es una criminal. ¿Por qué iban a detenerla?
—Te dije que iba a llamar a mi hombre. Averiguaré por qué, no tengas prisa.
Jack le hizo un gesto con la cabeza que indicaba su disculpa.
La francesa se había alejado varios metros de Jack para que éste no pudiera oír sus palabras. Se agotaba el tiempo. Mientras la francesa hablaba por el móvil, Jack se agarraba la cabeza con las manos, mostrando una gran preocupación. En cuanto Josephine terminó la llamada, se dirigió a la puerta del conductor. La abrió. Entró con mucho brío y se sentó inmóvil. Jack la observaba con ansiedad.
—Por la mirada de tus ojos veo que estás aterrado. Tengo noticias. Han retirado los cargos contra la chica. Me dijeron que había una limusina esperándola en la puerta del departamento de policía, y ella subió vacilante. No sé... Pero todo esto me parece extraño. Muy extraño. El director de la policía movilizó a toda la policía para encontrarla porque supuestamente le había robado a algún amigo suyo, rico y poderoso... Después de que la arrestaron, el ricachón retiró los cargos... Y también la estaba esperando fuera. ¿Hay algo más que tengas que decirme?

—Lo que te dije antes. Él seguía enviando mensajes de texto. Parece que después de nuestra pelea, ella fue a buscarlo. Qué puedo decir... La decepción amorosa te lleva a hacer locuras. ¿Estaba mi chica intentando vengarse de mí? No lo sé. Al parecer, se conocieron... Algo en él no le gustó... Y mi Natalie decidió alejarse de él. No pudo soportar el rechazo... Y los utilizó a todos para encontrarla y entregársela en bandeja. Esa es mi conclusión. Lo que me temía... Probablemente estemos hablando de un caso de trata o de explotación sexual. Dios mío, en qué se ha metido.
—Este rico se llama Jurgen Klinsmann. Un hombre muy sucio. ¿Sabes cuántas menores han pasado por su cama? Todo el sistema lo protege. Nadie puede meterse con él. Creo que tu chica está en problemas. Tenemos que encontrarla ahora. Es bueno que hayas tomado la decisión de dejar tu trabajo y venir a buscarla. Ahora te entiendo completamente.
—Dios mío, mi Natalie está en peligro. ¿Cómo se involucró con ese tipo?
— Tenemos que revisar las cámaras, ver a dónde fue la limusina...



UNA HORA DESPUÉS...

Eurídice se había quedado dormida. Soñó que estaba en un caballo marrón. El jinete y conductor de este hermoso animal, era Pano. Eurídice lo sujetaba firmemente por la cintura. Sus pechos, su vientre y su cabeza se apoyaban suavemente en su espalda, creándole una sensación de completa plenitud y total libertad. El calor de su cuerpo era dulce y relajante para su alma, mientras ambos, como un cuerpo, bailaban y palpitaban, siguiendo el galope del caballo, que corría como un relámpago por una vasta pradera verde. Eurídice se había perdido en un salvaje delirio emocional.

Hasta que, de repente, un monstruo parecido a un pájaro, de ojos rojos y piel grisácea y rugosa, empezó a lanzar gritos de guerra. Voló sobre ellos y trató de agarrar a Eurídice. Pano intentaba alejarse de ella. Ella lo abrazó más fuerte. Pano apretó las riendas del caballo y golpeó más fuerte para hacerlo correr más rápido.

Eurídice acababa de abrir los ojos. Tenía las manos atadas. Estaba tumbada boca abajo en la cama sin poder moverse ni darse la vuelta. Sólo pudo echar miradas de reojo por la habitación. Alguien estaba encima de ella, atando sus piernas.

Empezó a moverse y a golpear las piernas con fuerza para que él no pudiera atarla, pero fue un esfuerzo inútil. En cuestión de segundos, la tenía completamente atada. Estaba atada de pies y manos en la cama metálica de lujo, boca abajo. Sólo llevaba puestas sus bragas blancas.

Intentó darse cuenta de dónde estaba. *No debo gritar más. El alemán probablemente fue quien me ató. Será peor de esa manera. Tengo que manejarlo, convencerlo de que me deje ir... manejar sus instintos sadomasoquistas.*

—Mi Jurgen... Mi Jurgen. ¿No te dije que quería descansar hoy?

—A las mujeres como tú les impresiona la sorpresa, el estar completamente sometidas. Sé que tienes una mente sucia. Lo supe desde la primera vez que te conocí. Esa bofetada que me diste entonces... Marcó mi vida. Hoy, marcaré la tuya. Fuiste mi Ama... Hoy serás mi Esclava. Por favor... Quiero escuchar las súplicas, me excitan más allá de lo imaginable. Hoy te castigaré. Sé que estás loca por ello... Natalie.

- No, no, te dije que hoy no. Desátame, tengo que decirte algo.

- Así, así, suplica... Dime más no -y diciendo esto, le dio un latigazo en la espalda con un látigo.

Eurídice gritó de dolor y ahora comenzó a llorar.

—Por favor, por favooooor... Déjameeee...

El alemán se había bajado los pantalones. Estaba en plena erección. Eurídice siguió gritando.

—Ahora te voy a follar duro. Voy a abrir todas tus puertas —mientras se subía encima de ella.

Eurídice trató de evitarlo agitando su cuerpo como una loca. Todavía estaba gritando.

—Me gusta mucho que grites. Ahora eres mi esclava. Oh, ¡cuánto me gusta! Grita libremente... La suite está hecha especialmente para las orgías. Nadie puede oírnos —le dijo y la mordió con fuerza en el omóplato, haciéndola sangrar.



AL MISMO TIEMPO, JACK y Josephine se dirigían a toda prisa hacia la habitación del alemán. Un hombre del equipo de seguridad estaba fuera. Los demás probablemente se habían tomado unas horas de permiso.

Jack se acercó a él y fingió estar borracho. Josephine estaba un poco más lejos.

—Esta es mi habitación —le decía Jack en inglés con voz de borracho, dibujando las vocales y las consonantes.

—Vete de aquí —gritaba el secuaz de Jurgen, empujándolo con las manos.

Con un movimiento relámpago, el soldado americano le golpeó con sus dedos en la arteria carótida y le cortó la respiración.

El alto y voluminoso portero dijo que se caía y trató de recuperar el aliento. Josephine pasó rápidamente por delante de él y rebuscó en su bolsillo. Por suerte, encontró la tarjeta - llave para poder abrir la puerta y entrar en la habitación.

Con la tarjeta abrió la puerta sin hacer ruido. Jack arrastró al portero hacia el interior después de haberlo aturdido con un golpe. Inmediatamente después entró la francesa. Sacó su pistola y se dirigió hacia donde se oían los gritos.

Jack estaba con ella.

—Ponte encima de ella y quédate quieto con las manos en alto —lo ordenó Josephine, que estaba aturdida por el espectáculo que había visto: el alemán que estaba sobre Eurídice, trataba de penetrarla por la fuerza, mientras ella estaba atada y gritaba.

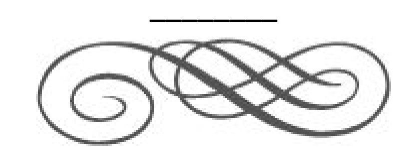
El alemán obedeció y se levantó.

—No te des la vuelta. Quédate como estás, de espaldas y con las manos en alto.

—No sabes con quién estás tratando. Te encontraré y te mataré.

Jack, que estaba asustado por la escena que había presenciado, le dio al alemán un golpe muy fuerte en la nuca. Cayó al

suelo, inconsciente.
Eurídice había dejado de gritar. No sabía quiénes eran sus salvadores, pero se sentía afortunada en ese momento. Si hubieran llegado más tarde, el alemán la habría violado.
El americano corrió rápidamente hacia la cama para desatar las manos de Eurídice. Estaba tumbada boca abajo. Mientras la desataba, se inclinó hacia su oído y le susurró en inglés:
—Me envía Demóstenes, haz como si me conocieras. Llámame Jack, soy tu prometido.
Josephine estaba al mismo tiempo desatando sus piernas.
Cuando le quitaron las cuerdas, Eurídice se apresuró a abrazar a Jack. Ella no lo conocía, pero él la había salvado. Después de todo, era el hombre de Demóstenes. Sólo quería abrazarlo. Se sintió tan aliviada, tan afortunada. Su corazón volvió a estar en su sitio.
Josephine, en sus ojos, vio a una pareja enamorada, abrazándose y llorando. Eurídice sollozaba.
—Perdona que te interrumpa —dijo Josephine con ternura y dio unas suaves palmaditas a Eurídice en la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Quieres que te llevemos al hospital? —le preguntó mirándola con compasión.
—Estoy bien, estoy bien... Menos mal que has llegado a tiempo. Gracias a Dios —y abrazó a Jack con fuerza. Necesitaba muchos abrazos de apoyo en este momento.
—Jack, tenemos que llamar a la policía. Lo encerraremos por intento de violación.
Eurídice se levantó de un salto y muy confundida le dijo que no quería. Le rogó que no los llamara.
—Josephine, ya ves lo que hizo tu gente. Entregaron a una mujer inocente a un pervertido. No, no quiero que los llames. Lo único que me importa es que la hemos salvado. Ese tipo nunca irá a la cárcel. Por favor, sólo queremos irnos. Va a poner nuestras vidas en peligro y a meterse en una batalla legal con ese gamberro. Nos encontrarán en una zanja.
Josephine, encontrándose en un terrible dilema, se dejó convencer por los argumentos de Jack y por el deseo de Eurídice.
Eurídice, al salir de la habitación, en cuanto vio que Jurgen recuperaba la conciencia, le golpeó fuertemente con la rodilla. Le rompió la nariz. Empezó a gritar y a amenazar a dioses y demonios.
—Lo has hecho bien —dijo la francesa, que estaba especialmente contenta con lo que acababa de ocurrir.
Jack se acercó a Jurgen y le dijo: —Si llamas a la policía, publicaremos el vídeo en el que intentabas violarla.
El alemán no sabía si le estaba diciendo la verdad o mintiendo, pero no podía arriesgarse. Ese video arruinaría su imagen. Lo arruinaría profesional y socialmente.
Después de que Eurídice se pusiera la ropa, en un minuto, los tres salieron de la habitación. La francesa tiró del interruptor de anuncios de emergencia que había en el pasillo de la quinta planta del hotel.
Una alarma comenzó a sonar en todo el hotel. El personal pedía que todos evacuaran inmediatamente. Temían un incendio.
Jack, Josephine y Eurídice ya estaban en la planta baja, tras bajar las escaleras muy rápidamente. Prefirieron no tomar el ascensor. La francesa les dijo que la esperaran un poco más lejos de la entrada del edificio, fuera del hotel. Volvería a reunirse con ellos en breve.
Se dirigió a la carrera hacia el centro de control y vigilancia del hotel *Four Seasons.* Respiró profundamente antes de entrar. Abrió la puerta y empezó a decir a los dos empleados que manejaban las cámaras de vigilancia, que tenían que salir porque probablemente los terroristas habían tomado el edificio. Les mostró su identificación policial. Ellos salieron corriendo sin dudarlo.
Josephine comenzó a borrar las imágenes de las cámaras de la entrada, la recepción, el ascensor y la quinta planta. Todo lo había hecho perfectamente.
Ahora, la chica francesa estaba en la multitud tratando de salir del hotel. Una extraña entre extraños. Después de pasar la salida, vio a Jack y a Eurídice de pie al otro lado de la calle, junto con varios otros residentes asustados del *Four Seasons*. Se acercó a ellos y les dijo que la siguieran. Su coche estaba aparcado en el siguiente callejón.
Durante el trayecto, la policía no habló en absoluto. Quería dejar que Eurídice se relajara. Jack estaba sentado en el asiento trasero acurrucado con ella. Tenían que parecer realmente enamorados.



EN UNA HORA Y MEDIA habían llegado a su destino, en la zona de Ille et Vilaine, a las afueras de la ciudad de Rennes. La casa de piedra de Josephine estaba rodeada de árboles, arbustos y césped. Era una vivienda típica y propia de la zona.
Desde la entrada de la casa, era evidente que la decoración de la antigua mansión seguía los principios del Feng Shui. Junto a la puerta de madera verde de la entrada, había 3 grandes macetas de albahaca. Cuando Eurídice y Jack entraron, observaron el salón. Las sillas y los sofás, con sus frentes orientados hacia las ventanas, las mesas tenían forma ovalada, mientras que había una fuerte presencia de los cinco elementos de la naturaleza... Agua, metal, madera, tierra y fuego. Todo en equilibrio con los demás, todo distribuido uniformemente.
Los tres estaban ya sentados en el salón, pero Josephine tenía que irse.

—Tengo que dejarte en cinco minutos. Tengo una llamada urgente, me buscan en la comisaría por un caso. Natalie, descansa y relájate, has sufrido mucho a manos de ese pervertido. Ahora estarás segura en manos de tu marido. Jack, gracias. Hicimos una buena acción. Hemos salvado una vida. Pero antes de dejaros solos, permitidme daros un poco de información sobre la zona en la que estamos, para que sepáis dónde estáis. Estamos en la zona de Ille et Vilaine. Lleva el nombre de los dos ríos, *Ille* y *Vilaine*. Se puede llegar fácilmente al centro de Rennes en 20 minutos. Rennes es la capital administrativa de Ille et Vilaine. Es suficiente... No quiero aburrirte con demasiada información. Como ya he dicho, desgraciadamente tengo que irme. Bueno, nos vemos esta noche. Hay mucha comida en la nevera. Ten cuidado de no abrir la puerta si alguien toca el timbre. Adiós.
Euridice se levantó del sofá en el que estaba sentada, y le dio un cálido abrazo a Josephine. La francesa le dio un beso en la frente. Ya se habían hecho amigas...
No pasaron muchos minutos desde que la mujer policía salió de la casa, y Jack dijo a Eurídice que tenían que dar un paseo para hablar. No quería que hablar dentro, por si Josephine les estaba grabando de alguna manera.
El paseo acababa de empezar y Jack estaba regañando a Eurídice.
—¿Qué es esto, qué estás haciendo? ¿Cómo te involucraste con Jurgen? Demóstenes en nuestras conversaciones codificadas me dijo que todos vivís en Noruega. Joder. Te salvamos en el último momento. ¿No te ocurrieron ya muchos infortunios el año pasado? ¿Por qué no te quedaste tranquila?
—Tenía que averiguar quién empujó a Pano por el acantilado —le respondió enfadada.
—Chica, en primer lugar, no estás capacitada para hacer ese nivel de investigación. En segundo lugar, debes mantener un perfil bajo para no dar la razón a las autoridades estatales de ningún país. Toda la policía de Francia se ha enterado del nombre de Natalie Mason y de tu cara. La identidad falsa que creamos para ti era para que pudieras hacer cosas cotidianas, no para que te metieras en situaciones peligrosas. ¿Y si alguien te identifica y recuerda que el año pasado hubo una Eurídice Vasiou buscada por las autoridades estadounidenses? ¿Entiendes en qué nos has metido? Has puesto la vida de Pano en peligro... Y más. Ya estamos involucrados. Mucha gente ha visto nuestras caras.
Eurídice no habló, sólo miró hacia abajo mientras caminaba. Se ajustó la capucha de su blusa de lana gris y se disculpó con Jack. Él continuó su monólogo.
—Quiero que sepas que nadie por encima de mí, sabe lo que ha pasado. No voy a dejar que lo sepan. Me estoy jugando la cabeza ahora mismo por todos vosotros. Si se enteran, querrán eliminaros sin tener en cuenta el costo. ¿Sabes qué intereses están en juego? ¿Eres consciente de que los mercenarios de Hellgate no saben que estáis vivos? ¿Te imaginas lo que pasaría si se enteraran de que habéis matado a sus mercenarios? ¿Puedes? Por eso, principalmente, se les da por muertos. Por causa de los mercenarios. De lo demás nos encargamos nosotros.
Mientras hablaba, caminaba con paso rápido. Sacó un cigarrillo e intentó encenderlo. El viento era demasiado fuerte y la llama de su mechero, se apagaba continuamente. Eurídice lo detuvo, se puso cara a cara con él, puso las palmas de las manos alrededor de su cigarrillo y le dijo: —Ahora enciéndelo.
El cigarrillo se encendió. Jack se quedó mirándola, sin hablar. *¡Qué hermosa criatura es!* se dijo a sí mismo.
Eurídice continuó: —¿Por qué te preocupas tanto por nosotros y tratas de protegernos de tus jefes?
—Porque...
—Porqué? Habla...
—Porque me llamasteis la atención. Me habéis gustado a través de vuestra historia. Todo lo que habéis pasado. Chicos jóvenes, sin formación, metiéndose con dioses y demonios, es impensable. Es admirable. Pero me importa más Demóstenes. Es por su bien que mantengo la boca cerrada. Recuérdalo.
—¿Cuál es tu relación con el Sr. Demos?
—Él es mi contacto y yo el suyo. Tienes suerte de que haya llegado a tiempo —el estadounidense dejó de hablar durante unos segundos, miró hacia abajo y luego continuó—. Pffff, no quiero seguir quejándome. Empecemos de nuevo. Me gustaría volver a presentarme... Jack Cooney, policía militar de los Estados Unidos. Encantado de conocerla, señorita —y le besó la mano como un clásico caballero.



10 DE OCTUBRE

Adriana estaba en casa de Pedro. El caso del asesinato de Jorge Sanz, seguía ahora un curso claro. El inspector la había invitado a investigar a fondo todas las pruebas disponibles, fuera del horario normal de trabajo. También habían decidido dejar atrás sus diferencias por el bien del caso.

Aquel sábado, Jorge Sanz había bebido un carísimo whisky elaborado por un productor local escocés. Esto fue lo que el presidente de Barcelona les había testificado.

—Pedro, esas botellas no las compran en *Bebio*, que es el proveedor oficial del Camp Nou, sino de una pequeña tienda de licores que las importa del extranjero y las suministra directamente a la suite de VIP. En realidad, 4 botellas al mes las suministraba sólo para Jorge. Nadie más bebía de ese whisky, nos dijo el presidente. No perdamos el tiempo en investigar a *Bebio*, que tiene el catering general de alimentos y bebidas.

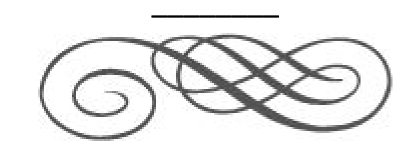
—¿Estás segura?

—Antes de venir aquí, estuve hablando con ellos. Sí, estoy segura.

—Bien. Bien. Por favor, averigua de quién es esta licorería para que podamos hacer una visita de trabajo. ¿Enviaste el contenido de las otras botellas para su análisis?

—Ya lo he encontrado. Se llama "Javier Gutiérrez" y está muy cerca de la Plaza de Cataluña. Utiliza el nombre de su fundador como título distintivo. Por desgracia, no hay más botellas. La última se la bebió Jorge y se cayó de la mesa mientras el presidente lo celebraba. Lo vimos en el video, si lo recuerdas.

—Sí, sí, vale, mañana por la mañana haremos una visita allí.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, 11 de octubre

Los dos policías españoles habían aparcado el coche cerca de la plaza de Cataluña. La licorería "Javier Gutiérrez" estaba a 50 metros de ellos. En pocos segundos ya estaban frente a la entrada.

La tienda era pequeña, del tamaño de una tienda de conveniencia. La fachada era de vidrio. A través de éste, se podían ver todas las impresionantes y adornadas botellas dispuestas en estantes de madera.

—Me gusta su escaparate —le dijo Adriana a Pedro.

La miró despectivamente: —No estamos aquí para eso. Tenemos un trabajo serio que hacer.

Adriana volvió a enfadarse con él, pero una vez más decidió ceder a la calma.

Al abrir la puerta, un caballero de larga barba blanca les saludó.

—Buenos días, bienvenidos. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Buenos días, señor. Somos policías. Nos gustaría hacerle unas preguntas —le dijo Adriana.

—Por supuesto, por supuesto. Ayudaré en todo lo que pueda. Aunque esto me desconcierta un poco. ¿Qué puedo saber yo que pueda ayudarles? —les preguntó el enigmático anciano que siempre miraba hacia abajo.

—¿Ha escuchado lo que pasó el sábado pasado en el Camp Nou?

—Sí, lo sé. Lo siento, ¿qué tengo yo que ver con eso? —y sonrió sardónicamente, evitando el contacto visual con los policías.

—El hombre asesinado había bebido parte del whisky que importó de Escocia. Había veneno en el whisky.

—¿Está seguro de eso? ¿Podría haber sido la comida o algo más?

—Si hubiera sido la comida, entonces otros habrían sido envenenados. Era esa botella en particular. Déjenos la especulación a nosotros. Ese no es su trabajo. Estamos aquí para hacerle algunas preguntas. No perdamos el tiempo innecesariamente —agregó Adriana con severidad.

El caballero con la barba blanca les dijo muy amablemente:

—Claro, claro. Disculpen. Permítanme cerrar la tienda durante unos minutos para no ser molestados por clientes. Entren y siéntense en la oficina.

Después de que ella sacara dos taburetes para que se sentaran, él se acomodó en una silla de cuero.

—Ahora pueden preguntarme lo que quieran. Para ser honesto, yo mismo tengo curiosidad por saber qué ha pasado. ¿Es posible que alguien haya puesto veneno en las bebidas que vendo? ¿Han visto lo que vendo? Los licores más caros y raros del mundo, seleccionados uno a uno por los mejores productores. Lo que me acaban de decir me entristece.

—¿Cuándo suministraron al campo del Barcelona y en qué cantidad? —preguntó Pedro.

—Un momento por favor —y se puso sus gruesas gafas de color marrón oscuro. Inmediatamente se puso a buscar en el libro de pedidos— .Aquí está. Hace unos 28 días. La cantidad... Tres botellas de 750 mililitros. Tengo previsto entregar tres

botellas más en dos días. De hecho, nadie ha cancelado mi pedido todavía.
—¿Quién hizo el pedido? —preguntó Adriana con vehemencia.
—Los pedidos para el Camp Nou los hace Marta García. La asistente del presidente, creo. Todavía no me ha llamado para cancelar nada.
—¿Desde cuándo abastece al Camp Nou?
—Desde el pasado mes de abril. Déjeme mirar mi documentación y se lo digo. El pasado mes de abril, les suministré cuatro botellas de vodka de uva. Un vodka francés, realmente maravilloso. En mayo no me pidieron nada. Entonces... Veo en junio otras 4 botellas de la misma vodka.
—¿No se cierra el estadio en junio?
—No hay partidos, pero sí encuentros. Todos estos hombres poderosos... y mujeres poderosas tienen "business" que hacer durante todo el año. ¿No es así? —le preguntó ella mientras él los miraba con picardía con sus gafas sobre la nariz.
—¿Cuándo pidieron las botellas de whisky?
—A finales de agosto. El 2 de septiembre los entregamos.
—¿Los entrega usted mismo?
—Claro que no, mi sobrino lo hace en su camión.
—¿Podemos hablar con su sobrino?
—Por supuesto. Estará aquí en una hora. Tenía que hacer unos recados un poco lejos de aquí. Espérenlo. No hay problema.
—¿Cómo se explica el cambio de pedidos?
—Mire esto. Hay dos categorías de personas. Los que toman la misma bebida toda la vida... Y los que, cada tres meses, toman algo diferente. Supongo que el hombre para el que pedían las bebidas quería variedad. Eso demuestra una volatilidad de carácter.
Adriana miró a Pedro.
Pedro intervino.
—¿Puede enseñarnos una botella de Nemesis?
—Claro que sí. Volveré en medio minuto.
Pedro le susurró a Adriana... —Déjame hacerle unas preguntas. Hay una razón.
—Bueno, esta es la botella. Miren esta obra de arte —y se la mostró, sosteniéndola de lado.
Efectivamente, la botella parecía el frasco de alguna colonia muy cara.
—¿Es el único licor caro que vende?
—Sí, sí, sólo esos. Coleccionables.
—¿Cómo pudo alguien poner el veneno en la botella? —le preguntó Pedro.
—¿Cómo puede estar tan seguro de que alguien envenenó la botella mientras estaba en la bodega? Eso es imposible, señor, cuido estas obras de arte como mi vida. Lo descarto. Si algo pasó, fue después de que la botella saliera de aquí.
—No le he dicho que alguien haya envenenado la botella mientras estaba en la bodega. Podría haberse introducido antes... O después. ¿Por qué está tan enfadado?
—Soy tan concienzudo con mi trabajo, que parece improbable que esto haya podido ocurrir mientras estaba en la bodega. Además, si hubiera ocurrido mientras las botellas estaban en el armario de los licores, el asesino no habría sabido de qué botella bebería la víctima, por lo que habría tenido que envenenarlas todas.
—Así es —agregó Pedro, mientras Adriana fruncía el ceño.
—El trabajo se hizo en el estadio, por dentro. Piénselo por un momento. Hace casi un mes que las botellas están en el estadio. Si todos tuvieran veneno, ya tendríamos a alguien muerto, porque alguien habría estado bebiendo durante ese mes. A menos que... Nadie haya bebido ese whisky en todo ese tiempo. ¿Encontraron alguna botella intacta?
—Las otras dos, de los tres que se les entregó a principios de septiembre ya se habían consumido. Esta era la última botella que quedaba que contenía el veneno. Así que, tiene razón, el trabajo debe haberse hecho dentro del estadio, donde guardan las botellas de alcohol. Bien, señor... ¿Javier?
—Me llamo Pablo, mi abuelo se llamaba Javier. Era el dueño de la licorería. Se fundó en 1930. Por eso lleva su nombre.
—Bueno, lamentablemente no podremos esperar a tu sobrino. ¿Podría darnos su número de teléfono, nombre y dirección?
—Ciertamente.
Los dos inspectores no habían salido de la Plaza de Cataluña. Por el contrario, se habían quedado allí. Estaban en su coche y llevaban 45 minutos esperando a que apareciera el sobrino del dueño de la licorería.
—Debe de ser él —dijo Adriana en voz alta, observando una furgoneta cerrada aparcada frente a la licorería.
—Definitivamente es él.
—Le cuesta aparcar en un espacio tan grande. Qué conductor... —agregó con ironía.
—Por fin aparcado. Es bastante delgado, ¿no? Mira qué holgada es esa camisa sin mangas corta a rayas. ¿No tendrá frío?
—Todavía no hace tanto frío. Es otoño. No todo el mundo es tan friolero como tú.

—Pero fuerte. Salió con dos cajas en las manos.
—Vacío la furgoneta. ¿Ves? Esas fueron las únicas cajas que sacó.
—Vamos a vigilarlo, ¿verdad?
—Ya lo creo.
Ya habían pasado 17 minutos. Los inspectores de policía vigilaban discretamente la furgoneta blanca. En ese momento Pedro y Adriana se encontraban en la autopista C 32, revisando todos los hechos del caso.
—Adriana, vamos a resumir los hallazgos una última vez. ¿Huellas de los dedos de la suite de invitados VIP de alta gama en el Camp Nou?
—Los hemos comprobado todos. Se han identificado 8 personas. No hay motivo para el asesinato. Además de ellos, también hemos investigado a todos los que estaban en las inmediaciones de Sanz... Amigos, colegas, familiares. No nos engañemos. Esta sustancia, el veneno, es absolutamente difícil de encontrar.
—¿Análisis del vídeo en el momento de su muerte y en los días previos?
—Cada 48 horas borran los vídeos. Por lo tanto, sólo pudimos ver lo que ocurrió el jueves, el viernes y el sábado antes del partido. Nada sospechoso. En cuanto al vídeo anterior al asesinato, la señora de la limpieza y los hombres de seguridad del presidente sólo entran en la suite. Ninguno de ellos actuó en la zona del bar donde se guardan las botellas de alcohol. En cuanto al vídeo de la muerte de Jorge, lo hemos analizado juntos si lo recuerdas. Por supuesto, no sabíamos que se trataba de una intoxicación a través de una bebida y no analizamos a fondo los movimientos del camarero justo antes de servir a Jorge. El primer trabajo cuando volvamos a la estación es analizar eso también.
—De acuerdo. Tomamos nota... “camarero”—. Pedro escribió en su cuaderno con su bolígrafo mientras Adriana conducía—. ¿El Ordenador o el móvil de Jorge Sanz? ¿Hemos comprobado todo?
—Todavía lo estamos investigando. Hemos encontrado algunos correos electrónicos amenazantes enviados a él en los últimos meses. Nada más sospechoso —le dijo Adriana, ocultando el hallazgo del informático sordomudo sobre el diario encriptado de Jorge Sanz.
—¿He olvidado algo?
—No lo creo. ¿Crees que es una cuenta pendiente relacionada con la industria armamentística?
—De ninguna manera. Lo habrían asesinado de una manera mucho más indolora. No atraerían los focos hacia ellos. Este crimen muestra la rabia. Es un crimen de venganza, estoy seguro.



EL SOBRINO DEL PROPIETARIO de la licorería privada se había detenido frente a una casa señorial construida enteramente en piedra. Su desgastado techo de tejas sugería que había sido construido hace muchas décadas o incluso siglos. Esa magnífica villa, se alza orgullosa en lo alto de la colina en el hermoso pueblo costero de Alella.
—Es la primera vez que vengo a Alella. Es maravilloso.
—Yo he vuelto varias veces. Solía venir con mi ex mujer.
—¿Viajó tan lejos para descargar sólo dos cajas?
—No importa la cantidad. ¿Y si cada botella cuesta 1.000 euros? Entonces vale la pena.
—Déjame buscar en *Google maps* la ubicación de la casa para obtener información...
—Tú y tu tecnología. No sé nada de eso.
—Un niño sabe ya estas cosas. Bueno... Son de alquiler. La villa fue construida en 1790 y ha sido restaurada en su interior. Mira qué bonito es el interior —le dijo a Pedro emocionada y le mostró las fotos en la pantalla de su teléfono— . ¡Cómo me gustaría sentarme en este bonito patio pavimentado y disfrutar de mi café!
—Vamos entonces, ¿a qué esperas?
—¿Te has vuelto loco? ¿Adónde vamos?
—Vamos a tomar nuestro café en el patio pavimentado - agregó alegremente y abrió la puerta del pasajero para salir.
El coche estaba aparcado en el camino de tierra un poco más abajo de la villa. Adriana salió sin dudarlo. Quería averiguar el propósito de Pedro.
—Vale, vamos, tengo curiosidad por ver qué vas a hacer.
Ambos se dirigieron a la entrada de la villa. La furgoneta estaba aparcada justo afuera. Tenía demasiadas abolladuras en las puertas. Muy maltratada por pequeños golpes y magulladuras.
Cuando cruzaron la puerta y se dirigieron al interior, Pedro tomó la mano de Adriana.
—Adriana, se supone que somos una pareja. No te lo tomes a mal.
Adriana, que normalmente rehuía las intimidades de Pedro, las aceptaba ahora. Al fin y al cabo, estaban de servicio.
Tenían que desempeñar bien su papel.
—Hola —dijo Pedro muy alegremente a la anciana del mostrador de recepción.
—Hola —les respondió la dulce señora—. Les doy la bienvenida a la villa 'Fantastic'. Lamentablemente debo informarle de que no hay habitaciones disponibles. Están todas reservadas.
—Oh, ahora me decepciona. Pensábamos, mi mujer y yo, que en esta época del año encontraríamos una habitación disponible. Decidimos venir en el último momento, y por desgracia, no tuvimos tiempo de hacer una reserva. ¿Podemos al menos tomar nuestro café en su encantador patio después de haber venido hasta aquí? Entonces, tomaremos el camino de vuelta.
—Lo que quieran. Sí, por supuesto que pueden disfrutar de su café en nuestro hermoso patio. Los cafés los pagamos nosotros. Si también quieren, podemos hacer una reserva para el día 17 del mes cuando tengamos habitaciones disponibles.
—Lamentablemente no podemos comprometernos ahora y hacer una reserva para el día 17. Nuestra agenda de negocios está completa para este mes. Pero, por ahora, con gusto tomaremos nuestro café.
En ese momento, un joven muy delgado salía del almacén. La anciana y dulce señora le dijo: —Bien Mario, ¿has terminado?
—Sí, tía, todo está listo
Pedro y Adriana se miraron sorprendidos. La amable señora de pelo corto y gris, ¿era la esposa del dueño de la licorería?
Adriana aprovechó la oportunidad.
—¿Es su sobrino?
—Sí, sí, es mi sobrino. Gracias a Dios tenemos a Mario para ayudarnos, a mí y a mi marido.
—¿Su marido trabaja con usted? Qué bien, como nosotros. Hacemos el mismo trabajo, mi esposa y yo.
La señora se echó a reír: —No, por suerte. Mi marido es muy extraño. No soportaría trabajar con él —y siguió riendo.
Al mismo tiempo, Pedro tendió la mano a Mario y le dio un apretón de manos.
—Encantado de conocerte Mario, soy Sebastián, esta es mi mujer Sandra. Queríamos decirte que tienes una tía estupenda.
Mario echó una mirada a Pedro y Adriana y estrechó la mano del inspector con vacilación. Tenía la misma mirada que su tío. Miraba hacia abajo y rara vez levantaba la vista.
Su tía se levantó.
—Mario, agradece las palabras amables que te dicen. Ya lo ve, es muy tímido. Sin embargo, es el mejor chico. Si no tuviéramos a Mario para ayudarnos, no podríamos hacer frente a las dificultades del trabajo.

Mario bajó la mirada y no habló. Tenía las manos en los bolsillos.
Los cafés estaban en la mesa de hierro azul. Los dos inspectores disfrutaban de la vista del mar en la distancia. Estaban mirando hacia el hermoso patio pavimentado con el césped disperso alrededor.
—¿Viste la cicatriz en su mejilla?
—Sí, me he dado cuenta, Pedro. Debe haber estado involucrado con las pandillas. ¿Viste su tatuaje? Creo que los miembros de los "Maras", lo tienen. Es una pandilla muy peligrosa en Madrid.
—Menos mal que no nos presentamos como inspectores. Podría haberse asustado. Lo observaremos durante unos días y veremos a dónde nos lleva. Tú, que eres a con la tecnología, puedes sacar su expediente electrónico para ver si tiene antecedentes penales, dónde vive y todo eso.
—Pedro, me siento culpable de que hayamos ocultado que la sustancia tóxica del whisky tenía algo que ver con la KGB.
—No te sientas culpable en absoluto. Si lo hubiéramos revelado, ahora mismo el caso estaría en manos de la Policía Nacional o de los Servicios Secretos. Nunca he dado mi caso a nadie más. Además, nunca he dejado de resolver un caso. Además, cuando necesité sangre, después de las cuatro balas que recibí, si no fuera porque el forense me ayudó, no estaría vivo. No puedo traicionarle. No olvides quién te ayudó a convertirte en inspectora de policía a tan temprana edad. Sólo tienes 28 años y ya eres inspectora.



Cassoulet

10 DE OCTUBRE, CIUDAD de Rennes, 17:49

Eurídice acababa de abrir la nevera. Tenía mucha hambre. Vio un gran recipiente de barro en la nevera esperando a ser consumida. Lo sacó y abrió la tapa. Los aromas que emanaba del interior eran distintos y fuertes. Se podían ver judías, cocinadas junto con una variedad de salchichas.

No pudo resistirse. Sacó una cuchara del primer cajón y la metió en la olla. Aunque la comida estaba fría, le gustó mucho. Mantuvo el bocado en la boca durante mucho tiempo, para poder sentir plenamente los sabores mágicos de esta extraña sopa de judías francesa, mientras hacía varias muecas de placer.

Jack estaba entrando en la cocina y la vio flotando en un mar de felicidad.

—Eurídice... Lo siento, Natalie... No le demos a Josephine la oportunidad de descubrir quiénes somos realmente. Oye, te sugiero que la calientes un poco. Creo que la comida está muy fría, por eso pones esas caras.

Eurídice se sintió avergonzada.

—Sí, la calentaré. Sólo quería ver si tenía buen sabor.

—¿Y lo tiene?

—Está muy sabroso, sí.

En ese momento, la policía francesa entró en la casa. Por el sonido de la puerta de entrada cerrándose, Jack y Eurídice supieron que en unos segundos tendrían compañía.

—Hola, ¿cómo estáis, Natalie, cómo estás? ¿Te sientes mejor? —preguntó con gran simpatía Josephine, que llevaba dos bolsas de compras en las manos.

Jack no habló, sólo asintió. Dejó que Eurídice saludara a la mujer policía.

—Hola Josephine, muchas gracias por tu interés y preocupación. Sí, estoy mucho mejor. Jajaja, ya ves que estaba a punto de calentar la comida que tenías en la nevera.

Dejando la compra en la encimera de la cocina, Josephine le dijo:

—Déjalo, déjalo, no te molestes, yo te calentaré la comida.

—Qué buena comida es esta. ¿Es un cassoulet?

—¿Lo has probado? ¿Te ha gustado? Me alegro. Es cassoulet, sí. Es uno de mis platos favoritos. Tiene alubias, pato y salchichas de cerdo. Una comida fantástica. Menos mal que había cocinado una gran cantidad y podemos comer todos —le explicó la policía, con aspecto alegre—. Natalie, voy al baño a darme una ducha. La cena estará lista en diez minutos. En caso de que llegue tarde, sácalo del horno y vendré a cenar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Eurídice en un francés fluido.

Mientras Josephine se dirigía al baño, Jack intentó guiar a Eurídice. Habló en un susurro:

—Eurídice, tendremos que fingir que estamos enamorados durante la cena. Si te beso, no reacciones mal. Acéptalo con gusto. No debe sospechar. Además, si se abre una conversación relacionada con Canadá, intenta evitarla. Sé que has estado allí varias veces como turista, y por eso ya te hemos expedido el pasaporte canadiense, pero hay cosas que básicamente no sabes. Después de la cena, puedes fingir que estás cansada e irte a la cama. Tienes que hablar lo menos posible para que no haya lagunas en la historia que hemos inventado. Mañana al amanecer partimos hacia Noruega. Te acompañaré hasta allí y luego me iré.

Eurídice le escuchó con perfecta atención. Ella confiaba en él. Ella aceptaba todo lo que él decía...

En 15 minutos, Josephine estuvo lista. Su pelo estaba muy encrespado después del champú y la ducha. Llevaba un albornoz gris.

—Me gusta mucho tu pelo —le dijo Eurídice.

—Oh, gracias. Gracias también por poner la mesa. Bueno, ¿nos sentamos?

Los tres se sentaron alrededor de la moderna mesa, con sus llamativas patas de metal negro y su gran tablero horizontal de madera de color nogal. Jack y Eurídice estaban sentados uno al lado del otro, y él le tomó la mano con ternura.

—Os serviré.

—Gracias —dijo Jack

—¿Quieres un poco de salsa?

—¡¿Por qué no?! —respondió Eurídice.

Comiendo la primera cucharada Jack agregó:

—Esto está delicioso, realmente muy bueno. Natalie, debes aprender a cocinar para mí.

—Sí, claro —respondió Eurídice mientras Josephine los miraba inquisitivamente.

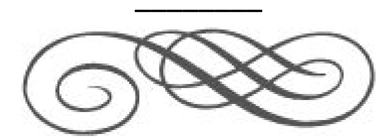
—¿Tú y Jack lleváis mucho tiempo juntos, Natalie? —preguntó impulsivamente la francesa.

—Eee... Unos dos años —le respondió Eurídice.

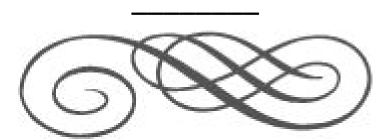
—Jack me dijo que llevabais un año juntos.

—Querido te olvidas —le dijo Eurídice y le dio un beso en los labios, lo que sorprendió a Jack.
—Josephine, el primer año que salimos a citas, no lo cuento en la duración de nuestra relación.
Jack, queriendo cambiar de tema, empezó a hacer preguntas a Josephine.
—¿Esta es tu residencia principal Josephine?
—No. Vivo aquí desde junio hasta mediados de octubre. A partir de mediados de octubre me traslado al centro de París. Utilizo esta casa como una especie de casa de campo. Me gusta mucho la ciudad de Rennes. Si tenemos tiempo, te mostraré los lugares de interés.
—Por desgracia, Josephine, nos vamos mañana al amanecer. He dejado mi trabajo a medias, así que no nos dejes ser una carga.
—No me importa si te quedas aquí un poco más. Después de todo, vivo sola. Me divorcié el año pasado.
—Me temo que tendremos que irnos. Y Eur... Natalie quiere que nos vayamos. Volveremos en otra ocasión, lo prometo, y lo pasaremos muy bien. Como los verdaderos turistas.
Eurídice interrumpió su conversación.
—Tendré que dejarte, estoy demasiado cansada —se levantó y fue a abrazar a Josefina, dándole un gran agradecimiento por haberla salvado.
Josephine estaba ahora sola con Jack. Los dos seguían comiendo. le preguntó Jack:
—¿Crees que este Jurgen, llamará a la policía, a tu gente?
— No creo que los llame. No puede arriesgarse. Es culpable. Pero eso no me preocupa.
—¿Qué te preocupa entonces?
—Para poder borrar las imágenes de las cámaras de la quinta planta, la planta baja y el ascensor, hackeé el centro de control. Había dos empleados allí a los que les dije que debían salir, porque probablemente unos terroristas habían tomado el hotel. Probablemente habrán informado a los gerentes del hotel y éstos a la policía. De momento no hay imágenes de la cámara, pero me están haciendo una investigación. Y no tardarán en ver por las cámaras de tráfico que yo estaba en la zona.
—Me dijiste que tenías a uno de tus chicos coordinando las cámaras de tráfico. El que consiguió la matrícula del alemán y nos dio su ruta. Llámalo por teléfono y pídele un favor. Escúchame. Dile que borre rápidamente las imágenes de vídeo de la zona para el momento en que estuvimos allí. Dile que has salvado a una mujer maltratada y que no podrías haberla salvado si estuvieras operando legalmente. Él será consciente de ello. Sois colegas. En cuanto a los empleados del centro de control del hotel, haz saber a tus compañeros que estabas de paso por la zona... Y que oíste sonar una alarma... Pensabas que unos terroristas habían tomado el edificio... Y que por eso habías entrado para comprobar las cámaras del hotel. Si te preguntan por qué no informaste antes, te excusarás diciendo que te dio vergüenza haber juzgado mal la situación y que la alarma resultó ser una falsa alarma.
—Si digo eso, entonces no hay necesidad de borrar el vídeo de las cámaras de tráfico.
—No, no tendría que hacerlo si estuvieras sola en la zona. Ahora sí, porque me muestra a mí y a Eur... Natalie.
—Jack, entiendo que no eres quien dices ser —le dijo con firmeza y le agarró las manos de forma amistosa—. También entiendo que esta chica estaba realmente en peligro y que la salvamos en el último momento. No tienes que fingir conmigo. He visto la confianza y la seguridad que siente contigo y, eso me basta. Has salvado una vida, hemos salvado una vida.
—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Jack, dándose cuenta de que era inútil seguir fingiendo.
—Su acento francés no tiene nada que ver con Canadá. Mi padre era de Ontario. Me crié en Canadá hasta los 13 años y luego vine a París a vivir con mi madre. Conozco muy bien las diferencias. Tampoco es francesa. Habla muy bien pero no como una francesa. También los descuidos que hiciste con los nombres. Eur... Eur... Y luego Natalie.
—Por favor, no digas nada a nadie. Su vida está en peligro, por favor.
—No diré nada. Mi prioridad es la vida humana. He visto demasiada suciedad en general... A veces no hay que seguir la ley al pie de la letra. Lo único que me importa es que hemos salvado una vida. Me siento satisfecha de haber ayudado. Si alguna vez quieres contarme tu verdadera historia y la de ella... Aquí estoy.
—Gracias. Sí, alguna vez te lo contaré todo... Pero ahora dime cuándo vendrán —dijo Jack, que había cambiado su tono y hablaba amenazadoramente.
—¿Cuándo vendrán quiénes?
—Las persona a las que avisaste hace un momento.
—¿Estás loco? —gritó, y se levantó.
El americano la agarró por el pelo y le inmovilizó la cabeza contra la mesa. Él estaba de pie detrás de ella, colocando un cuchillo de cocina en su cuello.
—Josephine, no quiero hacerte daño, no soy ese tipo de persona. Sólo estoy tratando de salvar la vida de Eurídice. Ahora dime, ¿cuándo viene tu gente? —y apretó el cuchillo contra su cuello.
—De acuerdo, de acuerdo, te lo diré. Estarán aquí en una hora. No tuve elección, me descubrieron por el retrato robot que hizo el personal del hotel.

—¿Vienen esos policías?
—Son un grupo de corruptos, los polis predilectos del jefe. El resto de los policías no saben nada. Por favor, amenazaron la vida de mi hija. No quiero que te hagan daño —le decía Josephine, que ahora le suplicaba llorando.
—¿Tienes una hija?
—Sí, sí, por favor. Vive con su padre. El tribunal me quitó la custodia por el peligro de mi trabajo. Por favor, la harán daño.
—Maldita sea —gritó Jack mientras sacaba el cuchillo de su cuello y la soltaba. Luego se sentó en el suelo, desesperado.
Josephine, que seguía llorando, también se sentó en el suelo a su lado. Su espalda se apoyó en los armarios de madera de nogal de la cocina.
—Lo siento, no tuve otra opción.
—Te creo. Yo tampoco quiero que tu niña salga herida. Además, soy responsable de esto y también lo es Eurídice. Escúchame bien. Cuando vengan, te encontrarán muy golpeada. Diles que entraron en la casa y nos secuestraron. Les dirás que la chica se escapaba de un chulo muy poderoso de los Balcanes y que la encontraron. No le harán daño a tu hija después de eso.
—Vale, pero ¿cómo van a encontrarme herida?
—Desgraciadamente, vas a tener que hacerte daño. No puedo hacerle daño a una mujer. Hazlo por el bien de Eurídice y de tu hija.



HABÍAN PASADO 50 MINUTOS. Jack y Eurídice ya habían llegado a pie al centro histórico de Rennes. En ese momento, caminaban rápidamente por las calles medievales del casco antiguo, que había sobrevivido a un gran incendio en 1720. Aunque Eurídice había estudiado en Francia, nunca había visitado Rennes.
Actualmente, el estadounidense no tenía ningún plan específico en mente. ¿Cómo podría haberlo hecho, después de todo? Todo estaba fuera de su control. Tendría que improvisar una vez más. Así que ambos deambularon, completamente al azar, tratando de encontrar un lugar para quedarse esa noche.
—Entremos en este edificio. Parece vacío, le dijo. Necesitamos ganar tiempo para idear un plan para escapar de Francia. Maldita sea, la situación se me fue de las manos. Sucedió exactamente lo que intentaba evitar.
Eurídice no hablaba, sólo obedecía sus órdenes. Ella también estaba perdiendo el control. Se sentía culpable por lo que estaba pasando.

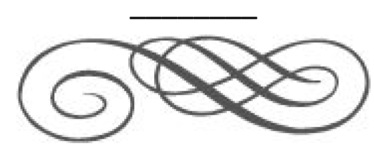


AL MISMO TIEMPO, LOS policías corruptos llegaban a la casa de Josephine.
—Apaga las luces, imbécil. No queremos que nos vean. Ya hiciste bastante mierda ayer cuando encendiste las sirenas mientras íbamos a atrapar a esa chica de Canadá.
—Muy bien, muy bien.
Cuatro personas viajaban en el Citroen Xanthia negro. Lo aparcaron a unos metros de la casa de Josephine.
Abrieron las puertas en silencio y salieron del vehículo. Los cuatro llevaban capuchas completas. Josephine les había informado que dejaría la llave en la maceta de albahaca, que estaba junto a la puerta principal. El más alto de ellos lo encontró muy fácilmente. La puso en la cerradura.
La puerta se abrió. Hizo un gesto a los demás, que estaban de pie con las pistolas en la mano, para que entraran con mucho cuidado. Estaban pisando de puntillas mientras se dirigían desde la entrada al interior de la casa. Intentaban no hacer ruido. Uno de ellos hizo un gesto con la mano para que los demás revisaran el resto de las habitaciones.
—Ven aquí, corre, ven a la cocina.
Josephine yacía casi inconsciente en el suelo blanco y negro, ahora pintado del color de la sangre. Tenía la nariz rota, los ojos hinchados por los golpes y los dedos de la mano izquierda rotos.
Hace un momento había cogido el martillo y los había roto ella misma. Fue algo extremo, pero necesario para que la creyeran y la vida de su hija se salvase.
Los demás llegaron a la cocina. Se quitaron las capuchas.
—¿Qué ha pasado, qué ha pasado? —le preguntó el alto.
Con una voz que apenas salía, Josephine les dijo que habían secuestrado a Natalie y al hombre con el que estaba.
—¿El policía americano?
Josephine, que seguía tumbada en el suelo, pudo susurrar:
—No era un policía después de todo. Le oí hablar por teléfono con uno de los suyos. Era una identificación falsa. También

está involucrado en una red de tráfico. Los que se los llevaron de la casa eran cinco tipos encapuchados. Hablaban una lengua extraña, balcánica, definitivamente balcánica.
Los policías corruptos se situaron junto a Josephine y hablaron en voz baja. Ella podía oírlos.
—¿Qué vamos a hacer, imbécil?
—Llévala al hospital.
—Tenemos que quitarla de en medio.
—Imbécil, ¿asesinato de poli? Esto sería un desastre. No, de ninguna manera. Vamos a llevarla al hospital —se inclinó sobre Josefina y le susurró—. Vamos a llevarte al hospital, ¿vale? Unos bandidos te golpearon en la calle. ¿Lo entiendes?



—TENEMOS QUE ENTRAR aquí, Eurídice. En el Hotel *des Lices* —dijo, tomándola de la mano.
—Pero tenemos que mostrar documentos de identidad o pasaportes. ¿No?
—Tengo otro pasaporte. Hablaré en italiano, soy Giovanni Russo. Tú, no tienes que hablar en absoluto.
Era evidente que al ir a Europa para estar cerca de Pedro y Adriana, Jack Cooney podría haberse metido en situaciones peligrosas que le obligasen a tener un pasaporte extra con un nombre falso. Jack no sólo tenía un pasaporte, sino que llevaba varios.
Así que cruzaron la puerta del hotel de la mano, como una pareja enamorada. Jack se encargó de reservar una habitación doble, hablando un inglés chapurreado y haciéndose pasar por un ciudadano italiano. Eurídice no hablaba. Todavía se sentía culpable por lo que le había ocurrido a Josephine y por lo que podría ocurrirle en el futuro por su culpa. Se sentía muy triste.
Por suerte había una habitación vacía en el tercer piso. Frente a la cama doble, Jack se ofreció a dormir en el suelo.
Eran las 10 en punto. Eurídice no llevaba ninguna otra muda, ni un segundo par de ropa interior. Todas sus cosas, las había dejado en la maleta de Antígona. Jack se dio cuenta de ello y le dio su propia ropa interior para que se la pusiera... Unos bóxers. Los necesitaría después de la ducha. También le regaló una camiseta negra de algodón.
—Los necesitarás. Después de una ducha necesitas ropa limpia.
—¿Y tú?
—Tengo más, ¿qué te parece? Jajajaja —y le mostró el interior de su equipaje de mano. De hecho, era un experto en ahorrar espacio.
A Eurídice le gustó su buen humor. La hizo sentir bien en ese momento difícil.
Habían pasado 34 minutos. Eurídice seguía duchándose. A Jack le preocupaba que le hubiera pasado algo. Se fue hacia el baño para ver qué pasaba. Temía que Eurídice se hubiera desmayado o que le hubiera ocurrido algo más. Llamó a la puerta pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar a la puerta... Sin respuesta. Tomó la decisión de abrir la puerta. La abrió. El espectáculo que vio le produjo un estremecimiento erótico.
Eurídice estaba de pie bajo el agua corriente, desnuda y de pie, con los ojos cerrados. No notó que la miraba. No podía apartar los ojos de ella.
Qué magnífica criatura era esta. ¡Qué maravilloso y perfecto cuerpo curvo es este! Vamos, contrólate, cierra la puerta, te verá.
Con estos pensamientos, cerró la puerta en silencio. Eurídice lo había visto. Ella no había reaccionado...
En dos minutos salió del baño. Llevaba puestos los calzoncillos azules de Jack y una camiseta negra de algodón. El americano estaba sentado en la cama. En cuanto la vio, le dijo ansiosamente:
—Ven, ven, siéntate en la cama. Lo siento, voy a acomodarme en el suelo.
—Creo que no me importa. También puedes dormir en la cama. Estás demasiado cansado y no puedo obligarte a dormir en el suelo. Pondremos una sábana entre nosotros...
—¿Estás segura?
—¡Claro!
—Bien, Eurídice. Como quieras. Te hago saber que soy un caballero. Siempre respeto a las damas. Bueno, ahora me voy a duchar.



ERAN LAS 23:24. LOS dos estaban acostados en la cama. Miraban al techo y hablaban.
—¿Y de qué conoces a Demóstenes? le preguntó Eurídice.
—Demóstenes es un amigo fraternal de mi tío. Mi tío era un espía italiano. En los veranos en que dejaba los Estados Unidos y me iba a Italia de vacaciones, todos los años, Demóstenes estaba allí. Todos pasamos las vacaciones en la villa de

mi tío en Capri. Es como un abuelo para mí. Yo era el enlace entre Demóstenes, el Estado griego y el Estado estadounidense y llegamos a un acuerdo. Habría sido muy difícil para ti si no hubiera sido por ese acuerdo.
—Entonces, ¿también conoces a Antígona?
—Antígona sólo había estado en Italia una o dos veces. No sé por qué. No estoy muy a con ella. Relaciones muy formales. Demóstenes es como un abuelo para mí. Un gran espía. Sigue siendo una leyenda en el mundo del espionaje.
Ambos estaban muy relajados y hablaban como si fueran amigos desde hace años.
—Sí, pero esos mercenarios nos descubrieron el año pasado, probablemente por error de Demóstenes.
—En las conversaciones codificadas, no sólo es responsabilidad del emisor, sino también del receptor. Un error del destinatario y todo queda al descubierto. No creo que Demóstenes se haya equivocado. Especialmente en la comunicación secreta, es el mejor.
—¿En serio?
—Es cierto. Utiliza métodos poco ortodoxos, pero siempre funcionan. Imagina a un ladrón de bancos, que sale de un banco con una bolsa llena de bienes robados, con corbata, traje y un costoso bolso de cuero. Ningún policía sospecharía de él. Así son las conversaciones codificadas de Demóstenes. Uno no puede imaginar que haya un código detrás. Tiene demasiadas patentes propias.
—¿Qué son estas conversaciones codificadas?
—Es una de mis especialidades. Soy un experto en encriptación y desencriptación. En el ejército, utilizamos dos de mis propias patentes de encriptación.
—¿Qué es exactamente la codificación?
—Ahora estás abriendo un gran tema. No se puede explicar en unos minutos. Lo que puedo explicarte por ahora es cómo funcionan algunos principios básicos a través de ejemplos muy simplistas. Así entenderás cómo funciona la encriptación en general.
—Sí, estoy interesada. Quiero saber...
—Bueno. Empecemos con un ejemplo. Tenemos la frase "Eurídice es hermosa". Ahora voy a intentar encriptar esta frase, para que no se entienda lo que intento decir. El cifrado más sencillo se llama "cifrado de sustitución simple". Es decir, por cada letra del alfabeto, emparejaré otra letra y luego reconstruiré la frase. Así que... H se sustituye por Z, E se sustituye por Y, Y se sustituye por P, y así sucesivamente. La frase cifrada será "YVSJEJCHY YT IYSNQTB.
—Jajajajajajajajajaja... —a Eurydice le estaba gustando este juego de cifras—. Jajajajajaja... ¡cómo hablas así!
—Jajajaja... ¿Ves lo fácil que es? Este ejemplo, por supuesto, es para los adolescentes. Cuando hablamos de cifrado real, hablamos de algoritmos de cifrado multi híbridos... Una combinación de asimétricos y simétricos.
Eurídice giró la cabeza hacia la derecha y lo miró mientras estaba tumbada. Sus ojos se reían. Ella le preguntó: —¿Crees lo que has dicho antes?
—¿Qué cosa?
—Lo de... "Eurídice es hermosa".
—Para ser honesto, no, no lo creo.
Eurídice se sonrojó de vergüenza al oír eso. Se sintió mal. Ella se quedó atónita. Jack continuó:
— Eurídice no es sólo hermosa... Es muy... Muy... Muy hermosa. Eurídice es hermosa —agregó, se inclinó hacia la izquierda y comenzó a besarla con gran pasión.
Eurídice no lo detuvo. Ella también lo besó con pasión...
Pero no sintió nada. No sintió nada. Un vasto vacío. Ninguna emoción endulzó su corazón.
—Para, para, para —le dijo ella y se apartó de él.
—Lo siento, lo siento, me pasé de la raya. Es que... Eres tan hermosa. Lo siento.
—También es culpa mía. Por favor, no te disculpes. Me acabo de dar cuenta de lo mucho que quiero a Pano. Lo había olvidado durante los últimos meses. Es el único que me inunda de emociones. Cada vez que me besaba... Caminaba entre las estrellas.... Sentía un escalofrío por todo el cuerpo... Sentía una dulzura en mi alma. Lo siento, no sentí nada contigo. Volví a recordar cómo Pano, mi único amor, me besaba.
Jack se había levantado de la cama y estaba de pie.
—Me da vergüenza. Será mejor que me ponga cómodo y duerma en el suelo.
—Por favor, no te avergüences, soy yo quien se disculpa. Estamos en una situación muy difícil, concentrémonos en poder salvar nuestras vidas. Estoy preocupada por todo lo que falta. Llegamos a Francia con Antígona, en un vuelo desde Noruega. Me temo que si comprueban el nombre de Natalie Mason en los registros de la aerolínea. Encontrarán nuestro rastro...
—Por favor, dime que no es cierto. ¿No lo sabía Demóstenes? No me dijo nada. ¿Cómo pudo dejarte viajar sola en avión? Creía que había llegado por pasadizos secretos. Antígona sabe todo esto... ¿Cómo te dejó?
—La culpa es mía. La convencí de que no dijera nada a Demóstenes. También la convencí de que voláramos hasta aquí para poder llegar antes de que pudiera atrapar al alemán en la recepción que estaba dando en ese momento. Ella no quería. La convencí, con lágrimas y chantaje psicológico. Menos mal que pudo contactar con Demóstenes después de que

me arrestaran... Y menos mal que Demóstenes pudo contactar contigo. Me has salvado la vida.
—Oh, Eurídice, nos has metido en un lío. Lo más probable es que Demóstenes ya esté buscando una nueva residencia, en otra zona o incluso en otro país.
El estadounidense sacó un dispositivo muy pequeño de su bolsa de mano. Tenía casi el doble de tamaño que la pantalla de un reloj. Con un fino bolígrafo empezó a escribir.
—¿Estás escribiendo a Demóstenes? —le preguntó Eurídice.
—Sí. Sin embargo, le he puesto condiciones desde el principio. Sólo me habla en mensajes encriptados. No me gustan los de la vieja escuela. Como te dije, saldríamos hacia Noruega al amanecer, por carretera, pero ahora tenemos que cambiar nuestros planes y tomar una ruta diferente. Sólo Demóstenes y sus viejos amigos pueden ayudarnos ahora. Estos tipos están en todas partes...

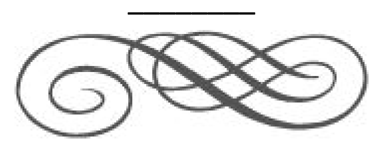


Levántate, ahora

DEMÓSTENES ESTABA SENTADO frente a la ventana. Miró al cielo estrellado. Todo parecía tan tranquilo. Sólo la luna daba una pizca de luz al oscuro paisaje.
Se llevó el vaso a los labios. Dio un sorbo a su whisky, haciendo movimientos muy lentos. Quería disfrutar de su última copa sin que nadie le molestara. Dentro de un rato tendrían que marcharse, por desgracia. Y le gustaba ese lugar, esa casa. Allí estaba en paz. Pero tenía que dejarlo... Esta noche.
Antígona se acercó a su lado y le palmeó el hombro.
—Demóstenes, he recogido todo, tenemos que irnos.
—¿Pano?
—Sólo te escucha a ti. Ve a su habitación y convéncelo de que se levante de la cama.
—¿Qué has hecho Antígona? Tú y Eurídice pusisteis nuestras vidas en peligro.
— Lo siento, ya te he explicado por qué.
— Lo que sea. Lo hecho, hecho está.
Demóstenes se levantó de su silla y se dirigió a la habitación de Pano. Abrió la puerta. Pano estaba tumbado de espaldas, mirando al techo.
—Hijo, tenemos que irnos. Deja que te ayude a sentarte en la silla de ruedas.
Pano no hablaba, ni siquiera lo miraba. Así había estado en los últimos meses. Como una bestia salvaje. Siempre enfadado. No prestaba atención a nadie. Estaba perdido en su propio mundo.
—Hijo, te estoy hablando, ¿por qué no respondes? —le dijo muy dulcemente.
—Vete —le gritó Pano y le lanzó la almohada.
—Demóstenes estaba asustado. Ahora también se estaba enfadando.
—Levántateeeeeee ahoraaaaaaa... ¿Me oyeeeeeees? —le preguntó, gritando mucho, y pasó por encima de él. Empezó a tirar de él y a intentar levantarlo.
Antígona entró en la habitación e intentó calmar a Demóstenes, que había agarrado a Pano por la cintura. Tal y como estaban los tres, enredados, Pano se cayó de la cama. Demóstenes se dio cuenta de lo que había hecho. Por primera vez estaba perdiendo los nervios. Su mujer nunca lo había visto así.
Pero justo ahora, estaba sorprendido. Justo cuando vio a Pano tirado en el suelo, indefenso, empezó a sollozar. Se inclinó sobre él y lo abrazó. Antígona estaba de pie y sólo los miraba con tristeza y ternura.
Teniendo la cabeza de Demóstenes junto a la de Pano, le decía llorando:
—Hijo lo siento... Lo siento, no era mi intención. Estoy cansado hijo... Ayúdame. Por ti y por Eurídice lo hago todo.
Pano también se puso a llorar. Empezó a estallar. Todo su cuerpo se retorcía por el intenso llanto. ¿Qué había estado almacenando en su interior durante tanto tiempo?
Se levantó con la ayuda de Demóstenes y Antígona. Se sentó en la silla de ruedas. Ya se había recuperado del llanto. Él también se había dado cuenta de su error. Estas personas le ayudaban desinteresadamente, arriesgando sus vidas, y él se las complicaba constantemente.
— Disculpadme Demóstenes, Antígona. Lo siento, de verdad.
Antígona estaba inclinada sobre el hombro derecho de Pano y Demóstenes sobre su hombro izquierdo. Le habían abrazado como los padres abrazan a su hijo pequeño, con un amor absoluto y con una compasión sin límites.
Un zumbido interrumpió este momento familiar. Demóstenes entró en la habitación contigua para ver el mensaje que le había enviado Jack. Después de todo, sólo Jack podría haberle enviado un mensaje a través de este dispositivo. Se lo había regalado, hace unos meses, para que ambos pudieran comunicarse exclusivamente a través de textos encriptados.
—Antígona. Ven un momento.
Ella entró en su habitación, preocupada.
—¿Qué ha pasado? —le preguntó.
—Los chicos tienen problemas. Jack me acaba de mandar un mensaje. Tienen que encontrar una manera de escapar de Francia por medios no convencionales.
—¿Tienes algún contacto en Francia?
—Sí. Jean Pierre y su gente.
—Muy bien. Entonces envíale un mensaje a Jack.
—Lo haré —respondió, bajando la cabeza, con aspecto muy preocupado.



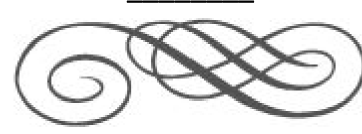
—EURÍDICE, DEMÓSTENES acaba de enviarme un mensaje. Me dio un número de teléfono para llamar. Tengo que decir "Le grand Bleu" en francés —le dijo Jack, mirando fijamente la pantalla del dispositivo de encriptación que sostenía.
—"The Big Blue" —le explicó en inglés—. O "Απέραντο Γαλάζιο" en griego. Es una famosa película de Luc Besson que se filmó en Grecia y más concretamente en la isla de Amorgos. Es una adaptación de la historia real de dos amigos buceadores que fueron campeones de la apnea en el siglo XX. Jean Mayol y Enzo Mayorca.
—¿Cómo se pronuncia en griego?
—A-pe-ra-ndo Ya-la-zio.
—A-pe-ra-ndo Ya-la-zio. ¿Lo he dicho bien?
—Perfecto...



11 DE OCTUBRE, SÁBADO. Catedral de Notre Dame. Rennes, 09:14

Jack y Eurídice se habían llegado varios minutos antes de su cita. Para no levantar sospechas, se habían unido a un grupo de turistas italianos. Su guía les estaba dando una descripción arquitectónica de Notre Dame:
"La longitud del templo, como puedes ver, es muy larga. Equivale a 138,5 metros. Su anchura es de 30 metros. Aunque el edificio, a pesar de ser muy grande, no es visible debido a los arcos apuntados, las formas piramidales y los frontones del exterior. El plan arquitectónico original incluía la construcción de siete torres, pero al final sólo se construyeron dos. En el exterior también se puede observar la existencia de numerosas estatuas. Sobre todo en los pilares exteriores se puede ver la evolución de la arquitectura gótica del siglo XIII. Una de las esculturas más famosas, es el "Ángel Sonriente" o la "Sonrisa de Rennes" que se encuentra en el pilón izquierdo de la fachada central de la iglesia. Ahora hablaremos de otro elemento arquitectónico... El vidrio bellamente decorado. Muchas de estas deslumbrantes vidrieras se remontan al siglo XIII, como puede verse en el rosetón... otras se remontan al siglo XX, como estos dibujos de Chagall... Y otras llegan hasta nuestros días, como las atrevidas vidrieras rojas, azules y amarillas instaladas con motivo del 800 aniversario de la catedral el año pasado".
Jack había tomado a Eurídice de la mano. Fingían ser amantes. Desde el amanecer, se había aplicado un tinte de pelo morado y ahora se parecía a su amiga Xenia. Echaba mucho de menos a su mejor amiga. Deseó tenerla a su lado en este momento. Tomaría fuerzas de ella.
—Vamos, vamos, vamos — le dijo Jack—. El grupo está entrando.
Eurídice aún no se acostumbraba a esa barba falsa que llevaba hoy el americano. Sin embargo, había hecho un buen trabajo, parecía de verdad.
La condujo hacia el interior de la catedral.
Un turista italiano preguntó al guía: —¿Cuántos años se tardó en construir la catedral?
—Se necesitó al menos un siglo. Muchos arquitectos contribuyeron a la construcción sucesiva de la catedral.
—Eurídice, ven conmigo —le pidió Jack en voz baja.
Con eso, se alejaron del grupo y se acercaron al vagabundo que estaba paseando por la puerta de entrada. Jack sacó veinte euros para dárselos. El vagabundo lo sostuvo en sus manos y lo miró. El billete llevaba el número 33. El lema simbolizaba a los 33 reyes que han sido coronados en los últimos siglos en la catedral de Notre Dame. El más famoso de todos ellos, por supuesto, fue Carlos VII.
El vagabundo les devolvió el billete de veinte euros. Sólo que no era lo mismo. Lo había cambiado con la rapidez de un juego de manos de malabarista. Jack se lo metió en el bolsillo. Hizo un gesto para que Eurídice volviera a mezclarse con el grupo de turistas.
Mientras escuchaban al guía turístico describir la historia del edificio, Jack sacó el billete y miró a su alrededor. Había algo escrito: ***" 3 7 W"***.
Miró alrededor del lugar. En la catedral había demasiadas sillas de madera marrón desgastadas. Todas estas estaban alineadas en filas. Le dijo a Eurídice que lo siguiera.
Se dirigieron a la tercera fila desde el final y se sentaron. Él en la séptima silla contando desde la izquierda y Eurídice en la octava. Se inclinó ligeramente y tanteó con la mano si había algo debajo de la silla. Cogió una pequeña mochila. La levantó discretamente.
El resto del grupo de turistas estaba en el centro de la catedral. Nadie los vigilaba. Le dijo a Eurídice en un susurro que fuera detrás de un enorme pilar y se pusiera de pie. Así lo hicieron. Sacó un uniforme de cura católico y otro de monja católica.

En un minuto tenían los uniformes puestos. Ahora se dirigían al oeste. Había una puerta abierta que llevaba al lado oeste de la iglesia. Así que la atravesaron y salieron afuera.
Dos sacerdotes católicos y una monja los esperaban. Les hicieron un gesto para que les siguieran. Había demasiada gente reunida alrededor del perímetro de la catedral.
Eurídice recordó las situaciones similares por las que había pasado el año pasado con Pano y se emocionó. Una lágrima rodó por su mejilla. Nadie podría compararse con su novio.



HABÍA PASADO UNA HORA de viaje. Los dos supuestos sacerdotes discutían entre sí sobre la ruta que debían tomar.
—Te lo dije. Deberíamos haber tomado la autopista A29. Eres muy cabezón.
—Esta es la ruta más corta, rápida y bonita. Si hubiéramos tomado la A29 tardaríamos cinco horas, pero ahora llegaremos en media hora menos. Además, desde aquí podemos ver los hermosos parques que atravesamos, como el *park naturel régionan des Boucles de la Sein Normande*. Todavía estamos en la A4. Cuando pasemos por París, y sigamos la autopista A13 verás que tengo razón. Jack no entendía por qué discutían debido a que no sabía francés. Eurídice, sin embargo, seguía intentando mantenerse seria y no reírse. Los "abuelos" eran divertidos. La supuesta monja no hablaba nada, estaba muy tranquila y disfrutaba del viaje en coche.
La furgoneta era muy espaciosa. Tenía tres filas de asientos y el número máximo de personas que podía acoger era de 8. Los dos ancianos ex espías se sentaron en los asientos delanteros, la monja anciana, en la fila central, y Eurídice y Jack, en los asientos traseros. Había un cartel en la puerta que decía "Monasterio de Caen". Hacia allí se dirigían, a la ciudad de Caen. Jack estaba pensando que había venido a Europa por una razón diferente y que finalmente se había metido en una situación sin precedentes que no había salido bien. No tenía más idea sobre el progreso del caso del asesinato de Jorge Sanz y Howard Bold. De alguna manera tenía que estar informado.
Sacó su teléfono móvil de la bolsa de mano y sus auriculares con cable. Se los puso en las orejas. Se conectó a Internet vía satélite y luego sintonizó el teléfono móvil de Adriana. El móvil de la española se había convertido en un micrófono, y ahora podía escuchar todo a través de él.
Jack podía escuchar las conversaciones de Adriana, de Pedro y de dos desconocidos, con total claridad: *—Sí, sí, es mi sobrino. Gracias a Dios tenemos a Mario y nos ayuda, a mí y a mi marido.*
—¿Su marido trabaja con usted? Qué bien... Como nosotros. Hacemos el mismo trabajo yo con mi esposa.
—No, por suerte. Mi marido es muy extraño. No soportaría trabajar con él... Jajajajaja.
—Encantado de conocerte Mario, soy Sebastián, esta es mi mujer Sandra. Queríamos decirte que tienes una tía maravillosa.
—Mario, agradece a la gente por las palabras amables que te dicen. Ya saben, es muy tímido. Pero es el mejor chico. Si no tuviéramos a Mario para ayudarnos, no podríamos hacer frente a las dificultades del trabajo.
Jack Cooney no podía entender en qué se habían metido, Pedro y Adriana.
¿Dónde están? ¿Quiénes son? ¿Sobrino, tía? Maldita sea, hay nuevas pruebas y no tengo ni idea. Si el General me pide un informe, no sabré qué informar.
Durante los siguientes minutos escuchó a Adriana hablar a Pedro sobre el café que estaban tomando en el patio. *¿Fue a una excursión con él? ¿Por razones románticas? Espera un minuto, es interesante aquí, están hablando de pandillas:*
"*—¿Viste la cicatriz en su mejilla?*
—Sí, me he dado cuenta, Pedro. Debe haber estado involucrado con las pandillas. ¿Viste su tatuaje? Creo que los miembros de los "Maras", lo tienen. Es una pandilla muy peligrosa en Madrid.
—Menos mal que no nos presentamos como inspectores. Podría asustarse. Lo observaremos durante unos días y veremos a dónde nos lleva. Tú, que eres a con la tecnología, puedes consultar su expediente electrónico para ver si tiene antecedentes penales, dónde vive y todo eso.
—Pedro, me siento culpable de que hayamos ocultado que la sustancia tóxica del whisky tenía algo que ver con la KGB.
—No te sientas culpable en absoluto. Si lo hubiéramos revelado, ahora mismo el caso estaría en manos de la Policía Nacional o de los servicios secretos. Nunca he dado mi caso a nadie más. Además, nunca he dejado de resolver un caso. Sumado a que, en el momento en que necesité sangre, después de los cuatro disparos, si no fuera porque el forense me ayudó, no habría vivido. No puedo traicionarlo. No olvides también quién te ayudó a convertirte en inspector de policía a tan temprana edad. Sólo tienes 28 años y ya eres inspectora."
No hay nada amoroso entre ellos después de todo... alguna nueva pista ha surgido en el caso y no tengo ni idea. Algún miembro de la banda, algunos tíos... ¿Qué está pasando? Maldita sea... Pensó Jack.



LAS HORAS HABÍAN PASADO. Los ancianos ex espías y Jack y Eurídice estaban en Ferry. Se dirigían al puerto de Portsmouth. Se habían embarcado como miembros de la misión del Monastére de la Visitation (Monasterio de la Ascensión - Nuestra Señora y Santa Isabel) en la ciudad de Caen. Nadie prestó mucha atención a sus documentos legales. Especialmente Eurídice, nadie la revisó. Eurídice estaba en cubierta mirando al mar. Recordó los ojos de Pano... Un azul infinito.



El camarero

11 de octubre, 20:24.

Pedro y Adriana estaban en la sala de interrogatorios. Durante los últimos 20 minutos habían estado intentando obtener una confesión del hombre que había atendido a Jorge Sanz aquella tarde.

Poco antes, habían vuelto a ver el vídeo de ese día... Del día de asesinato de Jorge Sanz. En el video parecía, pero no claramente, que el camarero había hecho un extraño movimiento con la mano, sobre la boca abierta de la botella de la que Jorge Sanz había bebido whisky. Este punto crucial se les había escapado a los inspectores en los días anteriores, cuando revisaron el material grabado.

Pedro empezó a dar golpes con la mano en la mesa:

—¿Dime quién te dio la orden de envenenarlo?

—¿De qué estás hablando? Ya te he dicho que no tengo ni idea. No puse nada en su bebida, créeme.

—Aquí parece que, en cuanto se retira el tapón de cristal, coloca su mano derecha en la boca de la botella. En esa fracción de segundo, puede que haya dejado caer algo en la botella a una velocidad de un mago.

—No recuerdo por qué hice ese movimiento. Estoy diciendo la verdad. Tal vez fue mi vergüenza. Bueno, estoy haciendo todo tipo de movimientos mientras hablo. Soy tímido en general. A veces me toco la cara o me froto la nariz. A causa del nerviosismo hago esos movimientos y, sobre todo cuando me miran. Supongo que en cuanto quité el tapón de cristal de la botella, todo el mundo me miraba y se me fue la olla e hice algún movimiento estúpido con la mano. Te estoy diciendo la verdad.

—No te burles de nosotras, no somos tan estúpidas —le dijo Adriana, sintiendo pena por verlo estresado.

—Dinos la verdad, ¿quién le hizo poner el veneno en la botella? —le preguntó también Pedro con insistencia. El camarero de veinticinco años estaba literalmente perdiendo la cabeza. No sabía qué más decir. Los miró fijamente aturdido por las acusaciones que le hacían. Había levantado las manos y decía disculpándose con voz quebrada:

—Os juro que no tengo ni idea. Nadie puso nada en la bebida del caballero que murió. Lo juro, lo juro. No sé qué más puedo deciros no —les explicaba mientras estaba a punto de llorar.

En ese mismo momento, se oyeron voces fuera de la sala de interrogatorios. Pedro abrió la puerta para ver qué pasaba. Era el abogado del camarero que exigía a los demás policías que le dejaran entrar en la sala.

Por desgracia para Pedro y Adriana, el abogado tenía razón. El interrogatorio, tal y como se estaba llevando a cabo, era ilegal por el momento. No había sido acusado, por lo que no tenían derecho a continuar el interrogatorio de esta manera. Así pues, los dos inspectores se quedaron solos en la sala de interrogatorios, ya que poco antes el camarero se había marchado a toda prisa, junto con su abogado.

—Pedro, no creo que hubiera dejado caer nada, para ser honesto. Esta sustancia sólo existe en forma líquida. No tenía nada en las manos en ese momento. Sus dedos estaban desnudos. Sin embargo, el hecho de que casi limpiara la boca de la botella con la palma de la mano es sospechoso. ¿Por qué haría ese gesto?

—Según el forense, la sustancia sólo está presente en forma líquida. Pero, ¿y si en las últimas décadas habían conseguido modificarlo en forma sólida... En polvo? En cualquier caso, la jugada de ese tipo es sospechosa. Estoy de acuerdo en que no parece que se le caiga nada. Es un “barrido” rapidísimo que hace con la mano en la boca de la botella, muy difícil de conseguir que caiga algo, aunque sea en polvo. Pero nuestro trabajo es presionarlo, para ver si sabe algo.

—Me dio pena el pobre tipo. ¿Viste lo nervioso que estaba?

—No deberías lamentarlo. Eres un inspectora.

—Espera, espera, espera. Se me ocurre algo en lo que no había pensado hasta ahora. La botella de Némesis que nos mostró el dueño de la licorería era de cristal, ¿no? ¿No es eso lo que nos dijo? Me sorprende que se haya roto tan pronto como cayó al suelo. En mi casa, el cenicero de cristal se ha caído 10 veces al suelo y no le ha pasado nada.

—Oh, sí, tienes razón. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Yo también había dado por sentado que una botella se rompe en cuanto cae al suelo. Pero ésta no era de cristal. Maldita sea... No tenemos los trozos rotos de la botella para examinarlos. Lo limpiaron todo y lo tiraron antes de que llegáramos.

—Tenemos que volver a visitar la licorería de Gutiérrez.

—No podemos. Si volvemos a Gutiérrez, su sobrino nos verá en caso de que esté en la tienda. Nos recordará por lo de esta mañana, de las habitaciones de Alella. Lo veremos de nuevo mañana, es mejor que no nos conozca todavía.

—Sí, tienes razón —agregó apoyando los codos en la mesa y apoyando la barbilla en las palmas de las manos al mismo tiempo—. La ayudante del presidente del Barça que se llama Marta García, ¿cuándo viene?

—Estará aquí en dos horas.

—Oh, otra vez estaremos despiertos toda la noche. Mientras tanto, ¿dónde está ese Jack que ha vuelto a desaparecer? Tenemos que averiguar qué pruebas han encontrado los americanos. Es el mismo caso. Será interesante averiguar qué estaba bebiendo este Howard Bold.



11 DE OCTUBRE

El Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos llevó tiempo esperando pacientemente que Arthur Bailey llegase al Pentágono.

—Entra, soldado, llegaste tarde.

—Lo siento, General, la calle estaba ocupada.

—Estoy esperando que me informes sobre el progreso del caso de asesinato de Howard Bold. ¿Qué pruebas adicionales se han encontrado?

—Como ya sabe, su muerte fue causada por envenenamiento. Mi investigación en este momento se centra únicamente en cómo fue envenenado el día de la inauguración de su empresa. Eso es lo que estoy investigando a fondo estos días. Sé que tomó tres copas de champán esa noche, según el testimonio de su compañera. Todos bebieron el mismo champán, pero nadie más se envenenó. Entonces, alguien derramó algo en su vaso. Eso es lo que estoy investigando.

—No tienes que explicarme los detalles.

—Sabe... No soy un investigador de homicidios experimentado. Mis casos en la policía militar son bastante diferentes. Pienso que tengo que colaborar con algunos detectives de la policía o con los servicios secretos. Tienen mucha experiencia en estos casos.

—No, te lo he dicho desde el principio. En el asesinato de Howard Bold pueden haber participado potencias extranjeras... China, Rusia quizás. No podemos tener un detective trabajando en este caso, ni siquiera un agente. Es una cuestión de Seguridad Nacional. Manejarás el caso tú mismo y me tendrás informado sólo a mí. Nadie más debe saber nada. Tú me informarás a mí y yo al Presidente de los Estados Unidos. Este es un asunto para la más alta autoridad del estado... Las fuerzas armadas. ¿Está claro, soldado?

—A sus órdenes, General.





11 DE OCTUBRE

Jack se sentía cansado después de la prueba de dos días. La habitación no era especialmente espaciosa para alojar a tres personas. Él y los dos supuestos sacerdotes católicos -antiguos espías- vivían separados de las mujeres. En el Monasterio de Benedictinos de Douai Abbey, situado en la ciudad de Reading, las normas eran muy estrictas.

Una noche se quedaron todos juntos y luego cada uno se fue por su lado. Jack y Eurídice irían a encontrar a Demóstenes, a Pano y a Antígona, y los antiguos espías volverían a sus casas en Francia. No se hablaba en el baño de hombres. Los antiguos colegas de Demóstenes se habían ido a la cama. Jack se quedó mirando al techo mientras estaba tumbado de espaldas con las manos colocadas detrás de la cabeza.

Eurídice, a diferencia de la supuesta monja anciana, hablaba sin cesar. En voz muy baja, por supuesto, porque hablar estaba prohibido en el monasterio. Hablaron de asuntos de carácter ideológico, como: Nación, Estado, Democracia, Socialismo, Liberalismo y muchos otros.

—Las personas, a lo largo del tiempo, tienen la necesidad de agruparse. Si estudias al hombre, durante miles de años, ha estado haciendo colectivos y viviendo dentro de esos colectivos. La nación no es más que un colectivo.

—Sí, pero la nación es responsable de demasiadas guerras y ha creado millones de víctimas. Imagina que no existieran las naciones, ¿cómo sería de pacífico el mundo?

—*"Imagina que no existieran las naciones"*... Bueno, hagamos una hipótesis de trabajo. Si no existiera la nación de Francia, todas las personas se agruparían en colectivos más pequeños, en comunidades. Es decir, habría "naciones" más pequeñas que se matarían entre sí. Estaría la "nación" de Rennes, la "nación" de Caen, la "nación" de Lille, etc. Tendríamos en la Francia de hoy, quizás 100 pequeñas "naciones" peculiares en guerra entre sí. Lo que estoy describiendo no es algo imaginario y arbitrario. Es un hecho histórico. Mira lo que ocurría en la antigua Grecia donde cada Ciudad-Estado era una pequeña y peculiar "nación". Los espartanos luchaban contra los atenienses, los macedonios luchaban contra los atenienses, los atenienses luchaban contra los delianos y, en general, todos se mataban entre sí. Permítanme darles un ejemplo más reciente. Durante la Revolución Griega, antes de que se creara el Estado griego, los habitantes del Peloponeso se habían organizado localmente. Las comunidades del Peloponeso occidental mataban a las comunidades del Peloponeso oriental. ¿Ha observado algún fenómeno de este tipo en las últimas décadas, cuando todos los griegos han estado unidos bajo el paraguas del Estado-nación? No. Por el contrario, todos los residentes en Grecia están unidos y cohesionados porque todos se sienten miembros de un colectivo, que no es otro que la Nación griega. Esto es lo que llamamos el contrato social y hace que la gente viva en paz.

—Estoy de acuerdo en parte, pero solo es una parte de la verdad. La otra cara de la verdad es que, debido a las naciones, tienes antagonismos bélicos. Si los franceses y los rusos no formaran parte de una nación, no tendrían ninguna razón para luchar entre sí como lo han hecho durante siglos. Y lo que te digo es un ejemplo entre miles. ¿Hablamos de las guerras provocadas por los nacionalismos europeos, como las guerras napoleónicas? ¿Sabes cuánta sangre se derramó sobre ellos?

—Chica, para ser honesta, no vamos a estar de acuerdo. Yo tengo mi opinión, tú tienes la tuya. Lo que sí sé es que la sociedad humana no puede describirse con modelos estáticos simplistas. No importa lo que digamos, las masas decidirán cómo quieren ir en el futuro. Siempre determinan la evolución. Si quiere naciones, vivirá en naciones... si quiere anarquía, vivirá en anarquía... Si quiere internacionalismo, vivirá en un entorno internacionalista. Lo dices muy bien y de forma romántica, pero no creo que se pueda aplicar en la vida real.

—Eso es lo que decían algunos partidarios de la monarquía juliana y posteriormente de la monarquía constitucional. Que no se pueden aplicar las palabras de algunos románticos que entonces hablaban de la caída de estos regímenes fascistas. Y, sin embargo, cayeron, y cayeron porque había algunos románticos que creían en otra cosa, en algo más elevado. Aquellos románticos que lideraron la lucha, los que lucharon y murieron en las batallas callejeras...

El antiguo espía miró con admiración a Eurídice y le dijo:

—Admiro tu romanticismo. Siempre he tenido una visión más fría de las cosas. En fin, terminemos esta conversación, tenemos cosas más importantes que tratar. Duerme un poco y recupera fuerzas, porque mañana por la mañana volverás a viajar.



¿Qué robo?

11 DE OCTUBRE

Pedro y Adriana esperaban pacientemente a que el ayudante del presidente del equipo de fútbol del Barcelona atravesara las puertas de la comisaría. La habían llamado como testigo para que declarara de nuevo. Los dos policías españoles y catalanes, estaban en la sala de interrogatorios. Su subordinado les informó que Marta García acababa de entrar en la comisaría. Los dos perseguidores pidieron al nuevo policía que llevara a la señorita García a la sala de interrogatorios.

Ella, llamativa, con su pelo castaño brillante, y sus ojos descarados, llamó la atención de Pedro inmediatamente. Llevaba un crop-top de color marrón claro. La falda le llegaba justo a la rodilla y era especialmente ajustada, de modo que sus torneadas nalgas se perfilaban contra ella.

—Bienvenida, señorita García —le dijo el inspector.

—Hola —respondió ella.

—Tranquila, vamos a tener una charla amistosa —la tranquilizó Adriana, que había encontrado a Marta bastante tensa y nerviosa.

Pedro retomó la conversación donde la había dejado su colega:

—Señorita García, la hemos llamado porque José Gutiérrez nos ha dicho que usted es la encargada de los pedidos de ciertas bebidas alcohólicas.

—No sé nada de lo que me está contando. ***Bebio*** se encarga del catering de alimentos y bebidas para las suites VIP y el restaurante.

—No hablo del suministro general, sino de algunos pedidos especiales, muy pequeños, que eran para ciertas personas a las que prestaban especial atención... Como el asesinado Jorge Sanz.

La cara de Marta García empezó a cambiar de mil colores y jugaba nerviosamente con sus manos.

—¿Me está acusando de algo? ¿Cree que soy culpable de algo?

—No, señorita García... No. Sólo queremos su testimonio. Estamos tratando de resolver esto. Que haya dado las órdenes no significa que sea culpable de nada —le dijo Pedro con mucha calma.

—Vale, vale, se lo diré. Por favor, que todo quede entre nosotros.

—¡No lo tiene ni que decir! —dijo Adriana, que dio un codazo a la pierna de Pedro por debajo de la mesa.

—El año pasado pedí personalmente algunas botellas de alcohol porque Jorge no estaba satisfecho con las bebidas que teníamos en la suite. Las bebidas que Bebio podía suministrarnos eran bebidas comunes. El más caro cuesta 300 euros. Jorge pedía bebidas raras y de colección, que valían más que unos pocos miles de euros. Le gustaba eso.

—¿Así que de repente ha cambiado de opinión? ¿Todos esos años bebiendo lo de siempre y de repente quería probar lo más raro y caro?

—No había venido al estadio en los últimos años. Ni siquiera era amigo del presidente. Empezaron a salir el pasado mes de abril por compartir intereses comerciales. Jorge había invertido en una de las empresas del presidente en los últimos meses. Algunos astilleros donde se construyen yates de lujo en Croacia.

—¿Cuál es el nombre de la empresa?

—*Blues Brothers Marine*. Por favor, que esto quede aquí, o perderé mi trabajo.

—Hemos investigado todo lo que rodea a Jorge, no parece que esté involucrado en ninguna de estas empresas.

—Sí, no lo aparece porque invirtió a través de una consultora. Pero se escondía detrás de él. Era el principal accionista. De todos modos, a raíz de eso, empezó a relacionarse estrechamente con el presidente y a venir al estadio. No tenía ni idea de fútbol. Dudo que haya asistido a un partido de fútbol.

—Al asunto que nos ocupa, por favor —le pidió Adriana.

—Al grano. Tras quedar insatisfecho con las bebidas de la suite, el presidente me indicó que pidiera algunas bebidas raras y de colección.

—¿No podía Jorge traer sus propias bebidas ya que era tan extraño y quería beber "oro"? Marta García miró a Adriana con asombro:

—No, eso no pasa con esta gente. Tienen que encontrar todo preparado, hay que sorprenderles gratamente. Permítanme continuar con nuestro tema. Desde que el presidente me asignó ese trabajo, pedí a conocidos y amigos que me ilustraran sobre la compra de bebidas caras y raras. Me dijeron que en la Plaza de Andalucía hay una bodega que vende bebidas raras y de colección. Así que visité esa licorería para hacer mi primer pedido el pasado mes de abril.

Pedro, al ver que Marta García estaba especialmente nerviosa y que le temblaban las manos y la voz, se levantó, se acercó a ella y le cogió suavemente la mano:

—Tranquila, está en un entorno seguro. Por favor, cálmese. ¿Puedo ofrecerle un vaso de zumo natural para beber?

Adriana lo miró con asombro. Marta García continuó hablando:

—Así que visité la bodega del señor José. Ahí nos conocimos y le expliqué la situación. Le expliqué que tenía que pedir unas bebidas muy caras, de colección, para un invitado de alto rango. Me preguntó cuáles eran las preferencias del huésped. Le expliqué que el invitado se bebía todo... —Marta hizo una pausa y tomó un sorbo del zumo natural que le había traído Pedro—. Me acordé de Jorge la primera vez que había venido al estadio. Expresó su descontento con las bebidas que le ofrecimos, y había dicho... “Un hombre de verdad bebe las mejores bebidas y las más caras, no las baratas... Y que cada mes debería cambiar el tipo de alcohol que bebe, igual que cambia de mujer”. Bebía de todo... Vodka, whisky, ginebra, bourbon... Pero déjame seguir. Bueno, conocí al señor Pablo, el dueño de la licorería Javier Gutiérrez. El primer pedido fue idea suya. Me había enviado cuatro botellas, según recuerdo, de un vodka francés hecho con uvas.
Marta en ese momento bajó la cabeza y puso las manos delante de ella para esconderse. Había empezado a llorar.
—Allí conocí a Mario, el sobrino de Javier. Trajo la caja de botellas a mi suite un martes por la noche en abril. En cuanto lo vi, me enamoré de él. Siempre me gustaron los chicos malos, esos tipos con pendientes y tatuajes. Al verlo, alto, larguirucho y delgado, con su rostro masculino y salvaje, algo me excitó. Eso sacudió mi mundo interior. No veas cómo estoy ahora, a los 36 años, seria y decentemente vestida. Hace veinte años, yo era como Mario, un búho nocturno. He crecido, pero mis gustos siguen siendo los mismos, y por eso no me he casado todavía. Marta dejó de hablar, se secó los ojos, los miró intensamente y preguntó:
—¿Mario te ha confesado todo?
Adriana asintió con la cabeza, fanfarroneando.
—...Me lo imaginaba. Por eso me han llamado aquí. Lo sabían todo desde el primer momento. Por eso voy a contarlo todo. Tengo que conseguir circunstancias atenuantes para el tribunal. No soy responsable del asesinato. No tengo ni idea. Lo juro. Por eso me separé de Mario. Probablemente fue él quien lo hizo. Sólo soy responsable del robo, pero no sé nada del asesinato. Soy una buena persona , créanme.
Pedro y Adriana se miraron con absoluta sorpresa. *¿Qué robo?*





JACK ESTABA AL MISMO tiempo en el monasterio de Reading, en la misma habitación que los antiguos espías, tumbado de espaldas en su cama. Desde hace unos minutos se había puesto los auriculares en los oídos y escuchaba lo que ocurría en la sala de interrogatorios de la comisaría de Mossos d' Escuadra.

Estaba aturdido. El caso había tomado un giro muy extraño. Eso fue algo bueno, por supuesto. En caso de que el asesinato no tuviera nada que ver con el caso de Jurgen y Doko, no habría necesitado meter la mano e intervenir, para llevar el caso a otra parte. Pero el hecho de que Howard Bold también hubiera sido asesinado por envenenamiento, demostraba que las cosas no eran tan simples. Tampoco tenía gran información de Estados Unidos sobre el progreso de la investigación del asesinato de Bold. Sabía que el caso había sido llevado por un mediocre detective de la policía militar, Arthur Bailey... Pero el General, el Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, le había prohibido ponerse en contacto con él. Además, Arthur no sabía nada del caso Doko. Había sido colocado allí por el Jefe, simplemente para evitar que cualquier policía estadounidense competente relacionara la superarma y lo que había ocurrido el año pasado con Pano Dale, Eurídice Vasiou y Jurgen, con el asesinato de Bold. Estaba seguro de que si un detective de homicidios tomaba el caso, lo resolvería. En cambio, un investigador mediocre como Arthur fue la elección correcta para que el caso no se resolviera.

Al Jefe del ejército le importaba un bledo quién mató a quién. Lo único que le importaba era poder mantener en secreto la superarma de Doko... Y lo que había pasado a causa de ello. Esa era su primera prioridad.

Pero ahora Jack estaba desesperado por conseguir información sobre el progreso de la investigación estadounidense. Necesitaba saber qué pasaba allí para poder actuar en consecuencia. Además, quería ponerse en contacto con Adriana dentro de unas horas para darle información sobre el caso. Podría escucharla por el móvil en alguna parte, pero la mayoría de los detalles aún le eran desconocidos.

Así que envió un mensaje encriptado al General:

"General, necesito saber datos sobre Bold. ¿Cómo va la investigación? La situación aquí en España está controlada".

Al cabo de dos minutos recibió una respuesta:

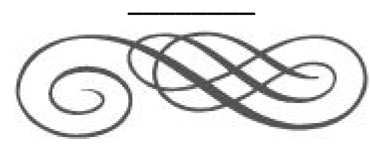
"Es posible que se haya vertido algo en su vaso. Si los españoles son conducidos a pruebas que no queremos que se revelen, harás cualquier cosa para que desaparezcan. Las pruebas y las personas que conocen las pruebas. Aquí también está todo controlado".

Jack se sintió aliviado después de ese mensaje. Todavía no estaba completamente fuera de control. Llevaría a Eurídice sana y salva a Demóstenes y luego regresaría a Barcelona para continuar su trabajo. Grandes cabos sueltos, el detective francés, por supuesto, y los policías corruptos, secuaces de Jurgen. Al parecer, el alemán tenía la vista puesta en encontrarlos y movilizaría otros mecanismos para ello.

Ahora mismo, sin embargo, Jack no podía ocuparse con eso. Necesitaba contactar con Adriana. Así que lo hizo:

"Mi hermosa, ¡te he echado de menos!

Creo que ya te has olvidado de mí, no me has enviado ni un solo mensaje. Todo va bien en cuanto al problema de salud que te comenté. Volveré a Barcelona en dos días, te he echado mucho de menos. ¿Hay alguna noticia sobre el caso? Mi gente en Estados Unidos está investigando si derramaron algo en el vaso de Bold. Esa es la versión más probable".



ADRIANA NO LE ENVIÓ un mensaje inmediatamente porque el interrogatorio de Marta García duró varias horas, hasta las dos después de la medianoche. Cuando le envió un mensaje, le envió un texto muy frío, que le escribió:

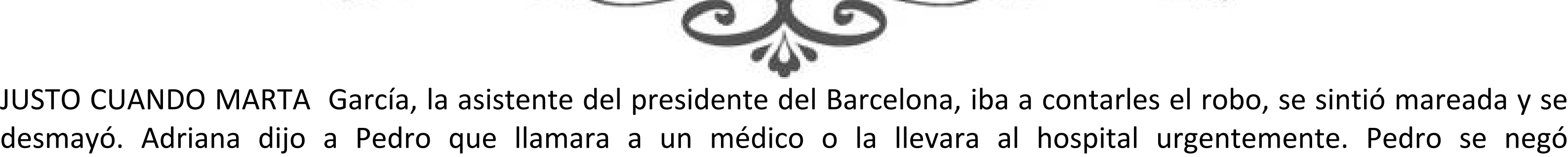
"Estaba ocupada y no pude responder. No puedo hablar por teléfono sobre el caso. Cuando vuelvas hablaremos".

Jack, que aún no había dormido, se sorprendió.*¿Tanta indiferencia? ¿No me ha deseado en absoluto?*

Miró la pantalla de su teléfono... La miró y la volvió a mirar. No podía entender la razón de frialdad de Adriana.

¡Se estaba poniendo celoso!





JUSTO CUANDO MARTA García, la asistente del presidente del Barcelona, iba a contarles el robo, se sintió mareada y se desmayó. Adriana dijo a Pedro que llamara a un médico o la llevara al hospital urgentemente. Pedro se negó obstinadamente.

—No, Adriana, no. Se arrepentirá más tarde y no nos hablará de este robo. Ahora es el momento de contarnos todo. Se recuperará, la ansiedad hizo que se desmayara.

—Te daré dos minutos. Si no se despierta para entonces, llamaré a una ambulancia.

—No grites. Dos minutos, vale. Quiero saber en qué robo están metidos. Tengo mucha curiosidad.

Pedro se había acercado a Marta García y le estaba abofeteando las mejillas.

—¿Qué estás haciendo, Pedro? ¿Qué estás haciendo? Alguien nos verá, nos meteremos en problemas.

— Se despertará así, créeme.

Efectivamente, en una fracción de segundo, Marta García se había recuperado. Pedro le llevó el vaso de zumo natural a los labios y le dio un sorbo para que bebiera mientras le sujetaba la cabeza con delicadeza.

—¿Ya te sientes mejor, señorita Marta? ¿Te sientes mejor?

—Eh, sí, sí, me siento bien. ¿Qué ha pasado?

—Fue un breve desmayo, no te asustes, fue el estrés del momento. Te doy mi palabra de que no te incriminaremos por nada. Ni siquiera por el robo. Te ayudaré personalmente en lo que necesites. Sólo buscamos al asesino o asesinos. No nos interesa el robo.

Marta, que seguía aturdida, preguntó a Pedro muy despacio:

—¿Os lo ha contado Mario con detalle?

—Sí, muy detallado. Pero ahora, escucharemos tu versión de la historia. No vamos a interferir en absoluto. Tienes todo el tiempo que necesitas.

En ese mismo momento, un mensaje de texto llegó al teléfono móvil de Adriana. Muy discretamente, pinchó la pantalla con el pulgar y lo leyó. Jack era el remitente. Se alegró mucho de que hubiera pensado en ella y que le dijera que la echaba de menos y que quería verla. Pensó... *Vamos a hacernos los duros. Los hombres se aburren fácilmente si les das todo desde el principio. Lo haré con calma. Le enviaré un mensaje en unas horas, completamente frío...*



CASA DE SUBASTAS SOTHEBY'S, sala de subastas. Hong Kong
El 27 de agosto por la mañana.

—Bueno, señoras y señores, nuestra última subasta de esta noche. Subastamos la última botella de MacRay, el MacRay W. Este whisky ha sido envejecido en barricas de roble y tiene 102 años. En cuanto a la botella que lo alberga... Fue creada por 20 artesanos. Está hecho de cristal transparente. Es una obra de arte, una escultura de una belleza incomparable.

El precio de salida es de 5000 euros. Estoy escuchando ofertas.

—7000 euros

—15000 euros

—22000 euros

—El caballero del fondo con la camisa de cuadros ofrece 22000 euros. Oigo una oferta... 3... 2...

—35000 euros.

—35000 euros, escucho una oferta.

—60.000 euros.

—62000 euros

—64000

—85000

—85000 el caballero con el pañuelo púrpura en el fondo. ¿Alguna otra oferta? 3... 2...

—160000 euros

— Oooooh, 160000 euros...

—180000 euros

—240000 euros.

—Ooh, tenemos una emocionante batalla aquí con estos dos caballeros. Genial. ¿Harás otra oferta?

—Trescientos cuarenta mil euros.

—340.000 euros... ¿qué clase de pelea es esta, señores? Creo que está cerrado para el caballero. 3...2...

—380.000 euros.

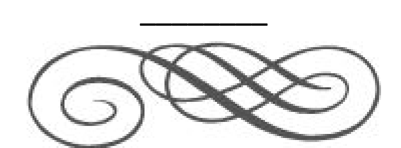
—390000 euros.

—450000 euros.

—520000 euros.

— 584000 euros.

—584000 euros... 3... 2...



TRAS UNA BATALLA SIN cuartel de 17 minutos, la botella de whisky más rara del mundo, fue vendida al multimillonario asiático Wang Chang por 2 millones de euros.

—Se cerró esta subasta al caballero con el pañuelo morado alrededor del cuello. Felicidades, mi señor. Ha adquirido la más rara y reciente botella de whisky, llamada MacRae W. El whisky más caro y raro del mundo, por el momento.

Mario, el sobrino del Javier Gutiérrez, estuvo en la subasta de la casa Sotheby's. Iba vestido con sus mejores galas, se había quitado todos los pendientes y se había puesto suficiente gel en el pelo para poder peinarse bien, como corresponde a estos eventos tan formales. Llevaba un cuello de tortuga blanco y una chaqueta burdeos.

El propósito de su presencia allí era observar al hombre que iba a comprar el whisky más raro y coleccionable del mundo, MacRae W.

El hombre asiático con el característico pañuelo morado se había levantado después de la subasta. Mario estaba a varios metros, observándolo discretamente.

Wang Chang, junto con su séquito de tres tipos altísimos, acababa de salir de la sala. Mario los siguió discretamente. Una bata de laboratorio negra esperaba al hombre asiático que llevaba el pañuelo morado. Entró solo, los otros subieron a un jeep negro y el cuarto se fue una moto.

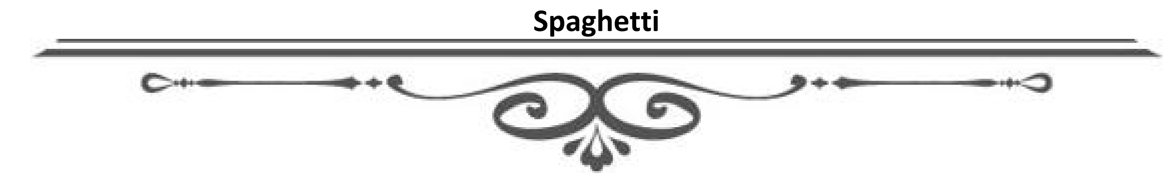
Mario no tenía transporte. Habría tenido que coger un taxi.

Así que lo hizo. Extendió la mano y detuvo el primer taxi que pasó frente a él. Un conductor chino muy educado le dio la bienvenida.

—¿Americano? —le preguntó el chino, que se reía, en un inglés muy poco fluido.

—No, no, español —respondió Mario.
—¿Hablas inglés?
—Sí.
—¿A dónde quiere ir? le preguntó el taxista, cometiendo varios errores gramaticales en su frase.
—Vamos a seguir ese coche deportivo negro.
—Ooh, rico, rico, rico es ese coche. Muy bien, lo seguiremos.
Extrañamente, el Lamborghini negro no estaba en marcha. Iba muy despacio mientras el jeep y la moto le seguían por detrás. Esto fue una ventaja para Mario, ya que de otro modo, un taxi tan viejo y maltrecho no podría haber seguido a un coche de carreras como el Lambo.
—¿Te gusta este coche?
—Sí, sí.
—Conductor rico.
—Sí, sí.
—Aparca este coche. Este hotel gente rica —dijo, cometiendo varios errores gramaticales.
—Sí, sí, déjame aquí.
El Lamborghini se había detenido frente al Hotel Ritz-Carlton, junto con el jeep y la motocicleta. Los empleados del aparcamiento del hotel recogieron los coches y la moto para aparcarlos en el aparcamiento oficial del Ritz.
Mario ya se había bajado del taxi. Estaba contemplando sus próximos movimientos. *¿Acaso debo acercarme al asiático y a sus secuaces? Sí, debo tenerlos a distancia mínima.*
Eso es lo que haría. Ahora se dirigía hacia ellos. Fingía que hablaba por teléfono, con un señor de una empresa de inversiones.
El asiático, mientras tanto, entraba en el hotel con sus secuaces. Mario estaba a unos tres metros de distancia de ellos.
—Tengo 30 millones de euros invertidos. Estoy pidiendo un beneficio. Es la última vez que me dices que hay pérdidas. Sigo perdiendo mi dinero — decía Mario en voz alta y el asiático le miraba y sonreía mientras se dirigía a la recepción para recoger la llave de su habitación.
Mario caminaba a su lado. Cuando el asiático recibió la llave, Mario, inmediatamente después, se sentó ostensiblemente frente al mostrador de la recepción para recibir también su llave. En unos segundos ya se había alejado del mostrador y caminaba detrás del asiático y sus secuaces... Sin recibir, por supuesto, una llave, ya que ni siquiera había reservado una habitación allí.
La puerta del ascensor se abrió. Los cinco entraron. Mario fingió apagar su teléfono... El hombre asiático entabló una conversación.
—¿Los negocios no van bien? —le preguntó en un inglés fluido.
—Son todos idiotas. He invertido 30 millones de dólares en ellos y en lugar de darme beneficios, siguen perdiendo mi dinero... Los idiotas.
—Bienvenido al club — agregó Wang Chang, extendiendo un apretón de manos.
—Uh... John Wayne —dijo Mario, que fue el primer nombre que le vino a la mente.
—John Wayne. El famoso John Wayne, el vaquero... Jajaja.
—Sí, eso es lo que me dice todo el mundo... Jajaja.
El ascensor ya había llegado al duodécimo piso. El asiático se despidió de Mario y le dio cita para la noche a las 21:00 en el restaurante del hotel. Quería hablar de negocios.





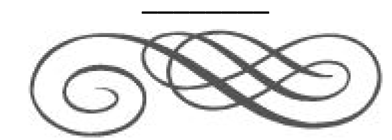
12 DE OCTUBRE, 09:14. Domingo

El viaje por carretera de Jack, Eurídice y los tres antiguos espías había comenzado. Llevaban casi dos horas conduciendo desde Reading. Su medio de transporte seguía siendo su furgoneta negra de ocho plazas.

Eurídice tenía los auriculares de su iPad en los oídos y estaba escuchando música. Jack también tenía sus auriculares en los oídos, pero intentaba escuchar a Adriana a través de su teléfono móvil atrapado. Por el momento no pudo escuchar casi nada durante los 40 minutos que estuvo conectado a él. Sólo algunos sonidos que hacen los dedos de una persona cuando se mueven. Eso le pareció extraño...

Los antiguos espías, esta vez no estaban discutiendo, sino que estaban muy tranquilos y alegres. Habían puesto unas viejas canciones francesas y estaban escuchando, en el equipo de música del coche. Eurídice, de vez en cuando, les rogaba amablemente que bajaran el volumen, porque ella también intentaba escuchar su propia música.

Como Jack no podía oír nada del teléfono móvil de Adriana, sólo algunos sonidos lejanos e indeterminados, decidió analizar en su mente los acontecimientos de los últimos días. Estaba pensando en voz alta... todo lo que tenía que hacer era manipular el curso de la investigación de Jorge Sanz y ahora tengo a los policías corruptos franceses... excepto a Josephine. *¿Cómo se supone que voy a recoger este caso? ¿Josephine está viva? ¿Les mintió sobre mí? ¿La mataron? ¿Cómo coño se han estropeado tanto las cosas? Si fuera un tipo malo, me la cargaría a ella y a todos los demás, y este caso se acabaría. Pero no... no puedo matar a gente inocente, no puedo. Por eso tengo problemas. Después de dejar a Eurídice en casa con los demás, me iré a Barcelona lo antes posible. Los inspectores españoles han descubierto algo, debo tenerlos cerca*...



FINALMENTE, DE TANTO contemplar, tanto Jack como Eurídice se quedaron dormidos en sus asientos. Se despertaron después de una hora.

Lo primero que hizo el soldado estadounidense fue mirar por la ventana las nubes que empezaban a disiparse tras la intensa lluvia. Le parecieron como esos pequeños bollos de crema batida rellenos de caramelo que solía engullir cuando era niño. ¡Cuánto deseaba tener un dulce ahora!

Eurídice, al mismo tiempo, miraba por la ventana opuesta el arco iris que acababa de formarse. Colorido y alegre... Como lo había sido Pano en los primeros días de su relación. Pero ahora había cambiado, se había vuelto salvaje, tenía ira en él. ¿Cómo ella podría ayudarle? ¿Qué otra cosa podía hacer? En los últimos meses le había dado todo. Ella había estado ahí para él incondicionalmente. Pero no aceptó ninguna ayuda. Creía que ella intentaba ayudarle porque le daba pena. Se avergonzaba de estar paralizado de cintura para abajo. Ahora ya no había arco iris en su alma, sólo nubes grises.

En casi cuatro horas, llegarían a su destino. Ya habían recorrido 242 kilómetros. Los antiguos espías, a pesar de ser viejos, habían demostrado ser muy resistentes y fuertes. Casi 3 horas de viaje y no habían hecho ni una sola parada de descanso.

La supuesta monja católica tomó la palabra. Jack se sorprendió porque nunca la había oído hablar. Pero Eurídice era muy consciente de lo "lacónica" que era, después de la larga charla que habían tenido la noche anterior.

—Ya estamos en Birmingham. En dos minutos llegamos al conocido cruce de carreteras, el Gravely Hill Interchange, o "Spaghetti Interchange". Así es como se conoce este intercambiador en todo el mundo, ese es su famoso apodo... "Spaghetti". El nombre "Spaghetti Junction" fue acuñado en 1965 por dos periodistas del *Birmingham Evening Mail*. Al principio, el periodista Roy Smith, al ver los planos arquitectónicos del cruce, lo describió como un Spaghetti Junction. Después de Roy Smith, por supuesto, el término "Spaghetti" se estableció con la publicación de un artículo titulado **Spaghetti Junction** por Alan Eaglesfield, un colega de Roy Smith.

—¿Cuándo se construyó el cruce de Spaghetti? —preguntó Eurídice con sincero interés.

—Se empezó en 1968 y terminó en 1972 —les explicó la ex espía, sintiéndose bien de que algunas personas la escucharan dar una pequeña conferencia. La estaba destrozando haciéndola sentir de alguna manera, genial y útil, de nuevo—. Menos mal que te hablo en inglés. Si te explicara todo esto en francés, los otros dos se habrían metido en la conversación y no habríamos terminado. ¿Ves lo tranquilos que están hoy? No hablan. Y la ruta que estamos tomando es de mi elección. No han planteado ninguna objeción, no como anteayer, cuando casi se matan. Puede que no hayamos tomado el camino más rápido... Pero al menos tenemos paz.

—Eso es lo que es —agregó Jack, muy alegremente.



12 DE OCTUBRE, SALA de interrogatorios, Mossos d' Escuadra

—Bueno, señorita Marta, iba a contarnos lo del robo. Somos todo oídos —dijo Pedro Martínez con ansiedad al asistente del presidente del Barcelona.

—Sí, sí —respondió ella y dio un sorbo a su vaso—. Bueno... Como te dije antes, me enamoré de Mario, desde el primer momento. Desde el momento en que lo vi llevar el pedido de vodka al Camp Nou el pasado mes de abril. No pasó mucho tiempo antes de que lo estuviera cortejando. Le pedí su número de teléfono, con la excusa de que debía tenerlo por si había algún problema con las bebidas. Me lo dio inmediatamente. Pude ver que también me miraba a mí, después de todo. Estaba en marcha. A partir de ahí, todo siguió su curso. Empezamos a vernos casi todos los días. Venía a mi casa, casi vivíamos juntos. No podía ir a la suya... Vivía con su tío y su tía.

—¿Conoces a su tía? —la interrumpió Adriana.

—Nunca la he conocido en persona. Sin embargo, sé que tiene algunas habitaciones para alquilar en Alella. Mario me lo dijo.

—Bien. Por favor, continúe con nuestro tema. Háblenos específicamente del robo. ¿De quién fue la idea? —preguntó Adriana, que trataba de averiguar detalles sobre el robo, pero sin demostrar que no tenía ni idea de lo que Marta García estaba hablando.

Marta García les confesaba todo, precisamente porque pensaba que los inspectores lo habían resuelto todo. Ese era su farol y la clave de la confesión de Marta. No podían perder esa llave.

—Fue idea mía. Voy a ser honesta. Yo planeé el robo. Pero no tuve nada, absolutamente nada que ver con el asesinato de Jorge Sanz. Me prometiste que si confesaba todo, no me acusarías de nada, ¿verdad?

—Así es, Pedro contestó en falso cuando sabía que no podía garantizar ese trato, porque ese era el trabajo de un fiscal. Pero quería saber toda la verdad... No podía esperar.

—El presidente del Barça, en los dos últimos años que he estado trabajando para él, me ha pagado muy poco dinero. Demasiado poco. Todo el día organizo sus citas de negocios y su agenda... Todo pasa por mí... Y sólo me paga 2000 euros al mes. ¿Quién? El presidente de Barcelona.

Pedro y Adriana se miraron sorprendidos.

—Mientras tanto, Mario tampoco recibía buen dinero de su tío. 1200 euros apenas... Con horas extras. Otro avaro por allí. Dime, ¿qué puede hacer una pareja con esa cantidad de dinero?

—Depende... —respondió el inspector.

—Sí, exactamente... Depende. No estaba satisfecha con ese dinero. He estado viviendo toda mi vida en una choza. Quería mudarme de una vez, comprar una casa bonita, con grandes terrazas, algo decente —hizo una pausa para calmarse, pues se había dejado llevar y estaba hablando muy rápido y en voz alta. Tomó otro sorbo de su zumo y continuó... esta vez con mucha más calma—. El pasado julio, leí en el periódico sobre una subasta. La casa Sotheby's iba a vender la última y más rara botella de whisky en Hong Kong. La última botella de MacRae W.

—Continue...

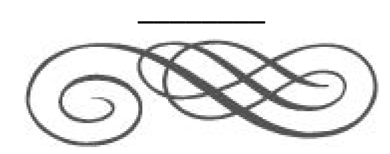
—Así es como se me ocurrió la idea. Fue repentino. Íbamos a robar la botella y venderla en el mercado negro. Valdría al menos unos cientos de miles de euros... Exactamente lo que necesitaba para comprar una bonita casa para vivir con Mario.

—¿Asumirías un riesgo tan grande por unos pocos cientos de miles de euros? —preguntó Pedro.

—Unos cientos de miles de euros para gente como Mario y yo es mucho dinero. No lo subestimes. Además, un artículo que cuesta unos cientos de miles de euros es mucho más fácil de robar que algo que cuesta unas decenas de millones. No es lo mismo robar un Picasso, donde un pequeño ejército lo vigila, que robar una botella de whisky. No somos ladrones profesionales. Vimos una oportunidad y la aprovechamos.

—¿Quieres un vaso de zumo natural o un café? —le preguntó Pedro.

—Prefiero tomar un café. Puede que se esté acercando la medianoche, pero todavía tengo mucho que contarte y tengo que mantenerme despierta...



A LA MAÑANA SIGUIENTE... 10:14.

Adriana estaba en el laboratorio de informática de la comisaría en Barcelona. Llevaba 40 minutos charlando con su colega sorda, pero también muy buena amiga. Había descifrado el 50% del diario encriptado que llevaba Jorge Sanz en su ordenador personal.

—¿Lo has anotado todo? —le comunicó por señas.
—Sí, sí, lo escribí... ***"(Claudio Rossi, Mathieu Govoux, 10 compases, St. Tropez) - (Mohamed Zaki, 7 compases, El Alamein)-(Epaminondas Martinis, Kallergis, 4 compases, Egina) ...."*** ¿qué está pasando aquí? ¿Qué significa todo esto?
—No sé, eso es asunto tuyo. Yo hice el mío. Descifré parcialmente su diario. Nadie más podría haberlo hecho. Me debes...
—Gracias. Eres la mejor... —le comunicó mediante lenguaje de signos y le dio un beso en la mejilla.



13 DE OCTUBRE, 15:38

La ciudad de Edimburgo tenía un aspecto increíble y de ensueño. El aura medieval, metafísica y gótica de la ciudad, había cautivado a Jack y Eurídice. Las nubes habían descendido tanto que los rodearon en su sabio abrazo, en sus decenas de matices grises, creando un mar etéreo y de otro mundo, donde el espíritu triunfa sobre la materia, donde el alma guía al cuerpo, donde los signos te llaman como sirenas para que te acerques a ellos, tentando al corazón y engañando a la mente. ¿Fue un engaño de lo visible o una verdad de lo invisible?

—Ten cuidado —le dijo una madre a su hijo mientras cruzaban la calle.

Al principio, Jack pensó que ella se lo había dicho a él. Se sorprendió. Se giró bruscamente mirando hacia atrás. Le pareció ver a alguien vestido de negro mirándolo atentamente... Como si lo hubiera visto antes en alguna parte. Había mucha gente entre ellos. El semáforo estaba en verde para los peatones. Intentó acercarse a él. El hombre de negro se perdió entre la multitud. Jack lo perdió.

"*Ten cuidado*"... ¿Fue una señal?

—Aquí estamos —dijo el ex espía—. Vamos a entrar en la catedral, todos nosotros. Tú y Eurídice encontraréis un lugar tranquilo donde no podéis ser vistos. Después, quitaos los uniformes, y salid por la puerta trasera de la catedral. Jack, toma este trozo de papel, memorízalo y luego quémalo.

—De acuerdo. De acuerdo.

Jack se acercó a Eurídice y le susurró: —Vamos adentro.

Al cabo de unos minutos salieron por la puerta trasera del templo. Él con su barba falsa y ella con su pelo morado. Vestidos ahora con sus ropas normales ahora. Jack había memorizado lo que estaba escrito en el papel. Pero no lo quemó, sino que lo rompió y lo tiró a la papelera que encontró fuera del templo. Luego, Eurídice y él subieron a un coche negro que los esperaba aparcado justo en el exterior.

—¿Sr. Demóstenes? —le dijo Eurídice con gran sorpresa, y con gran alegría y alivio.

—Deja lo de "señor Demóstenes" y las cortesías, hija mía. Nos has metido a todos en problemas. Si lo hubiera sabido desde el principio no te habría dejado.

—Lo siento —se disculpó humildemente, y bajó la cabeza.

—¿Abuelo? —le dijo Jack en inglés, dándole una palmadita en el hombro. Le había abierto el alma ver a Demóstenes frente a él.

—¿Abuelo? —preguntó Eurídice con voz desconcertada y chillona.

—Así es como siempre lo he llamado, es una metáfora. No es mi verdadero abuelo, pero es como si lo fuera.

—Lo criaba en los veranos, Eurídice. Para mí, también es como si fuera mi nieto. En los últimos años nos alejamos, por supuesto, pero nos reunimos el año pasado tras lo que pasó. Y aquí estamos de nuevo.

Era la primera vez que Eurídice veía a Jack con tanta pureza y bondad en sus ojos. Como algunos cachorros que ven a su amo después de días y se vuelven locos de alegría. Se dio cuenta de que Jack realmente amaba a Demóstenes y lo consideraba su abuelo.

—Pequeño Jack, toma estas llaves. Ahora nos dirigiremos al aparcamiento. Una vez que aparque dentro, vosotros dos saldréis rápidamente y entraréis en el Seat. Irás directamente a la dirección de la nota que te dieron. Estaré allí un poco más tarde. Quiero asegurarme de que no nos estén siguiendo.

—Todo esto es demasiado, ¿no? Estamos hablando de un par de policías franceses corruptos. ¿Es posible que nos sigan fuera de Francia?

—Hija mía, eres ignorante del peligro. Todos son vasos comunicantes. Algunos policías corruptos pueden estar en contacto con algún servicio secreto, o con algún ejército francés corrupto... O con la mafia internacional. Lo ocurrido en Francia es muy grave. Si no fuera porque Antígona me alertó inmediatamente, y yo a mi vez alerté a Jack... No sabríamos dónde estarías ahora. Si no hubierais huido de Francia, vestidos de curas y monjas, junto con mi gente, seguramente os habrían encontrado de alguna manera. Ahora, lo que queremos es asegurarnos de que no encuentren nuestro escondite temporal, y que no descubran quién eres realmente. Ya tienen tu foto y tu ficha falsa.

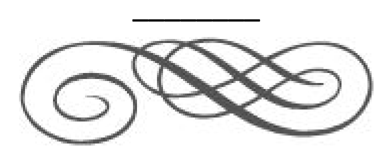
—Estoy de acuerdo en parte... Pero ¿por qué tuviste que abandonar Noruega?

—Porque con un clic en su ordenador, ya han encontrado que Natalie Mason viajó de Noruega a París el 20 de septiembre a las 14:45 horas. Y estoy seguro de que tienen gente buscándote ahora mismo en Noruega. Me pregunto cómo Antígona te dejó hacer tal cosa.

—Lo teníamos todo perfectamente planeado. Le sacaría la confesión a Jurgen y nos pondríamos en marcha. Para ser sincera, a Antígona le daba mucho miedo viajar en avión, pero la presioné mucho psicológicamente. Le dije que me haría daño a mi misma si no viajábamos a París a toda prisa. No la culpes.

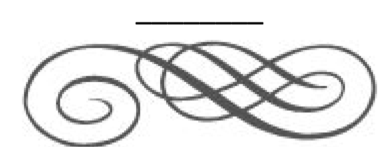
—Lo hecho, hecho está. Ahora vamos a ver cómo resolvemos los problemas. Bien, estamos entrando al estacionamiento.

Quítate la barba falsa y tírala al suelo. Yo me encargaré de esto. Tú, Eurídice, quiero que te quedes en el asiento trasero tumbada durante todo el viaje. Si te para la policía, finges estar enferma y toses. Toma tu nuevo pasaporte... Sophie Anri, ciudadana francesa...



DESPUÉS DE TODO, EURÍDICE no tuvo que fingir estar enferma. Ningún policía les había parado para un control rutinario. Por el contrario, el viaje había sido especialmente tranquilo y los había relajado a ambos.
Jack acababa de aparcar el Seat azul fuera de su nuevo escondite. En las afueras de Edimburgo, a una hora y media de la ciudad.
El americano llevaba su equipaje de mano y Eurídice caminaba a su lado. Se acercaban a la entrada de la casa. Antígona, que ya los había visto por la ventana, les abrió la puerta. Cayó en los brazos de Eurídice y le preguntó si estaba bien. Luego le dio las gracias a Jack por haberla salvado. Eurídice entró en la casa y vio cómo Pano se dirigía en su silla de ruedas hacia su habitación y cerró bruscamente la puerta. Probablemente estaba celoso porque la había visto venir con Jack. De pie, alto y bien formado, el americano, mientras que Pano ya no podía ni cuidarse a sí mismo. Eurídice corrió rápidamente a la habitación para encontrarse con él. Le había echado mucho de menos. Después de todo, fue por su bien que ella había hecho este viaje. No podía entenderlo. Todavía no podía entender el amor ilimitado y desinteresado que ella sentía por él.
—Querido —le dijo con mucha ternura y emoción—. Te he echado de menos.
—Quiero dormir un poco. Por favor, déjame en paz —respondió con indiferencia.
—Cariño, déjame darte sólo un beso y luego me iré, te lo prometo —y fue a besarle en los labios. Pano se apartó y frunció los labios con rabia. No habló, sólo indicó con la cabeza que Eurídice saliera.
Ella lloró y le dijo: —Te has vuelto cruel. ¿Dónde está mi amable Pano?
—Está muerto —y le mostró de nuevo la puerta de salida.
Eurídice, conmocionada y sin poder contener las lágrimas, corrió hacia el cuarto de baño para no ser vista. Antígona lo entendió. Le dijo a Jack que se sentara en el sofá del salón mientras corrió a buscarla. Golpeaba la puerta para que le abriera. Pero lo había cerrado con llave.
—Eurídice, abre, hija mía.
—Déjame Antígona por favor —le decía, mientras rompía a llorar.
Jack, que había estado escuchando todo, se sintió muy avergonzado en ese momento. Antígona volvió a la sala y se disculpó con él.
—¿Te unirás a nosotros esta noche?
—No puedo, señora Antígona. En cuanto llegue Demóstenes, tengo que irme. Tengo demasiados asuntos pendientes en Barcelona. Ya he estado fuera muchos días.
—Muchas gracias por lo que has hecho. A decir verdad, cuando eras joven, eras muy vivaz y no me gustabas mucho. Pero ahora es diferente
—Gracias. El caso de Francia se me ha ido de las manos. No sé cómo arreglarlo.
—Demóstenes lo arreglará por ti... Y por todos.
—¿Qué quieres decir?
—Ya lo verás. Demos y sus hombres retomarán el caso en Francia... Y yo te ayudaré a retomar el caso del asesinato de Howard Bold y Jorge Sanz.
—¿Qué? ¿Cómo?
—Te mostraré...
...Durante 20 minutos, Eurídice, que apenas había abierto la puerta del baño, había estado observando en secreto cómo Antígona se inclinaba sobre Jack y le hablaba en un susurro. Ella le estaba explicando algo. No quería interrumpirlos, tenía curiosidad por saber qué decían.
En ese mismo momento, Demóstenes estaba abriendo la puerta. Antígona oyó girar la cerradura y supo que era él. Se volvió hacia Jack, y dijo: —Como hemos dicho —y se levantó para saludar a su marido.
—Bienvenido —respondió ella.
Demóstenes le dio un beso y le preguntó dónde estaban Pano y Eurídice. Antígona le explicó lo que acababa de suceder. Demóstenes, frustrado, dejó la boina en el comedor y se dirigió a su dormitorio. Invitó a Antígona y a Jack a ir con él.
Eurídice observaba todo con mucha curiosidad. Se preguntaba qué estaban planeando.
Al cabo de unos minutos, todos salieron de la habitación. Eurídice también salió del baño haciéndose la despistada y saludó a Demóstenes. Jack se acercó a ella y le dijo:
—Eurídice, ha sido un placer conocerte. Por desgracia, tengo que irme. Espero encontrarte alguna vez en mejores circunstancias.

Eurídice le estrechó la mano y le dio las gracias.



HABÍA PASADO UNA HORA. Demóstenes, Antígona y Eurídice estaban sentados en el salón. Estaban hablando analizando la confesión grabada por Eurídice de Jurgen Klinsmann esa noche que le había dado el "suero de la verdad".

—Así que había alguien guiando a Jurgen después de todo. Jack me había dicho que lo había presentado a las autoridades estadounidenses, pero nadie lo creyó. Debe haber sido él quien lanzó a Pano por el acantilado. Eso no nos deja ningún otro sospechoso. Además, probablemente se esté empezando a limpiar todo el sindicato de crimen del alemán. No pasará mucho tiempo antes de que él lo asesine. Y existe la posibilidad de que sepa de nosotros. Me pregunto quién es ese fantasma. Tenemos que encontrarlo...



Inhumano

JURGEN KLINSMANN CENÓ con el jefe de la policía francesa en el restaurante del famoso hotel Plaza Athenee. Los platos principales acababan de ser servidos en su mesa, dos filetes de Kobe de Japón acompañados de una rara trufa. Estaban en un lugar aislado. El diálogo entre los dos hombres fue intenso:

—Jurgen, amigo mio. Ya he hecho demasiado, he arriesgado la reputación de la policía francesa para ayudarte. No puedo hacer más. Te hemos entregado una joven inocente. La perdiste... La buscamos... No la encontramos. Ya se ha acabado. Ha huido al extranjero. Si su proxeneta balcánico la secuestró, no hay nada más que podamos hacer. No somos la Interpol. Ya se ha ido, esa puta.

—Tenemos que encontrarla, Mathieu. No olvides lo que he hecho por ti. No olvides tu nueva casa en Saint Tropez y cómo la compraste.

—No lo olvidaré. Pero no puedo ayudarte. Te lo dije, se acabó. Esa chica no tiene la culpa de nada. No podemos buscarla como policía francesa. Ya no hay excusa para buscarla. Movilicé a mis mejores hombres en los últimos días, la encontraron y te la entregaron. A partir de entonces, era tu responsabilidad mantenerla contigo. Si logró escapar con la ayuda de sus chulos, no hay nada más que podamos hacer. Ya hemos corrido un gran riesgo como policía francesa y yo como jefe para satisfacer tus instintos enfermizos. ¿Te das cuenta de que casi secuestramos a una chica acusándola de algo que no hizo? No importa si es una prostituta. Ella también tiene alma. Es una persona. No seas inhumano...

Fue la palabra “inhumano” la que rompió la barrera. El alemán, que nunca quería ser insultado, tiró al suelo, con mucha fuerza y muchos nervios, el puro que tenía en las manos, justo antes de encenderlo.

El camarero corrió a recogerlo. Sabiendo que Jurgen era una persona de cierta importancia, no le amonestó, sino que le ofreció de nuevo su puro.

—Monsieur... Tome, mire su cigarro. No le pasó nada, afortunadamente está intacto.

—¿Eres estúpido? ¿Eres idiota? —estaba gritando—. ¿Quieres que me meta en la boca algo que se ha caído? Vaca estúpida, vaca sucia.

El jefe de policía no pudo soportar más esta visión y salió del restaurante, bastante enfadado. El alemán, fuera de sí, gritó:

—Lo pagarás, esto lo pagarás... Los clientes le miraron con asombro y sorpresa... *¿quién es ese sujeto tan grosero?*



27 DE AGOSTO

Mario y el ahora propietario de la botella de whisky más coleccionable y cara del mundo... MacRae W, estaban en la suite del Hotel Ritz. Habían terminado de cenar en el restaurante del hotel y habían subido a la duodécima planta, donde se encontraba la magnífica suite presidencial de Wang Chang.

El multimillonario asiático, Wang Chang, había quedado impresionado por los conocimientos de Mario en materia de inversiones. Mario en general era un tipo que no tenía educación ni conocimientos. Había pasado toda su adolescencia en la banda de los Maras y no se distinguía ni por su fluidez de palabra ni por su nivel de conocimientos. Más bien, era bastante bocazas. Sin embargo, desde que conoció a Marta García, había cambiado y quería adquirir conocimientos, sobre todo en materia de inversiones. Fue asistente personal del presidente de Barcelona. Se relacionaba con gente de clase. Mario ya no sabía hablar solo de la música Rave y de la marihuana. Por eso, durante los dos últimos meses, no había dejado de leer artículos referidos a tales temas, de inversiones a corto o largo plazo y del sector empresarial en general. Y resultó que tenía talento para ello. Aprendió rápido.

Wang Chang estaba sentado a su lado en el enorme sofá de terciopelo blanco y se había vuelto hacia él.

—Estoy impresionado por tus conocimientos John —le dijo y le dio unas suaves palmaditas en la mano.

Mario, sorprendido, se recompuso. No habló.

En ese momento también llamaron a la puerta de su suite. El asiático se levantó rápidamente y abrió la puerta.

—Finalmente, llegó. Por fin está aquí... —repitió Wang.

Mario se dio cuenta de que le habían traído el MacRae W. Había sido escoltado por sus hombres de seguridad. Estaba en un lujoso estuche de madera desgastada y virutas de oro.

El asiático lo sacó del maletín, lo tomó en sus manos y lo sostuvo como si tuviera un bebé en brazos. Se lo llevó a Mario después de decirle a su equipo de seguridad que saliera de la suite.

—¿Sabes qué es esto? Este es el whisky más caro del mundo. El más caro —le explicó, emocionado y casi borracho de alegría.

Mario fingió no saberlo.

—¿Qué es? Nunca he oído hablar de ello. ¿Cómo de caro? ¿Más de mil euros?

—Jajajajajajajaja... Mi inocente John. Por dos millones de euros lo compré. Superó incluso al famoso Macallan de 1926, que se vendió por 1,9 millones de euros, y al Macallan M, que se vendió por 700.000 euros. ¿Lo entiendes? Es mío. ¿Lo entiendes? No sabes lo feliz que soy. Vamos, levántate y abrázalo tú... Vamos, abrázate, y baila con él. No tengas miedo, no lo dejaré caer. 20 artesanos han trabajado para esculpir esta obra de arte, esta fantástica y hermosa botella de cristal... La cuido como un niño.

Mario, que había comprendido los gustos y las intenciones de Wang, se había puesto ahora detrás de él, le rodeaba la cintura con los brazos y se balanceaba con él.

—¡Qué bonita es esta noche! Además de MacRae, también pude conocerte a ti.

—Yo también me siento muy feliz de haberte conocido —le decía Mario—. Ven y siéntate ahora en nuestro sofá. Dejemos la botella en la mesa y vamos a continuar nuestra conversación.

—Está bien, está bien —y guardó la botella en su estuche. Luego se sentó en el sofá, cerca de Mario.

Mario le preguntó:

—¿Vale la pena pagar tanto dinero por una botella de whisky? Si empezamos a beber ahora, en dos horas lo habremos consumido todo. ¿Y qué quedará al final? Todo lo que queda es una botella de cristal muy bonita. ¿Merece la pena pagar tanto dinero?

—John, todavía eres joven y no sabes mucho. Soy un verdadero coleccionista. Los coleccionistas no consumimos nuestras colecciones. No, no voy a beber esa botella. Eso sería un sacrilegio. La poseo, la miro, la admiro. Soy el dueño de un tesoro único, ¿entiendes? No hay palabras para describir ese sentimiento de plenitud que siente un verdadero coleccionista. Hay dos categorías de coleccionistas. Los verdaderos coleccionistas y los pseudocoleccionistas, los narcisistas y los idiotas. Un idiota, si comprara esta botella, seguramente se la bebería en una noche con su compañía. Son estos fanfarrones los que alardean de su riqueza, los que intentan actuar como si estuvieran buscando y los que no saben nada de colecciones reales. Son los que van a las galerías y dan mucho dinero para comprar chatarra. Los artistas pueden reconocerlos, tienen antenas, pueden venderles un cuadro pintado por un niño pequeño como una obra de arte de valor incalculable. Son tan ignorantes que se creen cualquier cosa. Ellos mismos están en todas partes: en colecciones de botellas de licor, y en colecciones de esculturas... Y en todas las colecciones. Déjame darte un ejemplo, dijo, levantándose del sofá y sacando de nuevo la botella de su estuche. Se acercó a Mario y le mostró el fondo de la botella.

Le preguntó: —¿Ves algo?

—No —respondió Mario.

Wang le dijo:
—Sujeta la botella en esta posición y volveré en medio minuto.
Mario sostuvo la botella con asombro. Wang regresó sosteniendo una lupa, similar a la que tienen los expertos en diamantes.
—Ponla en tu ojo derecho. Bien, ¿ahora ves algo aquí donde te estoy mostrando?
Mario empezaba a ver algo. Ah, sí, una caligrafía en letra W, por lo que veo.
—¿Viste eso, John? La botella es original. Lo acabamos de identificar. Pero un pseudocoleccionista casual no conocería ese detalle. No es casualidad que los imitadores de Picasso y Rembrandt hagan su agosto. ¿Sabes cuántos ejemplares se venden cada año a los coleccionistas de compras? El fenómeno de la copia no se limita a las pinturas, por supuesto. Es que allí es mucho más intenso. Lo mismo ocurre con otros objetos de colección. También podría ser cierto lo de esta botella. ¿Sabes lo fácil que sería vender una botella de MacRae W a un comerciante? Todo lo que se necesita es una triste botella similar hecha de vidrio. Ni siquiera de cristal, y el contenido de un whisky muy barato. Podría vender por al menos 300.000 euros. Puede estar seguro de ello.
—Sí —respondió Mario, impresionado, rascándose la barbilla con preocupación.
—¿Entiendes que los verdaderos coleccionistas no ven el material, sino el espíritu creado a través de la singularidad de este objeto raro en particular? Esto para mí no es una botella de whisky... Es un objeto exótico etéreo de rara belleza y valor incalculable.



13 DE OCTUBRE

Adriana estaba frente a la pantalla de su ordenador. Llevaba consigo las notas del diario secreto que su colega sorda había descifrado en la mañana. Había encontrado pistas para casi todos los nombres que contenía. Claudio Rossi era probablemente el vicealmirante de la marina italiana. También Mathieu Govoux podría ser el jefe de la policía francesa. Los demás nombres también correspondían a algunas personas poderosas que ocupaban puestos clave en el aparato estatal de cada país. ¿Era posible que todo fuera coincidencia y sinonimia? Bastante improbable.

Era obvio que Jorge Sanz llevaba un diario de los sobornos que hacía. Adriana había comprendido inmediatamente que las "barras" correspondían a lingotes de oro. Pero no había podido entender el método de la transacción.

El ultimo nombre... *Epaminondas Martinis.* Tecleó las letras lentamente y dejó que Google hiciera su trabajo. En cuestión de segundos, su pantalla se llenó de decenas de resultados de búsqueda, la mayoría en inglés.

"El Famoso anarquista griego ha muerto"... "Crimen pasional, un agente griego-americano asesinó al anarquista Martini"... "El agente de la CIA Pano Dale es buscado por un brutal asesinato..."... "Por los ojos de Eurídice Vasiou, un agente griego-americano de la CIA mató al anarquista Epaminondas Martini".

Al leer esto, Adriana se inclinó hacia atrás en su silla y amplió sus mejillas con las palmas. Ella se quedó atónita. De acuerdo a ello, podía entender que Jorge Sanz había hecho trabajos sucios con funcionarios del gobierno de varios países. Al fin y al cabo, era de dominio público que favorecía ciertos intereses comerciales. Pero le parecía poco probable que en su diario secreto figurara el nombre de un anarquista griego asesinado. Y que, por lo que parecía al principio, había sido asesinado por un agente de la CIA.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Qué demonios...?

Ahora Adriana recordó... sí, el año pasado hubo mucho revuelo en Estados Unidos sobre este caso. Habían encontrado a George Stiler ahorcado. Durante unos días estuvo en todas las noticias. Pero ella no había prestado atención, no había prestado mucha atención a lo que había pasado en ese momento, porque también estaba investigando un caso de asesinato muy grave que estaba sacudiendo a la comunidad local en Barcelona.

Son estos jóvenes... Con los ojos hermosos. Sí, ahora los recuerdo. Los griegos que fueron buscados por las autoridades americanas. Pero ahora sus caras están distorsionadas en las fotos del periódico... ¿Qué demonios? En ningún lugar se pueden ver claramente. Por lo menos, hay información por escrito sobre lo que sucedió.

Adriana siguió buscando y llegó a la tercera página de los resultados de Google. Sin embargo, los artículos estaban en griego, por lo que necesitó la ayuda de un traductor en línea.

Una muerte injusta para Panos y Eurídice... Al final, Panos Dale era inocente... El conocido anarquista Epaminondas Martini fue asesinado por narcotraficantes e inculpó a Dale con sus huellas dactilares.... La pareja murió instantáneamente en Mikro Pappigo tras una tormenta de nieve.

Adriana miró la fecha de los artículos. Fueron escritos y publicados, a finales de enero. Tras el acuerdo al que llegó el Estado Estadounidense con el griego y Doko, se había estipulado que los nombres de los niños quedaran limpios de todos los cargos que se les imputaran. Así, el asesinato de Martini y todo lo relacionado con él se atribuiría a las redes de tráfico de drogas.

De repente, le llegó un mensaje al móvil. Era Jack que le enviaba un mensaje de texto diciendo que iba a aterrizar en Barcelona a medianoche. Adriana jadeó, lo había echado de menos. Ella respondió que iría al aeropuerto a recibirlo.

Al final, no pudo soportar fingir frialdad. Los encantos de Jack ya la habían roto...



Oscuridad

EDIMBURGO

Las manecillas del reloj marcaban la medianoche. Pano estaba en su habitación, tumbado en la cama. Demóstenes estaba acostado en la cama. Eurídice estaba en el salón con Antígona. Estaban viendo la televisión, la famosa película "El asunto Carlito", protagonizada por Al Pacino.

Eurídice lloraba porque el héroe de la película, Carlito Brigante, al final había sido asesinado por su mejor amigo y compañero.

Pero rápidamente se recuperó y se calmó.

—Pienso en este milagro que ocurrió, Antígona, con mi Pano, que se salvó. Los médicos dijeron que era un caso absolutamente improbable. Qué afortunada me siento de tenerlo cerca, de poder tocarlo, de poder hablar con él, de enfadarme con él... Sin embargo, ese tonto no lo entiende. No entiende el amor que siento por él. No significa nada para mí que no pueda caminar. Yo también puedo estar atrapada en una silla de ruedas, si eso es lo que le hace sentir mejor. Por él, puedo hacerlo.

—¡Qué alma tienes, hija mía! —comentó Antígona, y la estrechó entre sus brazos.

—¿Dónde crees que tengo que dormir? En Noruega había varias habitaciones; aquí sólo hay dos. A Pano le gusta dormir solo, ya lo sabes.

—Dormiremos aquí en la sala de estar. Tú en un sofá, yo en el otro. Como madre e hija. ¿Sería eso un problema?

—¿Problema? En absoluto, me gusta tu idea. Como madre e hija, exactamente. Lo que no sentí con mi propia madre, severa y fría, lo siento contigo. Gracias por eso... Mamá...

Al mismo tiempo, Pano miraba por la ventana la espesa oscuridad del exterior, el mensajero del invierno. Recordó los días soleados del año pasado en Grecia. Había rememorado aquella Luz única de su patria, que distribuía generosamente su color dorado por toda la creación.

Entonces recordó la fotografía de Eurídice. Cómo se había sentido cuando la vio por primera vez. Cómo había quedado encantado. La forma en que la había conocido, en aquel entonces, aquel viernes trece del mes. Sus ojos se encontraron, juntos, bajo la lluvia, como si estuvieran bailando un lento y emotivo tango argentino.

Entonces recordó su aventura. Primero al motel, luego a la casa de Demóstenes... Luego al Mikro Papigo. Luego nada... Un vacío. No recordaba nada. Todo estaba congelado. No podía recordar ni un solo momento de su vida en la Patagonia. No recordaba al hombre que intentó asesinarlo.

Pero sí recordaba cómo Eurídice le había apoyado en todo momento y había estado siempre a su lado. Incluso ahora...

Un sonido interrumpió el viaje de sus recuerdos. La puerta se estaba abriendo. Era ella. Panos cerró los ojos rápidamente. Se hizo el dormido. Eurídice se acercó a él. Se sentó en el borde de la cama. Estaba temblando por dentro. Estaba temblando de emoción. Qué bien le sentó la caricia de Eurídice en su frente, en su pelo. Intentaba mantenerse quieto para no mostrar que estaba despierto.

Sintió su cálido aliento. Su corazón latía con fuerza. *Me va a besar... me va a besar*. Le dio un tierno beso en los labios y se fue. Pano volvió a abrir los ojos. Abrió los labios. La oscuridad había desaparecido... No desde fuera, sino desde dentro. Por el momento...



Dos cafés

14 DE OCTUBRE

La inspectora de Mossos d'Escuadra, el día anterior, había pasado una velada encantadora con Jack. A pesar del cansancio de los últimos días, el estadounidense había demostrado ser incansable en el “sector sexual”.

Adriana no le había recogido en ninguna puerta del aeropuerto en particular. Le había dado una cita en el aparcamiento. Jack, no quería que se enterara de que se había marchado de Edimburgo. Se suponía que iba a venir de Estados Unidos a Barcelona.

Ahora la inspectora catalána estaba en el coche con Pedro. Hoy iban a visitar el alojamiento de la tía de Mario, la mujer de Pablo Gutiérrez. Se dirigían al Alella.

—¿A dónde vas? No has dicho una palabra en todo el camino. ¿Estás enamorada?

—Pedro, no te preocupes por mí. Soy lo que yo quiero. Será mejor que nos concentremos en el caso y dejemos mis asuntos personales en paz —le dijo enfadada y pisó el acelerador.

—Vale, no seas tan sensible y susceptible. Te estoy tomando el pelo.

—No creo que sea una buena idea que vayamos allí. Deberíamos haber llamado al sobrino para interrogarlo en la estación.

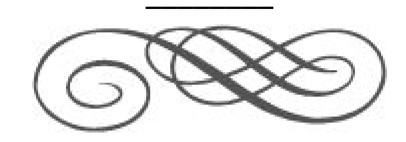
—Es una buena idea. Quiero registrar el almacén de la villa de su tía. Si lo llamamos a la comisaría, se volverán locos y destruirán cualquier prueba allí.

—¿Por qué crees que hay algo allí? Marta, la asistente del presidente, no nos dijo que sus tíos estaban involucrados. Los dos lo hicieron todo. Ella y Mario.

- No importa lo que nos haya dicho. Algo me apesta.

- ¿No la crees?

—La creo. No creo al flaco Mario. Por eso quiero registrar el almacén de su tía. El lugar perfecto para esconder algo que no quieres que nadie encuentre...



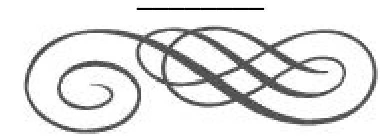
37 MINUTOS DESPUÉS...

—Bienvenidos, me alegro de veros de nuevo... Pero, ¿por qué no me llamasteis para ver si había una habitación disponible antes de venir? Desgraciadamente, todo está reservado — les dijo la tía de Mario.

—No importa. Hemos venido para tomar nuestro café en tu encantador patio empedrado. No tenemos mucho tiempo disponible. Sólo unas horas. Así que pensamos que, en lugar de ir a un restaurante de la ciudad... ¿Por qué no venir aquí, donde es tan tranquilo y agradable, y tomar nuestro café?

—Teneis razón. Bien, sentaos fuera y os traeré vuestro café en un minuto. Recuerdo lo que os gusta beber. ¿Lo veis? No os he olvidado. Tú, mi niña, lo tomas negro, y tu marido lo toma con un azúcar. ¿Es eso cierto?

—Claro, claro —respondió Adriana, que se reía y fingía estar contenta.



LOS INSPECTORES ESTABAN fuera discutiendo el caso. Los cafés tardaron en llegar.

—Cómo los ex agentes soviéticos podían estar conectados con el sobrino del dueño de la licorería y el asistente del presidente del Barça, no podía entenderlo, Adriana.

—No tienen que ser ex agentes soviéticos. Tras el colapso de la Unión Soviética, todo fue vendido en el mercado negro por antiguos funcionarios del Estado comunista. Vehículos militares, helicópteros, armas. La tía viene... Finge que te estás riendo.

—Jajajaja...

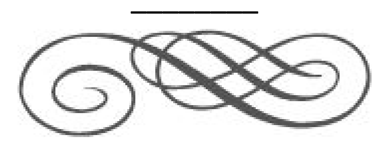
—Por fin han llegado los cafés. Veo que os gusta aquí, ¿eh? Parecéis muy felices.

—Sí, sí, nos gusta mucho este lugar. Sí, mi amor... —agregó Pedro y encontró la oportunidad y la excusa para besar a Adriana. Se sorprendió. Quiso gritarle, pero se contuvo temporalmente.

Como la dueña de las habitaciones alquiladas, la esposa de Pablo Gutiérrez, se alejó de ellos después de atenderlos, Pedro comenzó a formular en su mente un plan que le permitiera ir a revisar el almacén del edificio.



HABÍAN PASADO VARIOS minutos y Pedro... Empezaba a sentirse mareado.
—Adriana, no estoy muy bien. Me siento mareado.
—Yo también, Pedro. Hace unos segundos que no me siento bien.
—Ha puesto algo en nuestro café —dijo y empezó a caerse de la silla, perdiendo el conocimiento.



ADRIANA ABRIÓ LOS OJOS. Todo daba vueltas a su alrededor. Intentó darse cuenta de lo que estaba pasando. Quería gritar. Pero no pudo. Había algo en su boca. Intentó mover las manos, pero no pudo. Intentó mover las piernas, pero no pudo. Estaba atada a la cama, de espaldas. Empezó a gemir. Pero su voz no era audible. Tenía un paño en la boca. Encima de la tela, había mucha cuerda que lo mantenía en la boca.
Giró la cabeza hacia la derecha. Pudo ver a Pedro atado a la cama, esposado. Todavía no había recuperado la conciencia. Gruñó todo lo que pudo para que se despertara. Nada.
Ahora miraba al techo. Intentaba calmarse para poder pensar con claridad. Tenía que soltarse, tenía que encontrar una forma de escapar. La mujer de Pablo Gutiérrez había puesto pastillas para dormir en sus cafés. No los dejaría salir con vida.
Intentó observar el espacio. Giró la cabeza todo lo que pudo ya que estaba atada. Las paredes y el techo eran de hormigón gris puro. Una maltrecha lámpara, sola, iluminaba la habitación.
Una gota de agua cayó sobre su frente desde arriba. *Hoy había sol fuera. ¿Cómo llegó el agua hasta aquí?* Estaban en un sótano, probablemente. Sí, eso era. Un sótano. Había una puerta de hierro negra delante. ¿Cómo demonios se habían metido en este lío? La sonriente y simpática señora los había envenenado. ¿Por qué?
Se oyó el sonido de un hierro que crujía. Alguien estaba tratando de abrir la puerta. Adriana cerró los ojos. Tuvo que fingir que estaba inconsciente.
Una voz masculina susurró algo.
—Tía no, tía no. ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho, tía?
—Cállate. Son policías, los conociste hace unos días. Habían visitado a tu tío. Los había grabado a través del circuito cerrado del sótano. Me envió su foto justo después de que lo visitaran. Yo los había reconocido desde la primera vez que vinieron aquí. No quería decirte nada para no asustarte. Pero ahora que han vuelto por segunda vez... Algo va mal, Mario. No puedo dejar que te arresten.
—¿Por qué carajo no me dijiste que la policía me estaba buscando? —preguntó en voz baja.
—Tu tío y yo no queríamos que te preocupes. Pensamos que estaban haciendo una investigación de rutina sobre la muerte de Jorge Sanz. Pero ahora entiendo que esto no era una investigación rutinaria. Quizás han llegado a la conclusión de quiénes son los culpables ¿Lo has hecho tú?
—Oh, Dios, no. ¿Por qué no me lo dijiste, tía? Creen que soy culpable de ese asesinato. Yo no lo hice, te lo juro. Sólo soy responsable del fraude, te lo juro. No te he dicho nada de esto. Hice una estafa con McRay.
—¿Qué es McRay?
—¿Qué puedo explicarte ahora? Nada... No importa. A ver cómo salimos de esto ahora, lo que hiciste, secuestrarlos.
—Lo hice por ti. No puedo dejar que te pudras en la cárcel. Ya has sufrido bastantes abusos en tu infancia. Es suficiente. Te protegeré con mi vida. Tú eres todo lo que tenemos, Pablo y yo. No dejaré que los sucios policías te lleven. No me importa si mataste, no me importa lo que hiciste. No me importa nada. Me sacrificaré por ti.
—Maldita sea, tía. Si no vuelven al trabajo hoy, toda la policía los buscará. Sus colegas seguramente saben que han venido aquí y que soy sospechoso del asesinato de Sanz. ¿No lo entiendes? Habrá policías por todas partes esta tarde. Lo empeoraste todo. Ahora nos van a acusar de secuestro. Joder —le dijo mientras se paseaba nervioso arriba y abajo.
—Basta ya. Lo tengo todo planeado. He informado a tu tío. Estará aquí en media hora. Haremos que parezca un accidente. Los pondremos en el coche. Tu tío conducirá y los tirará por un barranco después de poner a los policías en los asientos delanteros. Nadie sabrá nada. La carretera está llena de curvas cerradas. Confía en mí, Mario. Todo esto es por ti. Con tus antecedentes en la banda de los Maras, no vas a salir inocente. Te van a encontrar culpable del asesinato de Sanz. Confía en mí, muchacho.
—Tía. Incluso si los matas, los otros policías vendrán a arrestarme. Habrá pruebas contra mí, todo el departamento de policía las habrá visto.
—No. Son inspectores. Si su participación en el caso fuera conocida por todo el departamento, habrían venido con una orden. Son los únicos que saben algo de ti. Los inspectores no comparten las pruebas con otros colegas antes de presentar cargos. Si los eliminamos, nadie sabrá de ti.

—Muy bien, muy bien. ¿Pero qué pasa si se despiertan mientras el tío conduce?
—No van a despertar. Les di una dosis triple de mis pastillas para dormir en su café. Hasta mañana estarán dormidos.
Todo el tiempo Adriana escuchando su conversación,quería llorar, quería gritar. Estaba completamente aterrada y asustada. Sin embargo, se contuvo, porque eso sólo lo empeoraría. Tenía que ganar tiempo.
Ahora eran las 10:24.





EURÍDICE NO PODÍA DORMIR. Llevaba toda la noche intentando hacerlo, pero sin éxito. Por lo tanto, sin nada más que hacer, había estado fuera de la cama desde el amanecer.

Había desayunado, se había aseado, había barrido la casa, había fregado los platos y había hecho la colada. Afortunadamente, el tiempo pasó rápidamente. Ahora estaba de pie frente a la pantalla de su tableta. Estaba leyendo las noticias del mundo. Le encantaba leer los periódicos, especialmente los de lengua francesa, que tenían artículos de opinión muy agradables y que invitaban a la reflexión.

Ahora eran las 09:24. La noticia de la muerte de "Mister Bamboo", como era conocido por el público en general, acababa de ser publicada en Internet y en todos los periódicos online:

"Frederik Miller, el propietario finlandés de la famosa cadena de muebles de bambú, ha sido encontrado muerto esta mañana por los empleados de su fábrica en Reikiavik, la capital de Finlandia. Lo encontraron sentado en la silla de su oficina con signos de hemorragia gástrica. Sobre su mesa había un vaso medio lleno de whisky. Nadie de su familia lo había buscado, ya que Mister Bamboo solía estar hasta tarde en la fábrica haciendo nuevos diseños de muebles".

Eurídice no prestó mucha atención al principio. Fue una muerte más. Cada día ocurren muchas cosas en todo el mundo. Pero después de un tiempo, empezó a reflexionar sobre la "hemorragia gástrica". En la última semana, otras dos personas ricas y poderosas habían muerto a causa de una hemorragia estomacal. No puede ser una coincidencia.

Antígona acababa de despertarse. Le dio los buenos días a Eurídice.

—Antígona, ven a ver algo.

—¿Qué es?

—El señor Bambú ha muerto.

—¿Quién es él?

—El propietario de una famosa empresa que fabrica de muebles de bambú.

—Oh, sí, conozco la compañía. ¿Cómo murió?

—Mira —y le indicó que se inclinara hacia la pantalla.

Antígona no parecía sorprendida.

—Antígona, ¿no te sorprende?

—¿Qué?

—Que otro hombre rico muere, o más bien es asesinado de la misma manera.

—¿Qué puedo decirte, chica? Debe ser una coincidencia, no hagas caso. Entonces, ¿vamos a ir de compras hoy?

—Sí —respondió Eurídice, que la miraba con asombro.

Mientras tanto, una tos muy fuerte venía del dormitorio.

—¿Qué es? —preguntó Eurídice—. Pano, es Pano ¿Qué le pasa? —y empezó a correr hacia el dormitorio.

Abrió la puerta y entró, alterada:

—Mi Pano, mi amor, ¿qué te pasa?

—Es sólo una tos, probablemente por el cigarrillo. Cálmate, todo está bien.

Pano puso más dulce esta vez y más tranquilo. Vio lo mucho que lo amaba Eurídice y no quiso disgustarla más. El tono de su voz era tierno.

— Eurídice, ¿puedes llamar a Antígona por mí? Quiero decirle algo, por favor.

—Sí, cariño, la llamaré. ¿Seguro que todo está bien? ¿Te preparo un té?

—Está bien, Eurídice. Té no, tomaré un café.

Antígona, que en un minuto había entrado en su habitación, le preguntó qué quería.

—Antígona, debes encontrarme un cigarrillo para fumar. Tengo mucho dolor. No quiero decirle eso a Eurídice. Estoy tratando de parecer fuerte.

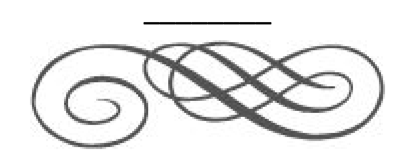
—Mi Pano, en Noruega, podía conseguir cannabis en cualquier momento. Aquí no conozco a nadie. Ten paciencia durante un tiempo. Saldré... Encontraré la manera de conseguir algo lo más rápido posible.

Eurídice se quedó detrás de la puerta y escuchó todo. De sus ojos brotaban cálidas lágrimas.

Demóstenes, que llevaba unos minutos fuera de la cama, salía por la puerta de su habitación.

—Buenos días chica, ¿qué te pasa? —le preguntó en un susurro, en cuanto la vio llorar—. ¿Te ha hablado mal Pano?

—No, no, hoy ha sido dulce —le contestó ella, sollozando y después de unos segundos cayó en sus brazos.



HABÍAN PASADO DOS HORAS. Antígona, preguntando a las personas adecuadas, había conseguido hacerse con unos

gramos de hachís. En el momento en que abrió la puerta de la casa, giró inconscientemente la cabeza hacia atrás. Vio que alguien con una gabardina negra y un sombrero negro la miraba. Volvió la cabeza hacia la puerta. Se volvió bruscamente hacia atrás. El caballero vestido de negro caminaba ahora por la calle, despreocupado y mirarando al frente. Antígona pensó que todo había sido idea suya. Así que abrió la puerta y entró en la casa.
Encontró a Eurídice y a Demóstenes sentados.
—¿Dónde está Pano? —les preguntó.
—Está dentro. Todavía en la cama —respondió Eurídice, con amargura y decepción.
Al cabo de unos minutos, después de que Antígona le diera su hachís, Pano se levantó y se subió a su silla de ruedas. Eurídice le preparó un café griego, dulce.
—Gracias —agregó con ternura.
—De nada. Pano, necesito un favor.
—¿Qué quieres?
—Quiero acompañarte al patio, a tomar nuestro café y a fumar un cigarrillo de hachís.
—¿Qué dices? Pero nunca has probado el hachís.
—Quiero probarlo contigo. ¿Hay algún problema?
—No hay problema. Venga, vamos —y se dirigieron al patio.
Eurídice se había puesto en pie. Ella le había pasado la mano izquierda por la nuca y con la derecha chupaba el cigarrillo. El cielo se estaba oscureciendo y las primeras lloviznas hacían acto de presencia.
—¿Recuerdas aquella vez en Ermou, cuando me cantaste?
—No estaba cantando para ti, si lo recuerdas. Estaba cantando al mundo. Has venido y te has sentado delante de mí —dijo Pano, que empezaba a encontrar su sentido del humor y a hacer sus conocidas bromas.
—Jajajaja... Fuiste tú el que ha montado toda una escena y creó toda una conspiración para conocerme.
—Pues sí, lo admito.
—Te gusté desde el primer momento, ¿verdad?
—Desde el primer momento en que vi tu foto, me enamoré de ti. Antes me burlaba de la gente que se enamoraba a través de las redes sociales y las fotos, pero a mí me pasó exactamente lo mismo. No puedes imaginar lo que sentí entonces. Empecé a ver mariposas en el cielo nocturno. Me invadió una sensación de euforia y sentí una calidez, una dulzura. Estaba en el Hilton, acababa de llegar a Atenas.
Eurídice, al oír esto, se puso a llorar. Pano, que durante mucho tiempo se había sentido como un extraño con ella, comenzó a recordar de nuevo, lo que sentía por Eurídice. Comenzó a sentir intimidad con ella. Ahora mismo, la tenía frente a él. ¡Cuán afortunado se sentía! Sus ojos estaban a sólo unos centímetros de distancia. Tenía a esa criatura frente a él. ¡¿Qué le pasaba últimamente para que la tratara así?! Ahora podía ver todo con claridad. La quería más que a nada en el mundo. Tenía que luchar y superar lo que le estaba ocurriendo. Volvería a ser el mismo por su Eurídice. Iba a ser el bueno de Pano. Al menos en su alma, no en sus piernas.
Comenzó a besarla con mucha ternura y pasión. Sus lágrimas se habían mezclado con las gotas de lluvia, que ahora eran más fuertes. Los truenos habían cesado. Era como si el cielo se hubiera calmado por fin. Ambos habían vuelto a encontrar su amor perdido.
Demóstenes y Antígona los observaron a través de la puerta de vidrio del balcón. Estaban sentados en el sofá. Antígona se había subido a su regazo y le acariciaba el cuello.
—¿Te acuerdas?
—Me acuerdo, mi amor —y le tomó la mano con ternura.





14 DE OCTUBRE, BARCELONA, Grande Hotel, 10:14

Hacía cinco minutos que Jack Cooney estaba despierto. No tenía nada que comer. Habría tomado un refresco del minibar de su habitación. Nunca fue de los que comen sano. Se fumaría un cigarrillo.

Hoy se había levantado tarde. Después de todo, sólo había dormido dos horas. En las horas anteriores había tenido una sesión de sexo muy intensa con Adriana. Ella se había ido a las 07:00 del hotel, puesto que tenía que vigilar a su sobrino, a causa de Pablo Gutiérrez.

Ella le había contado todo. Cualquiera que fuera las evidencia disponibles en el caso, Jack lo sabría ahora. Sólo no le había contado nada sobre las pruebas que había encontrado en el disco duro del ordenador de Jorge Sanz. Se lo guardó muy bien para ella.

Jack, acababa de sincronizar su móvil con el de Adriana. Estaría escuchando en directo todo lo que ocurriera en Alella. Se inclinó hacia atrás, chupando su cigarrillo. Se había relajado lo suficiente.

Los primeros sonidos empezaban a llegar. Jack se acurrucó y se inclinó hacia delante. Intentaba oír mejor. *¿Qué demonios es eso? ¿Gemidos?*

Durante dos minutos escuchó ese sonido. Luego... Crujidos de hierro. Ahora... Una voz masculina susurrando.

Durante tres minutos, escuchó atónito cómo Mario hablaba con su tía. Iban a asesinar a Pedro y a Adriana. No, Jack no podía permitir eso. Ahora tenía acceso directo al caso gracias a Adriana, que le confiaba todo. Si le ocurría algo, el caso llegaría a la Policía Nacional y las cosas se pondrían difíciles para Jack. No podría manipular y controlar ningún elemento del caso. Tenía que salvarlos. Y eso no era todo. Estaba empezando a sentir algo por la inspectora española.

Ahora eran las 10:24. El soldado americano se puso lo primero que encontró y salió corriendo del hotel. Tenía que encontrar un coche. No podía tomar un taxi. Salió a la carretera principal.

Corrió por el callejón. Se puso en medio de la calle. Un jeep negro se detuvo y comenzó a tocar la bocina. El estadounidense se acercó a la ventanilla del conductor y le gritó que saliera del coche. El conductor, al ver a un loco apuntándole con una pistola, se bajó asustado.

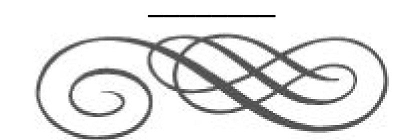
Jack entró rápidamente. Pisó el acelerador a fondo y se marchó.

Empezó a llamar al centro de llamadas de la policía de Barcelona. Una voz femenina respondió. Jack, que no sabía ni una palabra de español, empezó a explicar en inglés lo que había pasado, hablando muy nervioso y rápidamente. Ella no entendía nada de lo que decía. Así que terminó la llamada. Pensó que alguien le estaba gastando una broma.

—Maldita sea —gritó, mientras golpeaba el salpicadero del coche con la mano. Necesitaba llegar a Alella lo antes posible. Puso su teléfono móvil delante de su cara. Quería ver la ubicación exacta que le indicaba el GPS del móvil de Adriana.

Se escucharon fuertes y continuos bocinazos. Había metido su coche en el tráfico que venía de frente.

—Afortunadamente —se dijo a sí mismo. Acababa de escapar de una colisión frontal.



LA TÍA DE MARIO INTENTABA tranquilizarlo. Ambos estaban fuera de la habitación del sótano donde Pedro y Adriana estaban cautivos. Su sobrino estaba muy, muy nervioso y ansioso.

—Todo va a salir bien. Lo hago todo para ti. Cálmate.

—Suéltame, tía. ¿Asesinos de policías? ¿Sabes qué significa eso? ¿Te das cuenta de lo que nos espera?

—Soy consciente. No entiendes que estamos tratando de salvar tu vida. No sé, repito, no sé qué delito has cometido ni si has matado a ese Jorge... Pero sí sé que han dado con los culpables y te van a encerrar muchos años. Cálmate y ayúdanos. Tu tío está en camino. Estará aquí en unos minutos. Tienes que ayudarnos a mover a los policías.

El sistema de navegación del coche que había robado era muy exacto. Lo guiaba con absoluta precisión hasta donde estaban los inspectores. En unos minutos estaría allí.

Se circulaba por la autopista C-32. Estaba en el carril izquierdo. Se fijó en dos grandes letreros azules, colocados en lo alto. El letrero de la derecha indicaba claramente que en 1000 metros, la salida 86 llevaría a Alella. Unos segundos más tarde, la voz del sistema de navegación del coche dijo exactamente lo mismo: “En 910 metros hay que girar a la derecha”. Así lo hizo el estadounidense. Después de 20 segundos giró a la derecha. Conducía a casi 180 kilómetros por hora. Afortunadamente, todavía no había sido detenido por un policía por infringir el límite de velocidad. Perdería un tiempo valioso si eso ocurriera. Aunque Jack intentara explicar lo que estaba pasando, el policía probablemente no lo creería.



AL MISMO TIEMPO, ADRIANA estaba tumbada en el asiento trasero de un coche. La habían envuelto en una tela similar a la de un saco. Durante su traslado de la habitación del sótano al coche, había elegido conscientemente no gritar y no reaccionar, y fingir estar inconsciente, para intentar ganar tiempo y encontrar alguna forma de escapar. Si gritaba y se daban cuenta de que estaba consciente, era muy probable que la mataran antes. Los amortiguadores del coche eran de mala calidad. Durante el trayecto su cuerpo subía y bajaba. Probablemente Pedro había sido colocado en el maletero. Ese tejido, esa tela, ese trapo, estaba bloqueando su respiración. Se estaba mareando. Tenía que encontrar urgentemente alguna forma de escapar. Intentó mover las manos, que estaban atadas a la cintura. Fue un esfuerzo inútil. El nudo estaba demasiado apretado y bien atado. Y sus piernas también.

Desde el momento en que había arrancado el coche, Adriana no había escuchado ninguna conversación. Sólo estaba el conductor, Pablo. Su mujer, junto con Mario, venían por detrás en su propio coche.

Los minutos habían pasado. La inspectora ya se había dado cuenta de que no podía escapar de ellos y que pronto la matarían. Ya no podía fingir que estaba inconsciente. Ahora quería gritar, quería llorar. Era su instinto de supervivencia el que la hacía reaccionar y luchar. Pablo Gutiérrez se sobresaltó con los gruñidos de Adriana. Comenzó a maldecir y se detuvo en una carretera secundaria desierta, en una curva, se detuvo al costado derecho. Muy bruscamente, el coche conducido por su esposa se detuvo detrás de él.

Abrió la puerta del conductor y salió.

Mario, que observaba la escena desde el interior del coche, empezó a preguntar a su tía qué estaba pasando.

—Cálmate, Mario. Tu tío sabe lo que hace. No salgas del coche, siéntate y cálmate.

—La está golpeando, tía. Va a matarla —le dijo Mario, que no podía soportar ver el espectáculo. Adriana estaba gritando a todo pulmón. Pablo la había sacado del coche, le había quitado el paño de la cabeza y la estaba golpeando furiosamente mientras ella yacía en el suelo.

—Malditos policías. Mi sobrino no saldrá perjudicado. ¿Escucháiiiiisssss? —estaba gritando mientras le daba patadas en el estómago.

El indicador de geolocalización del teléfono de Jack se había puesto en verde. Probablemente estaba a unos metros de Adriana. *Me pregunto si están en este camino lateral. Aquí es donde deben de estar*. Su respiración era rápida y le dolía la cabeza por la tensión. Acababa de entrar en la carretera lateral y se dirigía a un giro brusco a la izquierda. Al entrar en la curva, vio a 20 metros de distancia a un anciano con una larga barba blanca que golpeaba a un bulto tendido en el suelo. Dos coches estaban aparcados a un lado de la carretera. Un Seat negro de cuatro puertas, y un Toyota Corolla plateado. No podía ver si la víctima de la paliza era Adriana.

El soldado americano tuvo que reaccionar inmediatamente. Pisó el acelerador y aceleró el toyota plateado. La esposa de Pablo quedó muy malherida por el impacto. Mario también había sido golpeado, pero más levemente. Jack salió del jeep y empezó a correr hacia el hombre de la barba blanca. Él, se asustó y se dirigió rápidamente a los asientos delanteros del Seat negro. Jack corrió tras él.. Pablo, en un abrir y cerrar de ojos, cogió un bate de béisbol que había escondido bajo el asiento del copiloto. Jack no tuvo que hacer mucho. Simplemente sacó su pistola... Y le disparó en el pecho. Se lo debía por lo que le había hecho a Adriana. Adriana, bastante aturdida por los golpes anteriores, vio ahora a su salvador inclinarse sobre ella y preguntarle si estaba bien. ¡ Qué guapo le parecía a ella!

—Estoy bien —le dijo con voz temblorosa y débil—. ¿Cómo me has encontrado?

—No es momento de dar explicaciones. Ya hablaremos de eso más adelante. ¿Dónde está Pedro?

—En el maletero, probablemente —y las palabras salieron de su boca con inmensa dificultad.

Jack corrió a abrir el maletero. Vio un cuerpo cubierto con una gruesa tela gris. Se lo quitó rápidamente de la cabeza. Le tomó el pulso, estaba vivo. Le gritaba que se despertara. No se despertaba. Lo agarró con ambas manos y lo sacó. Lo llevó al asiento trasero del jeep que había robado. Los asientos delanteros ya no estaban allí... Estaban dentro del Toyota plateado. El jeep había clavado con fuerza, contra los lados de la Corola plateada. En el lado del conductor.

La tía de Mario estaba muerta. Su sobrino acababa de recuperar la conciencia por el impacto. También recibió bastantes golpes en la cabeza. Estaba intentando comprender lo que había occurido. Miró hacia atrás y hacia su izquierda. Vio a un hombre desconocido, que había abierto la puerta trasera del jeep que había chocado con ellos, y que intentaba colocar a uno de los policías en su interior. *Oh, mierda, ¿cómo me he metido en este lío? Oh, mierda... asesino de policías. Me van a comer vivo.*

Jack, que intentaba colocar a Pedro en posición sentada, escuchó un fuerte ruido. Era Mario que intentaba abrir la puerta atascada del Toyota.

Sin embargo, el estadounidense no podía soltar las manos de Pedro, para ver qué pasaba, o se le caería.

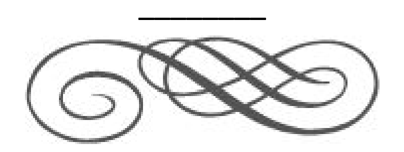
Mario había conseguido abrir su puerta y empezó a correr frenéticamente por la cuesta abajo para alejarse. Adriana le gritaba a Jack con las fuerzas que le quedaban para atraparlo. Respondió con mucha calma:

—Ya se ha escapado, Adriana—.No tengo tiempo para atraparlo.

Jack no tenía ningún deseo de perseguirlo. Ya había hecho demasiado. Además, le convenía que Mario escapase. No sabía cómo estaba involucrado en el caso... Pero si los policías lo detenían, podría revelar cosas que Jack y los militares estadounidenses no querían. Así era mejor.
—Adriana, la pupila del ojo de Pedro está dilatada. Debe de haber sufrido daños cerebrales.
—¿Qué? ¿Qué? —le preguntó y trató de levantarse. Pero no podía. Le dolía mucho el cuello.
Jack se acercó a ella y trató de ayudarla a levantarse. Todo fue en vano. Probablemente una vértebra había sido dañada por los golpes de Pablo Gutiérrez.
—No te muevas o le causarás más daño a tu cuello. Esperaremos a la ambulancia.
—Jack, escúchame con atención. No debes decir la verdad a los oficiales que vienen. Te diré lo que tienes que decir. En cuanto a cómo me has encontrado... Tendrás que explicármelo todo en los próximos días —le dijo mientras el americano se inclinaba sobre ella y le acariciaba la frente.
—Muy bien, lo que quieras, se lo diré. No te preocupes en absoluto. Me importa que estés bien. Sólo esto...



MELISAS ESTABA SUPERVISANDO a los mozos de mudanza que llevaban sus nuevos ordenadores. Les estaba dando instrucciones sobre cómo instalarlos. Tres procesadores de última generación y tres grandes monitores estarían en su escritorio semicircular, en pocos minutos. Acaba de encender un cigarro. No era el tipo de persona a la que le gustaba fumar fuera. No le importaba humear en el interior, el humo no le molestaba. Se sentía muy satisfecho con el curso de su vida. Los chinos le guardarían rencor por los secretos y la información clasificada que les daría. Chupó el cigarrillo con absoluto placer. Después de cada pitada, daba una calada a su café negro. Siempre sin azúcar.
Los de la mudanza habían instalado todo. Su oficina, a partir de ahora, sería una pequeña torre de control. A través de sus potentes ordenadores, lo controlaría todo.
Su teléfono sonó. Era Liu Xiang.
—Buenos días Liu, ¿cómo estás?
—Buenos días, amigo, ¿cómo estás? Llamé para ver si lo que nos pediste, fue entregado.
—Acaban de ser entregados. Muchas gracias al Estado chino y a ti. Estoy deseando empezar a navegar. Son superordenadores. Justo lo que quería.
—Me alegro. Déjame preguntarte algo más... ¿Te gusta tu casa?
—La casa es genial. No esperaba que fuera tan grande. Aquí se puede jugar al fútbol.
—¿El coche?
—Un Porsche no puede ser más que un sueño. Un coche increíble... Muchas gracias.
—De nada. Sólo recuerda que tienes que hacer lo que nos prometiste.
—No hay problema. Cumpliré con creces lo que acordamos. He podido descansar estos días, así que hoy empiezo a trabajar. China ganará mucho conmigo. Ya lo verás.
—Te creo, te creo. Esta noche te daré una fiesta para darte oficialmente la bienvenida a casa. ¿Tienes algún problema con eso?
—¿Fiesta? Uh... Nunca he sido una persona muy fiestera, pero me parece bien. Será un placer.
—Bien. Espérame alrededor de las 20:00. Llevaré a tres de mis amigas.
Colgando el teléfono, Melisas se sentó en una silla, desconcertado. Hacía tiempo que no estaba con una mujer, y ahora mismo estaba bastante nervioso. No había tenido tiempo de apagar su anterior cigarrillo y encendió otro.
Queriendo relajarse y quitarse el estrés decidió encender sus ordenadores. Iba a instalar el software "Dominante", junto con varios otros. El proceso duraría unas horas... lo suficiente como para mantenerlo ocupado y no tener que pensar en si llegaría a la noche para satisfacer sexualmente a las amigas de Xiang.



20:02
El timbre sonó. Melisas se levantó rápidamente y se dirigió a la puerta. La abrió con un movimiento rápido. Liu Xiang estaba de pie entre tres hermosas mujeres. A su derecha había dos rubias altas y a su izquierda, una belleza asiática.
—Pasad, pasad.
—Déjame presentarte a mis amigas. Lorraine, Katya y Bree. Chicas, este es Dino Melisas.
—Encantado de conoceros —y los saludó uno a uno con un apretón de manos—. Pasad, tomad asiento.
Liu Xiang mientras intentaba ponerse cómodo en el sofá blanco, le hizo un cumplido sobre la camisa azul de Melisas. Le gustaba.
—Muchas gracias Liu —respondió y se dirigió al bar de la casa—. ¿Qué vas a tomar?
—Un vodka de naranja para mí, y dos vodkas con limón —contestó en un inglés entrecortado.
Liu se levantó para ayudarle. No podría llevar tantas bebidas por sí mismo.
—¿Liu, quién vivió aquí antes que yo y dejó tanto alcohol aquí?
—Jajaja. Me ocupé de todo. Griego y sin beber, un poco difícil.
—A decir verdad, soy el tipo de griego que casi nunca bebe. Pero hoy vamos a celebrar, quiero beber. Bonitas rubias. ¿Amigas tuyas? —le preguntó en un susurro mientras acercaba su boca al oído.
—De Letonia... Europeas del norte, modelos. Lo pasarás bien —y el chino le guiñó un ojo.

Por la mañana

Liu Xiang estaba en su oficina en el edificio de la inteligencia china. Buscó su teléfono. Desplazó la pantalla con el pulgar. Llamó a Melisas.

—Buenos días Liu. Me acabo de despertar. ¿Puedo llamarte en unos minutos?

—Buenos días Dino. Tengo mucho trabajo, no podré hablar más tarde. No te retendré mucho tiempo. Sólo quería saber si lo pasaste bien anoche.

—Sí. Me lo pasé muy bien. No deberías haberte ido tan pronto.

—¿Las rubias? ¿Qué han dicho?

—¿Sabes cuál era mi apodo en la escuela? Amante latino. No necesito explicar nada más. Sabes, no creo que las rubias hayan respirado en toda la noche. Tuvimos sexo una y otra vez.

—Estoy impresionado Dino. Un amante latino, ¿eh? Me alegro de que lo hayas pasado bien. Bueno, tengo que irme, tengo mucho trabajo que hacer.

—Sí, Liu. Gracias por todo. A partir de hoy me pondré a trabajar. Te daré mucha información sobre la OTAN.

—Dino, no por teléfono.

—Sí, sí, lo siento.

—¿Nos vemos esta noche? ¿Puedo pasar por tu casa?

—Sí, sí, Liu. Te espero.

—Adiós, que tengas un buen día.

—Adiós.

El agente chino dejó su teléfono móvil sobre su escritorio de metal gris. Hace quince minutos había hablado con Lorraine por teléfono. Ella le había dado un informe detallado de la noche anterior: Melisas, cuando las rubias empezaron a desnudarle, se puso muy nervioso e hizo movimientos nerviosos con su mano derecha. Las detuvo y comenzó a decir algunas cosas ininteligibles en un idioma que no conocían, visiblemente estresado. Les ofreció dinero para que mintieran a Liu que Melisas las había satisfecho sexualmente a ambas. Les había pedido específicamente que citaran la frase “amante latino”. En el momento en que ambas salían de su casa tras aceptar el dinero y después de confirmar que iban a mentir, le oyeron gritar como si estuviera llorando... “Mamá, mamá... Todo es tu culpa”, junto con algunas otras palabras y frases ininteligibles.



15 DE OCTUBRE

Adriana Pérez estaba en el despacho del comandante de la comisaría, Mossos d' Esquadra. Él estaba furioso por lo que había pasado ayer.

—¿Qué no debo gritar, Adriana? Hay dos muertos y un inspector en coma por una sobredosis de somníferos. ¿Cómo no voy a gritar? En vuestro informe semanal me dijisteis que Pablo Gutiérrez había sido investigado a fondo y que no tenía nada que ver con el asesinato de Jorge Sanz. Y al final, no sólo lo considerasteis sospechoso y lo tuvisteis vigilado, sino que también tuvisteis vigilada a su mujer. ¿Qué demonios me estás ocultando?

—Comandante, no te estoy ocultando nada. Pedro tuvo una información de última hora sobre la mujer de Pablo Gutiérrez, que estaba involucrada en el tráfico de bebidas alcohólicas adulteradas.

—¿Y por qué no me informaste a tiempo? —le preguntó pateando una silla.

—Porque el informante se lo acababa de decir a Pedro. Acabábamos de enterarnos y nos dirigíamos a ver el almacén de la mujer de Gutiérrez.

—¿Sin una orden judicial?

—Comandante, ya sabes cómo es esto.

—¿Cómo voy a tapar esto? Si esto sale a la luz, la Policía Nacional se nos echará encima. No quiero eso. Ya no me llevo bien con ellos. Encontrarán una excusa para despedirme si se enteran.

—No conectes los dos casos. Digamos que investigamos a su esposa por traficar con licor adulterado. Que es exactamente lo que ha ocurrido: En la mañana del 14 de octubre, el inspector Pedro Martínez recibió un aviso de que la esposa de Pablo Gutiérrez estaba involucrada en el tráfico de licor adulterado. Junto con su colega, Adriana Pérez, decidieron investigar la información yendo a su villa en Alella, como policías encubiertos. Mientras se sentaban en el patio de la villa y sorbían su café, fingiendo ser una pareja enamorada, sintieron un intenso mareo. Lo siguiente que recuerda la inspectora Pérez es que se despierta en un sótano oscuro y Lucía Gutiérrez de pie sobre ella, diciéndole que la va a matar porque descubrió que estaba traficando con licor adulterado. Inmediatamente después, su marido, Pablo Gutiérrez, llegó y la ayudó a llevar a los dos oficiales a su coche. Pedro Martínez seguía inconsciente, mientras que Adriana Pérez, que estaba esposada y amordazada, estuvo consciente durante todo el trayecto. Después de muchos intentos, consiguió liberarse y tomar el control del coche, habiendo golpeado previamente a Pablo Gutiérrez en la cabeza, en la espalda, y después de que éste hubiera perdido temporalmente el conocimiento, tras hacerse con el control del coche, el Seat negro, embistió al otro coche que tenía delante, un Toyota plateado, donde conducía la mujer de Pablo Gutiérrez. Tras inmovilizar el vehículo delantero, la inspectora salió del Seat negro. Pablo Gutiérrez, que había perdido momentáneamente la consciencia, empezó a recuperarla de nuevo. Mientras la inspectora estaba fuera intentando llamar a una ambulancia, Gutiérrez fue a atacarla con un bate de béisbol, que probablemente había escondido en el coche. La inspectora actuó al instante y le disparó en el pecho, porque en una lucha física con él, lo más probable es que hubiera perdido, con un resultado potencialmente fatal. Fue necesario dispararle como único medio de autodefensa.

—¿Sucedió así todo realmente? —preguntó el comandante, que ahora estaba considerablemente más calmado.

—¿Tengo razones para mentirte?

—No lo sé... Dímelo tú. ¿Lo has hecho? —y se sentó en su silla—. Adriana, por desgracia, esta historia también tendrá publicidad.

—Sin embargo, sólo tendrá publicidad local. ¿Te imaginas la publicidad que tendría si mezcláramos el asesinato de Jorge Sanz? ¿Qué asociacion harían los periodistas con Howard Bold y todo lo demás? Se convertiría en una historia mundial. Ahora sólo intervendrá la prensa catalana y española. Y la Policía Nacional no se va a involucrar en un caso de contrabando local.

—Sin embargo, hay un policía en coma.

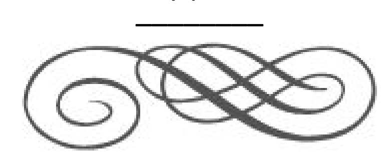
—¿Crees que les importa?

—Más vale que tengas razón. Esto queda entre tú y yo ahora. ¿Este caso no tiene nada que ver con Jorge Sanz?

—Capitán, te digo que... NO.

—Tengo que creerte. Ehhh... Una última cosa. Este detective, Jack Malone, ¿está trabajando en el caso?

—Apenas. Está aquí por razones protocolarias. En realidad, no está interesado en el caso en absoluto. Créeme, no hemos hablado en días. Creo que volverá a los Estados Unidos muy pronto.



JACK, MIENTRAS TANTO, esperaba a Adriana dentro del coche, que estaba aparcado en la manzana de al lado. La lección

de ayer estaba aprendida. Debería haber alquilado un coche hace días. Más vale tarde que nunca, hoy al menos haría lo que había descuidado durante tantos días. Alrededor de las 07:30, había visitado una agencia de alquiler de coches. Un todoterreno blanco sería el suyo temporalmente.
Ahora mismo la hora era las 09:52. Adriana le había mandado un mensaje para que la esperara. No pasaron la noche juntos anoche en su casa. Ella durmió en el hospital. Normalmente debía quedarse allí hoy, pero se vistió y se fue temprano por la mañana.
El americano fumaba y miraba a una abuelita que caminaba por la acera de enfrente sujetando a un pequeño perro marrón por la correa. Sonreía para sí mismo. La señora le había parecido muy dulce y agradable. Jack estaba un poco tocado.
La puerta del pasajero sonó. Alguien la abrió bruscamente. Se asustó. Giró la cabeza hacia la derecha.
—¿Eres tú? Me asustaste.
—¿Un hombre de dos metros y te asustas tan fácil? —le preguntó Adriana y le dio un beso.
Giró el contacto, arrancó el todoterreno y se marchó.
—Pienso que deberías quedarte un poco más en el hospital. En un día, no creo que se puedan hacer todas las pruebas necesarias.
—No te preocupes Jack. Lo que era necesario, lo hice. No soporto los hospitales en absoluto.
—¿Cómo está Pedro?
—¿Cómo puede estar? Los médicos no dicen nada. Puede que despierte del coma mañana, o quizá dentro de cinco meses —le dijo, visiblemente angustiada.
—¿Cómo es que el somnífero funcionó tan mal en Pedro?
—En dos minutos Pedro se había bebido toda la taza de café, mientras que yo sólo me había bebido la mitad. Tal vez sea eso, qué te puedo decir, no lo sé. Al fin y al cabo, cada cuerpo reacciona de forma diferente a las sustancias. Yo, por ejemplo, una vez tomé por error una dosis doble de antibióticos y no me pasó nada. Otra persona iría al hospital por esa razón.
—Sí, puede ser. ¿Se dijo algo sobre mí?
—Te dije desde el principio que no quería que se mencionara tu nombre. Ya tengo bastantes problemas. ¿Te imaginas que me metiera en problemas con los mandos de la policía estadounidense y que me acusaran de poner en peligro la vida de un compañero?
Un freno repentino. Adriana se fue hacia adelante.
—Un poco de cuidado —agregó bruscamente.
—Lo siento, ¿estás bien?
—Estoy bien. El coche que robaste ayer, ¿dónde lo dejaste?
—Está cerca de la carretera, en un granero. Por suerte no quedó inutilizado en el choque y pude alejarlo de donde estaban tú y la pareja Gutiérrez.
—Bien. El robo no debería estar relacionado con este caso. Me encargaré de ello. Además, cuando llegue la balística, tendré que explicar cómo cayó en mis manos un arma así. ¿Es eso lo que llevan los policías en Estados Unidos?
—Esto no tiene nada que ver con el departamento. Es mío.
—¿Cómo lo pasaste de la seguridad del aeropuerto?
Jack no habló.
—Quiero que sepas que te agradezco inmensamente lo que hiciste, por salvarme. No puedo expresar con palabras lo que siento. Estoy eternamente agradecida. Eres mi héroe. Sin embargo, hay cosas que quiero preguntarte. Como, por ejemplo, ¿cómo sabías dónde estábamos metidos Pedro y yo? ¿Lo estabas viendo? Estabas rastreando el teléfono de Pedro de alguna manera.
—Sí —y bajó la cabeza en señal de arrepentimiento—. No me fiaba de él. ¿Qué esperas? Soy estadounidense... Así es como nosotros hemos aprendido a trabajar.
—Menos mal que lo hiciste. Gracias a Dios que me has salvado la vida. Muchas gracias —y le agarró la mano, que estaba en la palanca de cambios—. ¿Así que lo sabes todo sobre el caso?
—Sé bastante, pero no todo —y le apretó la mano con firmeza pero con ternura.
—Bien. Vas a ayudarme a encontrar a Mario, el sobrino de los Gutiérrez. Ahora es una cuestión de honor para mí. No he mencionado nada a nadie, ni siquiera al comandante. Nadie sabe de su participación. Lo que no sepas del caso, te lo explicaré. Creo que nuestra relación ha pasado a otro nivel. Creo que puedo confiar en ti para todo.
Jack no habló, sólo mantuvo los ojos en la carretera.
—Oh... Ahora lo recuerdo. Tengo que ir a la casa del vecino de Pedro. Cada vez que se iba a trabajar, dejaba su labrador para que lo cuidara ella durante unas horas. Estoy preocupada por el perro. Está acostumbrado a ver a su amo todas las tardes. Y La señora debe de estar desesperada, es una anciana jubilada. ¿Puedes dejarme allí?
—Claro que sí.





11 DE SEPTIEMBRE

Jorge Sanz estaba sentado en el sofá de cuero de la suite VIP. Era miércoles por la mañana. El equipo de fútbol del Barcelona no jugaba ningún partido ese día. Pero el presidente le había llamado para hablar de negocios. No había lugar más privado, tranquilo e ideal para mantener esas conversaciones.

—Marta, tengo que ir al banco. Me han dicho que hay un problema con mi caja de seguridad. Hazle compañía al señor Sanz mientras estoy fuera, ¿vale? —le preguntó.

—Bien, señor Maldonado. Quédese tranquilo. Cualquier cosa que el señor Jorge necesite, yo estaré aquí.

En cuanto el presidente del Barça se fue, Marta se dirigió a la mesita donde estaba sentado Jorge Sanz. Su forma de caminar era especialmente sexy y provocativa, al igual que su mirada.

—Siéntate, cariño...

—Gracias —y le sonrió socarronamente.

—Hice la mejor elección que pude después de escucharte y empecé a probar todas esas finas y raras bebidas alcohólicas...

—Te lo dije —y continuó sonriendo sensualmente.

—Ya sabes... La variedad es muy importante, especialmente en la vida de un hombre. Variedad en la comida, variedad en los viajes, variedad en las mujeres... Variedad en general. Me encanta que me traigan vodka un día, whisky al siguiente, bourbon al siguiente. Eso me satisface. Tenías toda la razón...

—Sé exactamente lo que quiere un hombre.

—Eso me gusta. Nos llevaremos bien, tú y yo —le dijo mientras le indicaba a su hombre de seguridad que saliera de la suite.

—Ya sabes...

—Dime, cariño.

—Sabes... Hace unos años, estaba trabajando para un magnate chino. Era un conocido coleccionista de arte... Pero también un coleccionista de raras bebidas alcohólicas.

—Yo también soy coleccionista de arte. Debes visitar mi casa alguna vez para admirar mi colección. Tantos meses, hemos tenido tantas conversaciones, pero... Aún no estamos cerca. Verás...

—Quizás algún día. Bueno, déjame continuar —y le acarició el pelo—. Como te decía, el chino tenía una pasión por las bebidas alcohólicas más escasas y raras del mundo.

—¿Qué quieres decir? Yo también bebo bebidas caras. ¿Cómo de caro... ¿Cómo coleccionable puede ser el alcohol? ¿Puede compararse con un cuadro?

—Sí, puede. Estoy hablando de botellas que cuestan unos cuantos millones de euros... Alcohol que ha estado madurando en barricas durante al menos 100 años, junto con hierbas. Me refiero a las bebidas más raras, las más deliciosas... Que sólo pueden obtener las personas más poderosas del planeta.

—Sigue... —le dijo Jorge, que estaba muy interesado en esta conversación.

—El magnate chino del que hablas compró los whiskies más coleccionables... Y se los bebió en una noche. Era una especie de ritual para él. Un juego espiritual, un juego que trasciende los límites de la física y se adentra en el reino de la metafísica.

Jorge había doblado su cuerpo hacia delante y había abierto los ojos, mirando impresionado a Marta.

—¿De qué dinero estamos hablando?

—La última botella que había bebido había sido la Mcallan M. La había comprado por casi dos millones de dólares.

—¿Cuánto? —preguntó Jorge sorprendido, mientras sostenía una taza de café que logró retener antes de que se le cayera de las manos.

—Dos millones de dólares.

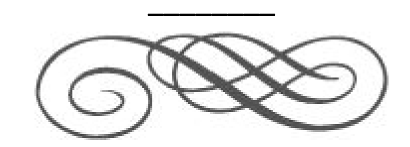
—¿Y consumió dos millones de dólares en una noche?

—Le pregunté exactamente lo mismo. Pero con la explicación que me dio, finalmente comprendí que era un hombre especial. Estos hombres tienen una mentalidad completamente diferente a la de los demás.

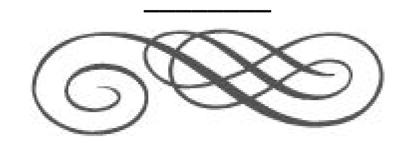
—¿Qué significa?

—Le había preguntado cómo se podía beber algo tan caro y valioso en una noche. Me había explicado que 99 de cada 100 coleccionistas guardan sus bebidas alcohólicas raras de por vida, y eso es un sacrilegio y un insulto a los creadores de tales obras de arte. Los cuadros están hechos para ser disfrutados mirándolos, mientras que las bebidas alcohólicas están hechas para ser bebidas. Además, él pensaba que estaba conquistando el “alma” de ese súper whisky en particular cada vez que lo bebía. Había señalado... *"No soy como los demás, soy raro. A estas alturas, la Mcallan M se ha convertido en una leyenda. Me bebí la última botella que había. Con él, me he convertido en una leyenda"*. Como te dije...Fue un rito de

paso espiritual para él. Realmente un hombre increíble. Gran mente y espíritu.
Jorge, que había quedado hipnotizado por la historia de Marta, dio el último sorbo a su café y dejó la taza bruscamente sobre la mesa.
—Quiero que encuentres algo coleccionable y raro para mí. Hay dinero. No sé nada de eso. Confío en ti.
—Se venden en subasta normalmente... Pero resulta que tengo un conocido que puede suministrarnos algo... En el mercado negro. He oído que han robado la botella más cara del mundo, la McRay W, a un empresario tailandés. Es lo más caro que se ha vendido en una subasta. Si aún no la han vendido a un magnate... Tendremos suerte. Por favor, quiero absoluta discreción. Esto es ilegal.
—No estoy en buenos términos con los polis, niña. No te preocupes. Me has tentado. Necesito que lo encuentres. Cualquier dinero que necesites, me lo pides. Date prisa, lo quiero ahora. Quiero sentir esa grandeza... Seré el único en beber el whisky más raro y caro del mundo. Y después de beberlo... Quiero que me des una noche mágica. Esa es la única condición que tengo.
—Me gustan los hombres poderosos. Después del McRay, me entregaré a ti en cuerpo y alma... Pero no quiero que el presidente sepa nada, por favor. Esto es un asunto privado. Además, en caso de que consiga encontrar ese raro whisky, podremos tenerlo en nuestras manos a finales de septiembre. Para hasta que tengamos el McRay te tendrás que conformar con uno más barato, el *Nemesis*.



DOCE HORAS DESPUÉS
Marta García estaba sentada en su cómodo pero viejo sofá gris, mirando fijamente su televisor, algo distraída.
Nunca había hecho nada ilegal. Por ello, se encontraba en un ligero estado de sobreexcitación. Sus emociones estaban mezcladas. Se sentía muy feliz por un lado, pero también bastante asustada por el otro. ¿Y si Jorge la incriminase y la entregase a la policía?
El timbre de la puerta sonó. Marta se levantó y corrió a abrir la puerta. Era Mario. Lo abrazó con mucha fuerza.
—Cariño, lo hicimos, lo convencí. Lo creyó todo. Tenías razón en cuanto a que estos coleccionistas fanfarrones creen en cualquier cuento de hadas que les cuentes. Se lo creyó todo.
—Te lo dije, te lo dije, Marta. ¿El idiota se lo creyó todo? Jajajajajaja... Nena sexy, cómo me excitas ahora —y trataba de besarla.
—Espera, cariño. Tenemos que hablar primero, analizar la situación —le decía y lo alejaba.
—No puedo parar, me has excitado. Haremos unos cuantos cientos de miles de euros. Quiero celebrar!



TRES HORAS DESPUÉS
Por mucho que Mario intentara convencer a Marta de que se acostara con él, no pudo. En ese momento estaban tumbados en la cama y analizando la situación:
—Te expliqué Marta, que era imposible robar la botella. El asiático tenía matones con él. Iban a matarme. Aunque consiguiera escapar de ellos, me buscaría la Interpol. Pero ahora, nadie nos perseguirá. Lo que se me ha ocurrido es una genialidad. Haremos una réplica de la botella.
—Pero, ¿por qué no me dijiste la verdad ayer, cuando te recogí en el aeropuerto, en lugar de decirme chorradas y asegurarme que la habías robado y escondido en una estatua de escayola barata, y que llegaría por mensajero desde China en los próximos días?
—Ahhh... ¿No entiendes que ayer estaba demasiado cansado y que no tenía ganas de explicarme? ¿No entiendes que lo que he pensado es mucho mejor? De ser buscado por robo, ahora soy un hombre completamente inocente.
Marta empezaba a relajarse y a aceptar lo que él le estaba explicando. Acababa de empezar a hablar como una gatita.
—¿Y estás seguro de que funcionará, Mario?
—Cien por cien, nena. ¿Lo que te dije que hicieras, no funcionó? ¿No se lo creyó? Estos fanfarrones, estos coleccionistas, se creen cualquier cosa. Les das un pequeño empujón al ego y los conviertes en tus esclavos. Tengo fotos de la botella real, tengo las dimensiones exactas. Mañana me reuniré con un cristalero para discutir los detalles. Ni siquiera lo haré de cristal, sólo de vidrio. Ese idiota Sanz, nunca lo sabrá. Te lo juro. Incluso pondré la firma de autenticidad. Confía en mí.
—Confío en ti, mi amor... ¡Nuestra nueva casa nos espera!



15 DE OCTUBRE, MIÉRCOLES

Mariposa, en cuanto vio a Adriana frente a ella empezó a ladrar de alegría y a mover la cola de un lado a otro. Corrió hacia ella y comenzaron los juegos.

—¿Cómo estás, mi alma? ¿Cómo estás, mi amor? —y le acarició el hocico.

El precioso labrador se levantó muy rápido y subió sus patas sobre ella con alegría. Pensó que estaba a punto de ver a su jefe. Normalmente, cuando veía a Adriana, veía a Pedro con ella.

—¿Cómo estuvo Mariposa ayer, señora Sonia? Me imagino que te haría pasar un mal rato.

—Mariposa estaba nerviosa Adriana. Pero con lo que le pasó a Pedro, es lo último que debería preocuparnos. No me importaría tenerla unos días más.

—La mantendré, no te preocupes. Incluso me hará compañía —le explicó y se inclinó para darle un beso a Mariposa—. Bueno, voy a recoger algunas cosas de la casa de Pedro y luego me voy. En esta tarjeta está mi número de teléfono. Para cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme. Sé que Pedro te estaba ayudando con las compras.

—Gracias. Espero que nuestro Pedro se recupere pronto. Eso es lo único que me importa —dijo mientras una lágrima caliente rodaba por su mejilla.

Jack, mientras tanto, estaba en el todoterreno que había alquilado. Estaba fumando y mirando el conjunto de apartamentos donde vivía Pedro. *Un poco inusual que un inspector se aloje en un inmueble tan caro.*

Adriana acababa de abrir la puerta marrón de la casa de Pedro. Mariposa irrumpió en la sala llena de emoción. Pensó que su jefe debía estar escondido en algún lugar. Subió la escalera interior y comenzó a buscar en las habitaciones. Empujó las puertas con el hocico para abrirlas, y se apresuró a entrar pensando que se encontraría con Pedro en una de ellas. Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano, por lo que comenzó a sollozar.

Adriana, al verla bajar lenta y tristemente las escaleras, también comenzó a llorar. Puede que ella y Pedro se hayan peleado mucho últimamente, pero en todos los años que habían trabajado juntos, habían pasado grandes momentos. Era su mentor y siempre la apoyaba.

La policía española que había visitado la casa para coger algo de ropa por si su compañero despertaba del coma, al salir por la puerta de salida, se fijó en un USB azul que estaba descuidada en la mesa de centro del salón. Adriana sabía que Pedro no se sentía nada cómodo con la tecnología y que el único pendrive que poseía, había sido un regalo de ella, y era de color negro azabache. De hecho, se había burlado varias veces de él por eso, que nunca había comprado un pendrive, nunca.

Dio dos pasos, sujetando a Mariposa por la correa, y cogió el USB, metiéndolo en el bolsillo delantero derecho de sus ajustados vaqueros.

El soldado estadounidense la vio venir desde la distancia, junto con el labrador blanco, y entrecerró los ojos. Lentamente, pero con seguridad, estaba empezando a sentir cosas por ella. Salió del coche para ayudar a Adriana a colocar a Mariposa en los asientos traseros. Fue fácil. El perrito era muy obediente después de todo.

—¡Qué belleza es esa! —dijo Jack y la acarició.

—Es una loca —y la besó.

—Te llevo a casa, supongo.

—Sí, Jack.

—¿Quieres que te haga compaña?

—Hoy no puedo. Me quedaré en casa un rato y luego me pasaré por el hospital para ver cómo está Pedro. Me llevo a Mariposa porque tengo que llevarla a un hotel para perros. No quería pedírselo a su vecino. Quiero trabajar en el caso esta noche.

—Si quieres, puedo ayudarte con el caso.

—Gracias, pero necesito un tiempo a solas. Me interesa encontrar a Mario, averiguar quién lo incitó a matar a Jorge Sanz. Probablemente sea la misma persona o personas que asesinaron a Howard Bold.

—No sé si te has enterado, pero también han asesinado a Mister Bamboo.

—¿Quién?

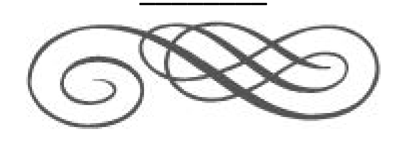
—El Señor Bambú, el propietario de la famosa empresa de muebles.

—Oh, sí, lo conozco. ¿Cuándo?

—Lo leí en el periódico anoche. No te lo he dicho esta mañana porque no quería agobiarte con más información. Parecías bastante estresada. Pero ahora pareces mucho más tranquila. Los periodistas sugieren similitudes con las muertes de Howard Bold y Jorge Sanz. La policía finlandesa aún no ha dicho nada. Esperarán el dictamen de los expertos forenses.

—Este es un suceso terrible. Debo contactar con los finlandeses a toda costa. Estoy segura de que todo está conectado. Me hablaste de las similitudes. ¿Sangrado gástrico y él?

—Exactamente.
—¿También estaba involucrado en el comercio de armas?
—No creo que sus asesinatos tengan nada que ver con el tráfico de armas. Algo más está sucediendo. De todos modos, ¿no crees que es mejor que vaya a tu casa esta noche y analice el caso? Hay química entre nosotros —y le guiñó un ojo.
—Jack. Necesito mi espacio esta noche. Lo siento.
—Vale, lo entiendo.
—Por favor, no intentes rastrear mi teléfono móvil. Aunque me has salvado la vida, no lo hagas más, y no te voy a acusar, pero sabes que fue algo malo lo que hiciste, acosarnos.
—Solo estaba vigilando a Pedro, te lo dije. Y resultó ser apropiado —explicaba, levantando la voz.
Mariposa les interrumpió ladrando con fuerza.
—¿Qué te pasa, mi amor? —le preguntó Adriana con ternura y la estrechó entre sus brazos.



20:04
La inspectora había vuelto del hospital hacía unos minutos. Se sentía muy, muy afortunada de estar viva y en buen estado. Ella le debía su vida a Jack. Sin embargo, estaba bastante disgustada por Pedro, que todavía estaba en coma.
Abrió la nevera para ver si había algo de comer. No había mucho. Sólo un yogur que caducaría hoy y algunas verduras. Tenía mucha hambre. Tuvo que pedir algo afuera. Generalmente cuidaba su dieta, pero esta noche quería comer algo que engordara. Algo que la hiciera estallar. Sí, una pizza sería perfecta. Con mucho jamón, tocino y requesón.
Tras pedirla a través de una aplicación móvil, metió las manos, inconscientemente, en los bolsillos de sus vaqueros. Encontró algo con su mano derecha. Lo sacó. Era el USB azul que había encontrado en la casa de Pedro. Lo había olvidado por completo. No esperaba encontrar nada significativo en él, por supuesto, sólo tenía curiosidad por ver qué contenía.
Se preguntaba si debía entrar ahora para ducharse o después de cenar. Finalmente decidió lavarse más tarde.
Su ordenador estaba encendido. Conectó el USB. Vídeo de apertura 1... sí. ¿Qué es eso?
Un logotipo llenó la pantalla, con la leyenda "Pájaros Negros". Adriana ya había visto esto en alguna parte. Se devanó los sesos para recordar. *Sí, sí... son esos detectives privados de Madrid, los sesentones que llevan siempre ropa de negro. Los dos hermanos. Se rumorea que eran antiguos espías. ¿Por qué Pedro los contrató?*
El logotipo desapareció después de siete segundos. Había un texto escrito que venía de arriba y bajaba. Como los subtítulos de una película. El fondo era negro, las letras eran blancas. En este texto se hacía referencia al colega y compañero de estudios del padre del forense Andrés, el profesor ruso de la Universidad de Moscú, Vladimir Asimov. Los *Pájaros Negros* explicaban que no había pruebas de que Asimov trabajara nunca para el KGB, a pesar de que su tesis doctoral y su posterior carrera científica se dedicaron exclusivamente a la toxicología. Llevaba cuatro años muerto.
Vídeo de apertura número dos. De nuevo el mismo logotipo. Entonces apareció una imagen de Jack en la pantalla. Junto a su foto había comentarios escritos. El vídeo tenía la forma de una presentación profesional. Adriana se quedó con la boca abierta. Los segundos pasaron de forma insoportable. Las fotos originales mostraban al soldado estadounidense en el aeropuerto de Barcelona. Los comentarios a la derecha de las fotos también mencionaban el nombre italiano falso con el que había viajado a Francia. *Me había dicho que se iba a Estados Unidos por un problema de salud de su padre, el impostor. ¿Cómo he podido caer en eso?* Más fotos, muchas fotos. Mostraron que había visitado la comisaría de Créteil y que había salido de ella con una bella detective francesa de color llamada Josephine... *Es su novia, ¿qué demonios? ¿Con quién me he metido en problemas?* Las siguientes imágenes les mostraban entrando en el Hotel Four Seasons. Los comentarios explican que han estado allí durante siete minutos. Luego mostró a Jack saliendo de la entrada principal con un montón de gente. Se había dado la alarma en el hotel. Ahora estaba de pie en la acera de enfrente, junto con una mujer rubia que llevaba un mono rosa. ¿Qué demonios estaba pasando? Los comentarios decían que era Natalie Mason, una ciudadana canadiense. Entonces las fotos mostraban a Jack, la rubia y la mujer de color, juntos. Estaban entrando en un coche.
Adriana no podía entender qué hacía Jack con esas mujeres. El timbre de la puerta sonó. Su pedido había llegado, una pizza especial. ¿Lo trajeron tan rápido? Pulsó el botón para congelar la imagen y fue a recogerla.
Volvió y se sentó en su silla. Abrió la caja y tomó un trozo. Era una pizza caliente. Pero le gustaba demasiado, tenía mucha hambre. Presionó el juego con sus dedos grasientos. *Algún tipo de caso policial será. ¿Quién sabe? No debo pensar siempre en el mal. Sus superiores probablemente lo enviaron.* Dio un gran mordisco. Se le cayó un trozo de tocino. Lo recogería más tarde, no tenía tiempo para eso ahora. Estaba completamente absorta en lo que estaba viendo.
Ahora estaba mirando las fotos que mostraban el coche en el que se había subido Jack con las dos mujeres conduciendo por una autopista. Luego entraron en una casa. Era propiedad de la policía francesa. La mujer salió después de unos minutos mientras Jack y la rubia de rosa se quedaron en la casa. *¿Es su novia? ¿Se burló de mí? Ojalá que tenga que ver con un asunto policial y no que sea su novia*.

Las fotos posteriores mostraban a Jack y la rubia saliendo de la casa, poco después de que la policía francesa llegara. Los comentarios decían que habían estado allí durante casi 10 horas. Era obvio que era de noche. Sus rostros no eran claramente visibles. Eran fotografías tomadas de noche. Todas las fotos posteriores los mostraban corriendo y entrando en el hotel *des Lices.*
Inmediatamente después, el vídeo terminó con esa nota:
Si quiere conocer el resto de la historia, tendrá que pagarnos 20.000 euros más. Los países a los que teníamos que viajar acabaron siendo más de uno, por lo que el importe original no nos cubría los gastos. Hay personas muy importantes involucradas. Debo informarle que la mujer policía francesa fue encontrada salvajemente golpeada en su casa, probablemente golpeada por Jack Malone y la mujer rubia. Hace unos minutos, justo antes de terminar este vídeo, hemos sabido que Josephine Gauthier ha fallecido. Había estado hospitalizada durante varios días a causa de la paliza. Nos pagas 20.000 euros más y te enviamos el segundo vídeo. Utilice el mismo método de pago.
Adriana se quedó con la boca abierta. La nueva información era demasiado. Tenía que poner todos los datos nuevos en una fila. En primer lugar, se quedó atónita ante la conspiración de Pedro. Había contratado a los Pájaros Negros. Había pagado un montón de dinero para vigilar a Jack y no le habí.a dicho nada. *Buen compañero,* pensó irónicamente. Además... Incluso le había ocultado que estaba investigando la vida de Asimov. Adriana había insistido desde el primer momento en que comenzaran la investigación allí, pero Pedro se negó obstinadamente. La había convencido de dejarlo para el final.
En segundo lugar, Jack. Además de mentirle en todo... ¿Era un asesino? ¿Era un monstruo después de todo? Justo cuando Adriana pensaba que había encontrado un hombre con el que entablar una relación seria, de repente descubre que estaba haciendo el amor con un asesino... No la salvó de las garras de los Gutiérrez porque estuviera interesado en ella, sino porque quería utilizarla. Al igual que utilizó a la detective francesa. ¿Tuvo Jack algo que ver con los asesinatos de Jorge y Bold? ¿Y el asesinato del finlandés? Ha estado fuera de España estos días. ¿El segundo vídeo revelaría su participación?
Adriana Había dejado de comer pizza hace unos minutos. Había perdido su apetito. Sólo había comido dos rebanadas hasta ahora. Miró el móvil que tenía a su lado. *Maldición... Si Jack estaba observando a Pedro, es muy probable que me observara a mí también. ¿Y si tiene mi ordenador manipulado? Concéntrate, Adriana. Si me viera leyendo esas cosas sobre él, vendría a por mí. Me tengo que ir. Primero tengo que encontrar 20.000 euros para dárselos a los Pájaros Negros para que me den la USB. Hay algo muy serio detrás de esto. Tengo que averiguarlo. Maldita sea, pero no puedo involucrar a la policía, mis colegas. Sería más fácil con una orden judicial. ¿Pero qué puedo decirles? Ya sabes... después de todo, me estaba tirando al americano... y después de todo, lo que pasó con el Gutiérrez tuvo algo que ver con Jorge Sanz... e incluso oculté el hecho de que el veneno era una creación soviética... Estoy en la mierda.*
Sus pensamientos fueron interrumpidos por un mensaje que llegó a su unidad. Era él... Era Jack.
Tomando el móvil en sus manos Adriana lo miró con horror. No podía ser una coincidencia que le enviara el mensaje en ese preciso momento. Maldita sea, me está vigilando.
El mensaje decía:
"Cariño, hace un rato se publicó una noticia en el Washington Post y en Mañana. Mis instintos eran correctos. Una organización terrorista neonazi está detrás. Se llaman a sí mismos los Caballeros Blancos. Lee el artículo y lo entenderás. Te envío el enlace. Te echo de menos".
Adriana no estaba de humor en ese momento para leer la proclama de los **Caballeros Blancos**. A estas alturas estaba segura de que Jack la estaba observando a través de su ordenador y que, de alguna manera, iba a matarla. Además, ya no confiaba en sus palabras. No se creyó nada en absoluto. El problema ya no eran los supuestos neonazis... Sino Jack. ¿Estaba, después de todo, detrás de todos los asesinatos? ¿Fue parte de una conspiración internacional?
Se puso rápidamente los zapatos, se llevó la caja de pizza y salió de la casa. Pero volvió rápidamente. Había olvidado la USB. Después de recogerla, se fue de nuevo. Se subió a su coche apresuradamente y se marchó. Pasaría por delante de la casa de su colega sordo. Era el único en el que confiaba por el momento.
En trece minutos estaba allí. Ella no le había avisado antes. Llamó insistentemente al timbre de su casa. Después de un momento le abrió. La miró sorprendido. La invitó a entrar.
Cuando la española entró, vio a un tipo de pelo castaño muy largo y barba larguísima sentado frente a una enorme pantalla, jugando a un videojuego. Estaba tan absorto que no escuchó las buenas tardes que le dijo la inspectora.
—Tienes que irte —le pidió en lenguaje de signos el policía sordo—. Es una colega mía, estaremos ocupados.
Cabreado, el hombre de pelo largo y gruesas gafas de miope empezó a hacer movimientos muy bruscos con las manos. Le decía que acababa de cruzar la última pista y que no se iría hasta que terminara el juego. Adriana observó incómoda la escena.
—Vamos a la cocina a hablar —le dijo a Roberto.
—Bien, hermosa. Vamos...
Al llegar a la cocina, Roberto le ofreció una silla para que se sentara y sacó dos cervezas frías de la nevera.
—Parece que necesitas una cerveza Adriana. No te ves muy bien. ¿Qué ha pasado? Dímelo.

—Definitivamente necesitamos hackear un ordenador. ¿Puedes hacerlo?
—¿Es ilegal lo que tengo que hacer?
—Sí, desgraciadamente lo es.
—Me has dado la respuesta correcta. Recuerdo mi juventud cuando estaba en el mundo ilegal. Desde que me pusiste a trabajar para la policía, he perdido mi talento. Ya es hora de que lo recupere —y se rió—. ¿Cuál es el objetivo?
—Dos detectives privados de Madrid. Se llaman ***pájaros negros***.
—¿Tienen correo electrónico?
—No lo sé.
—¿Son de fiar? ¿Tienen una empresa?
—Sí, tienen una empresa. Sin embargo, quizás hagan negocios ilegales.
—Eso no me importa. Me importa si tienen una empresa. Si su negocio es legítimo, entonces tendrá una presencia en línea. Así podré recibir su correo electrónico...
Mientras hablaba, tecleaba a gran velocidad. En medio minuto dijo:
—Ya está, lo encontré. El siguiente paso es que hagan clic en el enlace que les enviaré. Así que una vez que hagan clic, entraré en su ordenador. ¿Qué edad tienen estos detectives?
—Unos sesenta años.
—De acuerdo. Analfabetos tecnológicos. Será pan comido. Ahora sólo queda encontrar algo que les interese lo suficiente como para hacer clic en el enlace. ¿Qué podría motivarles a dos personas de 60 años?
—Yo no empezaría por la edad. Yo empezaría con el título de su negocio... Pájaros negros. Estos investigadores no eligen los nombres al azar; seguro que les gustan las aves, sobre todo las rapaces. Las aves negras más típicas son los halcones y las águilas. ¿Verdad?
—Sí. Pensaba que las bellezas no tenían sesos. Eres inteligente después de todo —le dijo con su humor cáustico. Había conseguido animarla un poco—. Mira y aprende, chica. El correo electrónico está listo. Escribí que soy un entrenador de halcones y que alguien robó mi halcón favorito. También les proporcioné un vídeo de mi rapaz para que puedan ver la distintiva mancha marrón de su cabeza, para que la identifiquen en caso de que la encuentren.
—¿El vídeo donde lo encontraste?
—Mientras hablamos, ¿qué estoy haciendo? Ya he descargado este vídeo de youtube. Acércate. ¿Ves el halcón con el punto marrón?
—Eres I-NCRE-I-BLE.
—Quiero un beso.
Adriana se inclinó y le dio un cálido beso en la mejilla.
—Lo envié. Ahora esperaremos a que lo abran. Espero que no sospechen que se trata de pesca electrónica. Es una historia tan original la que escribí para ellos que es imposible que se le haya ocurrido a un estafador. ¿Quieres otra cerveza? Ya la bebiste toda.
—Sí, por favor... Una más estaría bien.
Cuando se levantó para coger una segunda cerveza de la nevera, los pájaros negros ya habían hecho clic en el enlace que les habían enviado por correo electrónico.
—¡Hicieron clic... Hicieron clic! Dame otro beso. Eso es todo. Entonces, ¿qué quieres que busquemos?
—Es un archivo de Pedro. Si tiene su nombre, debería ser fácil de encontrar.
—Adriana, quiero ser honesto. No me molesta lo que pasó con Pedro. Se ha burlado de mí demasiadas veces. No siento nada por él. Espero que se recupere y se convierta en una mejor persona. Eso es todo.
Adriana no habló.
—Bueno, cariño, en todos los registros han dado nombres a animales o insectos. Mira... “*Tigre, mosquito, conejo, mariposa.*”
—Mariposa. Eso... Busca eso.
—Tiene dos archivos con el mismo nombre.
—Los dos. Cópialos.
—Hecho. Son archivos pequeños. ¿Quieres verlos juntos?
—Hazme un favor. Necesito verlos a solas. Créeme, no necesitas verlos.
—Bien, voy a entrar a ver cómo está mi mejor amigo.
—Te lo debo de por vida. Gracias.
—10 euros por las cervezas y ya está.
—¡Jajajajajajajaja!
Adriana abrió el primer archivo, pero contenía el mismo vídeo que ya había visto. Lo cerró rápidamente y abrió el segundo...
Esto es todo. Ahora veremos en qué se ha metido Jack.



16 DE OCTUBRE

Era ya la una de la medianoche. Eurídice dormía con Pano en la misma habitación. Sin embargo, escuchó un ruido que la despertó. Levantó la cabeza para ver qué pasaba. Era Demóstenes. Las últimas noches se levantaba a menudo y se sentaba en el salón durante horas.

Ella también se levantó. Quería acompañarlo un rato, para saber por qué estaba tan inquieto.

Lo encontró sentado con un vaso lleno de whisky. Las luces estaban apagadas. Sólo una vela ofrecía desinteresadamente su luz a la sala.

—Señor Demóstenes, ¿puedo acompañarlo?

—¿Qué pasa, hija mía? ¿No puedes dormir?

—Es usted quien me preocupa. Todas las noches viene y se sienta aquí solo, bebiendo... Y bebiendo.

Demóstenes estalló:

—Sabéis que nunca os he preocupado a ninguno de vosotros y que siempre lo presento todo idealmente y lo guardo todo dentro. Pero esta vez, tengo esta sensación, tengo este peso. Por eso me ves sentado por la noche y bebiendo. No sería correcto decirle a Pano estas cosas, no quiero cargarlo con pensamientos negativos. Pero es a ti a quien tengo que decírselo. Ten cuidado hija mía. Cuida de Pano.

—Me asusta esto que dice usted...

—No quiero asustarte. Sólo quiero que tengas los ojos y los oídos abiertos.

—Lo haré, no se preocupe. Todo va a estar bien. Ya que es una de las pocas veces que podemos sentarnos a solas y hablar, ¿puedo hacerle algunas preguntas? Siempre he querido hacerlo, pero nunca había tenido la oportunidad.

—Cualquier cosa que quieras preguntarme —y tomó un sorbo del whisky que tenía en la mano.

—Me parece extraño que un hombre como Jack sea el enlace entre nosotros y los Estados Unidos. Parece un tipo muy agradable. Esperaba a alguien... cómo explicarlo, un hombre malo sin sentimientos. ¿Los militares son así, tan humanos? Me parece extraño.

—Sí, Jack es un buen hombre. Yo exigí, que fuera nuestro enlace a través de Doko. Los americanos no pudieron negarse. Necesitan la habilidad del naviero... Al menos por el momento. Jack es un buen hombre, pero sólo nosotros lo sabemos. Su imagen en el ejército estadounidense es muy diferente. Cuando tenía que tomar decisiones difíciles, las tomó. Confían en él, en el ejército... Ha demostrado su patriotismo. No creas que es sólo lo que has visto. El General también confía mucho en Jack.

—¿Quién es el General?

—El Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, hija.

—Ya entiendo... Pero tengo más preguntas. ¿Cómo es que no nos alojamos en alguna casa de seguridad del servicio secreto... La CIA tal vez? Esperaba que tuviéramos varios agentes protegiéndonos, que hubiera una organización diferente.

—Chica, la realidad es que las agencias estatales no están tan bien organizadas. Por el contrario, cometen demasiados errores. ¿Cuántas veces se ha fugado información confidencial en los últimos años? Si los Servicios funcionaran bajo la organización absoluta a la que te refieres... ¿Se enfrentarían a estos problemas? ¡No! Muchas veces, no sólo se equivocan, sino que cometen errores infantiles. ¿Sabes usted que la CIA, la NSA y el FBI no se llevan bien entre sí la mayor parte del tiempo? Imagina que les hubieran asignado nuestra protección. En este momento, las únicas personas que conocen el acuerdo secreto y saben que estáis vivos, son sólo seis. El Jefe de las Fuerzas Armadas de EEUU, el Jefe de la Marina de guerra de EEUU, el Presidente de los Estados Unidos, el Secretario de Defensa, un fiscal y Jack Cooney. Los científicos que participan en la construcción del arma no conocen más que sus detalles técnicos. Ni quién es su creador, ni qué participación tuvimos en el caso.

—¿Los políticos o militares griegos no lo saben?

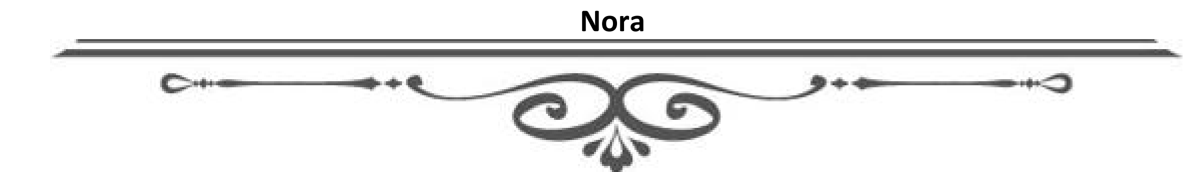
—Los griegos sabían cosas antes del "accidente" de Pano. Después del accidente, no se les dio ninguna información adicional. No saben que Pano está vivo. Eso es porque pensé que eran ellos los que lo traicionaron... Que estaba escondido en la Patagonia. ¿Quién más podría haberlo revelado? Tampoco tienen ya nada que ver con la construcción del superarma. Están fuera del programa de construcción conjunta con los Estados Unidos.

—¿Y Doko?

—No creas que Doko aceptó el trato porque pensó que Pano le había salvado la vida. Eso fue una excusa. En realidad, pensó que si no aceptaba el trato, tarde o temprano le pasaría algo malo. Él, estaba asustado. Ya no hablábamos de gente del hampa, sino de organismos gubernamentales. ¿Es fácil que alguien rechace a los estadounidenses? Sabía que si no aceptaba el trato, yo dejaría de lado las galanterías y las falsas amistades... Y que reaccionaría de otra manera. Sabía quién era yo... Y créeme, haría cualquier cosa por vosotros.

—Dice que nadie lo sabe excepto los americanos. ¿Pero los rescatadores argentinos? ¿El médico y las enfermeras de rehabilitación de Gstaad? ¿No nos han visto?
—Los rescatadores no eran argentinos. Eran estadounidenses, que recibieron el permiso del Estado argentino para llevar a cabo una investigación secreta que implicaba a uno de sus propios ciudadanos. Los argentinos no podían negarse. Además, estos rescatadores estadounidenses no sabían a quién buscaban ni a quién rescataron finalmente. Sólo seguían órdenes. No les importaba su identidad. La operación fue coordinada por el General. En cuanto al médico de Gstaad... Con tu pelo negro, tus ojos negros y tu nueva identidad, estabas irreconocible. Además, nadie pudo identificar a Pano después del accidente. Por favor, vuélve a teñirte de negro y deja de usar esos tintes claros.
—Bien, Señor Demos. Algo más que preguntarle. ¿No es extraño que el Jefe del Ejército estadounidense se involucre personalmente en estos casos? —le preguntó.
—No es extraño porque tú no conoces el poder de la súperarma de Doko. Si conocieras la magnitud de este invento, no te parecería nada extraño. Este arma se ha convertido en un asunto personal del General. No puedes entender cómo piensa esta gente. Toda su vida es la guerra y las armas. Y créanme, son los militares los que dirigen los países. Los primeros ministros y los presidentes, son herramientas decorativas. Hay una falta de democracia en todas partes —respondió.
—Triste.
—Yo también tuve que llegar a esa edad para entender lo triste que es todo esto. Tienes razón, mi pequeña, eres un alma buena, pero no todo el mundo es como tú.
—¿Puedo hacerle una última pregunta?
—¿Por qué la última? Me gusta hablar contigo, es bueno para mí. Nunca te has abierto a mí antes. Dime, ¿qué quieres saber?
—Por favor, necesito saber dónde están Xenia y Bobby. ¿Están bien? Se lo he preguntado muchas veces.
—No, no necesitas saber dónde están. Te lo negaré sin importar cuántas veces me lo pidas. En cuanto a si están bien... Los tres están bien, te lo aseguro. Ten paciencia, al final os juntaréis. Pero ahora mismo, estamos en la parte más peligrosa del caso.
—¿Ha hecho usted cosas malas antes?
—Sí, hija mía, y lo siento. Por eso muchos de nosotros nos hemos dedicado ahora a la vida monástica. Tratando de encontrar a Dios.
—¿Antígona?
—No importa, hija. No cargues a tu pequeña alma con esto. Como te dije, mantén los ojos abiertos. El whisky me ha dado sueño. Me voy con mi mujercita. Buenas noches Eurídice.





16 DE OCTUBRE, AL MEDIODÍA

Eurídice vagaba por el centro de Edimburgo, tratando de encontrar una tienda de instrumentos musicales, y más concretamente, una guitarra para comprar a Pano. Ella no le había dicho nada, quería darle una gran sorpresa. En los últimos días se había encontrado a sí mismo. No rechazaría un regalo así. Y Eurídice, además, quería oírle cantar de nuevo. Tras un largo paseo, al otro lado de la calle vio una magnífica vitrina llena de guitarras acústicas, clásicas y eléctricas. Entró llena de emoción.

—Hola —saludó al vendedor con su acento inglés entrecortado.

—Hola —respondió. Él seguía hablándole y preguntándole algo, pero Eurídice era incapaz de entender lo que decía. Su acento era demasiado escocés.

—Lo siento, no puedo entender lo que estás tratando de decirme. No hablo muy bien el inglés.

El vendedor seguía haciéndole preguntas. Habló más despacio y con más claridad. Eurídice seguía sin entender.

Una chica de pelo castaño recogido en un moño, que acababa de entrar por la puerta de la tienda, comprendió inmediatamente lo que estaba pasando. Se ofreció a ayudar a Eurídice.

—Te pregunta si quieres comprar una guitarra o un piano —le explicó en inglés.

Tampoco era inglesa ni escocesa, pero había conseguido entender lo que le preguntaba el vendedor escocés de extraño acento.

—Ahhhh... Muchas gracias por la "traducción". Jajaja... Lo siento, pero no he entendido nada. Estoy buscando comprar una guitarra acústica.

—Jajaja... Me disculpo por mi acento. Ni siquiera los escoceses me entienden, jajaja.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Eurídice a la chica con el pelo castaño, con tono jocoso.

—Jajaja, se disculpó por su acento. Dice que ni siquiera sus compatriotas lo entienden.

—Ahhhh, jajaja. Le disculpo. El escocés del pelo naranja la condujo a la zona donde estaban agrupadas todas las guitarras.

—Ven por aquí —le hizo un gesto con las manos.

—¿Está bien si voy contigo? Yo también estoy aquí por la acústica —la joven que hacía de traductora preguntó a Eurídice.

—¿Lo preguntas? Es un placer. Incluso puedes ayudarme a elegir una buena guitarra. No sé nada al respecto. La quiero como regalo.

—Yo misma no sé mucho, soy principiante. He decidido ahora, a los 27 años, empezar a aprender. Oh, aquí a la derecha. Ésta debe ser buena, está hecha de caoba, abeto y ébano.

—Sí, es una de las mejores guitarras que tenemos —dijo el escocés—. Su sonido es pleno, cálido y profundo. ¿Alguna de vosotras quiere probarla?

—¿Entiendes lo que te ha preguntado?

—Confieso que no.

—Nos pregunta si queremos probar la guitarra.

—Eh... No, no sé tocar. La compraré. Estoy convencida de que es buena.

—Cuesta mil cuatrocientos euros. No hay manera de que no sea buena... Jaja.

—Eso espero —agregó con humor Eurídice, que no tenía problemas con las limitaciones financieras. El tío de Pano le había dejado un legado de decenas de millones de dólares. Mientras que en el momento en que era buscada por las autoridades estadounidenses, todas sus cuentas bancarias habían sido bloqueadas, tras el acuerdo, todo el patrimonio de su tío le fue transferido. Pero no a Pano Dale, sino al canadiense Rob Blake. Por eso, aunque a Eurídice no le importaba mucho el dinero ni las cosas caras... en lo que respecta a su Pano, quería darle lo mejor. Y esa guitarra en particular, era realmente una guitarra increíble y cara. Sus facturas eran gestionadas por ella. Tenía plena confianza en Pano.

—Buena suerte con la guitarra —deseó el escocés.

—Gracias —respondió muy alegremente y se giró para mirar a su nueva amiga-. ¿Ves? Entendí lo que me dijo.

— Jajaja... Me alegro.

—Oye, ¿no vas a comprar algo?

—A decir verdad, aquí hay guitarras muy caras. No lo sabía. No te preocupes. Compraré alguna usada en Internet. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vamos a tomar un café?

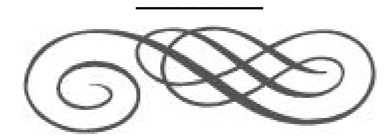
—Oye... No te conozco en absoluto. ¿Vives aquí permanentemente?

—Estoy aquí por unos días. Mi novio empezó su tesis doctoral en la Universidad de Edimburgo el mes pasado, y vine a visitarlo. Soy de Portugal y llegué ayer a Escocia...

—Te diré algo, me encantaría ir a tomar un café, pero tengo algunos asuntos. ¿Tienes un número de teléfono que puedas darme, para que podamos encontrarnos en los próximos días?

—Sí, anótalo. Acabo de recibir este número de teléfono esta mañana. Serás la primera en llamarme. ¿Quieres darme el

tuyo?
—Estoy teniendo algunos problemas con mi teléfono móvil. Te llamaré luego. Bueno, ha sido un placer.
—¿Cómo te llamas? Soy Nora.
—Sophie Anrie, ¡mucho gusto! Mientras Eurídice se estaba alejando, la mujer de pelo castaño oscuro sacó del bolsillo su teléfono móvil, que acababa de comprar... Hacía una hora, e hizo una llamada a algún sitio.
—Comandante.
—¿Quién es?
—Es Adriana. Llamo desde un número desconocido, porque he perdido mi móvil.
—¿Dónde estás? Te he estado llamando desde la maldita mañana. ¿Por qué no me avisaste? ¿Qué número es este? ¿Estás en el extranjero?
—Te pongo al día ahora. Necesito unos días de descanso. Después de todo, tenías razón. Lo que pasó con Pedro... Y lo que pasé yo, me afectó mucho. Pensé que me olvidaría de ello, pero me di cuenta de que necesito un poco de paz y tranquilidad. El caso del asesinato de Sanz empieza a desvelarse. ¿Has leído el manifiesto neonazi?
—Sí, por eso te he llamado quinientas veces esta mañana. Este caso se nos está escapando. Va a la Interpol. Cuando vuelvas, te coordinarás con ellos y les darás la información que necesiten sobre el caso.
—Bien... Entonces soy libre de disfrutar de mi permiso. Cuando vuelva, me dedicaré a desenmascarar la red de contrabando. *Quiero encontrar a ese cabrón de Mario*, pensaba.
—Muy bien, descansa un poco. Quiero que vuelvas fresca y hambrienta.
¿Fresca? No he dormido nada... y tengo muchas cosas que hacer en los próximos días. Tengo que vigilar la casa de esa chica. Volveré a Barcelona agotada. ¿Interpol? ¿Cómo se complicaron las cosas? Pensé que había encontrado a mi hombre. Resultó ser una mentira. Nunca me pasa nada bueno. Nunca...



EURÍDICE ABRIÓ LA PUERTA negra de la casa donde ella y los demás se alojaban. Encontró a Antígona y Demóstenes sentados en la sala de estar. Pano estaba en el patio, saboreando su cigarrillo. El cielo estaba lleno de nubes grises.
—Pano, ven adentro por favor. Quiero decirte algo...
—Ni siquiera me has saludado. ¿Qué es tan importante para que tenga que ir con tanta prisa?
—¡Sorpresa!
—¿Sorpresa? ¿Has traído un cachorro?
—Verás...
—Vale...
Pano, al ver el estuche de cuero negro, que obviamente escondía una guitarra, se volvió loco de alegría. Abrió la boca y los ojos de par en par.
Eurídice la había colocado en el centro del salón, sobre una pequeña mesa, en posición horizontal. Él la tomó en sus manos, abrió la cremallera del estuche y la sacó. La levantó y la miró con admiración, alegría y expectación. La sostuvo como un trofeo.
—¿Te gusta, mi amor? —le preguntó Eurídice.
—No hay palabras... No hay palabras —respondió Pano, que no podía ocultar su emoción—. ¿Cómo has sabido elegir una guitarra tan bonita? Cariño, este es el mejor regalo que me han hecho. Te quiero mucho, mucho. ¡Te quiero, joder!
Después de que Eurídice le diera un beso húmedo, Pano volvió a tomar la palabra.
—Bueno. Guarda un poco de silencio porque tengo que hacer un anuncio. Simplemente se me ocurrió. No creo que pueda haber un momento mejor... —dijo con voz temblorosa por el nerviosismo, respiró profundamente y continuó hablando mientras Eurídice lo miraba con agonía—. Eurídice... —y se acercó a ella, tomando su mano derecha con ambas—. ¿Quieres ser mi esposa?
Eurídice se había quedado quieta. Esos segundos le parecieron una eternidad a Pano.
—Síííííííííííí... Quierooooooooo —le contestó chillando, se echó encima de él y empezó a besarlo.
Antígona, que tenía las palmas en la boca, no podía creerlo. Después de tanta amargura, por fin había llegado un momento bueno y feliz. Por fin. Demóstenes se levantó y fue a abrazar a la pareja. Sus ojos brillaban de alegría.
—Sé que no crees en dioses y que no tienes religión, mi Eurídice. Demóstenes y Antígona nos casarán, en una ceremonia propia, mañana, con nuestras propias palabras y nuestros propios rituales. Ahora somos una familia... Os quiero a todos.



JACK ACABABA DE ENCENDER su vigésimo cigarrillo del día y aún era mediodía. Estaba muy preocupado porque Adriana no le había devuelto las llamadas desde la mañana. Se levantó de la silla en la que estaba sentado e intentó llamarla de nuevo, sosteniendo el pitillo entre los dedos. No había respuesta.

Me pregunto qué pudo haber pasado. ¿Podría ser que estuviera aburrida de mí y no quisiera verme? ¿Se enfadó porque le dije que tenía el teléfono de Pedro pinchado? Al principio no parecía estar enfadada por ello, pero tal vez se lo pensó mejor y podría haberla molestado.

Mientras estos pensamientos daban vueltas en su cabeza, le llegó un correo electrónico. Se acercó el teléfono a la cara y volvió a sentarse. Era de Adriana, el correo electrónico. Estaba ansioso por ver qué decía.

"Jack, ¿qué estás haciendo, cariño? No encuentro mi móvil desde anoche y no he podido ponerme en contacto contigo de ninguna otra manera ya que no recuerdo tu número de teléfono. Por suerte me acordé de tu dirección de correo electrónico, a través de la cual te ponías en contacto con Pedro antes de venir a Barcelona. He salido esta mañana para Madrid, voy a intentar encontrar al sobrino Gutiérrez. Era miembro de la banda de los Maras y algo me dice que se ha refugiado aquí. El jefe de mi departamento no lo sabe, y la Policía Nacional tampoco. Estoy aquí de forma totalmente extraoficial. No te informé, no quería que estuvieras en peligro. Volveré en unos días, por favor no intentes encontrarme. Tampoco intentes ponerte en contacto conmigo, no responderé a tus correos electrónicos. Estoy completamente centrada en encontrar a Mario Gutiérrez, y no dejaré que nada me haga desviarme de mi objetivo. Te beso dulcemente, todo el tiempo pensando en ti".

Jack acababa de apagar su cigarrillo en el cenicero. La preocupación había desaparecido. Justo ahora se había calmado. Para él tenía mucho sentido que Adriana hubiera "perdido" su móvil. Lo había dejado en su casa, temiendo que él pudiera estar vigilándola. También le parecía muy lógico que ella hubiera ido a Madrid a buscar a Mario. Quería vengarse de lo que le había ocurrido a su colega. Los policías tienen un vínculo muy especial entre ellos. Nunca dejan escapar a alguien que ha hecho daño a su compañero.

¿Por qué tengo tantos sentimientos por Adriana? Al principio me acerqué a ella de forma romántica para obtener información sobre el caso. No es que no me haya gustado. Es hermosa... pero no me ha dejado boquiabierto. No me fijaría en ella si la viera por la calle. Pero ahora, siento mucho. La forma en que lleva el pelo peinado hacia atrás, sus ojos de miel... esa mirada intensa y penetrante. Y sin embargo, cuando estamos juntos en la cama, se convierte en una gatita, se transforma en la última hembra. Y tiene una personalidad maravillosa. Moral, correcta, justa... inteligente, sabe mucho, lee constantemente, se mantiene al día. Me di cuenta de lo que sentía por ella en el momento en que la vi tirada en el suelo, siendo golpeada por ese Gutiérrez. Me rompió el corazón por ella. ¿Esto es amor? He estado con muchas mujeres, pero me siento como un adolescente. ¿Es eso posible? Nunca pensé que me pasaría a mí. Poco a poco Adriana me conquistó. Siento el vértigo de los enamorados. No voy a dejarla sola en Madrid. Me estoy preparando para salir. No voy a dejarla desprotegida. Cariño, voy a darte la mayor sorpresa de tu vida. Sé exactamente lo que quiero... a ti. En cuanto todo este asunto termine, pediré un traslado a España... para trabajar en la embajada americana, quizás. No me van a rechazar. Y no vas a rechazar la oferta que te voy a hacer... estoy seguro. Mi querida.





17 DE OCTUBRE, AL MEDIODÍA

Todo estaba listo. Pano y Eurídice estaban a punto de casarse en una excéntrica ceremonia... Una ceremonia hippie. Él llevaba una camisa larga blanca y un pantalón de lino blanco, aunque hacía frío, y ella una falda larga naranja de tela ecológica, y una blusa de algodón morada oscura, sin mangas.

El pelo de Pano era bastante largo. Hoy lo había mojado y peinado con la ayuda de una laca, todo hacia atrás. En realidad, Antígona lo había peinado. También le había rasurado un poco la larga barba. En realidad, Antígona también lo había hecho. Eurídice, en cambio, estaba poco cambiada. La única intervención que había hecho en su aspecto exterior era decolorar su pelo negro. Hoy, ella quería unirse a Pano, con su pelo de color natural.

El patio estaba listo. Había globos de colores por todas partes y se habían colocado lirios blancos alrededor de la valla, junto con flores rojas. El espacio se había transformado en un mar de colores. El blanco simbolizaba la pureza del alma de la pareja, mientras que el rojo, su pasión y su amor ardiente.

Antígona se acercó a Eurídice. En unas horas comenzaría la boda, todo tenía que ser perfecto. Se estaba colocando unas flores moradas y blancas en el pelo.

—¿Qué es, Antígona? —preguntó Eurídice, muy contenta.

—Esta es mi hija, se llama Heather. Es una flor y una hierba muy conocida en Escocia, por sus propiedades beneficiosas para la salud humana. Famosa por la energía y el vigor que proporciona. La leyenda cuenta que las flores blancas se crearon a partir de las lágrimas de Malvina, la hija de un bardo celta llamado Ossian, cuando se enteró de que su amante había muerto en la batalla.

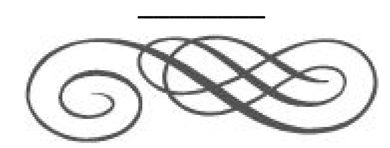
—Oh, Antígona, con tus mitos. ¿Justo en este día me hablas de muertes? Jajaja...

—Es un mito hija mía, no lo tomes en serio. Sabes que soy una adoradora de las flores. ¿No recuerdas el jardín de mi casa en Atenas?

—Sí, Antígona, estoy bromeando. Quiero decirte que te agradezco que hayas preparado todo esto. Has estado corriendo toda la mañana comprando todas estas flores. Además, has decorado el patio. ¿Qué puedo decir? ¡Eres una persona maravillosa! Te quiero, mamá.

—Mi niña —y se inclinó para besar su frente-. Estás lista, eres hermosa. Bueno, salgamos a la calle porque llevamos mucho tiempo esperando el frío, aunque haga sol.

—Bueno, para mantener la tradición, mi Antígona, el novio debe esperar a la novia...



LA PUERTA DEL BALCÓN se ha abierto. Pano giró la cabeza. Vio una visión ante él. Eurídice parecía la flor más hermosa del mundo. La luz dorada del sol se reflejaba en su pelo rojo, en su rostro impecable y en sus ropas de colores, haciéndola parecer una criatura mágica, sacada de un cuento de hadas.

—Cariño —le dijo emocionada y se puso a su derecha. Le pidió a Antígona que le trajera una silla para sentarse. Tomó la mano izquierda de Pano. Estaba lagrimeando.

—Bueno, ¿empezamos? —preguntó Demóstenes, que estaba muy contento porque iba a hacer de sacerdote. Iba a casarlos.

—Comencemos —le respondió Pano muy alegremente y estrechó la mano de Eurídice.

—Comencemos entonces. Hoy estamos todos reunidos aquí, en este buen día, en el que brilla el sol... Extraño para Escocia... —Todos rieron ante las palabras de Demóstenes— ... como decía, estamos reunidos en este hermoso patio de colores para unir en los lazos del matrimonio a estos hermosos, tanto en alma como en cuerpo, hijos. Hoy la naturaleza se alegra, los pájaros vuelan despreocupados por los cielos y cantan.

—Date prisa, Demóstenes, tenemos hambre —le pidió Pano y las risas comenzaron de nuevo. Eurídice le acarició la mano y le miró con ternura.

—Ya voy, ya voy... Pano, ¿tomas a Eurídice como esposa?

—Eehee... —dijo Pano y Eurídice le dio una palmada en la mano. Se burló de ella—. ¡Síííí! —y se volvió para mirarla profundamente a los ojos. Eurídice se estremeció de emoción.

—¿Tú, Eurídice, tomas a Pano por esposo?

—Sí, sí, sí... —respondió en voz alta, y todo el barrio la escuchó.

—El novio puede besar a la novia —agregó Demóstenes.

Después de un ardiente beso, Antígona tomó la palabra:

—Disculpe, nunca había visto una ceremonia de boda tan corta.

—Esta es la magia, Antígona. Hemos dejado lo superfluo y hemos ido al grano. Esos dos minutos se quedarán con ellos para siempre. Nadie se aburrió. Todo fue maravilloso —comentó Demóstenes y se acercó para darle también un beso.
Pano, que volaba sobre las nubes, les hizo una pregunta: —¿Ahora podemos ir a un restaurante a comer? Tengo hambre...
—Prepárense, chicas. Vamos a celebrarlo. Eurídice, mejor que no salgas con el pelo rojo y sin las lentillas... Pero da igual. En un día como este, vamos a saltarnos eso.





EL MISMO DÍA, POR LA mañana

Jack ya estaba en su hotel. Había llegado a Madrid hacía cuarenta minutos. Estaba moqueando después de su ducha caliente. Pensó en la alegría que le daría a Adriana cuando lo viera frente a ella. No tenía ni idea de su paradero, pero le enviaría un correo electrónico en los próximos días para hacerle saber que estaba en la misma ciudad que ella. Sería imposible que no le respondiese, a pesar de que le había dicho que no la molestara estos días. A las mujeres les suelen gustar estos pequeños sacrificios: subir a un avión e ir a su encuentro, sí.

Se sentó en el borde de la cama, llevando sólo su ropa interior negra. Estaba tratando de resumir el caso en su mente: *Pedro, que era el más peligroso a la hora de descubrir pistas no deseadas, estaba en coma. Los Gutiérrez, que probablemente conocieran el caso del asesinato de Jorge Sanz, estaban muertos. El anuncio que envié a los periódicos sobre los Caballeros Blancos ha sido creído por todos. Ahora el caso ha tomado un rumbo diferente, deseable para los intereses de los Estados Unidos. No deben conectar en absoluto lo que se ha hecho con la industria armamentística. Al excavar, ¿quién sabe lo que encontrarán? Sólo falta encontrar unos cuantos neonazis muertos y achacarles los asesinatos de Howard Bold, Jorge y ese finlandés, Mister Bamboo. Qué tiene que ver el asesinato del finlandés con los asesinatos de los otros dos aún no lo entiendo, y no encuentro ningún vínculo común... pero fue un regalo este asesinato, para desviar el curso de la investigación. Menos mal que Antígona tuvo esta idea, es decir, enviar un aviso como ése a los periódicos para llevar el caso a otro lugar. Por supuesto, ella tuvo esa idea antes del asesinato del finlandés, pero al final todo se ha concretado. Pero necesito encontrar al verdadero asesino lo antes posible, porque si los asesinatos continúan o si él o ellos quieren publicar una noticia diferente, las cosas se complicarán. La Interpol no va a encontrar nada, por supuesto, son una panda de burócratas, pero es bueno que el caso haya terminado. No creo que sepa mucho ese Mario. Pero tengo que encontrar a Maras y a él, yo mismo, porque no quiero que Adriana corra peligro investigándolos. Resolveré todo yo mismo en los próximos dos días para protegerla. Entonces anunciaré que estoy aquí y le daré la sorpresa de su vida.*

Abandonando sus pensamientos, se acercó a la ventana y comenzó a observar la vista que había debajo. Madrid tenía calles enormes y muy bien cuidadas. Frente a él, había una plaza muy grande y un magnífico edificio con aspecto de palacio, que le "invitaba" a acercarse allí. Algunas ciudades tan bellas pueden hacer que olvides todo, por muchos problemas que tengas.

Se vistió de forma ligera e informal y entró al ascensor. A su lado había una mujer llamativa, vestida de forma muy provocativa. Jack no le prestó atención. Había tomado su decisión, iba a proponerle matrimonio a Adriana. Ya no le interesaba nadie más. A pesar de que el tiempo en que se habían conocido fuera muy corto, a los cuarenta y dos años sabía muy bien lo que hacía. Quería que Adriana fuese su esposa. No tenía ninguna duda sobre ella.

Salió del ascensor. Ya había planificado su agenda. Primero visitaría el Palacio Real, que estaba a pocos metros de él y que sería un pecado no disfrutarlo como turista, luego iría a comprar un anillo... Y por último, investigaría a la pandilla de los Maras. Después de todo esto, se pondría en contacto con Adriana para anunciarle que estaba en Madrid. Todo iría según lo previsto.

Necesitó un minuto para llegar a la Plaza de la Almería, que estaba frente a la fachada del Palacio Real. Todo le parecía tan magnífico y con tanta clase. Quería conocer los detalles de este lugar.

Se conectó a Internet de su teléfono y encontró detalles de wikipedia. Comenzó a leer con dedicación e interés extremo: "*La Plaza de la Almería en su forma actual fue diseñada en 1892, según un plan del arquitecto Enrique María Repougues. Sin embargo, la historia de esta plaza se remonta a 1553, año en el que Felipe II mandó construir las caballerizas reales...*"

Jack levantó su mirada de la pantalla, arrepentido. Decidió que, después de todo, no tenía tiempo para visitas turísticas. Sería mejor que lo hiciera con Adriana después de la propuesta. Estaba seguro de que ella aceptaría. Dos personas enamoradas y comprometidas iban a recorrer la Plaza de la Almería y el Palacio Real. ¡Nada mejor que eso! Salió de la página web y ahora estaba buscando en Google una joyería. Sí, esa era su prioridad en ese momento. *Hay una tienda a doscientos metros, muy bien*.

Se guardó el teléfono en el bolsillo, sacó un cigarrillo de su cajetilla, se lo llevó a la boca y lo encendió. Su paso era rápido. Su estado mental era bastante extraño. Se sentía muy feliz, pero también bastante ansioso. ¿Qué iba a hacer? ¿Estaba a punto de casarse? ¿Iba a renunciar a toda esta vida de soltero gratis? Oh, por Dios... sí, estaba listo. Estaba enamorado de ella... ¡y punto!

Dio la última calada con bastante vigor y apagó el cigarrillo en un cenicero metálico de la acera. Estaba fuera de la joyería. Respiró profundamente. Tocó el timbre. La puerta se abrió.

El propietario le saludó muy amablemente. Jack se presentó como un turista italiano. Hablaba en un inglés chapurreado. Tras sólo dos minutos de conversación, el joyero le mostró un anillo.

—Creo que es el anillo perfecto para la ocasión. Mire cómo brilla el diamante. Y es bastante sutil, como me ha indicado. Tan delicado como usted quería.

—Sí, sí... Es hermoso. Justo lo que quería. Usted ha acertado a la primera. Sí, lo compraré —le aseguró Jack, mirando el deslumbrante anillo, absorto y encantado.
Lo imaginó en el dedo de Adriana y sintió una dulce emoción. Tras pagar una suma de dinero bastante elevada, se fue. Pero le faltaba tiempo... Se dio la vuelta, miró al joyero y le preguntó muy dubitativo:
—¿Sabe... Algo sobre la pandilla de los Maras? ¿Dónde... Tienen... Su... Sede, tal vez, donde viven? Perdón por preguntar. Soy periodista, ha surgido un asunto de última hora y tengo que investigar.
- Uh... Uh... Uh... Hay un viejo edificio que conozco, en el que viven algunos de ellos...



LA COMIDA TARDABA MUCHO en llegar a su mesa. La habían pedido hace cuarenta minutos. Pano empezaba a quejarse del retraso. Estaba hambriento como un lobo. Demóstenes, había comenzado a darle una charla seria y un análisis serio sobre temas de salud. Sin embargo, en un día tan alegre, ¿quién estaba de humor para abrir esos temas de conversación?

—Pano, el hecho de que empieces a encontrar tu apetito es una muy buena señal. También creo que vas a caminar muy pronto. Tu cuerpo está empezando a sanar. No importa lo que digan los médicos. Dijeron que volverías a hablar en diez años y hablaste en un año —le dijo Demóstenes.

—Demóstenes, ya no me importa, a decir verdad. Se acabó. Estoy contento con lo que tengo. Hay mucha gente en silla de ruedas que ha aprendido a vivir así y es feliz. He aceptado completamente la posibilidad de no poder caminar. Puede que haya "perdido" mis piernas, pero he encontrado mi alma. Estoy bien mentalmente y eso es lo que cuenta. Y así será a partir de ahora. Pero ahora, dejémonos de charlas serias porque hoy me he casado con la mujer de mi vida, ¿no? —dijo muy alegre y se giró para darle un beso—.¿Dónde están los filetes que pedimos? —preguntó en voz alta, riendo. Ya se había encontrado a sí mismo.

Eurídice sintió una mano detrás de ella, tocándola. Se giró bruscamente y vio a la chica que conoció ayer en la tienda donde compró la guitarra. Sorprendida, pero emocionada, la saludó y le ofreció a sentarse con ellos. Disimuladamente Demóstenes tocó la pierna de Eurídice debajo de la mesa. Él se lo había aconsejado: estaba prohibido conocer nuevas personas. Pero ella lo ignoró. Había echado de menos tener una amiga. Además, no creía que... Nora, es decir Adriana, fuera una persona peligrosa.

—Nora, me gustaría que conocieras a mi marido Pano. Nos acabamos de casar.

—¿Dónde, cómo... En una iglesia? —le preguntó Adriana, que estaba realmente desconcertada.

—Nos casamos en una ceremonia propia. No fuimos bendecidos por uno, sino por todos los dioses.

—Ah... Qué bien —y Pano le dio un cálido apretón de manos y le dijo que se alegraba de conocerla.

—Estos son mi abuelo y mi abuela. Demóstenes y Antígona.

—Encantada de conocerlos.

Demóstenes no habló en absoluto. Antígona, por el contrario, fue muy amable.

—¿Quieres algo de comer o de beber? —le preguntó.

—Gracias, pediré una ración de salmón con patatas al horno. Pero yo pagaré la mía.

—Eso no es posible. Nos insultarás si haces eso. Hoy todo corre por cuenta de la casa... Es un día de fiesta —agregó Pano.

—Vale, vale, no quiero ofenderos —y sonrió.

Tras unos pocos minutos llegó la comida. El salmón de Adriana llegaría un poco más tarde, por supuesto. Mientras Antígona masticaba su bocado, le preguntó:

—¿Trabajas aquí en Edimburgo?

—Sólo llevo unos días aquí. Mi novio empezó su tesis doctoral el mes pasado en la universidad y decidí hacerle una visita. Todos los días está allí desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la tarde, así que por eso me ve sola. Somos de Portugal.

—Oh, qué bonito... ¿Lisboa u Oporto?

—Oporto.

—Viví dos años en Oporto —le dijo emocionada Antígona, que efectivamente, como joven espía de la época, había vivido en Portugal.

Pero Adriana sólo había estado en Oporto durante unos días de vacaciones hace varios años y recordaba muy poco. Si Antígona le hubiera hecho preguntas concretas, no habría sabido responder. Afortunadamente, en ese momento sonó el nuevo teléfono móvil que había comprado ayer en Edimburgo. Le habían enviado un correo electrónico.

—Me disculpo, me han enviado un correo electrónico. Tengo que comprobarlo porque se trata de mi trabajo —explicó a todos disculpándose.

Después de leer el correo electrónico, buscaba una excusa para irse, para evitar más preguntas.

Era de Jack, el correo electrónico. Le había enviado un vídeo de dos minutos. Adriana estaba muy impaciente y ansiosa por verlo; durante los últimos dos días había congelado sus emociones, engañándose a sí misma de que era un mentiroso y un asesino, pero en realidad, tenía muchos sentimientos fuertes y dulces por él.

Se puso el *hands free* en la oreja derecha. Pano, Eurídice, Antígona y Demóstenes hablaban entre ellos. Adriana se había inclinado sobre la pantalla de su móvil y había subido el volumen. Pulsó el *play*. El vídeo se abrió. Uno, dos, tres segundos... Nada. Una vieja habitación con paredes dañadas y una vieja ventana rota. Los segundos pasaban. La ansiedad de Adriana aumentaba. *¿Qué demonios es esto?*

De repente, aparece en la pantalla un hombre encapuchado con un enorme cuchillo en la mano izquierda. Adriana se

sorprendió. Su corazón comenzó a latir rápidamente, su respiración se había vuelto muy rápida, sus piernas estaban sin fuerza.
Levantó la vista momentáneamente. Pudo ver a los demás hablando y riendo. Pero ella no entendía nada por el momento. Era como si los observara desde algún lugar lejano. Como si no estuviera allí. Estaba perdida en su mundo, en su pánico. Volvió a bajar la cabeza hacia la pantalla, con el manos libres apoyado en la oreja. El encapuchado comenzó a hablar en inglés con mucha rabia:
"*Oímos que ese italiano preguntaba por nosotros... por las Maras. Fue muy fácil encontrar al maricón. No sabemos quién es usted, si es un maldito policía o un agente. Buscando en su teléfono móvil, vimos el correo electrónico que le envió desde antrianap@wast.com, diciéndole que estaba investigando a los Maras, y al sobrino de los Gutiérrez. No sé quién diablos es ese sobrino o si está hablando en clave, pero quiero decirle algo, perra... No jodas con Maras... no jodas con los Maras. Ah, y otra cosa... en los bolsillos del italiano, encontré un anillo muy caro y una nota. Qué pena que no pueda proponerle matrimonio. Debería haber tenido cuidado... debería haber tenido cuidado de no meterse con nosotros. Eligió jugar con nosotros, así que ahora le vamos a joder la vida. Tíos... traedlo*".
Adriana había estado en completo pánico todo el tiempo que vio al tipo del machete hablar amenazadoramente. Ella sabía que algo malo le iba a pasar a Jack. Sus manos y su cabeza empezaban a temblar. Los demás no se habían dado cuenta de nada, estaban absortos en su conversación. La inspectora se planteó momentáneamente salir del restaurante para ver el resto del vídeo, pero no podía moverse. Si se levantara, se caería. Tuvo una palpitación. ¿Y qué fue de la propuesta? ¿El de los Maras decía realmente la verdad?
Pasaron dos segundos y Adriana estaba viendo ahora a dos hombres encapuchados, desnudos de cintura para arriba, musculosos y con varios tatuajes en el cuerpo, arrastrando a Jack, que estaba muy golpeado, y dejándolo caer frente a la ventana rota. El jefe de la pandilla siguió hablando mientras se dirigía a Jack, que estaba sentado sobre sus rodillas: *"Este es un mensaje, para todos los malditos polis y todas las Agencias. Si intentas cogernos, te cogeremos a ti primero."*
Al terminar la frase, le cortó el cuello con el machete. No había esperanza de salvación. Cortó las arterias por completo. Jack se derrumbó en el suelo. Adriana empezó a gritar en el restaurante. El móvil se le había caído de las manos y gritaba... Gritaba y lloraba con todas sus fuerzas. Su grito se escuchó hasta el fin del mundo.
Pano se sentía perdido. No podía entender lo que estaba pasando. Los clientes y el personal del restaurante se habían acercado a ella para tranquilizarla.
Demóstenes, que mantenía la calma por su pasado como espía, se acercó a Adriana y pidió a todos que se alejaran. Les explicó que estaba teniendo un ataque y que sufría alguna enfermedad mental. Les dijo que no se preocuparan.
En cuestión de segundos, Adriana se desmayó. No podía soportar más el dolor mental. El peso de la muerte de su amado Jack era insoportable. Demóstenes pidió a Eurídice y Antígona que la levantaran con sus manos y la sacaran del restaurante. Así lo hicieron. Demóstenes le sujetó la cabeza y los hombros, y las mujeres le sujetaron los pies. Pano les siguió con la silla de ruedas. Antes de salir de la tienda, había dejado algo de dinero en la mesa para pagar la cuenta.
Así recorrieron varios metros. Llegaron al coche.
— Antígona, Eurídice, tenemos que ponerla en los asientos traseros.
—Muy bien —le respondieron con una sola voz.
Pano abrió la puerta trasera del coche para facilitarles el paso. Con mucho esfuerzo, y después de que muchos transeúntes los observaran de cerca, consiguieron meterla en el coche.
—Entra rápido. No queremos a ningún policía —les pidió, y su tono de voz mostraba su ansiedad y su presión.
Después de que Demóstenes ayudara a Pano a sentarse en el asiento del copiloto y colocara su cochecito en el maletero, arrancó el coche y se dirigió a su residencia. Todo el mundo estaba en silencio y asustado. No podían entender lo que había sucedido y por qué esa joven gritaba de dolor.
—Ella estaba viendo algo en la pantalla de su teléfono móvil -dijo Eurídice con voz temblorosa—. Por suerte lo recogí de abajo..
—Bien hecho Eurídice —agregó Demóstenes, que siempre mantenía la calma. Después de todo, había pasado por situaciones mucho más difíciles en su vida—. ¿Puedes comprobar si hay pulso?
—Sí, lo tiene. Comprobaré el móvil, a ver qué ha pasado. Algo le pasó a uno de los suyos, tiene sentido.
—Sí, mi Eurídice. Compruébalo si puedes, para que podamos averiguar qué ha pasado.
Eurídice encendió el móvil, que no requería contraseña, y miró lo que Adriana podría haber estado viendo hace un momento. Lo encontró. Abrió el vídeo. Había puesto el audio en el altavoz.
El cristal del parabrisas estaba empañado. Fuera llovía y hacía un frío atroz. Los limpiaparabrisas no funcionaban muy bien.
—Ten cuidadoooo —gritó Antígona en voz alta. Demóstenes casi atropella a un peatón.
Eurídice les pidió que se callaran. Todavía no se había dado cuenta de que el encapuchado se refería a Jack.
Pano no lo estaba pasando nada bien. Hoy era el único día en que se sentía tan feliz y tranquilo después de mucho tiempo, y de repente esta mujer vino a arruinare todo. No le importaba lo que había pasado, en absoluto. No podía asumir más cargas.

Eurídice pudo ver a Jack siendo arrastrado por dos personas. Desgraciadamente, ella había adivinado lo que iba a suceder. Se puso la mano delante de la cara, inconscientemente, para ocultarla de los demás.
Demóstenes la observaba a través del espejo central.
—Eurídice, ¿qué ha pasado? —le preguntó ansioso.
—Lo veré en casa, Sr. Demóstenes. Todo irá bien.
No quería revelarle todavía el trágico suceso. Su reacción debido a su angustia podría haber sido imprevisible y causar un accidente.



El secreto

SEDE DEL SERVICIO SECRETO Chino

Melisas, cuando estaba delante de la gente, se desprendía de sus ansiedades y neurosis, y se transformaba en un tipo muy tranquilo y fácil de tratar. En ese momento, estaba haciendo una presentación al comandante de la inteligencia china, y a dos científicos de la marina china.

Estaban todos en una sala adecuada para este tipo de presentaciones, donde había una pantalla central muy grande. El comandante interrumpió a Melisas bruscamente.

—Hablas demasiado. Hay que ir al grano. Nos dijo que iba a revelar uno de los secretos más secretos de Occidente y de la OTAN. Hasta ahora nos has dado información que podríamos encontrar fácilmente. ¿Nos está tomando por tontos?

—He solicitado que el Jefe de Operaciones Navales esté presente. ¿Por qué no está aquí?

—Los jefes del ejército y de la marina no se reúnen todos. Tampoco puedo conocerlos fácilmente. Primero, revelarás la información secreta que nos juraste, y luego la evaluaré. Si no creo que valga la pena, ni siquiera molestaré a los jefes. Si es así, les molestaré. No tienes nada que ver con ellos. Sólo hablarás a través de mí. Debería sentirse honrado de estar aquí con nuestros dos mejores científicos. Estás hablando con el estado oficial de la República Popular China. Estás hablando con la futura única superpotencia del planeta. No está en posición de exigir. No eres nadie. O nos das la información o te enviamos de vuelta a su país. ¿De acuerdo? —le dijo, evidentemente enfadado.

—Comandante, cálmese. Hasta ahora le he explicado que tengo acceso a los ordenadores del Pentágono griego, turco, noruego e italiano y que puedo conocer todos los planes estratégicos de la OTAN en cualquier momento. ¿Tiene usted mismo acceso a esa información? No. Sabe que los planes de guerra estratégicos más importantes de la Alianza Occidental pasan por estos países.

Y se lo explico para que entienda mejor lo que le voy a revelar a continuación. Todo está conectado. No puedo darle la información sin explicar antes algunas cosas básicas.

—De acuerdo, puedes continuar —le dijo visiblemente más tranquilo, en su inglés roto. Los científicos no participaron en absoluto en el diálogo, sino que escucharon en silencio.

—Todo comenzó con este hombre. Se llama Dimi Doko. Es uno de los más grandes navieros griegos —y mientras les hablaba, les mostraba simultáneamente, fotos suyas en la pantalla—.Dimi Doko fue considerado un niño prodigio a principios de los años 70. En la pantalla se pueden ver las portadas de los periódicos en inglés de la época. Sus titulares ensalzan el genio de Dimi, que entonces tenía catorce años. Sus padres habían comprendido muy pronto lo que le ocurría a su hijo, y lo habían llevado desde los ocho años a una escuela para niños prodigio en Estados Unidos. Sólo tenía catorce años y había obtenido un máster en física, especializado en sistemas de láser y plasma. Con sólo quince años, terminó su tesis doctoral sobre la fusión inercial. A los diecinueve años se convirtió en el profesor más joven de la Embry-Riddle Aeronautical University, pero después de terminar su investigación postdoctoral sobre un tema relacionado con la ciencia aeronáutica. No quiero aburrirle con información adicional, así que iré directamente al grano. Dimi Doko fue uno de los principales científicos que trabajaron en el famoso programa “Guerra de las Galaxias” anunciado en 1983 por el presidente estadounidense Ronald Reagan.

El comandante, a estas alturas absorto en las palabras de Melisas, comenzó a explicar a los dos jóvenes científicos en qué consistía la Guerra de las Galaxias. Este grandioso plan se desarrolló principalmente para contrarrestar al gran rival de los estadounidenses, la Unión Soviética. Para contrarrestar sus misiles nucleares.

Melisas intervino. Pero ahora el mayor adversario de Estados Unidos es China, así que...

—¿Quieres decirnos que están planeando una Guerra de las Galaxias similar contra China?

—Exactamente. Por eso le dije que necesitaba a los jefes del Ejército y de la Marina aquí. ¿Cree que estoy bromeando?

—¿Tienes pruebas?

—Tengo pruebas.

—Ya veremos. Es difícil reunirse con ellos, lo intentaré.

—Muy bien, muy bien —agregó Melisas, que ahora se sentía muy importante. Algo así como un pequeño dios. Con lo que iba a decir, podría incluso provocar una tercera guerra mundial. Le gustaba todo. Podía mover los peones como quisiera.

—Pero hoy me lo va a contar todo.

—Lo revelaré todo hoy. Tenemos un trato. Pero para seguir con la vida de Doko. Pues bien, dos años después de que Reagan anunciara la Guerra de las Galaxias, el naviero dejó los Estados Unidos y abandonó su carrera académica. Llegó a Grecia, donde trabajó exclusivamente con los barcos de su padre. Desde los años 80 hasta hoy, Doko no ha vuelto a pisar los Estados Unidos. No se sabe por qué. Durante el último año he estado siguiendo al naviero por alguna razón que escapa a mi capacidad de explicar... y he descubierto su gran secreto . Ha construido una super arma muy pequeña en tamaño, pero muy grande en potencia.

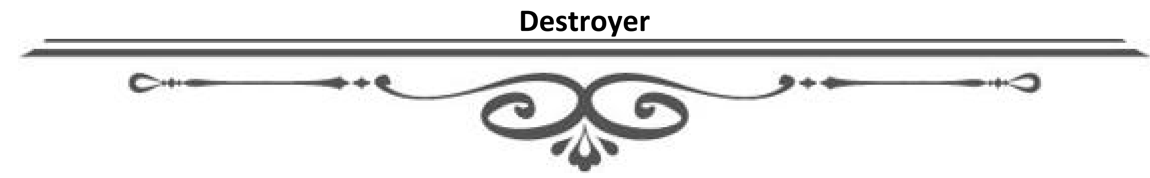
—¿Tienes pruebas? —preguntó el comandante, que había adelantado su cuerpo muy preocupado.
—Sí las tengo. El vídeo comenzará en 3... 2... 1.
Los científicos después de unos segundos de verlo, se levantaron con sorpresa y se acercaron a la pantalla para entender mejor lo que estaban viendo. Empezaron a hablar entre ellos en chino.
—¿Es real? —le preguntó el comandante.
—Real, lo juro.
El comandante miró a los científicos y le dijo a Melisas que organizaría una reunión inmediatamente con los Jefes de las Fuerzas Armadas.
Melisas estaba completamente satisfecho, controlaba totalmente el juego.



—CIERRA LA PUERTA RÁPIDAMENTE — le pidió Demóstenes a Pano.
— Antígona, agárrala más firmemente o se caerá. La pondremos aquí, en el sofá. Ahí, ahí. Uy, estoy cansado. Me pesan las manos —dijo Eurídice, que estaba sin aliento.
Mientras Adriana estaba tumbada en el sofá verde, Demóstenes le preguntó a Eurídice qué era lo que finalmente había en el vídeo que la había hecho llorar a ella también.
—Han asesinado a Jack —le explicó Eurídice, llorando, y se acercó a abrazarlo.
Demóstenes se quedó sin palabras. Se había congelado. Le dolía por dentro, quería demasiado a Jack, como a un nieto. Pero sabía que, tarde o temprano, algunas personas implicadas en el espionaje tendrían ese final. Siempre estaba preparado para situaciones como aquella.
—Déjame chica, estoy bien —le pidió a Eurídice, después de que ella le quitara las manos de encima, fue a servirse un vaso de whisky para beber—.¿La conoces Eurídice? ¿Quién es ella? —le preguntó con tristeza, con una voz que apenas salía de su boca.
—Inspectora de Barcelona. Se llama Adriana Perez— le explicó Antígona, entrando de repente en la conversación—. Ella y Jack tenían una aventura. Me lo había confiado el día que había llegado aquí. Me había pedido que le guiara en algunas cosas.
—Nos hemos metido en un lío —dijo Demóstenes y tomó un sorbo de su whisky.
—Me voy al patio —agregó Pano, que llevaba mucho tiempo observando todo, avergonzado. No podía creer cómo, en este hermoso día soleado, que se había casado con la mujer de su vida... ¿Cómo había salido todo tan mal?
En ese momento, la española comenzó a recuperar lentamente la conciencia. Al principio preguntó en voz baja dónde estaba, pero luego empezó a gritar. Estaba delirando y fuera de sí.
Eurídice con Antígona y Demóstenes intentaban retenerla. Estaba gritando:
—Mataste a esa detective francesa y pensé que Jack lo había hecho. Y le mentí... Y lo envié a la boca del lobo en los Maras. Mi amor... Iba a proponerme matrimonio —gritaba entre sollozos.
Eurídice la abrazó con todas sus fuerzas y le dijo:
—Cálmate, cálmate Adriana. Yo no maté a la francesa. Era nuestra amiga. Otros la mataron. Y yo estoy huyendo. Jack me salvó la vida. Cálmate y escúchame. Todos lamentamos lo ocurrido. Por favor, cálmate —y le daba unas palmaditas en la cabeza.
Adriana no tenía más fuerzas. Después de todo, ella había creído lo que Eurídice le había dicho. Por eso había renunciado a gritar, y se sentó tranquila y frustrada, con los ojos rojos de tanto llorar, en el sofá y siguió repitiendo con voz quebrada:
—Lo maté, lo maté. Yo lo maté.
—Adriana, necesito hacerte unas preguntas. Por favor, tienes que calmarte y concentrarte, porque estamos en peligro. ¿Quién te dio nuestra dirección?
—Dos detectives privados, detectives de Madrid —le explicó con voz débil— llamados... Pájaros Negros.
Demóstenes, al oír esto, se acercó a ella, con el whisky en la mano, y le preguntó:
—¿Son dos hermanos?
—Sí —le contestó ella, a punto de derrumbarse de nuevo por la pena—. Los había contratado mi colega Pedro.
Antígona miró intensamente a Demóstenes. Le preguntó si podían ir a un lugar privado para hablar a solas.
Entraron en el dormitorio y cerraron la puerta tras ellos.
—Antígona, escúchame con atención. Jack siempre llevaba este dispositivo que tengo, que parece un reloj. Es el dispositivo que usaba para comunicarse con el General a través de mensajes encriptados, lo sabes. Todos los días le enviaba un mensaje para decirle que todo iba bien y que no había ningún problema. Esta noche, cuando no se envíe al General, vamos a tener algunos acontecimientos muy desagradables.
—¿Qué quieres decir? —le preguntó asustada.
—No sé lo que quiero decir. Pero sé que si el General descubre que Jack está muerto, ordenará una liquidación general. Y no estamos hablando de operaciones negras de la CIA. Estamos hablando de los militares.
—¿Por qué iba a hacer eso?
—Jack era una de las pocas personas que lo sabía todo. Piensa en lo que le pasará por la cabeza al general cuando se entere. Pensará que ha sido interrogado y que le han sacado información sobre Doko, sobre nosotros o sobre el arma. ¡Quién sabe lo que pensará! Vendrán a por nosotros... Querrán cerrar el caso. Y no sólo nosotros. Se llevarán por delante a todos los policías españoles que hayan estado en contacto con él.
Antígona se agarró la cara con las manos en señal de frustración.
—Estoy pensando en los niños, especialmente en Pano. Un día tan mágico hoy, tanta felicidad... Y todo se disolvió en un instante.

—Mi querida esposa, los americanos no nos dejarían solos por mucho tiempo. Estoy seguro de ello. Nos estaban dando una extensión de vida hasta que completaran el arma de Doko. Todavía lo necesitan. Sólo pensé que teníamos seis meses, tal vez un año, para planear nuestros próximos pasos en paz. Ahora mismo tenemos que correr y salir de aquí. Tenemos que salir de Europa.
—¿Por qué? Toda tu gente está en Europa. ¿Adónde vamos?
—Exactamente. Toda mi gente está en Europa. Ahí es donde buscarán. Tenemos que ir donde no miren.
—¿Dónde?
—¿Siberia...





CUARTEL GENERAL DEL Ejército, China

17 de octubre

—Esta arma que habéis visto en el vídeo de hace unos minutos será utilizada por Estados Unidos y sus aliados contra China. Todos los países de la OTAN están desarrollando y construyendo miles de estas piezas para destruir.

—¿Tiene pruebas de lo que dice? —le preguntó el jefe de la marina de guerra china. —Acabo de mostrar un vídeo en el que se ve a este diminuto cilindro destruyendo enormes objetivos metálicos con rayos láser.

—Acepto la existencia del arma, aunque el vídeo no demuestra que este arma pueda operar en condiciones de mar abierto, es decir, en mares u océanos. Pero supongamos que sí. Me refiero a la existencia de pruebas de que los estadounidenses y sus aliados la fabrican y producen en grandes cantidades para volverla contra nosotros. ¿Hay pruebas de que eso esté ocurriendo? Lo que está probado hasta ahora es que un armador griego está haciendo experimentos. Nada más.

—Por supuesto que tengo pruebas. Tengo una conversación grabada en la que se oye al ministro griego de Defensa Nacional describir cómo el naviero Doko y el Estado griego y las Fuerzas Armadas de Estados Unidos celebraron el controvertido acuerdo para la construcción conjunta de la superarma.

—Muy bonito. Oigamos la conversación. Traed al traductor.

Pasaron varios minutos. Los Jefes del Ejército y el Comandante del Servicio Secreto escucharon atentamente al traductor.

De hecho, el ministro griego se había referido a este acuerdo. Por supuesto, esta conversación había tenido lugar antes del “accidente” de Pano, ya que después del accidente, los americanos habían sacado a los griegos del juego, tras la interferencia de Demóstenes y con el consentimiento de Doko. Los políticos y los militares griegos ya no tenían ni idea de este sumerarma. Los estadounidenses les habían dicho que el arma era en última instancia inútil. Además, ni los turcos, ni los noruegos... Ni ningún otro país que participe en la OTAN tenía idea de ello, salvo cinco personas de las fuerzas armadas estadounidenses. Pero Melisas, que siempre tenía su propia agenda oculta, intentaba crear una historia propia, enriqueciendo la realidad con bastantes elementos de ficción.

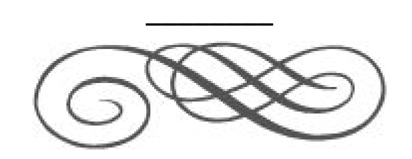
El Jefe de la Armada le preguntó con severidad:

—Hasta ahora nos ha presentado pruebas que demuestran la existencia de este pequeño “cohete”. También nos ha presentado pruebas que demuestren su construcción, conjuntamente... De los Estados Unidos y los griegos. Pero no hay pruebas que demuestren que la OTAN está involucrada en todo esto. Tampoco nos ha presentado pruebas que demuestren que los italianos, los noruegos y, el resto de la Alianza Occidental están involucrados.

—Mi jefe, con el debido respeto, le juro que toda la “Alianza Occidental” está trabajando para este fin. Su plan se llama "Destroyer" y se basa en esta pequeña superarma. Aniquilarán su flota y luego invadirán su tierra. ¿Cuánta información le he dado sobre los movimientos de los submarinos de la OTAN en el Mediterráneo? Aquí está el Comandante, pregúntale. ¿Cuánta información le he dado sobre los movimientos de la flota de la OTAN en el Pacífico? ¿Quién más le ha dado esa información clasificada? ¿Quién más ha podido interceptar una imagen de los experimentos encubiertos por Doko? Todas las agencias del planeta lo han vigilado durante los últimos años, y no han podido encontrar lo que yo encontré. ¿Quién más le ha traído conversaciones clasificadas del ministro griego? Tiene muchos espías, les paga mucho dinero, pero no han podido hacer lo que yo he hecho por usted. Crean todo lo que les digo. Están planeando la destrucción de China. No puedo demostrarlo a través de vídeo, audio o material escrito porque el año pasado mi casa se incendió y la mayoría de los archivos que guardaba en ordenadores o memorias portátiles se destruyeron. Les mostraré en fotos los daños que sufrió mi casa. Pero, recuerdo exactamente las conversaciones de varios militares dentro de la OTAN. Se los transferiré uno por uno. —¿Qué le aporta a usted?

—Mi madre era comunista y maoísta. Me criaron con esos principios. Me encanta China. Esa es la razón principal. La segunda razón es que merezco algún reconocimiento. No me pagaron todo lo que debían. Usted, en cambio, me trata muy bien.

Los jefes se quedaron mirándolo atentamente e inquisitivamente. También lo hizo el Comandante del Servicio Secreto.



TRES HORAS DESPUÉS, Servicio Secreto

El Comandante invitó a Liu Xiang a asistir a su despacho. Llegó en pocos minutos.

—Liu, quiero tu opinión.

—Lo que tú quieras.

—El griego nos hizo una presentación esta mañana, ya lo sabes. Los Jefes de la Armada, el Jefe del Ejército de Tierra y el Jefe de las Fuerzas Armadas quedaron encantados con lo que dijo y con la información que nos dio.
—¿Y tú?
—Mucho de lo que nos dijo y mostró es realmente impresionante y ayudará a nuestra nación. Pero... No confío en él. Creo que miente en algunas cosas. Ojalá estuvieras allí con nosotros para leer su lenguaje corporal. Sabrías enseguida si está diciendo la verdad o mintiendo. Pero los superiores no lo permitieron.
—Mira... Es extraño que haya querido hacerte una presentación formal de esta manera. Los agentes dobles, o los agentes en general que traicionan los secretos de su país, actúan de forma totalmente conspirativa. En cambio, este Melisas quería montar todo un espectáculo, con un público frente a él. Tiene algo que ver con su síndrome narcisista, por supuesto. Refuerza su megalomanía y le hace sentirse como un pequeño dios... o uno grande. Yo desconfiaría mucho de un hombre así. Aconsejo a los Jefes que no acepten completamente sus palabras. Los megalómanos y los psicóticos siempre intentan manipular a los demás y guiarlos a su antojo. Se basan en hechos, pero los intercalan con mentiras, adaptadas a sus impulsos paranoicos. Casi siempre piensan que un poder superior dirige sus acciones, sienten que están permanentemente en una misión que los elevará por encima del resto de los plebeyos.
—Eso es lo que yo creo. Pero los Jefes no atienden a razones. Incluso me insultaron. Me han dicho que no sé nada de juegos de guerra y que mejor no vuelva a cuestionar su criterio.
—¿Qué se dijo en la sala?
—No tengo tiempo para explicarlo en detalle. Pero lo que se dijo podría incluso llevar a una tercera guerra mundial. El griego nos reveló que la OTAN está construyendo una super arma secreta, y en dos años planean atacarnos. El jefe de nuestro ejército cree que hay que crear una guerra mientras este arma está todavía en su fase inicial para poder averiguar sus puntos débiles. Probablemente la usarán en combate. No podemos esperar. En dos años, será demasiado tarde para nosotros. La habrán perfeccionado y serán invencibles —dijo mirando la puerta blanca de su despacho.
Al mismo tiempo, Melisas estaba en su espaciosa y lujosa villa. Acababa de encender un cigarrillo y había abierto las piernas, estando sentado en su sofá. Cada vez que exhalaba el humo, inclinaba la cabeza hacia arriba y miraba al techo. Pensaba en lo alto que había llegado y en lo lejos que llegaría. Y eso fue sólo el principio. Todo se estaba desarrollando como él había planeado. Económicamente, ahora tenía todas las comodidades y en poco tiempo una enorme cantidad de dinero llenaría su cuenta bancaria.
Ahora sólo quedaba reunirse con su padre. Su verdadero padre. Apagó el cigarrillo en el cenicero y se dirigió a la pantalla gigante de su ordenador. Ha pulsado un botón. Su foto apareció frente a él. Lo miró con asombro y admiración. Se había estremecido por completo. Se arrodilló frente a ella y se inclinó ante ella. Luego besó la pantalla. Sus labios temblaban.
Su vida había cobrado sentido para él desde que aprendió la verdad. Era lo mejor que le había pasado en su vida.



19 DE OCTUBRE, DOMINGO

Los rayos del sol cubrían la creación. Llenaban de color y vida los verdes árboles que parecían trepar por las montañas. Entre ellos, el lago más antiguo y hermoso del mundo. El lago Baikal... O el **Ojo Azul de Siberia**. Cientos de gaviotas sobrevolaban sus aguas cristalinas. El sonido de sus alas creaba la más bella melodía, y su inocencia llenaba el ambiente de optimismo. Pano estaba fumando su hachís. Adriana también fumaba, pero un cigarrillo auténtico. Ella estaba sentada a su lado. Habían pasado veinte minutos desde que ambos hablaron.

Estaba devastada y absolutamente desolada por lo que le había pasado a Jack. No era sólo que lo hubiera amado, era que no había confiado en él y había creído inmediatamente que era un asesino, lo que hizo que lo enviara a la boca del lobo por las mentiras que le había dicho. Lo echaba de menos.

Pano giró la cabeza hacia la derecha.

—¿Quieres un poco de hachís? —le sugirió porque sentía pena por ella al verla triste.

—No, gracias —le respondió con voz débil, y enseguida dio una calada a su cigarrillo.

—El lago Baikal es considerado el más profundo del mundo. Tiene 654 kilómetros de largo, 74 kilómetros de ancho y 1.680 metros de profundidad. Si nos quedamos aquí otros quince días, lo veremos congelado. Se dice que el espectáculo es fantástico, ya que el hielo retiene en él diversas plantas y árboles o incluso peces, creando un orgasmo de colores. Las burbujas creadas por la liberación de metano de las algas contribuyen a este fantástico espectáculo. La leyenda cuenta que el padre de Baikal tenía 336 hijos, es decir, ríos, y una hija, Angara. Angara, mientras todos los ríos... Los hijos, abastecían de agua al lago, la hija mendigaba el agua del lago, y se la daba al que se había enamorado. El río Genesee. Para vengarla, su padre le dio una piedra llamada Chamán y la maldijo.

—No entendí la leyenda. ¿Cuál es la interpretación?

—Describe un fenómeno geológico poco frecuente. Se trata del bombeo de agua de un río desde un lago. Todos los ríos de nuestro planeta desembocan en lagos y nunca salen de ellos. Lo que ocurre con el lago Baikal es único, ya que el río Angara, el hijo, nace aquí.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó ella, impresionada.

—Últimamente mis amigos son los libros. He leído todo...

En ese momento Demóstenes abrió la puerta de la cabaña de madera. Venía hacia ellos.

—Entra, Entra, el almuerzo está listo —le dijo a Adriana con mucha frialdad. La consideraba responsable de lo que le había ocurrido a Jack.

Tiró el cigarrillo y se alejó de ellos sin decir nada. Demóstenes se sentó en su silla.

—No seas tan cruel Demos. Sabes que esa mujer está sufriendo. No es su culpa que Jack fuera asesinado. Es una vida peligrosa la que hemos elegido. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, hijo. Eso ya no importa, se acabó —le dijo, fingiendo estar tranquilo, pero Dios sabía cuánto sufrían sus entrañas por la pérdida de su "nieto".

—Un lugar encantador. ¿Cuántos refugios tienen tus ex compañeros , Demóstenes?

—No es el refugio de mi gente, Pano. La organización que los veteranos espías hemos construido no es todopoderosa. Estamos organizados en Grecia, Francia y otros dos o tres países europeos, principalmente. Fuera de esos países, no tenemos poder. Todo lo que mi gente podía ofrecer, lo ofreció ya. Ahora, estamos solos.

—¿Y de quién es este refugio entonces?

—Lo explicaré de otro momento. Es que este refugio era el último recurso, en caso de que las cosas se pusieran demasiado oscuras.

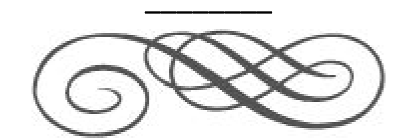
—No entiendo por qué tienes tanto pánico por la muerte del tal Jack. ¿Qué negocio tienen los americanos viniendo a por nosotros porque alguien lo asesinó?

—Hijo... El hombre que controla todo en este momento es el Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Tiene una personalidad muy particular, está obsesionado con el secreto absoluto. Desde el principio sabía que sólo nos dejaban vivir porque necesitaban los conocimientos de Doko y él lo había exigido a través del trato. Sin embargo, hace cinco días me enteré de que las pruebas habían terminado y que habían completado la construcción de la super arma. Combinado con el asesinato de Jack, todo esto me hizo temer que pudieran estar eliminando a todos sus conocidos. No sé si exagero, pero creo que estaríamos en peligro si nos quedásemos allí. Casi nunca me equivoco en mis estimaciones.

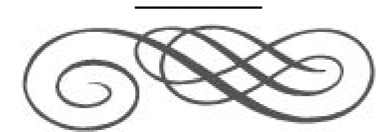
—¿Sabías que nos iban a matar después de la construcción del arma y no nos lo dijiste? —le preguntó enfadado.

—No lo sabía. Lo he expresado mal. Sospechaba... Esa es la palabra correcta. ¿Querías que os aterrorizara con mis sospechas? ¿Especialmente en el estado en el que estabais? Pero una vez que escuché que Jack fue asesinado junto con la finalización del arma, fue cuando supe que algo estaba pasando. Por eso llevamos dos días viajando. Para protegeros a todos.

—¿Qué demonios es ese arma? ¿Cuántas personas más van a ser asesinadas por ello?
—No lo sé, Pano. Jack tampoco conocía los detalles del arma. Sólo sabía de su existencia.
—¿Doco no te ha dicho nada?
—Nada. Nos comunicamos con poca frecuencia y a través de una comunicación codificada.
—¿Te dijo que las pruebas del arma estaban completas?
—Sí, lo hizo. Se preocupa por todos nosotros. Pero también tiene miedo de que le pase algo malo. Lo entiendes.
—Lo entiendo. Se me acaba de ocurrir otra cosa. ¿Y si los americanos nos han estado observando desde Edimburgo?
—Eso está descartado. Anteanoche, cuando dormimos en Atenas, tenía a mi gente fuera del hotel vigilando lo que ocurría. Os llevé a ese hotel a propósito, para usaros como cebo. Si alguien nos estuviera observando, mi gente lo habría visto. Te pido disculpas por haber viajado en estas condiciones miserables, junto con los paquetes en el avión de Atenas a Irkutsk, pero era la única forma de viajar en secreto. De momento parece que aún estamos en Grecia. Quienquiera que nos busque allí, lo averiguaremos inmediatamente.
—¿Has considerado que existe la posibilidad de que los americanos no tengan ni idea del asesinato de Jack, y que con lo que hicimos... Que llegamos aquí, es decir, podemos haber empeorado las cosas? Ahora parecemos sospechosos por la forma en que escapamos.
—Me lo he pensado —respondió bajando la cabeza—. Me jugaba mucho en mi decisión. Podríamos habernos quedado en Edimburgo y no nos habría pasado nada malo. Por otro lado... ¿Podría arriesgarme? Un acantilado delante y un arroyo detrás, como puedes ver. Cada decisión tiene sus consecuencias. Ahora estamos aquí, buscaremos sobrevivir todos los días que podamos y trataré de dar sentido a todo este lío.
—¿Necesitamos hablar con alguien del Estado griego.
—No Pano. El año pasado, tu accidente fue probablemente causado por la fuga de un griego. Hablan demasiado, no puedo confiar en ellos. En los próximos días haré mis contactos y veremos.
—¿Con los rusos?
—Todavía no lo sé. Me pondré en contacto con quien pueda protegernos. Incluso con el mismo diablo...



AL MISMO TIEMPO, LAS tres mujeres comían pasta blanca y hablaban en inglés.
—Adriana, en caso de que no quisieras venir con nosotros, no te haríamos daño. A nosotros también nos persigue la gente mala. No quiero que estés con nosotros porque tienes miedo —le dijo.
—Enseguida supe que sois buenas personas y que también estáis sufriendo. He sido policía durante años y puedo leer a la gente. No vine con vosotros porque tenía miedo de que me hicierais daño. Quería venir con vosotros por muchas razones. Una de ellas es que creo que este caso tiene algo que ver con vosotros. Quiero resolverlo, encontrar a los culpables y castigarlos. No tengáis miedo, no os traicionaré. Hago este trabajo porque me gusta proteger a la gente. A partir de ahora tenéis un aliado más. Contáis conmigo — y le acarició la mano con cariño—. Nunca esperé que yo, la representante de la ley, viajara con un pasaporte falso —y sonrió.



LAS MANECILLAS DEL reloj señalaban exactamente la una de la medianoche. Todos dormían, excepto Eurídice y Adriana que estaban sentadas en las gastadas sillas de madera de la cocina. Llevaban un rato hablando en voz baja.
—¿Así que no sabías quién era cuando te acercaste a mí en la tienda de guitarras?
—No, te digo que no sabía quién eras. Los detectives que mi compañero contrató no me dieron vuestros verdaderos nombres. Me dieron los que encontraron en vuestros pasaportes falsos. Supe que eras Eurídice cuando te vi en el restaurante con tu pelo rojo natural. Me acordé de ti por unos viejos artículos de periódico en los que aparecía tu foto. Puede que haya pasado más de un año desde que vi tu cara por primera vez, pero te recuerdo. Tienes unos ojos y una mirada muy especiales. Por supuesto, oculté mi sorpresa y mi conmoción cuando me di cuenta de quién eras realmente. Eurídice... ¿quieres decirme ahora qué te pasa? ¿Quién te persigue después de todo? ¿Son traficantes de drogas como dicen los periódicos? ¿Es algo más grande que eso, algo relacionado con los recientes asesinatos?
—Adriana, como te explicó Antígona esta tarde, no podemos revelarte nada. Es por tu propio bien.
—¿Vine contigo a este lugar desolado del sur de Siberia y todavía no confías en mí? Créeme, después de lo que pasó con Jack, me siento increíblemente culpable y quiero compensar el mal que hice. No puedo volver, pero puedo sentirme un poco mejor al ayudaros —le dijo y empezó a llorar de emoción. Recordó a Jack besándola tiernamente.
—Bien... te lo contaré todo. Pero es una larga historia...
A Eurídice no le dio tiempo a terminar su frase, y unas voces comenzaron a sonar en la casa. Era Pano gritando,

repitiendo... —no, no, no... No me tires.
Su amante se dio cuenta de que estaba teniendo una pesadilla. Así que rápidamente corrió hacia él y trató de calmarlo, despertándolo.
—Mi Pano, mi amor, fue una pesadilla, se acabó. Aquí estoy —y le abrazó.
Él, jadeando y sudando de agonía, tras darse cuenta de dónde estaba, le dijo que llamara a Demóstenes. Quería hablar con él urgentemente.
—Aquí estoy, hijo mío, a mí también me han despertado tus voces, aquí estoy —ya estaba en la puerta de la habitación, y se acercó a él para cogerle la mano, como un abuelo o como un padre.
—Eurídice, por favor, quiero hablar solo con Demos, por favor, cariño.
—Está bien, está bien, lo que quieras —le dijo ella, evidentemente dolida y decepcionada de que en un momento así, no la quisiera cerca de él.
Después de que ella, Adriana y Antígona fueran a sentarse a la cocina, los hombres se quedaron solos.
—Dime, Pano, ¿qué pesadilla has tenido?
—No fue una pesadilla, Demos... Me acordé... Me acordé —le dijo mientras estaba empapado de sudor.
—¿Qué has recordado? —le preguntó, sorprendido.
—Recordé quién me dejó caer. Lo vi en mi sueño. Acabo de recordar todo.
—¿Quién era? —le preguntó mientras la agonía pintaba su rostro.
—Melisas. Mi aprendiz en el Centro Nacional de Inteligencia de Grecia...



PENTÁGONO ESTADOUNIDENSE

El General esperaba pacientemente a que el Jefe de la Armada atravesara la puerta de su despacho. Tenía un bolígrafo en la mano derecha y jugueteaba con él nerviosamente. Estaba muy preocupado y ansioso.

La puerta se abrió.

—El Jefe de la Armada ha venido, General.

—Dile que pase.

—Buenos días, he venido tan rápido como he podido. Dejé la demostración de una nueva corbeta a la mitad. ¿Qué ha pasado?

—El caso tiene problemas.

—¿Qué quieres decir?

—Jack Cooney, quien envié a España, ha cortado toda comunicación. Me temo que ha revelado nuestro secreto.

—Malas noticias. Lo sabe todo. ¿Hace cuántos días no da señales de vida?

—Tres.

—¿Los griegos?

—Han desaparecido.

—Uh-oh... ¿Han sido asesinados?

—¿Quién podría haberlos matado?

—Él o la gente que mató a Bold y Sanz. Alguien los está matando, yo tenía razón la primera vez.

—No me importa si fueron asesinados. Cuantos menos sean, mejor.

—Te dije que al menos deberíamos avisar a la agencia de inteligencia para que nos ayude cuando surjan estos asuntos. En el caso de que no hayan sido asesinados por alguien, sino que simplemente hayan escapado... ¿Cómo los encontraremos? Sabes que ese no es nuestro trabajo. Ya nos ocupamos de pequeñas cosas que no deberíamos.

—He tenido miedo de informar a los servicios secretos desde el principio porque hay muchos traidores allí. ¿Cuántos secretos estadounidenses se han filtrado a China o Rusia? Nunca me arriesgaría. El arma del naviero griego es lo mejor que nos ha pasado en décadas. Su versatilidad y potencia láser son una maravilla científica. Tenemos en nuestras manos el arma anfibio más sofisticada. Somos invencibles. Como lo empezamos, esos seis hombres... ahora son cinco, así que lo terminaremos. Mientras nuestro secreto permanezca sellado. Nadie más debe saberlo.

—Nuestros marineros lo descubrirán en algún momento, ¿no?

—Los marineros no necesitan saber nada todavía. Una persona es suficiente para teledirigir y controlar todo a distancia.

—Sí, señor.

—En caso de guerra... sólo entonces tendrá lugar el desvelamiento. Hasta entonces, las pruebas del arma se harán sólo en presencia de nosotros, los dos científicos y Doko. Ahora... En cuanto a los griegos y Jack, ya he enviado a algunos de mis propios marines a buscarlos, desde ayer. No he revelado nada sobre el caso, por supuesto. Nunca hacen preguntas, sólo siguen órdenes. Todo esto, por supuesto, en caso de que no hayan matado ya a los griegos.

—¿Has contactado con Doko?

—Sí, lo hice. No sabe nada de ellos.

De repente se abrió la puerta y entró un militar sonrojado.

—General. Acabamos de recibir una información muy seria, clasificada.

—Habla.

—Los chinos sacarán toda su flota para realizar ejercicios con fuego real en el Pacífico dentro de diez días. Han reservado nuestras zonas marítimas, con NAVTEX.

—¿Nuestras zonas? —gritó.

—Sí, general.

—Bien, vete fuera y convocaré una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad Nacional.

El general se volvió hacia el almirante, lo miró durante unos segundos en silencio y dijo:

—Los chinos están detrás de todo esto, lo sabía. Seguramente han obtenido información de ellos. Probablemente los torturaron antes de matarlos. No puede ser una coincidencia que al mismo tiempo que desaparecen todas estas personas, los chinos nos provoquen tan descaradamente. Ellos saben algo... Y los únicos que podrían revelarlo son Jack y los griegos. Ahora que lo pienso, ¿Jack desertó y se fue a China? El traidor... —y golpeó la mano sobre la mesa, muy fuerte.

—No te inventes escenarios. Te dije que deberíamos haber tenido la ayuda de nuestros servicios secretos. Tus marines no tienen la experiencia necesaria para llevar a cabo la vigilancia o investigar lo sucedido. Necesitamos la CIA y la NSA.

—Déjame pensarlo. Por ahora, no reveles nada sobre nuestro secreto al resto de los generales y almirantes. Tenemos que



averiguar cómo hacer frente a las provocaciones chinas.



El lobo

20 DE OCTUBRE, LUNES

La silla de ruedas estaba atascada en la tierra. Debido a la lluvia del mediodía, el suelo estaba todavía húmedo y embarrado.

La presión psicológica que sintió al recordar quién lo empujó por el acantilado, fue demasiado grande. Una tristeza, una tremenda pena y ansiedad lo abrumaron. Por eso había salido a pasear esa noche. Quería alejarse de sus pensamientos y sus recuerdos. No importaba cuántas personas le dijeran que no debía salir solo, él insistía.

Estaba lo suficientemente lejos de la cabaña de madera en la que vivían todos juntos. Las nubes se habían espesado en lo alto. Su gris se había oscurecido y ahora parecía casi del color del plomo. Pronto iba a estallar una tormenta.

Reflexionó que había sido un tonto al venir solo hasta allí. Siguió intentando despegar las ruedas del suelo para volver, pero fue inútil.

Una llovizna cayó sobre su frente. *Maldita sea, ¿qué he hecho?* Pano estaba atrapado. Una segunda gota de lluvia, esta vez cayendo sobre su nariz. Ahora puso aún más empeño en hacer girar las ruedas, pero seguía siendo inútil. Tenía miedo de quedarse atrapado allí durante horas... quizá días. *¿Qué hice?, ¡imbécil!*

La zona era extensa, no sería fácil para los demás encontrarlo si decidían buscarlo. Había truenos y relámpagos, y los rayos iluminaron el lugar. Estaba oscureciendo.

El aullido de los lobos rasgó la atmósfera.

Oh, Dios mío.

Ahora estaba usando toda su fuerza para sacar la silla de ruedas. Nada. La lluvia, mientras tanto, era cada vez más intensa. Un pequeño lago comenzaba a formarse a su alrededor. Los relámpagos estaban castigando la espesa oscuridad con su resplandor y azotaban el cielo.

Sin embargo, en unos segundos, otro destello sería percibido por Pano. El brillo de los ojos de los lobos era tan brillante como la lumbre de un cigarrillo en la noche. Se acercaron a él lentamente.

Pano estaba congelado, tanto por su miedo como por el frío extremo y la lluvia. ¿Así que eso fue todo? Lo que Melisas no pudo hacer el año pasado, ¿lo haría esta noche, a través de los recuerdos que había construido en la mente de Pano? Si no fuera por esos recuerdos, no habría venido hasta aquí solo, en medio de la noche.

¡¿Qué he hecho, Dios?!

Los lobos comenzaron a aullar. Sus aullidos se unieron a los sonidos de los truenos y relámpagos, creando algo espeluznante y aterrador. El más grande se acercó a Pano. Probablemente era el líder. El resto, la manada, estaba detrás de él, esperando su orden.

Se puso delante de él. Lo miraba con esa mirada cínica y asesina. Sus ojos brillaban, ocultando tras ellos toda la maldad del mundo.

Pano no podía soportar más miedo. No podía sufrir más... Había tenido suficiente.

Se acabó.

Así que empezó a soltar gritos sin palabras, mirando al líder de la manada directamente a los ojos. Estaba reaccionando a su miedo y los gritos eran cada vez más fuertes... Y más fuertes. Hasta los truenos se asustaron por la intensidad de su voz.

El líder de la manada... Ese lobo salvaje y bestial, se acercó aún más a su cara, al alcance de su oído. Pero Pano se sentía en paz. Lo miró sin ningún temor. Sus ojos desprendían una confianza y una fuerza ilimitadas...





21 DE OCTUBRE, A MEDIODÍA.

Eurídice estaba bastante enfadada con Pano.

—Pero si no te hubiéramos buscado, seguirías atrapado en el barro, Pano. ¿Por qué no pensaste en nosotros, por qué no pensaste en mí, que te lo he dado todo? Tres horas bajo la lluvia tú solo. Y además, es una suerte que los lobos no te atacaran. No quiero ni pensar en lo que hubiera pasado, no quiero —le dijo entre lágrimas.

—Bien, cariño. Pero ahora todo ha terminado. Me siento más tranquilo después de lo de ayer. Por favor, no digas lo mismo. Te pido que me perdones. Nunca más haré esa mierda. Lo prometo —dijo y le dio un beso en la mejilla—. ¿Entramos ya? Tu amiga debe de estar aburrida de Demos y Antígona.

—¿Nos vamos...

Adriana observó a la pareja entrar en el salón. Pano sentado en su cochecito y Eurídice detrás empujándolo. A la española le llamó la atención la inocencia y la pureza de la mirada de esos niños. Tenían almas puras, eso era seguro. La inspectora los ayudaría a superar todas las dificultades hasta el final.

—Por favor, siéntense todos, quiero hablar con ustedes. Quiero que me escuchen con atención —les pidió Adriana en voz alta y muy seria.

Todos estaban ya en sus sillas. Demóstenes la miraba con desconfianza. La inspectora continuó:

—Quiero ayudaros, realmente quiero ayudaros. Veo claramente que sois víctimas de alguna conspiración y que vosotros sois los buenos del caso. Por eso... Os pido, por favor, que me expliquéis todo, que me confeséis todo. Soy una inspectora muy capaz. Puedo ayudaros. Por favor, ¿todavía no confiáis en mí? Por el alma de Jack... —dijo con voz quebrada y una lágrima rodó por su mejilla.

—Deja el alma de Jack en paz —le dijo Demóstenes con enfado.

—Basta, Demóstenes, ya —gritó Eurídice. Era la primera vez que se dirigía a él en singular y con tanta rabia —. ¿No te equivocas? ¿Por qué nos llevaste a Edimburgo? ¿Cómo nos encontraron esos mercenarios el año pasado? ¿No fue tu culpa que nos encontraran? También esos detectives españoles, de nuevo por error, ¿no nos atraparon? ¿Y por qué hemos venido aquí vía Atenas? Nos encontrarán de nuevo... ya no confío en ti. Siento lo que estoy diciendo, pero has cometido muchos errores y sigues culpando a Adriana de todo lo que le ha pasado a Jack. Ya no te soporto —dijo Eurídice enfurecida.

A Demóstenes le dolieron mucho sus palabras.

—Mi querida Eurídice, nunca esperé que me dijeras palabras tan duras. Después de todo lo que he hecho por ti, ¿me culpas? Si Jack hubiera quemado el trozo de papel que le habían dado... ya sabes... el trozo de papel que tenía escrita nuestra dirección de Edimburgo, ningún detective nos habría encontrado. ¿No es así? —le preguntó a Eurídice en griego, y ahora empezó a hablar en inglés para preguntarle algo a Adriana:

—Por favor, quiero preguntarte algo. ¿Sabes por casualidad cómo esos detectives de los que nos hablaste... Esos pájaros negros, cómo consiguieron nuestra dirección en Edimburgo?

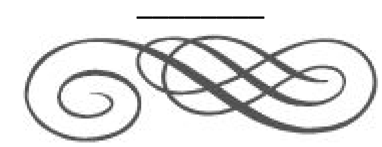
La inspectora respondió: —Encontraron un papel roto en la papelera de una iglesia católica que Jack había tirado. Así me lo dijeron en los comentarios del vídeo que habían preparado para mi colega.

Demóstenes puso los ojos en blanco, miró a Eurídice y empezó a hablarle en griego. La española los miraba como una niña perdida, incapaz de entender lo que decían. También Pano y Antígona se quedaron atónitos ante la pelea, pero no quisieron entrometerse. Empeorarían las cosas si se involucrasen.

—¿Ves, chica? Las instrucciones que mis antiguos colegas le dieron a Jack fueron quemar el papel; imagino que Steve, el tío de Pano, habría cometido el mismo error. Por eso te encontraron esos mercenarios en Mikro Papigo. No puedo ser responsable de los errores de los demás. La conversación codificada requiere el cumplimiento de ambas partes. No tengo la culpa de los errores de los demás, te repito.

—¿Entiendes, Demóstenes, lo que he tratado de explicarte todo este tiempo? "No tengo la culpa de los errores de los demás" dijiste. Entonces, ¿cómo puedes culpar a Adriana por el error de Jack? Nos explicó muchas veces lo que pasó. Jack se encargó de perseguir a esta banda. Perdónala ahora. Y finalmente, tenemos que contarle todo. No tiene sentido que no lo sepa. Ahora tenemos que ser un frente unido.

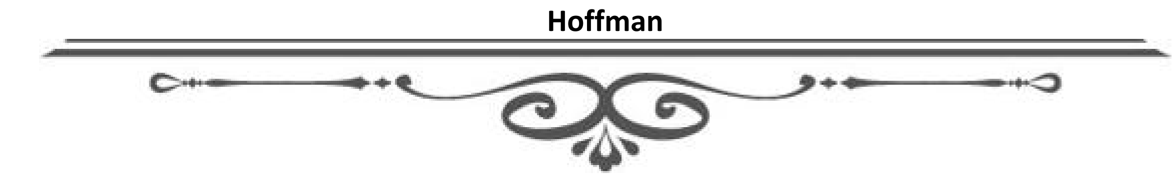
—Tienes razón —agregó Demóstenes y bajó la cabeza, con aspecto mortificado.



HABÍA PASADO UNA HORA y media. Habían explicado a la inspectora todo lo que había ocurrido en los dos últimos años. Se lo habían explicado con todo detalle. No podía creer que un arma tan pequeña pudiera crear tal perturbación y tal

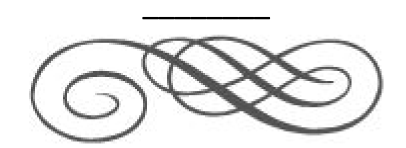
conspiración. Demóstenes intentaba explicarle:
—Y sin embargo... El grado de versatilidad de los aviones de combate o de los misiles es la clave de lo bueno o malo, como cualquier sistema de armas. En las últimas décadas, los departamentos de investigación y desarrollo, han puesto todo su empeño en fabricar armas super flexibles. Esto se debe a que cuanto más versátil es, menos posibilidades tiene de ser destruido por el enemigo. Por ejemplo. ¿Se puede acertar a una mosca con un misil guiado? No. Ahora imagina un avión volando como una mosca. Entonces sería imposible que ningún misil diera en el blanco. Así que tenemos un sistema de armas, una plataforma de guerra invencible para el enemigo. Los militares no piensan como nosotros. Su vida son las armas... Y no solo las armas, sino las que les darán el dominio total sobre el enemigo. Por lo que nos contó Pano, creo que se puede entender que lo que ha construido el naviero griego es algo terriblemente valioso.
—¿No te ha contado Doko ningún detalle sobre el arma? —preguntó Eurídice.
—No. Sólo sabía de la existencia del arma. Los detalles técnicos sólo están disponibles para los científicos del ejército americano y los jefes. Doko nunca me reveló más que eso.
Adriana se levantó de un salto: —Pero ahora todo tiene sentido. Melisas es probablemente el responsable de los asesinatos de Jorge, Bold... Mister Bamboo. Pero estoy desconcertada con la proclama de los neonazis.
—La proclama fue idea mía. Aconsejé a Jack que cambiara el orden del día de la discusión y desviara el caso con ello —les explicó Antígona.
Adriana la miró sorprendida.
—¿Qué harías tú en mi lugar? Estaba tratando de evitar que alguien llegara a Doko... Y como consecuencia a nosotros. Como ves, estás finalmente aquí, a salvo. Aunque no teníamos nada que ver con los asesinatos, estábamos involucrados en el caso indirectamente. Eso es lo que Jack y yo intentamos evitar con esa proclamación de los neonazis... intentamos distraer la investigación. No me mires con desconfianza, por favor. No tuvimos nada que ver con los asesinatos.
—No, no, no, me has entendido mal. No creo que seas culpable. Te he dicho desde el primer momento que te conocí que te creo. Estoy tratando de resolver el rompecabezas yo misma: Gutiérrez... su sobrino Mario, ese griego Melisas, Jorge, Bold, Mister Baboo. ¿Cuál es la conexión?
—¿Quién es Mario? —le preguntó Pano sorprendido.
—Haz un poco de café y te lo explicaré. Tenemos mucho que hablar.





UNA SEMANA DESPUÉS
28 de octubre, martes

Jurgen Klinsmann estaba nadando en su piscina cubierta con su hijo de ocho años. Se sentía muy orgulloso de él.
Fuera estaba oscureciendo.
Acababa de llegar un mensaje al móvil del alemán.
—Coge mi móvil rápidamente y tráemelo —ordenó al hombre de su seguridad personal—. Ten cuidado tonto, se te va a caer al agua. Dámelo.
Después de tomarlo en sus manos, el alemán, miró la pantalla. El remitente del mensaje era desconocido. Empezó a leer dentro de la piscina, quedándose boquiabierto:
"Nunca nos hemos visto. Soy Hoffman, el fundador de Hellgate... la conocida organización de mercenarios. Como sabes, el año pasado envié a mis tres mejores hombres a matar a Pano Dale y a sus amigos, en Mikro Papigo, en Grecia. La versión oficial fue que mis hombres murieron por una avalancha junto con los demás. Nunca lo creí. Por eso empecé a investigar desde el primer momento. No hace mucho descubrí que nuestros enemigos siguen vivos. Por eso me pongo en contacto contigo. Imagino que tú también buscas venganza. Sé dónde están, en un búnker secreto. Voy a darles una sorpresa muy aterradora. Tengo un regalo para ti. ¿Te acuerdas de Natalie? Es Eurídice Vassiou, la novia de Dale. Nosotros... los Señores del Infierno tenemos un destino común. Lo que voy a preparar para ellos, no te lo puedes perder. Quiero que los que fueron perjudicados a causa de ellos obtengan su venganza. Tengo sed de ella. Espera las instrucciones esta noche. No te extrañe que yo sepa tanto. Te hemos estado vigilando durante mucho tiempo".
El hijo de Jurgen le dio un codazo en el hombro y le gritó. Observaba a su padre mirando la pantalla de su móvil todo ese tiempo, congelado, con los ojos muy abiertos. Pensó que le había pasado algo.
Pano Dale está vivo?? Natalie es Eurídice Vasiou??? ¿Cómo me encontró Hoffman? ¿Cómo sabe tanto? Sé que es el fundador de Hellgate, pero nunca he tenido contacto con él... Estos tipos fueron contratados por Bold... Él era el fantasma, ¿no? ¿El diablo me envió mensajes? ¿Qué está pasando? Los malditos americanos me han dejado en ridículo. Dale está vivo... bastardos. Sí. Quiero vengarme de esos griegos. Me han hecho mucho daño hasta ahora... y esa Natalie... Eurídice. La encontraré y la haré mi esclava... quiero castigarla... como yo lo sé hacer.



AL MISMO TIEMPO, MELISAS estaba en su amplia residencia. Se había despertado unos minutos antes. Esperaba escuchar el sonido de la cafetera que significaría que el café francés estaba listo. Lo escuchó. Agarró con fuerza el asa del recipiente de cristal y vertió cinco dedos de café en su taza blanca. No quiso poner azúcar. Lo bebería negro.
Su teléfono móvil vibró. Lo tomó con la mano derecha mientras se rascaba el pómulo con la izquierda. La pantalla se había vuelto negra y unos jeroglíficos rojos e ininteligibles hacían acto de presencia. Estaba desconcertado. ¿Le habían hackeado? Sí, parecía que sus sistemas de seguridad habían sido hackeados. Pensó que eran los chinos. Después de la información que les había dado, seguramente lo vigilarían más de cerca. La información no era del todo exacta, por supuesto. El arma existía... pero que los americanos la usaran contra los chinos en conjunto con el resto de la OTAN, eso era una gran mentira y una ficción en su mente. Quería poner a los dos países en conflicto. Quería confirmar su ego... Que era el gran regulador y manipulador de todo. Jugaba con sus peones...
Esta tensión artificial entre EEUU. y China le reportaría más dinero. Lo tenía todo planeado en su mente enferma. Había más secretos que "expondría" a continuación... Y le pagarían bien por ellos. Pero todo sería una farsa. La única pista real sería la superarma de Doko y su colaboración con los americanos.
Sin embargo, había otra razón -la principal- por la que quería provocar ese conflicto. Para demostrar a su padre que podía... que podía causar una tercera guerra mundial si quería. Porque él era una especie de dios.
Pero todavía no quería revelar a Jurgen, a su padre, que era su hijo. Lo revelaría después del supuesto conflicto entre los dos países. Solo entonces Jurgen se daría cuenta del poder de su hijo.
Había descubierto a su padre desconocido hace dos años. Esa era la verdadera razón por la que entonces había empezado a organizar toda la conspiración con "Chispa" y todo ello. Quería presentarse ante su poderoso progenitor como un igual... No sólo como un agente. Quería impresionarlo... hacer que se inclinara ante su inteligencia.
Pero llegó ese Pano Dale, el maldito hombre... Que arruinó todos sus planes. Melisas ya no podía presentarse ante el multimillonario alemán como un hijo inútil que había montado una conspiración fallida. Pero ahora se acercaba el momento. Ahora, Jurgen Klinsmann lo sabría todo y se enorgullecería de lo que había logrado su hijo... Era sólo cuestión de semanas.

Pero, ¿por qué en aquel trágico día en la Patagonia, justo antes de empujarlo, no había revelado ese secreto a Pano? Porque simplemente la revelación perdería su magia. Ese secreto sagrado solo quería confesarlo a su padre. No podía decírselo a nadie más. Sí, le había desvelado lo necesario de Dale para que lo admirara y admitiera su grandeza, pero hasta ahí llegaba. No hacía falta nada más.

Había cambiado la vida de Melisas desde que lo descubrió. Había tenido una infancia tan mala, había sido tan oprimido por su madre biológica y luego por sus padres adoptivos. Era como un sueño que un hombre tan grande fuera su padre. Tenía los mismos genes que él. Conquistarían el mundo juntos, situándose en la cima de la pirámide.

Al fin y al cabo, el hecho de que Dale hubiera reventado el caso podría no haber sido tan malo. Las circunstancias eran ahora aún mejores para que Melisas hiciera su revelación a Jurgen. No se le presentaría como un pobre debilucho, sino como un hombre de éxito que lo había conquistado todo. Como su padre... el símbolo del poder.

Los jeroglíficos rojos comenzaron a unirse y formaron la compleja palabra inglesa HELLGATE en la pantalla. Melisas frunció el ceño y acercó la pantalla a sus ojos. Ahora empezó a aparecer un texto escrito en inglés, en letras claramente más pequeñas:

"Hola. Soy Hoffman, el fundador de Hellgate. Me pongo en contacto contigo para revelar que tu odiado enemigo vive. Pano Dale..."

Melisas leyó esto y comenzó a sentir pánico. No sabía si el remitente, le estaba escribiendo la verdad o si estaba bromeando. ¿Era posible que Dale estuviera vivo? Eso lo había confundido terriblemente. Le había provocado un episodio psicótico. Empezó a agitar los brazos y a decir cosas ininteligibles muy rápidamente. Estaba en crisis. Fue al baño rápidamente y sacó su caja de pastillas del armario. Se metió una de ellas en la boca y se inclinó hacia el grifo del lavabo para tragarlo, ayudado por el agua corriente.

Ahora estaba tranquilo. Volvió a la sala de estar. Comenzó a leer el mensaje de nuevo. No podía creerlo. Estaba furioso. ¿Cómo se había salvado después de que lo hubiera arrojado por el acantilado? Dale le había hecho un gran daño: por su culpa, aún no había revelado a Jurgen que era su hijo. Lo odiaba... odiaba mucho a Pano. Miró fijamente la pantalla, enrojeciendo de ira.

" Ahora mismo está en un búnker, con su novia y otros más. Lo sé... debes tener muchas preguntas. ¿Cómo puedo saber tantas cosas? No puedo explicarlo todo en un mensaje. Sólo puedo decirte que no estaba convencido de que mis propios mercenarios fueran asesinados por una bola de nieve. Desde entonces había empezado a investigar a todos y a todo. Hay un video de ti empujando a Dale por el acantilado. No te voy a entregar. No voy a decir nada, sólo te voy a felicitar por ello y te voy a respetar. Por eso me gustaría hacerte una propuesta de negocio. Nosotros... los Señores del Infierno, que gobernamos el mundo y el destino de los mortales, debemos unirnos. Como gesto de buena voluntad y como regalo para nuestra futura cooperación, te ofreceré a Pano Dale como presa. Espera mis instrucciones esta noche. No intentes contactar conmigo porque cortaré toda comunicación. Vienen cosas buenas para nosotros. Nadaremos en los miles de millones. Estoy reuniendo a los mejores de todos los rincones del planeta para formar una nueva organización... los Señores del Infierno. Espero que te unas a nosotros. No intentes rastrear nuestra conversación electrónica. Tengo a los mejores hackers trabajando para mí..."



Estoy preocupada

SE PUSO DE PIE, EN la orilla norte del lago Baikal que se extendía ante él como una bruja hermosa y misteriosa, seductora y de otro mundo. Las verdes colinas, abrazaban amorosamente sus aguas de cuento, que parecían cantar una melodía soñadora y serena. Una foca tocaba y nadaba, surcando su aterciopelada superficie, como una princesa que toca su arpa.

Aspiraba todo el oxígeno que fue posible. Un olor refrescante recorría el ambiente. El sol se estaba poniendo.

Su esposa interrumpió su viaje espiritual:

—Demóstenes, estoy preocupada. A esta hora deberían haber vuelto. Me preocupa que les haya pasado algo malo a los chicos.

—No tengas miedo, mujer. Tres marines estadounidenses nos buscan en Atenas. Mi plan funcionó, los desorientamos. Nadie sabe que estamos en Siberia. Ten paciencia, los niños volverán pronto...





—PRESIDENTE, DEBEMOS responder a esta acción altamente agresiva de los chinos. Si no respondemos, marcará el principio del fin de nosotros como la máquina de guerra más poderosa del planeta —dijo angustiado el Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.

—Tendremos que utilizar todos los medios diplomáticos necesarios. No debemos entrar en guerra. Nuestra economía no puede permitírselo —respondió el Presidente con determinación.

—Generales, por favor salgan de la sala, necesito hablar con el Presidente en persona.

Los demás generales y almirantes comenzaron a protestar y le dijeron que eso no constituía un proceso democrático. Pero finalmente obedecieron y se marcharon, bastante enfadados. El Jefe comenzó a explicar la situación al Presidente de los Estados Unidos, desde el principio.

— Escúcheme bien. Dentro de tres días los chinos, con el permiso de los rusos, realizarán un ejercicio naval con fuego real en nuestras zonas marítimas. Ya han emitido una directiva naval, la llamada Navtex, y han reservado zonas marítimas que nos pertenecen. Esto es un acto de guerra, presidente. No podemos dejar que esto quede sin respuesta. Es similar a una invasión de tierras. ¿Quiere que nos retiremos? Si no respondemos a este desafío, el prestigio de nuestro país se derrumbará. Nos veremos débiles.

—Vale, lo entiendo. Sí, tenemos que responder. Maldita sea, el país tiene tantos problemas y esto es el colmo. Malditos chinos...

—Me alegro de esta decisión, presidente. Instruiré al Jefe de Operaciones Navales para que libere las reglas de combate.

—¿Qué flota estará activa en el Pacífico?

—En dos días, la Sexta Flota llega allí. Afortunadamente, nuestros barcos estaban cerca.

—¿Estará también el portaaviones USS Eldridge?

—Presidente, el portaaviones de propulsión nuclear USS Eldridge será la punta de lanza de nuestra flota. Si es necesario, bombardearemos toda China.

—No, no, no, ni siquiera lo pienses. Seremos condenados por toda la comunidad internacional. Tenemos que hacer movimientos quirúrgicos que no causen la muerte de inocentes.

—Tenemos el arma adecuada para ello —le dijo, y su voz destilaba confianza mientras le miraba con atención.

—¿El acuerdo que me hiciste firmar con el naviero griego el año pasado? Acabo de acordarme—le dijo sorprendido—. ¿Qué pasa con eso? ¿Está listo? Pensé que tardaría años en construirlo.

—Se necesitan años para construir un gran barco. Pero esta arma tiene el tamaño de un juguete para niños. Ya hemos construido cientos de unidades y las pruebas que hemos hecho en alta mar han sido un éxito. Funciona... Y funciona bien. Y es exactamente lo que necesitamos para evitar los focos negativos con el argumento de que estamos golpeando a los civiles.

—Pero, ¿se puede utilizar en una guerra real?

—Los científicos han asegurado que sí. Los chinos no sabrán qué les golpeó.

—Muy bien. ¿Tus generales y almirantes lo saben?

—Sólo el Jefe de la Armada sabe de su existencia. Por ahora, es mejor mantenerlo en secreto. Me estremece la idea de que se fugue cualquier información.

—Pero... ¿Es posible que los generales y almirantes filtren algo así?

—¿Recuerda lo que ocurrió hace tres años y cuánto aprendieron los rusos y de quién?

—Sí, sí, desgraciadamente lo recuerdo. Tiene toda la razón y toda mi confianza. Proceda como considere oportuno.

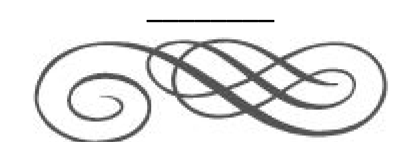


EL GRAN DÍA HABÍA LLEGADO para Dino Melisas. En muy poco tiempo llegaría al lugar que le había indicado el remitente del mensaje. Estaba situado junto al lago Baikal.

Ahora mismo estaba en una camioneta. El conductor, un tipo rudo y sin afeitar, olía a alcohol. Dino recordó el último mensaje:

"El 2 de noviembre, a las 5 de la tarde, alguien te estará esperando en el aeropuerto de Irkutsk..."

Melisas tenía varias dudas sobre si debía asistir. ¿Y si le habían tendido una trampa? Después de todo, no conocía en absoluto a ese Hoffman y sus motivos. Por otro lado... Hellgate era una organización que llevaba las riendas en el submundo de las petroleras y más allá. Era muy tentador para él entrar en ese negocio. Pero sobre todo, quería ver a Pano Dale frente a él. No podía esperar a tener su segunda venganza. Hoffman se lo había recalcado, Dale sería su regalo... Su premio. Después de todo, ¿quién más podría enviarle mensajes así? Sólo Hoffman sabría algo. Había hecho asesinar a sus mercenarios. Tenía sentido que no dejara este caso sin resolver.



TARDARON VARIAS HORAS en llegar al lago Baikal. El conductor y el pasajero apenas se habían dirigido la palabra. No importaba qué pregunta le hiciera Melisas durante el trayecto, no recibía ninguna respuesta de él, salvo un movimiento de cabeza, negativo o positivo según el caso.

Abrió la puerta del coche rojo y salió. Se sentía muy dolorido. Pensaba que debería haber pasado la noche en un hotel antes de venir aquí. Lamentó haber seguido al pie de la letra las instrucciones de Hoffman. Además de eso, tenía miedo, mucho miedo. Realmente, estaba en un lugar desierto con un completo desconocido. Pero, ¿cómo podría irse ahora? Por desgracia, tendría que adaptarse a la situación.

—Vamos —le dijo de forma ruda e imperativa el extraño hombre, señalando el camino.

Melisas obedeció y comenzó a caminar con él a paso rápido.

Ahora estaban justo afuera de la entrada de una cueva. El miedo le paralizó las piernas. —Ven, ven —le decía.

Con mucha vacilación, atravesó la entrada de la cueva. Ya no había vuelta atrás.

Caminó despacio y con paso firme, observando el espacio que le rodeaba. Oscuridad por todas partes. En la distancia sólo se veían algunos puntos brillantes. ¿Había gente allí? Sí, había gente.

El moreno sin afeitar aceleró el paso. ¿Cómo podría ver sin luz? Melisas se estaba asustando. Pero no podía irse, tenía que seguirlo.

Casi se cayó. Se recompuso y también empezó a caminar rápido. Estaba totalmente alerta. Le pitaban los oídos.

Se necesitaron unos 70 metros de bajada para acercarse a la luz. Frente a él se alzaba imponente un trono de color negro y rojizo, y a su alrededor, varias antorchas cuyas llamas danzaban e iluminaban la cueva, dulcificando su carácter salvaje.

—Bienvenido —dijo una voz electrónica distorsionada, alterada quizás por un sintetizador. Era como si un ordenador hablara. Melisas estaba aterrorizado, le temblaban las piernas. Intentó mantener la calma.

—Encantado de conocerte —dijo en voz alta. Intentó demostrar que no tenía miedo.

Mientras tanto, no podía entender de dónde venía esa ajena voz electrónica. Se preguntaba si había altavoces a su alrededor.

—Aquí estoy —le dijo la voz aterradora—. Mira más de cerca. Estoy frente a ti.

Melisas levantó la vista y observó el trono con más detenimiento. Sí, alguien estaba sentado allí. Su corazón empezaba a latir con fuerza. Sus oídos pitaban aún más fuerte. Iba a tener un ataque. No, lo iba a conseguir. Tenía que mantener la calma. Esa figura negra errática que lleva la máscara diabólica del Bael con cuernos no debía afectarle.

—Te veo —le respondió con voz tensa, fingiendo no tener miedo.

—No tengas miedo. Soy el fundador de Hellgate. Hace varios años, en Irak, fui víctima de un bombardeo. No he podido caminar desde entonces. La metralla de la explosión me destruyó la cara y parte de las cuerdas vocales, así que llevo la máscara y por eso hablo a través de un dispositivo electrónico. Y tu amigo, Pano Dale, ahora es un lisiado, creo que estás deseando verlo delante de ti. ¿Tienes ganas de terminar lo que empezaste el año pasado? —y la aterradora voz robótica, se hacía cada vez más fuerte.

—Sí, lo estoy deseando —respondió Melisas, que estaba temblando de emoción. Quería verlo ante él, humillado. Él de pie, y Dale clavado en su silla de ruedas, mirándolo con asombro y horror. Qué tonto era, por haber tenido miedo antes. Ahora todas sus inseguridades habían desaparecido. Ese iba a ser el mejor día de su vida. Esa noche se cumpliría su destino. Hoffman, era como un Ángel... Como un Demonio, que le ayudaría a cumplir sus deseos y a escalar aún más la

pirámide del poder.
—Me alegro de ello. En unos minutos, mis sirvientes lo traerán ante ti. Pero ahora quiero que conozcas a alguien. Él también será parte de nuestra nueva organización... *Los Señores del Infierno*.
Tres antorchas se encendieron de repente a su derecha. Melisas giró la cabeza sorprendido. La cueva era enorme. ¿Era él quien creía que era? Sí, era él. ¡Qué grandes regalos le había hecho hoy el jefe del Hellgate! Quería llorar de felicidad.
Frente a él veía a Jurgen Klinsmann. Ahora todo tenía sentido. Cuando terminara con Pano Dale, entonces le revelaría a Jurgen que era su hijo. Oh, sí... Todo había surgido mágicamente, para que la revelación se hiciera en el momento adecuado. Después de todo, el hecho de que Dale no hubiera muerto el año pasado había resultado positivo. Ese poder superior le había traído todo favorablemente. Todo había conspirado para que llegara el día de hoy. Melisas se acercó al alemán en éxtasis. Él también estaba sentado en un pequeño trono.
—Hola, Dino Melisas —se presentó mientras le miraba con admiración. —Jurgen Klinsmann —el alemán se presentó dándole un apretón de manos.
La Voz comenzó a explicar al alemán quién era Melisas:
—Frente a ti tienes al Fantasma, a Dios o al Diablo. Lo que elijas, lo que prefieras. Tienes al que te guió a través de los mensajes, tienes al gran ajedrecista, un genio, que me hizo inclinarme ante él también.
Jurgen abrió los ojos sorprendido e inclinó el torso hacia delante para observarlo mejor. Estaba impresionado. ¿Era este el joven que había orquestado toda esta conspiración de Chispa y Doko?
Klinsmann había llegado a la cueva hacía quince minutos. No había tenido tiempo de que el que llevaba la máscara con cuernos de Bael, le explicara más sobre su encuentro. Ahora le explicaría todo.
La Voz continuó: —Siéntate en tu trono Dino. Encended las antorchas —ordenó a sus mercenarios que llevaban capuchas y estaban vestidos de negro.
Melisas se sentó. Sintió una felicidad absoluta. Todo había superado sus expectativas. ¿Qué regalos le deparaba el destino? Completaría su venganza contra Dale, y luego revelaría a Jurgen que era su hijo. El alemán ya estaba muy impresionado con él. Ya lo respetaba.
Miraba a su alrededor la gran cueva. Había varios mercenarios portando armas.
—Ya que os habéis conocido, puedo explicaros algunas cosas. Supongo que os estaréis preguntando por qué os he elegido para asistir aquí esta noche.
—Sí —respondió Jurgen—. ¿Por qué nosotros?
—Porque sois los mejores y ante el éxito no dudáis en sacrificarlo todo. Con lo que vi de vosotros, quedé muy impresionado. Si unimos nuestras fuerzas, seremos imbatibles. Haremos todo el dinero del mundo. Políticos, empresarios, universidades... harán lo que les digamos. Seremos mucho más poderosos que incluso los masones. ¿Estáis conmigo?
—Sí, ambos respondieron impresionados.
—Mi regalo para vosotros sellará nuestra cooperación. Dino Melisas, a ti te entrego a Pano... Jurgen, a ti te entrego Natalie... o... Eurídice. Tráela...
Tres personas llevaban ahora una mesa de madera sobre la que Eurídice estaba tumbada de espaldas. Sólo llevaba puesta su ropa interior roja. El alemán estaba completamente excitado. Esa mujer lo estaba volviendo insensato. ¿Cuántas caras tenía? Primero se había presentado ante él como una pantera negra, luego como una rubia. ahora como pelirroja. La anhelaba... La anhelaba. Iba a convertirla en su esclava. Compraría una casa sólo para ella. La mantendría encerrada allí.
Quería levantarse e ir a tocarla. Eurídice parecía inconsciente. Probablemente la habían drogado.
—Todavía no, Jurgen. Ten paciencia, aguarda unos minutos. Espera hasta que se despierte. Quiero oírla gritar de miedo, cuando te vea enfrente de ella.
—Sí, sí, sí... sí... —decía Klinsmann que estaba excitado.
—Ahora... El regalo de Melisas. Tráelo.
Melisas sentía magia en su interior, se sentía muy bien. Vivía para ese momento. Estaba observando a Pano Dale, estaba indefenso en una silla de ruedas. Su pelo había crecido mucho. Su mirada era feroz.
—Pano, qué sorpresa es esta —le dijo Melisas con ironía—. Al principio, cuando me enteré de que no te habías matado por la caída, me alteré, lloré, rompí cosas en mi casa. Pero ahora comprendo que todo sucedió por una razón. Mi venganza no se completó el año pasado, pero finalmente se completará hoy. Estabas destinado a ver a la mujer de tu vida violada ante tus ojos —le decía con una voz llena de maldad.
Pano, sin hablar, estaba llorando, mientras que el alemán estaba conmocionado.
—Ya no me importa nada. He perdido mi alma. Cualquier cosa que me hagas, será en vano. Me he convertido en una bestia. Me lo quitaste todo el año pasado, desde el momento en que me empujaste de aquella colina en la Patagonia, lo perdí todo. No puedes quitarme nada más.
—No, Pano, no digas eso. Puedo hacerte sufrir más. Ya lo verás. Una pregunta antes de que empiece el programa. ¿Cómo te has salvado? ¿Cómo? —le preguntó, mientras era evidente que deliraba. Había comenzado a hablar muy rápida e

intensamente, mientras una risa histérica se asomaba a sus labios.
—Por los árboles. Los árboles me salvaron...
—Pero aquí no hay árboles, ¿verdad? Aquí estás en el infierno de Hades. Sí, sí, ¿cómo no lo he visto antes? Estamos en el infierno. Estás hablando con los Señores del Inframundo. Ya no hay nada que te salve.
La Voz comenzó a hablar:
—Exactamente Dino. Ahora somos los Señores del Infierno. Olvida la Chispa, olvida el intento de asesinato que organizaste contra el naviero griego, olvida a los chinos. De aquí en adelante, vas a entrar en las grandes ligas. Ahora que lo pienso, los agentes chinos no te han seguido, no les has dicho nada sobre nosotros, ¿verdad? He dejado claro que vienes solo.
Riendo histéricamente, empezó a hablar:
—No, son todos idiotas, uno puede engañarlos muy fácilmente. Como excusa para ausentarme unos días, le dije que me iba de vacaciones. Se creen todo... Incluso creyeron la mentira que les dije sobre el arma de Doko.
— ¿La mentira sobre el arma de Doko? ¿Qué quieres decir?
—Pensé que lo sabías, ya que me estabas vigilando.
—Sé lo del arma del naviero griego, chico. No vuelvas a insultarme. Pero no sé sobre la mentira que les dijiste a los chinos.
—Me disculpo. Les dije a los chinos que esta arma está siendo desplegada conjuntamente por todos los países de la OTAN, para destruirlos. Les dije que planean un ataque contra ellos. Pero esto es una gran mentira. Los estadounidenses construyen el arma solos y por su cuenta. No hay información sobre ningún ataque contra China.
—No nos interesa que haya un conflicto entre China y Estados Unidos —le interrumpió Jurgen, que no sabía nada del caso. Lo que estaba escuchando era una gran sorpresa para él. Pero prefirió no hacer demasiadas preguntas y limitarse a observar lo que ocurría.
—Nos conviene —respondió Melisas con mucha firmeza—. Tengo un plan. Creo que no me ha ido mal con la conspiración que organicé respecto al intento de asesinato de Doko.
Pano se levantó muy enfadado:
—Eres un asesino a sangre fría, estás enfermo. Dejaste a una madre sola, sin su hijo.
—¿De cuál madre estáis hablando?
—De Martinis.
—Jajajaja, he salvado al mundo de un imbécil. No le pasará nada a su madre, estará bien por sí misma.
—Asesino. Mátame y acaba con esto —gritaba y lloraba.
—No, amigo mío. No, no te mataré todavía —dijo y se volvió bruscamente hacia Jurgen—. Creo que Eurídice está empezando a despertar. Oh, cómo voy a disfrutar viendo eso. Señor Klinsmann, cuando todo esto termine, le confesaré algo. Creo que este es el lugar y el momento adecuados —le dijo Melisas.
—¿Qué? —el Aleman le preguntó sorprendido.
—Tenga paciencia.
La Voz habló:
—Bueno, Jurgen, hoy vamos a sellar nuestra asociación. Todos conoceremos el mayor secreto de los demás. Como las sociedades secretas. Vamos, ve con ella. No soy como los americanos, que te chantajean. Seremos amigos de por vida, hermanos. Sé que te has visto obligado a entregarles los secretos de tu empresa durante el último año para evitar la cárcel. Nunca usaré el chantaje, lo sabes. Cada uno conocerá un gran secreto del otro para que nadie pueda chantajear a nadie. Así, nuestro sagrado juramento quedará sellado.
—Pero no conocemos ningún secreto tuyo —le dijo el alemán.
—Muy pronto lo sabrás. Ahora, ve con ella. Quiero ver esto. Sobre la mesa hay una inyección. Cuando se despierte, quiero que le pongas la inyección en el talón. La calmará. No puedo oír sus gritos.
Pano no lo miraba, tenía la cabeza baja y estaba llorando.
Eurídice acababa de despertar. Abrió los ojos y empezó a gritar. Estaba atada con mucha fuerza a la mesa y le era imposible hacer el más mínimo movimiento. El alemán se acercó a ella. Estaba muy excitado.
—Silencio, mi pequeña tentadora. Cálmate. Hoy te haré mujer. Cállate, dijo, con su voz temblando de lujuria.
Eurídice siguió gritando. Jurgen consiguió inyectarla en el talón, a pesar de su fuerte reacción.
Melisas observó extasiada la escena que se desarrollaba ante él. El fuerte contra el impotente... Un hombre poderoso abusando de una mujer impotente. Cómo le gustaba eso.
Eurídice ya no gritaba. Parecía que el sedante empezaba a hacer efecto. El alemán se quitó la camisa blanca con rápidos movimientos. Su mirada se había vuelto loca. Su presa estaba indefensa.
Melisas miró a su izquierda al hombre que llevaba la máscara con cuernos, la máscara de Bael. Pensó que a partir de ahora sólo viviría esos momentos mágicos con su padre. Los dos se volverían invencibles...
—Pano Dale, mira... Mira lo que le va a pasar a tu mujer, mira. Levanta la cabeza, perro. Levanta la cabeza, te lo ordeno —le decía con rabia—. Lo que me recuerda, lo que me recuerda... Oh sí. El famoso mito de Orfeo y Eurídice. Los Señores

del Inframundo secuestraron a Eurídice y la serpiente le dio la mordida fatal en la pierna. Dios mío, qué similitudes. Lo único que no coincide es tu nombre. Arruinaste todo, perro inútil.
Pano mantuvo la cabeza baja. Tenía sus manos en él. En el momento en que el alemán se quitó los pantalones y se bajó los calzoncillos, se oyó la Voz.
—Para —le dijo imperativamente. Se levantó de su trono y se dirigió hacia Jurgen.
Melisas y el alemán estaban sorprendidos. Después de todo, Hoffman, el fundador de Hellgate, se supone que era un inválido.
—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Jurgen en voz alta. Entrad, entrad rápido —y se había acercado su reloj a la boca.
El hombre que llevaba la máscara con cuernos se la quitó y se dirigió al alemán:
— Hemos capturado a tu gente. Ya están desarmados y atados. ¿Nos tomas por tontos? ¿Crees que no sabíamos que ibas a traer al equipo de protección contigo? Observaban discretamente y desde la distancia todo el camino, pero eso no fue suficiente para que no nos percatáramos de su presencia.
Melisas estaba asustado. Justo cuando pensaba que estaba teniendo el mejor día de su vida, todo se había vuelto del revés. ¿Quién era ese anciano que se hacía pasar por el fundador de Hellgate y que hablaba ese inglés roto?
—¿Quiénes son ustedes? —gritó el alemán, que estaba siendo sujetado por tres personas.
—Cálmate. Me llamo Demóstenes. La inyección que le diste a Eurídice contenía vitamina B. ¿Estás decepcionado?
Melisas se levantó de su trono e intentó huir. Él también fue sometido por dos hombres encapuchados vestidos de negro.
Pano levantó la cabeza y le dijo irónicamente:
—Estás jodido, Dino.
Justo en ese momento, Eurídice se levantó de la mesa de madera donde estaba tumbada, se acercó a Jurgen Klinsmann y le escupió despectivamente. Antígona y Adriana, que estaban entre los “mercenarios”, también se quitaron la capucha.
Melisas, estaba fuera de control, llorando. Acusaba a Pano de haberle arruinado la vida una vez más. Pano tomó la palabra. Comenzó a hablar con seguridad:
—Como has entendido Dino Melisas, te tenemos. Lo que se dijo aquí se escuchó en todo el planeta. Todo se transmitió en directo en varias redes sociales y varios canales de todo el mundo. Ya has confesado el asesinato de Martinis, el intento de asesinato contra mí, contra Doko y la formación de una organización criminal... Así como la difusión de información falsa, incluso de alto secreto, a los servicios chinos y el espionaje en su nombre. Hay muchos más cargos que te pondrán tras las rejas por muchos, muchos años. Has fallado amigo mío, has caído en la trampa. Estabas tan cegado por el poder que te arriesgaste a venir aquí —le dijo Pano, enfrentándose a una criatura asustada y cobarde ante él.
—Por favor, perdóname, por favor. Mi madre tiene la culpa de todo. Por favor —le dijo la insolente Melisas—. Hasta los diez años, antes de ser adoptado ilegalmente por los griegos, me menospreciaba constantemente, me llamaba inútil e incompetente. Me llamaba hijo del diablo. No quería verme delante de ella. Esas heridas nunca me abandonaron. Por favor, Pano, déjame ir.
—Entiendo hasta cierto punto el maltrato psicológico que pudiste sufrir de niño, pero eso no justifica tus acciones. Podrías haber ido a un psiquiatra para que te ayudara en lugar de asesinar a gente inocente. Pero no lo hiciste, porque simplemente eres malvado. Elegiste, en lugar de complicarte la vida a ti mismo, complicársela a los demás. Hiciste lo que hiciste porque querías. Cada día, demasiada gente lo pasa mal. Muchos niños lo pasan mal, pero nunca utilizan eso como excusa para hacer daño a los demás. Se convierten en personas más conscientes cuando crecen y lo dan todo para ayudar al prójimo. Yo tampoco tuve una buena infancia y adolescencia, pero elegí amar a la gente y apoyarla.
—Padre, padre, sálvame —suplicó Melisas a Jurgen.
El alemán acababa de darse cuenta de que era su hijo perdido. Empezó a gritarle:
—No, no... Tú, tú —le dijo con rabia—. Me has destrozado. Mi vida era maravillosa antes de que empezaras a enviarme esos mensajes. Me arruinaste...
—Hoy vas a recibir tu merecido, Dino Melisas —le dijo Pano, con un tono de voz muy tranquilo—. Para que conste... Déjame decirte que mis padres me habían bautizado como Orfeo - Pano. Me habían dado los nombres de mis dos abuelos. Mientras crecía, decidieron usar el nombre de Pano porque se consideraba un nombre más moderno. Sin embargo, hay un Orfeo en mi alma. Sólo que... Yo no sigo los mitos como tú... No estoy a su merced. He creado mi propio mito como hombre pensante y activo.
Orfeo finalmente vengó a los dioses del inframundo y salvó a su amada Eurídice. Me tienes ante ti, confinado en una silla de ruedas físicamente, pero erguido y brillante de espíritu.
Te he ganado... Y tu derrota es pesada. Tu caída ha hecho ruido.





UN MES DESPUÉS

—Buenas noches, señoras y señores. Hoy tenemos con nosotros a los fundadores de la organización activista "**IRINI**", Pano Dale y Eurídice Vasiou. Tengo mucho que preguntaros, habéis pasado por situaciones terribles en los últimos dos años —dijo la presentadora de la cadena británica BBC.

Eurídice tomó la palabra, hablando en inglés:

—Buenas noches a todos los espectadores. Permítanme empezar explicando el significado de la palabra griega "Irini", para aquellos que no lo sepan. Irini **(Ειρήνη)** es una palabra griega que significa **Paz**. Este es exactamente el objetivo de nuestra organización, intentar llevar la paz al mundo y detener las guerras. Uno de nuestros objetivos más importantes es reducir la venta de armas entre naciones.

—Si no me equivoco, el nombre **Irene** tiene su origen en esta palabra, ¿no?

—¡Tienes toda la razón!

—Vale... Bueno. Al comenzar esta entrevista quería daros mi enhorabuena! Lo que habéis conseguido, que los Estados concluyan acuerdos mutuos para una reducción del 50% de su armamento militar, era impensable. Se ahorrarán muchos miles de millones... O más bien billones, que se destinarán a la educación y la sanidad. Habéis conseguido algo maravilloso, de verdad. ¿Cómo tomasteis la decisión de montar esta operación encubierta contra el ex agente griego, Dino Melisas y contra el hombre poderoso de la industria bélica? ¿El tal Jurgen Klinsmann?

—Tomamos esta decisión porque estábamos en un callejón sin salida. No podíamos escondernos por más tiempo. Esto fue una muerte mental para nosotros. La decisión final de esta operación se tomó de forma conjunta y tras muchas reflexiones e interminables discusiones.

—¿Quién inspiró esta idea... Es decir, atrapar a Melisas y a Klinsmann?

—La idea fue mía... Y un lobo es responsable de ello.

—¿Un lobo? —preguntó sorprendida la presentadora.

—Sí, un verdadero lobo. Ese día había recordado quién me había empujado al precipicio y estaba muy, muy confundido y estresado. Esto me llevó a tomar una decisión no muy acertada. Tomé la decisión de ir a dar un paseo esa tarde, solo, para relajarme, para alejarme de mis pensamientos y de mis tortuosos recuerdos. No quiero extenderme, seré lo más breve posible. Sí, esa tarde... O más bien esa noche, mi silla de ruedas se atascó en el barro y no podía moverme. Por desgracia, me quedé atrapado allí. Mientras intentaba sacar la silla de ruedas del terreno fangoso, de repente empecé a oír gritos... Eran los aullidos de los lobos. El terror se apoderó de mí. En ese momento, una manada de lobos se acercaba lenta y constantemente hacia mí, podía ver sus ojos a distancia, que brillaban en la completa oscuridad. Aunque todos dejaron de moverse en algún momento, cuando se acercaron a unos metros de mí, el más grande siguió avanzando, dando pasos muy lentos con una actitud muy amenazante. Entonces me di cuenta de que este gran lobo era el líder de la manada. En diez segundos, ya estaba a mi alcance. Recuerdo que... Me miraba y gruñía, yo estaba seguro de que iba a atacarme. Nuestras caras estaban a centímetros de distancia...

La presentadora interrumpió el flujo del discurso de Pano y dijo horrorizada:

—Oh, Dios mío —decía mientras Eurídice le estaba acariciando la mano entre lágrimas. Pano continuó su narración:

—En ese momento tuve una epifanía, sentí una iluminación, no puedo explicarlo con palabras... Pero ya no tenía miedo. Estaba cansado de ser perseguido todo el tiempo. Me di cuenta de que tenía que dejar de ser la presa. Te parece extraño, lo entiendo. Sólo escuchar la palabra lobo, asusta a todo el mundo. Pero a veces, en estos estados extremos de terror, una persona puede descubrir poderes que no sabía que tenía. Eso es lo que me pasó a mí. De repente... No tenía miedo. Fue como si el lobo entendiera esto, que ya no le tenía miedo... Y en unos segundos quitó sus ojos de mí y se fue. La manada lo siguió. Durante las dos horas que estuve solo en aquel lugar, hasta que mi gente me encontró, atascado en el barro, decidí, en lugar de ser la presa, ser el cazador, ser el lobo y tender esta trampa a Melisas y al alemán.

—¿Así que tienes un trozo de lobo en tu alma?

—No sé qué decirte. Puede haber una interpretación metafísica de todo esto... Algo indio. Tal vez me puse en contacto con el Espíritu del Lobo y me ayudó. Realmente no sé...

—Tal vez te haya ayudado, haciéndote cargo de la situación, en lugar de esperar pasivamente a ver lo que te pudiera ocurrir.

—Exactamente. Dos días después de este suceso, y tras haber acordado tenderles esta trampa y arriesgarnos a revelar que estábamos vivos, viajé a Irkutsk con Eurídice y Adriana. Allí compramos dos ordenadores.

—Ah, ahora que mencionas a la señorita Adriana. He oído que ha dimitido como agente de policía. ¿Es eso cierto?

—Es cierto. Adriana es ahora un valioso miembro de nuestra organización de voluntarios. Se dedica a ello y está ayudando enormemente en la lucha por menos armas en el planeta. Además, sin su ayuda no lo habríamos conseguido. Se puso en contacto con un formidable hacker, compañero de la policía, que lo organizó todo. No habríamos podido salir

a la luz en ninguna red si no fuera por él... O más bien sin todos esos hackers que nos ayudaron en todo el mundo.
—¿Todos ellos? —preguntó asombrado el presentador.
—Sí, todos ellos. El colega de Adriana se puso en contacto con Anomymous, pero también con otros grupos de hackers que fueron los que más nos ayudaron.
—También es policía, ¿no?
—Uh... Policía entonces. Ahora han dimitido y se han unido a nuestro esfuerzo. —Pano, ¿cómo conseguiste localizar a Dino Melisas?
—Me puse en contacto por teléfono con el ex comandante del CNI, quien se sorprendió al oír mi voz. Él, no podía imaginarse que estaba vivo. Tras la sorpresa inicial, hablamos... Hablamos durante bastante tiempo. Finalmente me confió que Melisas había dimitido del CNI hacía unos meses porque quería hacer carrera en el sector privado en China. Después de saber esto, empecé mi investigación a fondo: me puse en contacto con todos esos "chicos buenos"... Con varios hackers de todo el mundo y encontré toda la información relativa a la vida de Melisas. Información que ni siquiera el CNI conocía: que una ciudadana turca lo había dado en adopción a una pareja griega, cuando el niño tenía diez años. Fue en aquellos años cuando las adopciones ilegales eran muy populares, por desgracia. Su madre biológica había fallecido hace varios años, según hemos sabido.
—Es una pena. Pero sigamos con las preguntas más interesantes: ¿cómo sabías que estaba en China y que trabajaba para ese Estado?
—Eso era lo más sencillo. Revisamos todos los registros de la aerolínea. Averiguamos adónde había viajado y cuándo. No tenía motivos para ocultar dónde iba a trabajar. Quería parecer y sentirse honesto, como si no tuviese nada que ocultar. Sería mucho peor y parecería sospechoso que hiciera un viaje secreto a China. Pero ahora, todo parecía normal: viajó allí porque una empresa privada china lo contrató. Por supuesto, nunca creí las mentiras que le dijo al comandante del CNI. Ves, Melisas tenía un don para crear confianza en quienes lo rodeaban. Y yo, si no hubiera visto su verdadero rostro, habría confiado plenamente en él. Pero con lo que sabía y lo demoníaca que era su mente, estaba seguro de que no estaba allí para trabajar para una empresa de interés privado, sino para traicionar lo que sabía a los agentes chinos. Así es que me puse en contacto con los servicios secretos chinos enviándoles una señal de socorro. Les informé de que en caso de que un agente griego se hubiera propuesto cooperar con ellos, no debían confiar en él. Les di otra información que no es posible mencionar en este momento. Me pidieron que demostrara lo que había dicho. Finalmente, los probé en la cueva. Si eso no hubiera ocurrido... Todos sabemos lo que habría pasado. Ese día estaba previsto un ejercicio chino en aguas territoriales estadounidenses.
—Bien, dejemos a Melisas ahora. Hay tantos temas, que de verdad, no sé por dónde empezar. Jurgen Klinsmann, ¿será juzgado por la violación de esta mujer turca, ocurrida hace unas tres décadas?
—Por lo que he oído, será juzgado, el delito no ha sido. También será juzgado por el intento de violación de Eurídice. Todos lo escucharon en vivo.
—Una fuerte acusación. La creación de una organización criminal, dos violaciones...
—Y mucho más —añadió Eurídice, que tomaba la mano de Pano con cariño.
—También debo decir que hace poco me enteré de que finalmente detuvieron al fundador de esta organización criminal de mercenarios, Hellgate, y a decenas de sus mercenarios, por crímenes de guerra en África, los Balcanes y Oriente Medio. Ni que decir que a Hoffman no le preocupó en absoluto la muerte de los suyos aquel día en Mikro Papigo. Todos eran prescindibles para él.
—¿No tenéis miedo a las represalias?
—No, no tenemos miedo. Ya nos hemos escondido lo suficiente. A partir de ahora, todo saldrá a la luz. No hay más secretos. Lucharemos por un mundo mejor. No nos haremos ilusiones de que vayamos a cambiar todo de repente. Es casi imposible. Pero podemos hacerlo un poco mejor, poco a poco, con la ayuda de los demás. Ah... No nos olvidemos de dar las gracias a todos esas miles de personas que se han manifestado en las calles durante el último mes, y que han obligado a los gobiernos a firmar este pacto en la ONU para reducir el armamento mundial en un 50%. Un último gran agradecimiento a los activistas antifascistas internacionalistas que respondieron a nuestra llamada y vinieron de diferentes partes de Rusia y Europa para hacerse pasar por mercenarios ese día... En la cueva.
—¿Crees que los gobiernos cumplirán este pacto?
—Creo que lo harán. Verán cuánto dinero ahorran, cuántas acciones positivas pueden financiar gracias a estos ahorros, y se ceñirán a ello.
—El Jefe de las Fuerzas Armadas de EEUU., así como otras cuatro personas, están siendo juzgadas en estos momentos. ¿Tiene algún comentario al respecto?
—Es triste, pero no tenemos nada que hacer. Optaron por ocultar información crítica a sus otros colegas y compatriotas sobre la fabricación de esta arma.
—¿Quiere comentar algo sobre el naviero griego?
—¿Cómo qué?
—Por ejemplo... ¿No debería ser juzgado también en Grecia?

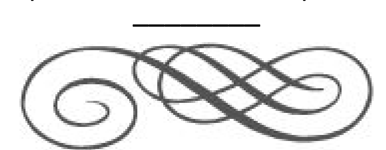
—Sin comentarios. Doko me salvó la vida el año pasado. No quiero profundizar en esto.
—¿Lo pasaste mal en la prisión rusa?
—Fue sólo por una noche. Al día siguiente, todo estaba aclarado. Además, seamos sinceros, el Estado ruso no sufrió ningún daño por nuestra parte. Todo lo contrario.
—Una última cosa... Antes de tomar nuestra primera pausa comercial. Entonces hablaremos de tu infancia. Pero antes de eso, me gustaría pedirte tu opinión sobre las muertes de Jorge Sanz, Howard Bold y Mister Bamboo. ¿Podría Melisas ser responsable de eso también? No se incluirá en la acusación contra él, como parece.
—Por desgracia, esa noche no tenía un guión escrito. Me olvidé completamente de preguntarle sobre tales asesinatos. Melisas habría admitido todo, estoy seguro. Es una mente demoníaca. Pero aun así, los delitos que se le imputan son demasiados, así que pasará muchos años en la cárcel. Espero que se convierta en un hombre mejor.
—Eurídice, ¿tienes ganas de ver a tu mejor amiga Xenia?
Eurídice no podía hablar por la emoción. Tenía las manos delante de la cara y estaba llorando. Iba a encontrarse con Xenia en Atenas, dentro de unos días, en la inauguración de la sede de la organización activista, llamada Irini.



6 DE DICIEMBRE
Sede central de la organización "Irini"
Atenas, Grecia

Eurídice tomó la palabra. Frente a ella había cientos de personas, miembros de Irini. Era el día de la inauguración de sus nuevas oficinas.

—Como sabéis, ese día evitamos una tercera guerra mundial. Los buques de guerra chinos estaban a punto de invadir las aguas territoriales de los Estados Unidos. Todos sabemos que esto no habría quedado sin respuesta y habría creado un conflicto militar. Si Melisas no hubiera confesado que había dado información parcialmente falsa al estado chino, y si no lo hubieran escuchado todo en vivo, no habrían pedido a sus barcos que volvieran a China.



LAS HORAS PASARON, con mucha charla y un gran análisis geopolítico, tanto del lado de Eurídice como del lado de Pano. Las acciones de su organización sin ánimo de lucro se intensificarían aún más en el próximo periodo de tiempo para impulsar nuevas reducciones en los programas de armamento de los países del mundo.

Fuera estaba oscureciendo. Los últimos miembros de la organización y el público habían abandonado la sala hacía unos minutos. Sólo había una mujer rubia, de casi cuarenta y cinco años, que llevaba un vestido muy caro. La rubia seguía sentada en su silla. Adriana, Eurídice, Pano y Roberto -el ex compañero sordo de la policía española- querían cerrar las puertas para poder sentarse solos y relajarse en compañía de algo de alcohol. Ni que decir que Pano y Eurídice habían aprendido a comunicarse en lenguaje de signos. Eurídice preguntó a su novio por esta mujer.

—Cariño, ¿por qué no te acercas a ella y le preguntas qué quiere y por qué sigue aquí? Tenemos que cerrar, ella tiene que irse.

—Voy —le dijo Pano que ahora giraba las ruedas de su silla y se dirigía hacia ella.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó en un inglés entrecortado la hermosa y muy bien cuidada dama rubia.

— Emm... Bien ¿Nos hemos encontrado en algún sitio? Su cara me recuerda algo...

—Por favor, toma esta carta y léela. Tengo que irme ahora. ¡¡¡Me alegro de volver a verte!!! —y después de darle a Pano un beso en la mejilla, se dirigió rápidamente hacia la salida.

Eurídice, que observaba la escena, puso los ojos en blanco. ¿A quién besaba su marido? Intentó alcanzar a la rubia, pero ya se había ido.

—¿Qué te pasa Pano? —le preguntó Eurídice, observándolo, sorprendida y desconcertada—. ¿Qué es esto, es una confesión de amor que te hace la dama? Ah, esos ojos tuyos las han vuelto locas a todas. Ven aquí, lo leerás delante de todos nosotros, y escucharemos lo que te escribe —le comentó con tono de humor.

La ex policía catalana estaba cogiendo, al mismo tiempo, la botella con el tsipouro (famosa bebida alcohólica griega) y estaba poniendo tres dedos en su vaso. Era relativamente feliz. Hace unos días, Pedro había despertado del coma.

—Ten cuidado con el tsipouro, es fuerte —le dijo Eurídice.

—Estoy adquiriendo hábitos griegos —respondió ella y todos se rieron.

—Pano, si te sientas aquí al lado, no te saldrás con la tuya, estoy celosa. Nos leerás la carta de la rubia. Adelante...

Pano, aunque la mujer rubia le había pedido que leyera la carta por sí mismo, no podía mantenerla en secreto ante los demás, y especialmente ante Eurídice. Así que empezó a leer en voz alta:

"Me alegro mucho de que estés vivo. Gracias a Dios. No sé si has entendido quién soy. Soy M..."

De repente, dejó de hablar. Abrió la boca y fijó los ojos en el papel. Se quedó congelado así durante varios segundos. Eurídice comenzó a preguntarle ansiosamente qué demonios estaba pasando.

Dios mío, era ella. ¿Cómo ha cambiado tanto? ¿Y qué hacía ella aquí? ...no puedo leer esto verbalmente. Nos enfrentamos al lobby de las armas. ¿Acaso han puesto micrófonos de vigilancia en esta habitación? Increíble... increíble. No puedo creerlo. Tengo que comunicarme en lenguaje de signos con los demás.

Así que empezó a comunicarles el texto escrito de la carta mediante el lenguaje de signos, quedando impactado:

"... Soy María, la limpiadora de la sede de la revista Naval & Maritime Security. Quiero confesarte... que los maté a todos".

Adriana, Eurídice y Roberto se quedaron de piedra. En ese momento todos se quedaron congelados. Por supuesto que conocían la historia de María. Pano les había contado todo: cómo a través de ella había conseguido hackear el ordenador de Jorge Sanz. Pero la pregunta era... ¿A quiénes había matado?

—Vamos —se puso en contacto Adriana, agitando las manos con nerviosismo.

Pano, que la miraba fijamente, atónito, continuó:

"Todo empezó hace unos tres años, a partir de un simple conocido. Patricia, mi hija, me había enviado un mensaje ese sábado por la noche... ***Mamá, acabo de conocer a un chico muy guapo. Alto, delgado y en forma, masculino. Le gusto, puedo verlo en sus ojos. Está conmigo ahora mismo, hablando conmigo. No sabe que estoy enviando mensajes a mi mamá, por supuesto... Estamos en el Bar Claro. Mis amigas estaban aquí. Se acaban de ir. Me voy a sentar con él un rato y luego me voy a ir. No te preocupes, lo sé... No voy a entregarme a él tan rápido. Confía en mí. Ya he pedido un taxi. Estará aquí en media hora. Todavía no he puesto un pie en Madrid y todos los guapos me tiran los tejos. Imagina lo que pasará cuando empiece la universidad en unos días... Te quiero, mamá...***

Ese... fue su último mensaje. Me pasé todo el domingo llamándola por teléfono y no contestaba. El lunes, lo mismo. Me volvía loca de ansiedad. Llamé a nuestra embajada en Madrid. Me dijeron que no me preocupara y que muy pronto mi hija me llamaría. Estaban seguros de que se trataba de una locura juvenil, que sólo quería perderse durante un par de días.

El martes... mi pequeño ángel me llamó. Me apresuré a contestar. Me sentí temporalmente aliviada. Pero eso no iba a durar. Al otro lado de la línea se oían llantos y gritos...podía oírla... ***mami, mami, me violaron*** *mi angelito me decía.* ***Dios mío... Mamá, fui violada por tanta gente, no entendía lo que me estaba pasando. Me dieron drogas, no sé, me duele, mami, me duele...*** *y mi niña lloraba desconsoladamente. Todo el tiempo que estuve escuchando a mi hija, sentí que me arrancaban el corazón, no podía soportarlo. Mi pequeña... por descracia, yo no estaba allí para protegerla. Malditos sean todos.* ***No puedo ir a la policía, me siento avergonzada. No quiero que nadie lo sepa, excepto mis tías, prométělo. No podré soportar la vergüenza si la gente se entera. Por suerte pude escapar de esa casa que era como el castillo de un rey. Oh, mamá ¿qué me hicieron? Quiero volver a México, por favor. No puedo aguantar más tiempo sentada aquí. Reservaré los billetes, me iré esta noche. Mañana llegaré a casa, mami... Oh, mami****. Lloraba y lloraba mi pequeña alma.*

Al día siguiente fui al aeropuerto a recogerla.

Vi una criatura destrozada, pálida, con ojeras negras. No podía caminar. No tenía vida... los malditos le habían quitado todo. Se llevaron su alegría, su inocencia, su belleza... los bastardos se llevaron su alma.

Nunca quiso que fuéramos a la policía a denunciarlo. No quería que nadie supiera nada. Se suicidaría, como me había dicho, si la gente supiera que había sido violada repetidamente. Estaba avergonzada.

Acepté su deseo. Pero día a día mi niña fue empeorando. Se encerraba, no tenía ganas de comer, no hablaba, no se comunicaba. Al cabo de unos meses, se quedó catatónica. No tenía contacto con el mundo exterior. Tuve que internarla en un hospital psiquiátrico para ayudarla. No había nada más que pudiera hacer. Sólo ellos podían curarla. Pero dentro de mí la semilla de la venganza crecía... y crecía cada vez más. Quería encontrar a las personas que habían hecho daño a mi pequeño ángel. Quería castigarlos... quería vengarme de ellos.

Vine a Madrid con un pasaporte falso con mi hijo de 12 años y mi hermana pequeña. Tuve que empezar mi investigación para encontrarlos. Todos ellos. Primero visité este bar, el Claro. He pagado mucho dinero por información a gente del hampa. Nunca había trabajado como limpiadora antes de llegar a España. Llevaba dos décadas trabajando como profesora de genética y toxicología en la Universidad de Ciudad de México. Había ahorrado mucho dinero a lo largo de los años. Lo gasté todo para lograr mi objetivo, mi venganza. Pagué mucho, a detectives, a yonkis y chulos, a bandas... para que me dieran información. La mayoría no sabía nada. Pero algunos, unos pocos, me dieron pistas que poco a poco me llevaron a alguna parte, a los primeros nombres.

El hombre que la drogó... Mario Gutiérrez. Era el chico que conoció en el bar esa noche. Los hombres que probablemente la habían violado... Jorge Sanz... Howard Bold... Andrés Puyol... Maldonado... Jürgen Klinsmann..."

Adriana se puso la mano derecha sobre la boca y dejó escapar un pequeño grito, —¡No, Andrés es el forense a cargo de la Mossos D ' Esquadra!. ¡Oh, Dios mío!

Pano, conmocionado y entre lágrimas, siguió leyendo los significados del texto escrito. Eurídice y Roberto también estaban conmocionados.

"Había pistas sobre los violadores. Pero no había pruebas contundentes. Nunca querría hacer daño a un hombre inocente. No podría perdonarme a mí misma. Así que decidí entrar en sus casas, en sus negocios, como limpiadora. ¿Quién más podría entrar tan fácilmente en las habitaciones de todos, ver su basura, abrir sus cajones? Sólo una señora de la limpieza. Pero necesitaba ayuda. No podía hacerlo todo yo. Pedí a mis otras hermanas y a mi prima que me ayudaran. Mi hermana mayor era soltera, la otra era viuda como yo, y mi prima estaba divorciada. No lo pensaron ni un segundo. Querían como locas apoyar mi venganza y conseguir su propia venganza por supuesto. Las mujeres de mi familia siempre nos apoyamos mutuamente.

Así es como comenzó nuestra carrera "profesional". Se dio suficiente dinero para hacer identificaciones falsas, para borrar nuestros rastros electrónicos y para obtener tarjetas de trabajo. Yo... Isabella Lopez como María Jesús Fernández, y Mariana Alonso como Marta García"

Adriana volvió a ponerse la mano sobre la boca. No podía creer lo que estaba "escuchando".

—Por favor, Adriana, sírveme también un poco de tsipouro —le pidió Pano, que estaba sudando por lo que estaba leyendo. Estaba sorprendido, conmovido. Necesitaba una bebida alcohólica fuerte.

Ella se lo sirvió. Continuó explicando el texto en lenguaje de signos:
"Las demás... mis hermanas se fueron a trabajar a Nueva York a la residencia de Howard Bold, y a Berlín, a la villa de Jurgen Klinsmann. Yo trabajaba en el negocio de Jorge Sanz por las mañanas y en casa de Andrés algunas tardes, como limpiadora. Mi prima, Mariana, se convertiría en asistente personal del presidente de Barcelona. Ahora estábamos todos en su santuario interior.
Rápidamente descubrimos que señor Maldonado, el presidente del Barcelona, no tenía nada que ver con la violación. Él, ni siquiera conocía a los otros sospechosos. Pero en lo que respecta a mi prima, no había ninguna razón para que dejara su nuevo trabajo como asistente personal. Eso sería útil en el futuro para conseguir nuestra venganza. Puso en contacto a Jorge con el presidente, y luego convenció a Sanz para que empezara a beber todas esas extrañas y caras bebidas alcohólicas del licorario del Gutiérrez.
El día que llamaste a mi puerta, Pano, estaba aterrada. Pensé que ellos te habían enviado, que habían descubierto quién era yo. Esa tarde también estaban conmigo mi hijo y mi hermana pequeña. Les dije que se escondieran rápidamente en el armario. Así lo hicieron. Pero rápidamente me di cuenta de que no tenías nada que ver con ellos, con los violadores. Leo a la gente. Leí tus ojos claros, vi tu alma buena. De hecho creí la historia que me contaste, que eras un competidor de negocios de ellos. Te mentí diciendo que no sabía nada de usb y ordenadores. Por supuesto que sabía lo básico.
Pero me metiste esa idea en la cabeza, que podría vigilar a ese hijo de puta de la misma manera que tú. Hackeando su ordenador. Pronto encontré a las personas adecuadas para ayudarme a acceder a su ordenador, al del trabajo y al de casa. Si no hubieras aparecido ese día, reunir pruebas habría sido mucho más difícil para mí, y para todos nosotros. Me ayudaste enormemente a reunir las pruebas necesarias que demostraron que estos cuatro... eran, después de todo, los violadores de mi amada hija. Nuestros destinos están ligados. Gracias de todo corazón. Esa es una de las razones por las que quería confesarte todo. Me alegró mucho saber que sigues vivo. Había seguido tu muerte virtual en los medios de comunicación durante el año pasado, y me había entristecido enormemente.
Pero déjame continuar con mi historia. Bueno, como te expliqué, la evidencia después de varios meses era abrumadora. Sanz, Bold, Klinsmann y Andrés Puyol habían violado a mi pequeña en una torre a las afueras de Madrid, donde algunos políticos, empresarios, la élite de nuestra sociedad, se ponen máscaras terroríficas, y organizan estas extrañas orgías, con chicas menores de edad o de dieciocho años como víctimas. Igual que mi Patricia de entonces. ¿Sabes cuántas chicas desaparecidas en los últimos años fueron víctimas de los participantes en esas orgías? Están protegidos por la policía, los jueces, las agencias.
Mario Gutiérrez conocía a las posibles víctimas en varios clubes o bares. Coqueteaba con ellas y luego introducía drogas en sus bebidas. Luego las llevaba en su furgoneta a un lugar predeterminado, donde las dejaba indefensas y drogadas. Desde allí, los secuaces de estos poderosos y ricos las recogían y las llevaban a sus villas. Nadie conocía la cara de Mario ni su identidad, al igual que Mario no sabía nada de ellos. Los tíos de Mario habían metido a su sobrino en este juego. Ganaban decenas de miles de euros. Su sobrino, en cambio, no ganaba casi nada. Gestionaban todo su dinero dándole un modesto salario. Nadie sabe por qué les obedeció hasta tal punto. Es impresionante que una pareja de ancianos pudiera manejar a un hombre joven y fuerte de esta manera, psicológica y mentalmente. Era su perrito"
Pano dejó temporalmente de leer y de comunicarse por medio del lenguaje de signos. Estaba abrumado por lo que estaba descubriendo. Bebió una gran cantidad de tsipouro. Le quemó la garganta. Sus ojos se sonrojaron. Le preguntó a Adriana:
—¿No habías investigado su entorno inmediato?
—A decir verdad, no nos habíamos molestado en absoluto con su personal de limpieza o sus sirvientes. Sólo al mayordomo que estaba a cargo del personal en su residencia permanente le hicimos algunas preguntas formales. Pero nada importante... Un asunto de tres minutos. Tampoco nos molestamos con las señoras de la limpieza del Camp Nou. Se salieron del protocolo, ya que normalmente un inspector tiene que interrogar a todo el mundo... Pero no podíamos imaginar que una humilde señora de la limpieza fuera responsable de los asesinatos. ¿Cómo podríamos imaginar que una humilde y pobre señora de la limpieza fuera la culpable? Pano le preguntó a Adriana si quería seguir leyendo. El texto estaba escrito en español. Ella aceptó automáticamente.
—¿En qué parte del texto te encuentras?
—Aquí, en este párrafo.
—Vale...
"No quería matar a Mario directamente. Quería meterlo en la cárcel primero, para que lo violaran... y lo violaran, como hicieron con mi niña. Después de unos meses, también acabaría con él. Quizás te preguntes por qué no incluimos al Sr. y a la Sra. Gutiérrez en la lista de éxitos originalmente. Habíamos planeado matarlos también, pero con una muerte tortuosa y lenta, mucho más tarde. Primeramente deberíamos concentrarnos y centrarnos en los tres... luego en el forense... y después en ellos... en los Gutiérrez.
Pero el destino tenía otros planes. La buena inspectora Adriana tuvo mano, por lo que leí en la prensa, y los Gutiérrez murieron como se merecían.
Adriana Pérez y yo sólo nos habíamos visto una vez en las oficinas de revista. Había venido con un inspector para charlar con algunos de los compañeros de Sanz sobre el caso. Pero nunca intercambiamos media palabra. Pasaron por delante de

mí y ni siquiera me miraron. ¿Quién iba a pensar que una humilde mujer de la limpieza lo había hecho todo?
También quiero decirte que, además de mi propia venganza, ayudaré a muchos otros padres a vengarse. Todo este tiempo he estado reuniendo pruebas sobre toda esta red de violadores. Por supuesto que no son sólo estos cuatro... o sólo Mario... o la pareja Gutiérrez. Hay mucha gente poderosa, por encima de toda sospecha, que está involucrada en esta porquería. Por eso hemos retrasado tanto nuestra venganza. Teníamos que encontrar más pruebas... y más... que implicaran a jueces, diputados, empresarios. Junto a mis familiares vengaríamos la violación de mi hija. ¿Pero qué pasaría con los otros padres? ¿No deberían saberlo? Nos retrasamos, pero conseguimos crear un archivo no de cientos, sino miles de páginas, que incrimina a demasiada gente, por encima de la sospecha, repito. En los próximos meses se harán públicas todas las pruebas. Me gustaría poder matarlos a todos, pero eso sería operativamente imposible. Como mínimo, serán condenados en la conciencia pública y no podrán volver a caminar libres después de estar en prisión. Espero que se encuentre un fiscal honesto que vaya tras ellos.
Supongo que te preguntas... ¿cómo los matamos? Rocié los cigarros que fumaban, con una sustancia toxica..."
Adriana dejó de leer y dijo:
—Oh dios mío, todos pensamos que el veneno estaba en sus bebidas. Oh dios mío, no puedo creerlo.
Eurídice le preguntó:
—¿No encontrasteis ningún residuo de un cigarro en el cenicero de Jorge Sanz, cuando fuisteis a investigar la escena de la muerte en el Camp Nou?
—No... El cenicero estaba impecable. Ni encima de él ni en uno de sus bolsillos encontramos un paquete de cigarros.
—Una señora de la limpieza, supongo... —Roberto "dijo".
—Ahora que recuerdo el vídeo en mi memoria desde la suite del Camp Nou, la señora de la limpieza era efectivamente muy activa. Pero no era María. En cuanto a sus hermanas, el texto nos dice que una estaba en Berlín y la otra en Nueva York. Su hermana menor nunca trabajó como limpiadora.
—La señora de la limpieza de la suite VIP probablemente no sabía nada, pero se limitó a seguir las órdenes de Marta García. La hizo limpiar la escena del crimen muy bien — explicó Pano.
—Quizás —comentó Adriana.
—Acabo de recordar la historia que nos contaste hace tiempo, sobre esa Marta, la asistente del presidente de Barcelona. ¿Por qué le confesó el fraude con este raro y carísimo whisky? ¿Por qué se puso en peligro, con una alta probabilidad de ser arrestada? —preguntó Pano a Adriana, lleno de sorpresa.
—Marta nos reveló todo, porque no era experta en temas de ilegalidad... Así que se creyó el farol que nos jugamos Pedro y yo. En circunstancias normales, nunca debería habernos revelado nada. Si no nos hubiera revelado nada, sólo la habríamos retenido una hora en la comisaría y luego se habría marchado. Creedme, no volveríamos a molestarla. No sospechábamos de ella en absoluto. Seguro que Marta estuvo todo este tiempo reuniendo pruebas que apuntaban a la culpabilidad de Mario... Al menos en lo que se refiere al robo. Al cabo de un mes, nos enviaría un sobre anónimo con estas pruebas incriminatorias. Arrestaríamos a Mario por fraude... y ciertamente creeríamos que era uno de los principales culpables del asesinato de Sanz. No olvidemos sus antecedentes como pandillero. Es seguro que, aunque el jurado no lo declarara culpable de asesinato, lo condenaría por fraude. Así es como habría ido a la cárcel. Él estaba tan enamorado que nunca delataría a Marta. Después de dos o tres meses en prisión, y tras ser violado, alguien lo mataría. De repente y de manera mágica, llegarían más pruebas que demostrarían que había matado a Jorge Sanz. No sé cómo podría conectarse esto con las otras muertes, pero con lo que he visto hasta ahora de María y su grupo... creo que sin duda habrían ideado una historia convincente. Después de un año, todas las hermanas mexicanas y la prima... Mariana... Marta, vivirían felizmente en México, habiendo adquirido mediante fraude, unos cientos de miles de euros.
—¿Es posible que hayan hecho la estafa por el dinero? Su objetivo era sólo la venganza.
—Tienes razón en eso. No sé qué responderte. Tengo que seguir leyendo. Basta de hablar de Marta.
Adriana continuó el "cuento":
"...Todos fumaban el Oro... 12.000 euros el paquete. ¿Hay alguna persona que pague esa cantidad de dinero por fumarse un puro y no tenga una absoluta falta de empatía? Los limpiadores tenemos acceso a todo. Cambiamos algunos de los cigarros que estaban en su cajetilla con los "cigarros envenenados". Su hábito favorito los mataría, martirizándolos.
Pero, ¿dónde había encontrado este terrible veneno? Una noche... mientras limpiaba la casa del forense cuando él no estaba, me las arreglé para entrar en su habitación secreta, que siempre mantenía cerrada con llave... donde no podía entrar nadie más que él. En esa habitación encontré una gran cantidad de pruebas clasificadas que demostraban que Andrés había trabajado para el KGB en su juventud..."
Adriana dejó de comunicarse con los demás por segunda vez, dejó de leer... Y respiró profundamente. Lo que estaba descubriendo sobre Andrés la impactó de sobremanera. Pero pronto encontró el valor para continuar:
"Le habían encargado la creación de un veneno, un veneno que ningún científico conocería y que podría matar al instante a alguien tras una terrible hemorragia. Este veneno lo hizo... y una cantidad muy pequeña de él estaba bien guardada en dos frascos en el cuarto secreto. La sustancia principal de este terrible veneno había sido extraída de unas arañas raras, presentes en el Amazonas en los años 80 durante su tesis doctoral. Estas arañas ya no existen. Nadie sabe de ellas... la

literatura no sabe de la existencia de esta sustancia. Así que se me ocurrió la idea de usar esa cosa mortal para matarlos. ¿Qué mejor manera que matarlo a él y a los suyos con su propio invento?”

—María, por supuesto, no sabía que yo también iba a leer esta parte del texto —dijo Adriana a los demás, completamente sorprendida, también por lo que acababa de saber sobre el forense Andrés—. ¿Queréis que os explique ahora lo del forense o al final? Hay cosas que no sabéis y que me han dejado perpleja.

—Por favor, cuéntanoslo ahora —respondió Eurídice.

Pasaron varios minutos, durante los cuales Adriana les explicó con detalle su relación con el forense y su implicación en el caso. Es decir, las mentiras que les había contado para encubrirle sobre el KGB y su padre.

Eurídice tomó la palabra:

—Empiezo a entenderlo. Quería hacer temblar de miedo al forense... Sin saber quién era el que le había inculpado. Probablemente por eso no lo mató directamente, sino que quiso torturarlo psicológicamente durante un tiempo.

Roberto saltó de repente:

—Sí, es como tener una pistola en mi casa y descubrir que se ha cometido un asesinato con esa pistola. ¿Qué debo hacer? Al principio tengo miedo. Creo que... Alguien robó el arma de mi casa, quieren inculparme. ¿Qué hago después? Intento de alguna manera quitarle importancia a mi posición en caso de que resulte que esta era mi arma.

Adriana continuó:

—En el caso de la pistola, puedes alegar robo y nadie te acusará de ello. Alguien me la robó y mató a alguien... No es mi culpa. Pero en el caso del veneno más raro del mundo... ¿Cómo se puede justificar? Te preguntarán por qué tenías esas cosas en tu casa. Si resulta que hasta un espía español fue asesinado por la misma sustancia, entonces se demuestra que probablemente estabas trabajando para agencias extranjeras. Estamos hablando de alta traición.

—Podía negar que había fabricado esta sustancia y que no estaba en su casa, en caso de ser acusado. Podría fingir ignorancia sobre el asunto —dijo Pano.

—Cuando alguien roba algo tan bien guardado de tu casa, es seguro que sabe cosas de ti. Andrés, después de eso, seguramente temió que alguien le estuviera jugando una mala pasada, algún servicio secreto quizás, que podría revelar que fue el creador del veneno. No podía fingir que no tenía nada que ver. Así que decidió prepararnos, y se inventó esa historia sobre su padre. Así logró dos cosas. Uno, nos hizo cómplices del “crimen”... Y dos, en caso de que algo de él saliera a la luz, diría... te lo dije, me han tendido una trampa... No sé quiénes son... Créeme. En caso de que no nos hubiera preparado, incluso con esta falsa historia, si se revelara que él fue el creador del veneno, Pedro y yo nos escandalizaríamos y correríamos a detenerlo. Mientras que, con lo que nos dijo, creó una relación de confianza. Habríamos seguido cubriéndole, creyéndole. En nuestras mentes, habría sido un hombre que se ha sincerado con nosotros desde el primer momento. Por supuesto, había culpado de todo a su padre y a los soviéticos y nos tocó la fibra sensible. Si hubiéramos sabido que lo había creado, habríamos supuesto inmediatamente que había trabajado en algún momento para una agencia de inteligencia enemiga. El mentiroso. No lo vi venir. Parecía un hombre tan agradable. Realmente lo he perdido. Además, violó a una chica de 18 años. Oh, Dios, lo siento mucho.

—Díganos lo que dice a continuación por favor —le pidió Pano.

Adriana siguió:

“También sé que corro un riesgo al revelarte todo esto y que podrías entregarme a la policía... pero acepto el riesgo. Todo el costo que tenga que asumir, lo vale. No sé cómo se salvó Klinsmann. Al menos, me alegro de que hayas podido enviarlo a la cárcel. Es una pequeña reivindicación para mí, para mis familiares y para mi hija. Además, no sé quién asesinó al mister bamboo y qué tuvieron que ver los neonazis”

—Todos sabemos que la proclama fue enviada por Jack a los periódicos —explicó Pano en lenguaje de signos y todos estuvieron de acuerdo—. Pero el asesinato del mister bamboo es un gran misterio.

—Permitidme comunicaros los últimos párrafos. Es interesante —les pidió Adriana.

“La ironía es que yo había estado en dos congresos científicos con Andrés Puyol, fue muy sociable conmigo. Había conseguido que mi hija fuera aceptada en la Universidad de Madrid. Por supuesto, la distancia que separa a la rubia coqueta y delgada que era hace unos años, de la morena con varios pelos blancos, el pelo abundante y alborotado, así como las grandes gafas de miope... es larga. Nunca sospechó quién era realmente. No sé qué impresión tengas sobre mí con esto que acabas de descubrir. No sé si te impacta. Es difícil de aceptar, lo entiendo. Nunca esperé hacer estas cosas. Siempre he sido, y soy una persona muy sensible y amable. Pero mataron a mi niña, ¿qué debía hacer?

Me convertí en un ángel de la venganza... un Ángel Oscuro.

Ayer mismo me informaron por mensaje, desde el hospital psiquiátrico, que mi Patricia empieza a mostrar signos de mejora. Espero, deseo y rezo por ello. Estoy a punto de irme a México. Voy a ir directamente a reunirme con mi hija. La he echado mucho de menos. Lo bueno de este caso es que hemos salvado y salvaremos a muchas mujeres. Mi pequeña se sacrificó, pero ese sacrificio no será en vano. Eso me reconforta. Siento que me he quitado un gran peso de encima al escribirte esta carta. Necesitaba confesarme, especialmente a ti. Estaba ligado a ti de una manera extraña. Nuestro karma es común.

Si quieres traicionarme, es tu decisión ahora. Pero no creo que lo hagas. Muchas gracias Pano”

—Una historia demasiado dramática. ¿Cuánto daño han sufrido esta mujer y su hija?? Estoy realmente impactado ¡Cuánto dolor crearon estos monstruos! A todos nosotros. Pero aun así, a decir verdad, no le hubiese matado. Se merecían un juicio, incluso esa escoria.
Eurídice se levantó de un salto:
—No puedes entender el dolor de una madre, Pano. Puede convertirse en un monstruo impío para sus hijos.
—Pero me sorprende el sangrado gástrico. En el caso de la ingestión, eso tendría sentido. ¿Pero ahora? —preguntó Roberto.
—La sustancia, una vez en la sangre, puede viajar a los órganos. A partir de ahí, puede atacar selectivamente. No es en absoluto improbable. Cada toxina causa problemas diferentes.
—¿Puedo preguntarte algo más? ¿Cómo Jurgen se ha salido con la suya? —dijo Eurídice.
—Eso es lo raro. De hecho, en lugar de él, murió el mister bamboo. Ni siquiera María podría explicarlo —respondió Pano.
—Chicos... La muerte de Andrés Puyol acaba de ser publicada en la prensa española. Sangrado gástrico también. Aquí está el artículo —Adriana les dijo “en voz alta” y les mostró la pantalla de su teléfono móvil.
Habían pasado varios minutos y todos estaban sentados en silencio... O mejor dicho, “estupefactos”. En ese momento se encontraban en un peculiar estado de contemplación. La ex policía “tomó la palabra” (lenguaje de signos). Parecía bastante angustiada:
—Todos se merecían lo que tenían, excepto la policía francesa y Jack. Los más desafortunados del caso, por desgracia. Les debemos mucho. Me siento terriblemente culpable. Qué estúpidamente he actuado, en lugar de confiar en él, lo traicioné —y empezó a llorar.
Sin embargo, había algo más que la atormentaba. Mario, ¿dónde podría estar? Ella quería encontrarlo. Ahora que todo estaba claro, lo buscaría. Pero no como policía... sino como Adriana Pérez. Ahora no había reglas.
Por desgracia, Xenia no ha podido asistir hoy a la inauguración con Bobby. Pero todos ellos se reunirían en los próximos días.



Epílogo

10 DE DICIEMBRE

Todo el grupo estaba en la casa de Demóstenes y Antígona, en Paleo Faliro. Eurídice y Antígona estaban sirviendo el pavo y otras guarniciones en la mesa. Xenia estaba en las nubes, por fin estaba con su mejor amiga después de tanto tiempo. Su pequeña ya tenía un año y medio, una preciosa niña que se parecía bastante a ella. Bobby tomó la palabra:

—Eurídice, siéntate a la mesa. Y usted, señora Antígona, siéntese, por favor. Mientras tanto, ¿por qué Pano nos ha hecho esperar tanto? ¿Vendrá por fin? Lo he echado de menos.

—Vendrá, vendrá —respondió Eurídice con entusiasmo. Sabía la sorpresa que le tenía preparada.

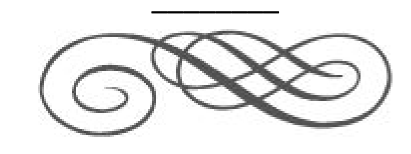
No le dio tiempo a terminar la frase, y empezó a oírse un sonido profundo y áspero que se hacía cada vez más fuerte. Bobby lo entendió:

—No, hombre, no... hombre, no.

Eurídice y Antígona se reían. El teléfono de Bobby sonó. Respondió rápidamente: —Bobby, hermano mío, te prometí un paseo con Camaro. Nunca rompo mis promesas. Sal como estés, daremos un pequeño paseo y luego nos sentaremos a cenar.

Bobby se quedó sin palabras. Se levantó de su asiento y salió corriendo rápidamente.

No podía esperar a abrazar a su viejo amigo... Pero también a dar un paseo en su coche favorito.



PARÍS, AL MISMO TIEMPO

—Abre, abre la puerta, imbécil.

—¿Qué ha pasado? Te ves como una mierda. Entra.

—Deja que me siente y te lo diré. Tráeme un poco de agua, hombre, mi boca está seca por la agonía.

—Ven a la cocina y pasaremos el rato y hablaremos. ¿Qué pasó, idiota?

—Estoy en un gran problema, hombre.

—¿Qué? Adelante, porque yo también estoy estresado. ¿Qué has hecho, tío?

—No importa, vamos al salón, la cocina es demasiado pequeña, no puedo seguir sentado aquí —dijo mientras se le escapaba medio vaso de agua de la boca. —Vamos, que ahora me vas a decir gilipollas. No me mantengas en suspenso por más tiempo.

—¿Recuerdas que te hablé de un franco alemán que había tirado un cigarro al suelo, que yo recogí, y cuando se lo devolví empezó a insultarme y a decir palabrotas?

—Sí, lo recuerdo —respondió, adelantando la parte superior del cuerpo.

—Bueno... Había vendido este cigarro a un tipo muy rico, un finlandés que era dueño de una conocida empresa de muebles de bambú.

—¿Qué?

—Amigo, ese cigarro era de la marca ***Oro***. Los puros más caros del mundo en ese momento. Ya se han dejado de fabricar. Se considera que son difíciles de encontrar. Y al principio yo no lo sabía... Lo busqué en internet y me quedé con la boca abierta. Después de eso decidí venderlo de alguna manera. Ese señor Bambú había venido al restaurante al día siguiente, había venido por enésima vez de vacaciones a París... Ya sabía que era un ávido fumador de puros ya que se fumaba uno cada vez que venía al restaurante. Bueno, respiré hondo y decidí hablar con él. Al principio se sorprendió. Fuimos más allá, él tenía curiosidad por ver lo que yo diría. Para abreviar la historia, le dije que un magnate había dejado un Oro sobre la mesa y que yo lo había encontrado... Y que si lo quería, tendría que darme 500 euros, porque yo también tenía problemas económicos...

—¿Hablas en serio? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué, imbécil? ¿Que gané 500 euros tan fácilmente? Ibas a pedirme un préstamo...

—¡Imbécil! Vale, sigue con la historia. ¿El tipo te denunció?

—No, hombre, lo contrario. El tipo no sólo lo compró, sino que me dio el doble... 1000 euros. Lleva mucho tiempo tratando de encontrar un lugar para fumar eso. Me dijo... Y que lo salvé.

—Vamos, hombre. Así que todo está bien. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que el tipo murió hace casi dos meses. No tenía ni idea de eso. Ayer leí en los periódicos que finalmente encontraron la causa de la muerte... Un cigarro envenenado. Estoy jodido...



CIUDAD DE MÉXICO, UNOS días después...

El sonido del televisor era apenas audible. Era la hora de las noticias de todo el mundo; los acontecimientos más importantes de los últimos días llegarían a los hogares de los espectadores en cuestión de segundos.

Estaba sentada en su sofá de terciopelo verde oscuro. Su pequeña se había quedado dormida a sus pies. Por fin había vuelto a casa. María... más correctamente, Isabella, intentaba escuchar mejor al presentador. Subió un poco el volumen con el mando a distancia:

“Siete personas fueron detenidas por las autoridades de Nueva York, Madrid y Múnich. Eran miembros de la llamada organización neonazi *Caballeros Blancos*. Se los acusa de los asesinatos de Jorge Sanz, Howard Bold, Andrés Puyol y Mister Bamboo. Las pruebas son abrumadoras, ya que se encontraron cigarros en sus casas, rociados con la misma sustancia tóxica que había envenenado a las víctimas. La policía finlandesa encontró un residuo similar de un cigarro envenenado en el cenicero de Mister Bamboo durante el registro de la oficina de su fábrica en Reikiavik unas horas después de su muerte. Por supuesto, no lo habían hecho público antes, porque no querían influir en el curso de la investigación, pero esta fue la única pista que llevó a los inspectores a la solución”... “...” ... “Una muy buena noticia ahora... Esta mañana, el gerente del refugio para mujeres maltratadas en la Ciudad de México encontró una maleta con 380.000 euros. Dentro de la bolsa había una nota que decía que ese dinero era una donación al refugio...”... “...Se han filtrado miles de páginas en Wikigap que incriminan a conocidos empresarios, políticos y jueces por violación de menores...”

Patricia empezó a despertarse. María “la limpiadora”... Isabella, apagó el televisor bruscamente. Acarició su pelo a su hija con ternura.

—Mamá...

—Mi niña...

—Mami... ¡Te quiero!



Email de contacto:
nickpaccino@gmail.com
Instagram: Nick Paccino (paccinonick)
Revisión: Valentina Palomino

Also by NICK PACCINO

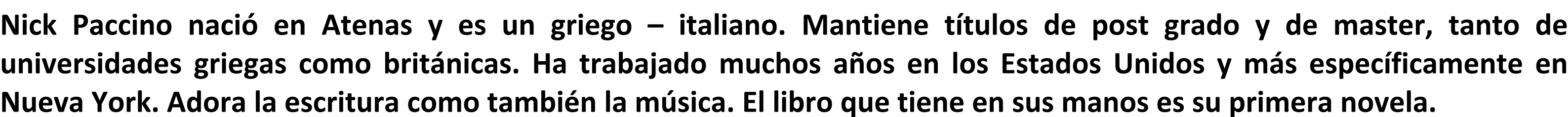
Ángel

Ángel Guardián

Ángel Oscuro



About the Author



Nick Paccino nació en Atenas y es un griego – italiano. Mantiene títulos de post grado y de master, tanto de universidades griegas como británicas. Ha trabajado muchos años en los Estados Unidos y más específicamente en Nueva York. Adora la escritura como también la música. El libro que tiene en sus manos es su primera novela.